CASAS DE CRISTAL

LOUISE PENNY

black salamandra

Louise Penny

CASAS DE CRISTAL

Traducción del inglés de
Patricia Antón de Vez

black salamandra

A Lise Desrosiers, a quien encontré en mi jardín
y ahora vive en mi corazón

1

—Diga su nombre.

—Armand Gamache.

—¿Es usted el máximo responsable de la Sûreté du Québec?

—El superintendente jefe, *oui*.

Gamache se enderezó en la silla de madera. Hacía calor esa mañana de julio; un calor sofocante, de hecho. Notaba el sabor del sudor en los labios y apenas eran las diez, su declaración acababa de empezar.

Desde luego, el estrado de los testigos no era su lugar preferido, ni testificar en contra de otro ser humano su actividad favorita. Pocas veces a lo largo de su carrera había supuesto una satisfacción para él, y ésta no era una de ellas.

Estaba incómodo en la silla, pero había jurado decir la verdad, y por tanto no podía mentirse a sí mismo: aunque creía en la ley y había pasado toda su carrera trabajando en el sistema judicial, a quien se sentía obligado a responder en primer lugar era a su conciencia.

Y su conciencia era una juez bastante dura.

—Tengo entendido que también fue usted quien hizo la detención.

—Sí, en efecto.

—¿Y no le parece insólito que un superintendente jefe haga arrestos?

—Llevo muy poco en el cargo, como sabrá; para mí todo es insólito, pero este caso en particular resultaba difícil de ignorar.

El fiscal dejó escapar una sonrisa. Como les daba la espalda a

la mayoría de los presentes, incluido el jurado, casi nadie lo notó, pero a la juez Maureen Corriveau casi nada se le pasaba por alto.

Y lo que vio fue una sonrisa muy poco simpática —una mueca de desdén, en realidad—, y eso la sorprendió porque, en principio, el fiscal y el superintendente jefe estaban en el mismo bando.

Aunque sabía que aquello no significaba por fuerza que se cayeran bien o se respetaran: ella misma tenía algunos colegas por quienes no sentía ningún respeto, si bien dudaba que alguna vez los hubiera mirado con una expresión semejante.

Mientras se formaba un juicio sobre los dos hombres, Gamache hacía lo mismo con ella: intentaba hacerse una idea de cómo era.

El juez encargado de un caso podía afectar al resultado no sólo por su manera de interpretar la ley, sino por la atmósfera que creara en la sala; si era muy estricto o daba margen de maniobra, si estaba en plena forma o a punto de jubilarse, si soñaba con el momento de irse a tomar una copa o venía bien servido.

Y en este caso en particular sin duda resultaría especialmente determinante, porque no llevaba mucho en su puesto y, hasta donde Gamache sabía, era su primer caso de homicidio. La compadecía, pues era posible que no tuviera la menor idea de que le había tocado comerse un marrón e iba a tener que enfrentarse a un montón de cosas desagradables.

Era una mujer de mediana edad y no hacía nada para ocultar sus canas, quizá porque las consideraba señal de autoridad o de madurez, quizá porque ya no tenía que impresionar a nadie. Había sido una litigante bastante temida y una de las socias principales en un bufete de abogados de Montreal, y había sido rubia, antes de ascender a lo más alto.

Lo malo era que, una vez rozado el cielo, se podía caer de

muy arriba.

Tenía una mirada inteligente y perspicaz, pero él se preguntaba cuánto vería en realidad y cuánto se estaba perdiendo.

Parecía relajada, pero eso significaba poco: probablemente él también daba la impresión de estar tranquilo.

Gamache desvió la mirada hacia la atestada sala del Palais de Justice, en el casco antiguo de Montreal. Casi todos los que podrían haber estado allí habían decidido quedarse en casa. Algunos, como Myrna, Clara y Reine-Marie, iban a ser llamados como testigos y no querían aparecer por ahí hasta que fuera absolutamente obligatorio. Otros (Olivier, Gabri, Ruth) sencillamente no querían dejar Three Pines y recorrer el largo camino hasta la agobiante ciudad para revivir aquella tragedia.

Pero su segundo, Jean-Guy Beauvoir, sí estaba presente, al igual que la inspectora Isabelle Lacoste, jefa del Departamento de Homicidios.

Ambos estaban emplazados para declarar... aunque era probable que ese plazo no llegara a cumplirse.

Gamache volvió a buscar con la vista al fiscal Barry Zalmanowitz, pero por el camino volvió a toparse con la mirada de la juez Corriveau y, para su desazón, ella ladeó levemente la cabeza y entornó los ojos también levemente.

¿Qué vería en él? ¿Habría captado esa juez novata justamente lo que trataba de ocultar, lo que quería esconder a toda costa?

Si era así, estaba seguro de que lo malinterpretaría: daría por hecho que le preocupaba la culpabilidad de la persona acusada.

Pero él no abrigaba la menor duda acerca de eso: sabía perfectamente que era culpable, sólo le daba un poco de miedo que algo saliera mal y acabara en libertad, pese al evidente peligro que representaba alguien con tanta astucia.

Observó al fiscal volver a su mesa, ponerse las gafas y

entregarse a la lectura cuidadosa —casi se podría decir dramática— de un papel.

Probablemente era una hoja en blanco, o una lista de la compra, se dijo. En todo caso, de seguro era parte del decorado: una voluta de humo, un fragmento de un espejo roto.

Los juicios eran tan teatrales como las misas, y desde aquel estrado casi podía oler el incienso y oír la campanilla del altar.

El jurado, que aún no languidecía bajo los efectos del calor, seguía, cómo no, cada movimiento del fiscal, pero éste no era el protagonista del drama: ese papel lo interpretaba, entre bambalinas, alguien que casi con toda seguridad no pronunciaría una sola palabra.

El fiscal se quitó las gafas y Gamache oyó el frufrú de la toga de seda de la juez, que se había removido en el asiento con impaciencia apenas disimulada: puede que el jurado cayera en la trampa, pero ella no. Y el jurado, por su parte, tampoco se dejaría engañar durante mucho más tiempo: sus integrantes eran demasiado listos para eso.

—Tengo entendido que la persona acusada confesó, ¿no es así? —preguntó el fiscal mirando por encima de las gafas, como un profesor, al jefe de la Sûreté.

—Se produjo una confesión, sí.

—¿Durante un interrogatorio formal, superintendente jefe?

Gamache reparó en que hacía énfasis en su cargo, como dando a entender que alguien que estaba tan arriba en el escalafón no podía permitirse cometer errores.

—No, acudió a mi casa y confesó... por iniciativa propia.

—¡Protesto! —exclamó el abogado defensor poniéndose en pie de un salto, aunque con cierto retraso en opinión de Gamache—. Eso es irrelevante: mi cliente nunca ha confesado la autoría del asesinato.

—Cierto, la confesión de la que estamos hablando no se refería al crimen —repuso el fiscal—, pero sí condujo

directamente a la imputación, ¿no es así, superintendente jefe?

Gamache miró a la juez Corriveau a la espera de su dictamen sobre la protesta.

Ella titubeó.

—Denegada —declaró al fin—, puede responder.

—Esta persona acudió por iniciativa propia a mi casa —insistió Gamache—, y sí, la confesión fue clave para que presentáramos cargos en su contra.

—¿Le sorprendió que fuera a su casa?

El abogado defensor se puso en pie una vez más.

—Protesto, señoría: la pregunta es subjetiva e irrelevante. ¿Qué importancia puede tener el hecho de que *monsieur* Gamache se llevara una sorpresa o no?

—Se admite. —La juez Corriveau se volvió nuevamente hacia Gamache—. No conteste a eso.

Gamache no tenía la menor intención de responder. La juez hacía bien al admitir la protesta; era una cuestión subjetiva... aunque, en su opinión, no del todo irrelevante.

¿Se había llevado una sorpresa?

Al ver a aquella persona en el porche de su casa de Three Pines se había sorprendido, desde luego. Le había costado saber de quién se trataba porque llevaba un grueso chaquetón y la capucha puesta (¿era hombre o mujer, joven o vieja?). Aún le parecía oír cómo la gélida lluvia de noviembre, transformada en granizo, repiqueteaba sobre su casa.

Recordar aquello en mitad de aquel sofocante mes de julio lo hizo estremecerse.

Sí, había sido una sorpresa, no se esperaba aquella visita.

En cuanto a lo que ocurrió después, la palabra «sorpresa» resultaba insuficiente para describirlo.

—No quiero que mi primer caso de homicidio acabe en un tribunal de apelación —dijo la juez Corriveau en voz baja, de forma que sólo Gamache pudiera oírla.

—Creo que ya es tarde para eso, señoría. Este caso dio comienzo en el Alto Tribunal y sin duda acabará allí.

La juez Corriveau se removió en el asiento. Trataba de ponerse cómoda una vez más, pero algo había cambiado tras aquel extraño intercambio privado.

Estaba acostumbrada a las palabras, ya fueran crípticas o no; era la expresión de los ojos de Gamache lo que la desconcertaba. Se preguntaba si él era consciente.

Aunque no habría sabido decir con precisión de qué se trataba, sí sabía que el superintendente jefe de la Sûreté no debería tener ese gesto, menos aún estando en el estrado en un juicio por asesinato.

Nunca lo había tratado personalmente. Conocía su reputación y a lo largo de los años se habían cruzado muchas veces en los pasillos del Palais de Justice, pero eso era todo.

Estaba convencida de que encontraría muy desagradable a ese cazador de seres humanos que se ganaba la vida con la muerte; no causándola directamente, pero sí sacando provecho de ella.

Sin asesinatos, Gamache no sería nadie.

Recordaba uno de esos encuentros fortuitos cuando él aún era inspector jefe de Homicidios en la Sûreté y ella, abogada defensora. Se habían cruzado en un pasillo y ella lo había mirado a los ojos (unos ojos penetrantes, atentos, reflexivos...) y también entonces había captado algo más en ellos.

Luego, él se había alejado inclinando levemente la cabeza para escuchar mejor a su compañero, un hombre más joven que, como ella sabía muy bien, era su segundo. Podía verlo allí mismo, en la sala del tribunal.

Un ligero aroma a sándalo y a agua de rosas, apenas distinguible, había quedado flotando en el aire en aquel pasillo.

Al volver a casa, se lo había contado a su esposa:

—Lo he seguido y he entrado unos minutos a la sala del

juicio para escuchar su declaración.

—¿Y por qué?

—Porque sentía curiosidad. Nunca he tenido que enfrentarme a él, pero he pensado que debía hacer los deberes por si eso ocurriera algún día. Además, me sobraba algo de tiempo...

—Bueno, ¿y qué tal? Espera, déjame adivinarlo. —Joan frunció la nariz y soltó—: «Pues sí, este miserable se cargó a aquel tipo. No sé por qué malgastan el tiempo con un juicio, panda de gallinas pulgosas... ¡A la horca con él!».

—Increíble —bromeó Maureen—. ¿Estabas allí o qué? Porque, en efecto, se transformó en Edward G. Robinson.

Joan se echó a reír.

—Aun así, ni Jimmy Stewart ni Gregory Peck llegaron nunca a inspector jefe de Homicidios —dijo.

—Bien visto, pero también ha citado una frase de la hermana Prejean —explicó Maureen, refiriéndose a la autora del libro en el que se basó la película *Pena de muerte*, de Tim Robbins.

Joan bajó el libro que tenía entre las manos.

—¿En un juicio?

—En su declaración.

Gamache se había sentado en el estrado, sereno y relajado, pero no indiferente. Tenía un aspecto distinguido, aunque a primera vista no podría decirse que fuera un hombre apuesto. Era un tanto corpulento y llevaba un traje bien cortado. Se lo veía muy erguido en el asiento, atento, respetuoso.

Tenía el pelo corto y veteado de gris, e iba bien afeitado. Tenía una profunda cicatriz en la sien que ella había podido distinguir incluso desde la galería.

Y había pronunciado aquellas palabras:

«Ningún hombre es tan malo como el peor acto que haya podido cometer».

—No entiendo, ¿qué pretendía citando a aquella activista? —

preguntó Joan—. Y esa frase, nada menos.

—Yo diría que ha sido un sutil llamamiento a la clemencia.

—Vaya... —Joan se quedó pensativa y poco después añadió —: Por supuesto, lo contrario también es cierto: «Nadie es tan bueno como el mejor de sus actos».

Y ahora la juez Corriveau estaba sentada en el estrado, ataviada con su toga, impartiendo justicia y tratando de hacerse una idea de lo que tramaba el superintendente jefe Gamache.

Nunca antes había estado tan cerca de aquel hombre durante tanto rato. La profunda cicatriz en la sien seguía ahí, y ahí seguiría para siempre, por supuesto: era como si su trabajo hubiera marcado a fuego al tal Gamache. De cerca se distinguían unas finas arrugas que irradiaban desde su boca y sus ojos: eran las huellas que dejaba la vida... y la risa, como bien sabía ella, que también las tenía.

Era un hombre en la cúspide de su carrera, contento consigo mismo, en paz con lo que había hecho y con lo que debía hacer en ese momento.

Pero ¿y la expresión de sus ojos?

La expresión que había captado tanto tiempo atrás en aquel pasillo había sido tan inesperada para ella que había decidido seguirlo para escuchar su declaración.

Era bondad.

Pero lo que veía ahora no era eso, sino preocupación. No tenía dudas, se dijo, pero estaba preocupado.

Y de repente también ella lo estaba, aunque no habría sabido decir por qué.

Ambos volvieron a centrar su atención en el fiscal: estaba jugueteando con un bolígrafo, pero ella lo miró con severidad y él se enderezó de inmediato y dejó el boli sobre la mesa.

—Permítame reformular la pregunta, señoría —dijo finalmente—. ¿Cuándo empezó a abrigar sospechas?

—Al igual que en la mayoría de los asesinatos —repuso Gamache—, mucho antes del acto en sí.

—¿De modo que sabía que tendría lugar un asesinato... incluso antes de la muerte?

—*Non*, eso no.

«¿No?», se preguntó Gamache. Se había hecho la misma pregunta todos los días desde que habían descubierto el cuerpo; o más bien, se había preguntado cómo era posible que no se lo hubiera imaginado.

—Pues se lo pregunto una vez más, superintendente jefe: ¿cuándo lo supo?

Había cierto tono de impaciencia en la voz de Zalmanowitz.

—Supe que algo no andaba bien cuando aquel personaje con hábito negro apareció en la plaza del pueblo.

Eso produjo un gran revuelo. Los reporteros, situados en el otro extremo de la sala, se inclinaron sobre sus ordenadores portátiles. Gamache, desde el estrado de los testigos, los oyó teclear ese moderno código Morse que indicaba noticias urgentes.

—Supongo que con «pueblo» se refiere a Three Pines —dijo el fiscal mirando a los periodistas como si el hecho de que conociera el nombre del pueblecito donde vivía Gamache, y donde había muerto la víctima, fuera digno de mención—. Queda al sur de Montreal, junto a la frontera con Vermont, ¿no es así?

—*Oui*.

—Y es bastante pequeño, según tengo entendido.

—*Oui*.

—¿Bonito? ¿Apacible, incluso?

Zalmanowitz se las apañó para que «bonito» sonara a mediocre y «apacible», a aburrido. Pero Three Pines no era ninguna de las dos cosas, ni mucho menos.

Gamache asintió.

—Sí, es muy bonito.

—Y remoto.

El fiscal también consiguió que ese «remoto» sonara desagradable, como si la vida se volviera menos civilizada a medida que uno se alejaba de la gran ciudad. Y eso podía ser cierto, se dijo Gamache, pero él había visto los resultados de esa supuesta civilización y sabía que en las ciudades habitaban tantas bestias como en los bosques.

—No tan remoto como aislado —explicó—. Básicamente, la gente suele llegar a Three Pines porque se ha perdido. No es la clase de lugar por el que uno pasa cuando se dirige a otro sitio.

—¿No está de camino a ninguna parte?

Gamache estuvo a punto de sonreír: el fiscal probablemente había pretendido que sonara ofensivo, pero en realidad había acertado.

Reine-Marie y él habían decidido vivir en Three Pines justamente porque era bonito y difícil de encontrar: era un refugio, un escudo frente a las preocupaciones y la crueldad del mundo que él tenía que afrontar todos los días y que se extendía más allá del bosque.

Allí habían encontrado una casa que habían transformado en su hogar, entre los pinos y la vegetación perenne, entre las tiendecitas y los pocos habitantes del lugar, que poco a poco se habían convertido en amigos y luego en familia.

Y así, cuando aquella criatura de negro había aparecido de la nada en la bonita y apacible plaza de Three Pines, desplazando a los niños que jugaban, había resultado, más que una rareza o una simple intrusión, una profanación en toda regla.

Gamache recordaba que, de hecho, se había sentido inquieto desde la noche anterior, cuando el personaje de negro se había presentado en la fiesta de Halloween que se celebraba anualmente en el *bistrot*.

Aunque la verdadera alarma no se disparó hasta el día

siguiente, cuando miró por la ventana de su dormitorio y comprobó que, en vez de irse a la cama como todo el mundo, seguía allí, plantado en la plaza, observando fijamente el hostal.

Observando.

Y ahora, meses después, Gamache miró al fiscal general, vestido de toga negra; se volvió hacia los abogados defensores, todos con togas negras, y finalmente contempló a la juez —justo a su lado, aunque un poco por encima—, también enfundada en una toga negra...

Y todos lo observaban.

Por lo visto, no había escapatoria posible de los personajes vestidos de negro, pensó.

—En realidad, todo empezó la noche anterior —rectificó—, en la fiesta de Halloween.

—Ah, ¿iban todos disfrazados?

—Todos no, no era obligatorio.

—¿Y usted? —quiso saber el fiscal.

Gamache lo fulminó con la mirada: no era una pregunta pertinente, sólo pretendía infligirle una pequeña humillación.

—Decidimos disfrazarnos unos de otros.

—¿Se refiere a usted y su esposa? ¿Se vistió de mujer, superintendente jefe?

—No exactamente. Sacamos nombres de un sombrero y a mí me tocó disfrazarme de Gabri Dubeau, quien regenta la fonda local con su compañero Olivier.

Con la ayuda de Olivier, Armand se había puesto un kimono y las zapatillas rosas y peludas que eran la seña de identidad de Gabri. Era un disfraz fácil e increíblemente cómodo.

A su mujer, Reine-Marie, le había tocado transformarse en Clara Morrow. Clara era una retratista de enorme éxito, aunque daba la sensación de que sobre todo se pintaba a sí misma, porque siempre iba llena de manchas de pintura.

Reine-Marie se había alborotado el pelo hasta dejarlo casi de punta y se había incrustado unas galletitas y un sándwich de mantequilla de cacahuete entre los mechones; finalmente, se había dado unos toques de pintura por todo el cuerpo.

Por su parte, Clara se había disfrazado de su mejor amiga, Myrna Landers. A todos les había preocupado un poco que apareciera con la cara negra, aunque Myrna había dicho que no se ofendería siempre y cuando se pintara el cuerpo entero.

Por una vez, sin embargo, Clara no se había cubierto de pintura. En vez de eso, lucía un caftán hecho a base de cubiertas de libros viejos.

Myrna era una psicóloga de Montreal jubilada que llevaba la librería contigua al *bistrot*, donde vendía libros nuevos y de ocasión. Clara tenía la teoría de que los lugareños fabricaban problemas sólo para poder ir a contárselos.

—¿Que ellos fabrican problemas? —había repetido la vieja poeta Ruth mirándola fijamente—. ¿Y qué dices de ti? ¡Tú has llenado un almacén entero de problemas; casi has monopolizado el mercado!

—Yo no fabrico problemas —repuso Clara.

—¿Lo dices en serio? Estás a punto de celebrar una gran exposición en solitario y lo único que tienes es pura basura. Si eso no es un problema, ya me dirás qué es.

—No es basura —replicó Clara, aunque ninguno de sus amigos la respaldó.

Gabri había acudido a la fiesta de Halloween disfrazado de Ruth. Tras encasquetarse una peluca gris, se había maquillado la cara hasta parecer un demonio salido de una película de terror. Llevaba un jersey apolillado y lleno de bolitas, y un pato de peluche en brazos.

Luego se había pasado la noche entera bebiendo whisky y recitando versos en voz baja:

En la colina se alza la cabaña
sola, las puertas abiertas,
pero el perro no ladra,
ni el cerdo gruñe detrás de su cerca…

—¡Eso no es mío, pedazo de mierda! —soltó Ruth, que lucía un jersey apolillado y lleno de bolitas y llevaba en brazos un pato de verdad.

—«Tan sólo una brizna de hierba ondeaba —declamó Gabri— como un estandarte, libre y audaz…».

—¡Basta! —espetó Ruth haciendo ver que se tapaba las orejas—. ¡Vas a asesinar a mi musa!

—«Y me pregunto si no anunciaba —continuó Gabri— que una cebolla ya iba a brotar».

Pronunció la última palabra arrastrando las sílabas e incluso a Ruth se le escapó la risa. En sus brazos, *Rosa*, la pata, musitó:

—Caca, caca, caca…

—Me he pasado un rato componiéndola —había comentado Gabri—, pero esto de la poesía tampoco es tan complicado.

En la sala del tribunal, el fiscal general dijo:

—Y eso fue el 31 de octubre del año pasado…

—*Non*, fue el 1 de noviembre. En la noche de Halloween solemos quedarnos todos en casa para darles caramelos a los niños que van de puerta en puerta, así que siempre celebramos nuestra fiesta la noche siguiente.

—El primer día de noviembre… ¿Y quién más estaba allí, aparte de los lugareños? —preguntó el fiscal.

—Matheo Bissonette y su mujer, Lea Roux.

—*Madame* Roux, la política —puntualizó el fiscal—. Una figura muy prometedora en su partido, según tengo entendido.

Monsieur Zalmanowitz oyó de nuevo, a sus espaldas, el teclear de los portátiles: un canto de sirena, prueba de que sus comentarios aparecerían en las noticias.

—Sí —confirmó Gamache.

—¿Eran amigos suyos? ¿Se alojaban en su casa?

Por supuesto, el fiscal general ya conocía las respuestas a esas preguntas: las planteaba en beneficio de la juez, del jurado... y de los periodistas.

—*Non*, yo apenas los conocía. Estaban allí con sus amigos Katie y Patrick Evans.

—Ah, sí, los Evans... —El fiscal miró hacia la mesa de la defensa y de nuevo a Gamache—. El contratista y su esposa arquitecta. Construían casas de cristal, según tengo entendido. ¿Amigos suyos también?

—También meros conocidos —corrigió Gamache con firmeza: no le gustó la insinuación.

—Por supuesto —dijo Zalmanowitz—. ¿Y qué hacían en el pueblo?

—Se trataba de su reunión anual. Son amigos de la facultad: estaban en la misma clase en la Universidad de Montreal.

—¿Y todos tienen ahora poco más de treinta años?

—*Oui*.

—¿Cuánto tiempo llevan yendo a Three Pines?

—Cuatro años. Siempre en la misma semana, a finales de verano.

—Excepto este año, que fueron a finales de octubre.

—*Oui*.

—Una época un poco rara para ir de visita, ¿no cree? Ya no se ven los colores otoñales, pero tampoco hay nieve para esquiar. Es bastante deprimente, ¿no?

—A lo mejor así les salían más baratas las habitaciones de la fonda —repuso Gamache con cara de estar intentando ser útil —. Es un alojamiento muy bonito.

Esa misma mañana, a primera hora, cuando se disponía a emprender el trayecto en coche hasta Montreal, Gabri, el dueño del hostal y del *bistrot*, se había acercado corriendo con una

bolsa de papel de estraza y un vaso de cartón.

—Si tienes que mencionar la fonda, ¿podrías decir que es un sitio precioso... o mejor aún, describirlo como un lugar encantador?

Había señalado con un gesto la fachada del edificio. No sería ninguna mentira: la antigua casa de postas que se alzaba frente a la plaza ajardinada del pueblo, con su galería y su tejado a dos aguas, era, en efecto, encantadora, especialmente en verano. Al igual que la gran mayoría de las casas de Three Pines, tenía un jardín en la parte delantera con rosales, lavandas y racimos colgantes de dedaleras rodeadas de fragantes polemonios.

—Pero no vayas a decir «prodigioso», ¿eh? —aconsejó Gabri —. Suena un tanto forzado.

—Y no queremos eso —coincidió Gamache—. Oye, ¿sabes que se trata de un juicio por asesinato, verdad?

—Sí, claro que sí —repuso Gabri muy serio mientras le tendía el café y los *croissants*.

Y ahora Gamache estaba ahí, en el juicio, escuchando a Barry Zalmanowitz, el fiscal.

—Inicialmente, ¿qué fue lo que llevó a los antiguos compañeros de clase hasta Three Pines? —quiso saber *monsieur* Zalmanowitz—. ¿Se habían perdido?

—No, Lea Roux y la doctora Landers se conocen desde hace mucho: Myrna Landers solía hacerle de canguro. Lea y Matheo ya la habían visitado varias veces y el pueblo les gustaba, se lo mencionaron a sus amigos y se convirtió en el lugar elegido para su reunión anual.

—Ya veo. De modo que Lea Roux y su marido fueron quienes instigaron a los demás... —Consiguió que aquello sonara sospechoso—. Con la ayuda de *madame* Landers, claro.

—De la doctora Landers, sí; pero no hubo «instigación»: era una reunión perfectamente normal.

—¿En serio? ¿Le parece «perfectamente normal» lo que pasó?

—Hasta noviembre pasado, sí.

El fiscal general asintió con una expresión que pretendía ser perspicaz, como si no creyera del todo al superintendente jefe Gamache.

A la juez Corriveau le pareció una ridiculez, pero advirtió que el jurado se lo tragaba.

Y una vez más se preguntó por qué querría el fiscal dar esa impresión con su propio testigo.

Con el jefe de la Sûreté, por el amor de Dios.

Poco a poco, el día iba subiendo de temperatura, lo mismo que la sala del tribunal. La juez miró los viejos aparatos de aire acondicionado que pendían en las ventanas. Estaban apagados, cómo no: demasiado ruidosos, demasiado molestos.

Pero el calor también se estaba volviendo molesto, y ni siquiera era mediodía.

—¿Cuándo empezó a pensar, superintendente jefe, que ocurría algo fuera de lo normal?

El fiscal volvía a hacer hincapié en el cargo de Gamache, pero ahora su tono sugería cierto grado de incompetencia.

—En realidad, empecé a pensarlo durante aquella fiesta de Halloween en el *bistrot* —respondió Gamache ignorando la provocación—. Algunos de los presentes se habían puesto antifaz, pero la mayoría resultaban reconocibles, sobre todo cuando hablaban. Sin embargo, no era así en un caso: uno de los invitados llevaba una especie de hábito negro con la capucha puesta, una máscara también negra, guantes y botas.

—Vaya, debía de parecerse a Darth Vader —comentó el fiscal, y se oyeron risitas en la galería.

—Al principio creíamos precisamente eso; pero no, no era un disfraz de *La guerra de las galaxias*.

—¿Y de qué supusieron que iba disfrazado?

—Reine-Marie... —Gamache se volvió hacia los miembros del

jurado—...mi esposa —aclaró, y ellos asintieron— nos planteó que podía tratarse del padre de Mozart en la película *Amadeus*, pero ese personaje lucía un sombrero muy particular, y la persona de la que hablo sólo llevaba la capucha puesta. Myrna sugirió que podía tratarse de un disfraz de jesuita, pero no llevaba ninguna cruz...

Y luego estaba su actitud: mientras la gente disfrutaba de la fiesta, el invitado de negro permanecía absolutamente inmóvil.

La gente no tardó mucho en pasar de él. Dejaron de preguntarle de qué iba disfrazado y de intentar adivinar quién era. Se dedicaron a lo suyo y, a medida que avanzaba la velada, fue abriéndose un espacio a su alrededor: era como si habitara en su propio mundo, en su propio universo, donde no había ni fiesta de Halloween ni gente que lo pasaba bien, ni risas ni amistad.

—¿Qué creyó usted?

—A mí me pareció que era la Muerte —respondió Gamache.

A esas alturas reinaba el silencio en la sala.

—¿Y qué hizo?

—Nada.

—¿En serio? ¿La Muerte acude de visita y el jefe supremo de la Sûreté, antiguo inspector jefe de Homicidios, no hace nada?

—Era una persona con un disfraz —puntualizó Gamache pacientemente.

—Eso se dijo a sí mismo aquella noche, supongo —repuso el fiscal—. ¿Y cuándo se dio cuenta de que era realmente la Muerte? Déjeme adivinarlo... ¿cuando se encontró frente al cadáver?

2

No. La presencia de aquel personaje de negro en la fiesta de Halloween había sido desconcertante, pero Gamache sólo había empezado a pensar que algo iba mal a la mañana siguiente, cuando se asomó a la ventana de su dormitorio para contemplar el húmedo día de noviembre.

—¿Qué estás mirando, Armand? —le preguntó Reine-Marie, su mujer, cuando salió de la ducha.

Se acercó a él y frunció el ceño al mirar por la ventana.

—¿Qué demonios hace ahí? —preguntó en voz baja.

Terminada la fiesta, la gente se había marchado a casa a acostarse, pero el invitado del hábito negro se había quedado atrás, en la plaza del pueblo, justo donde seguía plantado, con la capucha puesta, observando.

Gamache no podía verlo bien desde ese ángulo, pero sospechaba que aún llevaba puesta la máscara.

—No lo sé —le respondió a Reine-Marie.

Era sábado por la mañana, así que se vistió con ropa informal: pantalones de pana, camisa y un jersey grueso. Estaban a principios de noviembre y el frío empezaba a calar. El día había amanecido gris, como solía pasar en esa época del año, tras el reluciente sol y las relucientes hojas otoñales de octubre.

Noviembre era un mes de transición, una especie de purgatorio: el aliento frío y húmedo entre la agonía y la muerte misma, entre el otoño y el pleno invierno.

No era el mes favorito de nadie.

Se puso las botas de agua y salió de la casa dejando a *Henri*,

su pastor alemán, y a esa cosita a la que habían llamado *Gracie* mirándolo fijamente, desconcertados: no era habitual que no los llevara consigo.

Hacía más frío del que esperaba, más frío incluso que la noche anterior.

Antes de llegar a la plaza ya tenía las manos heladas; se arrepintió de no haber cogido los guantes y el gorro.

Pero siguió caminando hasta plantarse delante del personaje de negro.

Llevaba puesta la máscara. Sólo se le veían los ojos, e incluso éstos estaban ocultos por una especie de velo.

—¿Quién eres? —preguntó.

Usó un tono tranquilo, casi amistoso, como si aquello fuera una conversación cordial, una situación perfectamente razonable.

No hacía falta mostrarse hostil: ya habría tiempo para eso más adelante, de ser necesario.

Aquel ser, sin embargo, permaneció en silencio, no del todo impasible ni inexpresivo porque transmitía cierto aire de confianza, incluso de autoridad. Era como si se sintiera con derecho a estar allí, como si aquel lugar le perteneciera.

Aunque Gamache sospechaba que, más que la persona en sí, eran el atuendo y el silencio los que producían aquella sensación.

Siempre lo sorprendía que el silencio fuera más eficaz que las palabras cuando se buscaba desconcertar, pero él no podía darse el lujo de quedarse callado.

—¿A qué has venido? —preguntó primero en francés y luego en inglés.

Después esperó diez segundos, veinte, cuarenta y cinco...

En el *bistrot*, Myrna y Gabri observaban a través de la ventana

de cristal emplomado a las dos personas frente a frente en la plaza.

—Bien —dijo Gabri—, Armand lo echará de allí.

—Pero ¿quién es? —quiso saber Myrna—. Anoche estaba en tu fiesta...

—Sí, pero no tengo ni idea, y Olivier tampoco.

—¿Has acabado? —preguntó Anton, el lavaplatos y ayudante de camarero de las mañanas.

Iba a coger el plato de Myrna, en el que ya sólo había algunas migajas, pero se detuvo y se quedó mirando fijamente como los demás.

Myrna levantó la vista hacia él. No llevaba mucho tiempo allí, pero se había adaptado rápido. Olivier lo había contratado para fregar los platos y poner las mesas, y Anton no había tardado mucho en dejarles claro que esperaba llegar a jefe de cocina.

—Sólo hay un cocinero —le había confiado a Myrna un día, mientras compraba libros de cocina antiguos en su tienda—, pero a Olivier le gusta dar la impresión de que dispone de todo un batallón.

Myrna se echó a reír. Parecía algo propio de Olivier: siempre intentando impresionar, incluso a la gente que lo conocía demasiado bien como para tragárselo.

—¿Tienes alguna especialidad? —preguntó ella al tiempo que apretaba las teclas de su vieja caja registradora.

—Me gusta la cocina canadiense.

Myrna había hecho una pausa para mirarlo. Rondaba los treinta y cinco, pensó. Sin duda demasiado mayor, y demasiado ambicioso, para limitarse a servir mesas. Por su forma de hablar se veía que había tenido una buena educación, y además vestía bien. Era esbelto y atlético. Llevaba el cabello castaño oscuro recortado en los lados y más largo en la zona superior de la cabeza, de forma que le caía sobre la frente haciéndolo

parecer más joven de lo que realmente era.

Desde luego era guapo, y un aspirante a chef.

De haber tenido ella veinte años menos...

Una chica tiene derecho a soñar, así que Myrna no se cortó:

—Cocina canadiense... ¿y eso qué es?

—Exacto —había dicho Anton sonriendo—. En realidad nadie lo sabe. Creo que es cualquier cosa oriunda de esta tierra y de sus ríos, y ahí fuera hay tantas cosas... Me gusta ir en busca de comida.

Lo había dicho con deliberada malicia, como un *voyeur* podría haber dicho: «Me gusta mirar».

Myrna se echó a reír, se sonrojó ligeramente y le cobró un dólar por dos libros de cocina.

Y ahora Anton, apoyado en la mesa del *bistrot*, miraba por la ventana junto a ella.

—¿Con quién está hablando Maurice Gamache? —susurró.

—¿No estabas en la fiesta anoche? —preguntó Gabri.

—Sí, pero estuve casi todo el tiempo en la cocina. Prácticamente no salí de allí.

Myrna desvió su mirada de la pareja en la plaza del pueblo para posarla en Anton. Una fiesta al otro lado de las puertas de vaivén y él atrapado allí, fregando platos. Era una situación propia de un melodrama victoriano.

Dio la sensación de que él le leía el pensamiento, porque sonrió.

—Podría haber salido, pero no me van mucho las fiestas. En la cocina estoy muy a gusto.

Myrna se limitó a asentir. Lo entendía perfectamente: ella más que nadie sabía que todos tenemos un sitio donde no sólo nos sentimos más cómodos, sino donde también somos más competentes. El suyo era la librería; el de Olivier, el *bistrot*; el de Clara, su estudio.

El de Sarah, la panadería... y el de Anton, la cocina.

Pero a veces la comodidad es una ilusión: se disfraza de refugio cuando en realidad es una prisión.

—¿Qué le está diciendo? —preguntó Anton tomando asiento y señalando a Gamache.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó Armand—. ¿Hay alguien con quien quieras hablar?

No hubo respuesta ni movimiento alguno, aunque Gamache distinguió una leve vaharada brotando de la máscara.

Una señal de vida.

Era constante, como la larga voluta de humo de un tren que avanza.

—Me llamo Armand Gamache. —Dejó que las palabras flotaran en el aire durante unos segundos—. Soy el superintendente jefe de la Sûreté du Québec. —¿Hubo un pequeño cambio en los ojos? ¿Lo había mirado aquella criatura durante unos instantes y luego apartado la vista?—. Aquí hace mucho frío —añadió frotándose las manos heladas—, podríamos entrar y tomar un café y unos huevos con beicon. Vivo justo ahí.

Señaló su casa y se preguntó si debería haberla identificado con más precisión, pero enseguida pensó que esa persona probablemente ya sabía dónde vivía. Al fin y al cabo, él acababa de salir de ahí; no era un secreto que digamos.

Esperó a que el personaje de negro respondiera a su invitación a desayunar mientras se preguntaba qué pensaría Reine-Marie cuando llegara a casa con su nuevo amigo.

Y, como no hubo respuesta, alargó la mano para cogerlo del brazo y persuadirlo de que lo acompañara.

En el *bistrot*, todas las conversaciones habían cesado y el

servicio matutino se había interrumpido bruscamente.

Clientes y camareros por igual miraban con atención a las dos personas plantadas en la plaza de Three Pines.

—Se va a llevar a ese tipo a rastras —comentó Olivier uniéndose a los demás.

Anton hizo ademán de levantarse, pero Olivier le indicó con un gesto que se quedara en su lugar. Ya no había prisa.

Todos observaron cómo el jefe de la Sûreté bajaba la mano sin llegar a tocar al personaje de negro.

• • •

Gamache se había quedado inmóvil y lo observaba mirar fijamente el *bistrot*, la librería, la panadería y el pequeño supermercado de *monsieur* Béliveau.

—Ándate con cuidado —le susurró finalmente.

Se dio la vuelta y regresó a casa.

Por la tarde, aquel extraño personaje de hábito negro seguía plantado en el mismo lugar.

Armand y Reine-Marie pasaron por su lado de camino a casa de Clara, en el otro extremo de la plaza del pueblo.

Igual que ellos, el resto de los habitantes de Three Pines se habían ido animando poco a poco a salir de sus casas para continuar con sus vidas, aunque cuidando de no aproximarse demasiado a la criatura de negro, alrededor de la cual parecía haberse erigido una especie de foso invisible.

Al pasar por la plaza, la gente caminaba más rápido de lo habitual mientras la miraba de reojo. No había niños jugando en el césped.

Henri, que iba sujeto con la correa, soltó un gruñido por lo bajo y se situó al otro lado de su dueño. Tenía el pelo del lomo

erizado y las enormes orejas hacia delante, pero acto seguido las echó hacia atrás sobre su gran cabezota que, admitámoslo, estaba un poco hueca.

Henri guardaba todo lo importante en su corazón; dentro de su cabeza había, sobre todo, galletitas.

En todo caso, era lo bastante listo como para mantenerse alejado del personaje de negro.

Gracie, hallada en un cubo de basura meses atrás junto a su hermano *Leo*, también iba sujeta con una correa y miraba a aquella criatura oscura fijamente, como hipnotizada, resistiéndose a moverse. Reine-Marie se vio obligada a cogerla en brazos y luego preguntó:

—¿No deberíamos decirle algo?

—Dejémoslo en paz —contestó Armand—, es posible que sólo quiera llamar la atención. Si no le hacemos caso, a lo mejor se marcha.

A pesar de aquellas palabras, Reine-Marie sospechaba que ése no era el motivo por el que su marido prefería ignorarlo: le parecía que no quería que ella se acercase demasiado, y francamente no se le habría ocurrido hacerlo.

A lo largo de la mañana se había sentido atraída varias veces hacia la ventana: confiaba en que aquel oscuro ser se hubiera marchado, pero en cada ocasión comprobaba que seguía allí, en la plaza de Three Pines, inmóvil, inamovible.

Sin saber cuándo, en algún momento había dejado de considerarlo una persona: cualquier rasgo de humanidad se había esfumado y se había convertido en «algo»; ya no era humano.

—Adelante —les dijo Clara al abrir—. Veo que nuestro visitante sigue ahí.

Intentó restarle importancia al asunto, pero estaba claro que aquella presencia también la perturbaba, igual que a ellos.

—¿Tienes idea de quién es, Armand?

—No, ojalá lo supiera, pero dudo que se quede mucho tiempo; probablemente se trata de una broma.

—Probablemente —repuso Clara—. He puesto las cajas nuevas en la sala de estar, junto a la chimenea —añadió dirigiéndose a Reine-Marie—. He pensado que podríamos abrirlas ahí.

Lo de «nuevas» no era del todo exacto.

Estaba ayudando a Reine-Marie en la ardua tarea (que se estaba volviendo interminable) de ordenar los supuestos archivos de la sociedad histórica de la región. En realidad, se trataba de cajas y más cajas de fotografías, documentos y prendas de ropa reunidos más de cien años atrás. Procedían de desvanes y sótanos, y habían sido recuperados en ventas de garaje y en sótanos de iglesias.

Reine-Marie se había ofrecido a organizar todo aquello. Era un marrón de los gordos, pero le encantaba. Había hecho carrera en los Archivos Nacionales de Quebec, de cuya biblioteca había sido la responsable, y, al igual que su marido, sentía pasión por la historia, en particular la de Quebec.

—¿Te quedas a comer con nosotras, Armand? —preguntó Clara. El olor a sopa llenaba la cocina—. He comprado una *baguette* en la panadería.

—*Non, merci*. Me voy al *bistrot* —añadió mostrando el libro que llevaba en la mano: su ritual de las tardes de los sábados era comer ante la chimenea del *bistrot* con un libro y una cerveza.

—No es de las que hace Jacqueline, ¿verdad? —comentó Reine-Marie señalando la *baguette*.

—No, es de Sarah, me he asegurado de ello. Aunque sí me he llevado unos brownies de Jacqueline. —Clara empezó a cortar la crujiente barra de pan—. ¿Hasta qué punto es importante que un panadero sepa cómo hacer una *baguette*?

—¿Aquí en Three-Pines? —respondió Reine-Marie—. Es

vital.

—Sí —concedió Clara—, yo también lo creo. Pobre Sarah: quiere dejarle la panadería a Jacqueline, pero no sé...

—Bueno, quizá con los brownies haya suficiente —intervino Armand—. No me parece una barbaridad probar a untarles brie...

Clara se estremeció al oírlo, pero luego lo pensó un momento. Quizá no estarían tan mal...

—Jacqueline sólo lleva aquí unos meses —recordó Reine-Marie—, a lo mejor le acaba pillando el truco.

—Sarah dice que, en lo que toca a las *baguettes*, o lo llevas dentro o no lo llevas —terció Clara—. Tiene que ver con el tacto y la temperatura de las manos.

—¿Deben estar calientes o frías? —quiso saber Armand.

—No lo sé —repuso Clara—. Ya era demasiada información para mí. Quiero creer que las *baguettes* son una cuestión de arte y de magia, no el producto de un fortuito talento innato. —Dejó el cuchillo del pan en la mesa—. La sopa ya está casi lista. Mientras se calienta, ¿os gustaría ver mis últimas obras?

No era propio de Clara ofrecerse a enseñar sus cuadros, y menos aún los que estaban en proceso. Armand y Reine-Marie cruzaron la cocina hacia el estudio con cierta renuencia. Sólo esperaban que su amiga hubiera hecho al menos algún progreso.

En la época en que Clara pintaba sus espectaculares retratos, ninguno de los dos habría dejado pasar la poco frecuente oportunidad de ver su trabajo, pero en los últimos tiempos había quedado claro que su idea de una obra «acabada» era muy diferente de la de los demás.

Armand se preguntaba qué vería Clara que ellos no lograban ver.

El estudio estaba sumido en la penumbra. Por las ventanas entreabiertas sólo entraba la luz procedente del norte, que en

un día nublado de noviembre como aquél era muy escasa.

—Ésos ya están acabados —dijo Clara señalando en la oscuridad unos lienzos apoyados contra la pared. Luego encendió la luz.

Reine-Marie tuvo que reprimirse para no preguntar: «¿Estás segura?».

Algunos retratos parecían casi terminados, pero el pelo era sólo un esbozo a lápiz, y las manos, meros borrones.

Los modelos eran reconocibles, en general: Myrna, Olivier...

Armand se acercó al de Sarah, la panadera.

Era el más completo. En el rostro que aparecía en la tela, lleno de líneas de expresión, reconoció enseguida ese deseo de ayudar tan propio de Sarah, y también la dignidad que se traducía en una actitud algo huraña. Clara se las había ingeniado para capturar la vulnerabilidad de la panadera: esa expresión que parecía sugerir el temor de que el espectador fuera a pedirle algo que no tenía.

Sí, la cara, las manos, la pose: todo estaba delicadamente logrado, y sin embargo... la bata carecía de todo detalle, estaba apenas esbozada. Era como si Clara hubiera perdido interés.

Gracie y *Leo*, su hermano de camada, jugaban en el suelo de hormigón y Reine-Marie se agachó para acariciarlos.

—¡¿Y eso qué es?!

Aquella voz quejica los sobresaltó.

Era Ruth. Estaba ahí plantada con *Rosa* en brazos y señalaba hacia el interior del estudio.

—Madre mía, es horrible... —soltó la vieja poeta—, ¡menudo desastre! ¡Llamarlo feo sería quedarse muy corto!

—Ruth —dijo Reine-Marie—, tú mejor que nadie deberías saber que la creación es un proceso...

—Y no siempre exitoso. Pero hablo en serio, ¿qué es?

—Se llama arte —dijo Armand—, y no tiene por qué gustarte.

—¿*Arte*? —Ruth parecía dudosa—. ¿De verdad? —Se agachó y añadió—: Ven aquí, *Arte*, ven.

Armand, Reine-Marie y Clara cruzaron miradas. Incluso tratándose de la vieja y demente Ruth, aquella actitud era un tanto extraña.

Y entonces, Clara se echó a reír.

—¡Se refiere a *Gracie*!

Señaló al animalito que rodaba por el suelo con *Leo*.

Aunque los habían encontrado juntos en la basura, *Leo* se estaba convirtiendo, bajo los cuidados de Clara, en un perro magnífico: dorado, con un pelaje corto sobre el atlético cuerpo y ligeramente más largo alrededor del cuello... a esas alturas, era un perro alto y desgarbado, pero ya majestuoso.

Gracie no tenía nada de eso, por no decir otra cosa. Era la más pequeñita de la camada... y tal vez ni siquiera fuera un perro.

La propia Reine-Marie no estaba segura al respecto cuando se la había llevado a casa meses atrás, y el paso del tiempo no había aclarado las cosas.

Era casi completamente calva excepto por algunos mechones de diferentes colores aquí y allá, y una de sus orejas se erguía con audacia mientras que la otra permanecía siempre doblada. Su cabeza parecía evolucionar a diario, pero su cuerpo había crecido muy poco. Algunos días, Reine-Marie incluso tenía la sensación de que *Gracie* se había encogido.

Pero tenía los ojos muy brillantes y parecía tener muy claro que la habían salvado de una muerte segura: su adoración por su dueña no tenía límites.

—¡Ven aquí, *Arte*! —dijo Ruth una vez más, y al ver que el bicho no le hacía caso se incorporó de nuevo—. Por lo visto no sólo es feo, sino también estúpido: no sabe ni su propio nombre.

—Es hembra, y se llama *Gracie* —intervino Armand.

—¿Y por qué me has dicho que se llamaba *Arte*? —protestó Ruth mirándolo como si el chiflado fuera él.

Regresaron a la cocina, Clara se puso a remover la sopa y Armand se encaminó hacia la puerta tras despedirse de Reine-Marie con un beso.

—No tan deprisa, Tintín —dijo Ruth—. No nos has hablado del espantapájaros que está en medio de la plaza. He visto que hablabais, ¿qué te ha dicho?

—Nada.

—¿Nada?

Era evidente que, para Ruth, el concepto de mantener la boca cerrada resultaba incomprensible.

—Pero ¿qué pretende? —preguntó Clara ya sin fingir que aquello le daba igual—. Ha pasado ahí toda la noche, ¿no puedes hacer nada?

—¿Por qué el cielo es azul? —inquirió Ruth—. ¿Es realmente italiana la pizza? ¿Alguna vez te has comido un lápiz?

Todos la miraron.

—¿Qué? ¿Esto no iba de hacer preguntas estúpidas? Por si te interesa, las respuestas a tus preguntas son: «quién sabe», «quién sabe» y «ni que estuviéramos en Edmonton»: seguro que os acordaréis de aquel dependiente de allí que no quiso atender a una mujer con burka «por cuestiones de seguridad».

—El tío de la plaza lleva una máscara —le dijo Clara a Armand, ignorando a Ruth—, eso no es normal. Seguramente no está bien de la cabeza.

Se llevó un dedo a la sien y lo hizo girar.

—No puedo hacer nada al respecto —respondió Gamache—: en Quebec no es ilegal cubrirse la cara.

—Eso que lleva encima no tiene nada que ver con un burka —puntualizó Clara.

—Ay, por favor —intervino Ruth—. ¿A qué viene tanto revuelo? ¿No habéis visto *El fantasma de la ópera*? Igual se pone

a cantar en cualquier momento y tenemos asientos de primera fila.

—No te estás tomando esto en serio, Ruth —repuso Clara.

—Por supuesto que sí, sólo que no soy tan miedosa como tú; aunque es cierto que la ignorancia me asusta un poco...

—¿Perdona? —le espetó Clara.

—La ignorancia —repitió Ruth pasando por alto, o fingiendo pasar por alto, el tono de advertencia en la voz de Clara— que te hace sentirte amenazada por todo aquello que es diferente o que simplemente no comprendes.

—Ah, y tú eres el símbolo mundial de la tolerancia, ¿no? —ironizó Clara.

—¡Venga ya! —replicó Ruth—. Hay una diferencia entre dar miedo y ser amenazador. Ese tío puede dar miedo, lo admito, pero en realidad no ha hecho nada, y si pretendiera hacer algo, probablemente ya lo habría hecho. —Se volvió hacia Gamache en busca de apoyo, pero él no dijo nada—. Alguien se pone un disfraz de Halloween a plena luz del día como una broma y todos os asustáis —continuó la poeta—. Bah, ya me imagino de qué lado habríais estado en aquel asunto de Salem.

—Tú te le has acercado más que cualquiera de nosotros —dijo Reine-Marie dirigiéndose a su marido—. ¿Quién crees que es?

Gamache bajó la vista hacia *Gracie* y *Leo*, entrelazados en el suelo y despatarrados junto a *Henri*, que roncaba y murmuraba en sueños. Él había envidiado a *Henri* muchas veces... hasta que le depositaban el pienso junto al cuenco del agua, ahí se acababa su envidia.

—Lo que yo crea no importa mucho —repuso—, estoy seguro de que se marchará pronto.

—No nos tomes por tontos —respondió Clara con una sonrisa que sólo consiguió suavizar levemente su tono de irritación—. Yo te he mostrado mis cartas —añadió señalando el estudio—,

ahora enséñame las tuyas.

—Sólo es una impresión —dijo él—, no significa nada. En realidad, no tengo ni idea de quién es o qué pretende.

—Armand —insistió Clara en tono de advertencia.

Gamache cedió por fin:

—Creo que es la Muerte —dijo mirando a Reine-Marie.

—¿La Parca? —cuestionó Ruth con una risotada—. ¿Acaso te ha señalado con un dedo torcido? —añadió apuntando con su propio dedo huesudo al superintendente jefe.

—No estoy diciendo que sea literalmente la Muerte —repuso él—, pero creo que quien sea que lleve ese disfraz quiere que establezcamos esa conexión: quiere que tengamos miedo.

—Y lo está consiguiendo —confesó Clara.

—Bueno, pues os equivocáis —dijo Ruth—: la Muerte no tiene ese aspecto, para nada.

—¿Y tú cómo lo sabes? —inquirió Clara.

—Porque somos viejos amigos. Me visita casi todas las noches y nos sentamos a charlar en la cocina. Se llama Miguel.

—¿El arcángel? —preguntó Reine-Marie.

—Sí. Todo el mundo piensa que la Muerte es una criatura horrible, pero en la Biblia es Miguel quien visita a los moribundos y los ayuda en sus últimos momentos, y es muy bello, con esas alas que lleva plegadas y ceñidas a la espalda para no andar tropezando con los muebles.

—A ver si lo he entendido bien... ¿el arcángel Miguel te visita por las noches? —preguntó Reine-Marie.

—A ver si lo he entendido bien —dijo Clara por su parte—, ¿es que ahora lees la Biblia?

—Yo lo leo todo —contestó Ruth, y luego se dirigió a Reine-Marie—. Y sí, me visita. Nunca se queda mucho rato porque está muy ocupado, pero sí se pasa a tomar algo y a cotillear sobre los otros arcángeles. Ese Rafael es todo un elemento, os lo digo yo: un viejales repugnante y amargado.

A uno de ellos se le escapó un «mmm».

—¿Y tú qué le dices? —quiso saber Gamache.

—Armand... —dijo Reine-Marie advirtiéndole que no provocara a la vieja Ruth, aunque ésa no era la intención de su marido, que sentía una curiosidad genuina.

—Le hablo de todos vosotros. Señalo vuestras casas y hago alguna sugerencia. A veces le leo un poema: «Tras recorrer a diario el camino recto que va / de la escuela al infierno de la farsa familiar —recitó levantando la cabeza hacia el techo en un esfuerzo por recordar las palabras— si aparece otra senda ¿a dónde irá / montando su bicicleta el pobre escolar?».

La miraron fijamente durante unos instantes, procesando aquellas palabras que los habían dejado sin aliento.

—¿Es tuyo? —preguntó Clara.

Ruth asintió y sonrió.

—Ya sé que es un proceso y, para ser franca, Miguel no es de mucha ayuda: prefiere las quintillas satíricas.

A Armand se le escapó una risotada.

—En fin, que hablamos un rato y después se marcha —concluyó Ruth.

—¿Y te deja allí, sin más? —preguntó Clara—. No parece muy lógico.

—Desde luego da que pensar —murmuró Reine-Marie.

—No me ha llegado la hora, ni mucho menos. Le gusta mi compañía porque no tengo miedo.

—Todos tenemos miedo de algo —intervino Armand.

—Me refería a que no le tengo miedo a la muerte —dijo Ruth.

—Me pregunto si la muerte no te tendrá miedo a ti —repuso Clara.

• • •

—Me llevaré dos de ésos, por favor —dijo Katie Evans señalando los brownies de chocolate cubiertos de malvaviscos fundidos.

Eran como los que recordaba de muchos años atrás.

—¿Y para usted, *madame*?

Jacqueline se volvió hacia la otra mujer: Lea Roux.

La había reconocido, pero eso era normal; cualquiera lo habría hecho: era diputada en la Asamblea Nacional y salía frecuentemente en las noticias y en programas de televisión de toda la provincia, donde la entrevistaban en inglés o francés. Era inteligente sin parecer pedante, graciosa sin resultar sarcástica, cálida sin ser empalagosa: era la nueva niña mimada de los medios.

Y ahora estaba ahí en la panadería, en carne y hueso.

En realidad, ambas clientas estaban ligeramente entradas en carnes... aunque, a decir verdad, eran más altas que robustas. En todo caso, sin duda tenían verdadera presencia y no les costaba gran cosa eclipsar a la menuda panadera. Pero ya podían hacer gala de toda la presencia que quisieran porque, en ese momento, Jacqueline tenía de su lado un excelente surtido de bizcochos y tartas, y eso, sospechaba Katie, la volvía más poderosa que cualquiera.

—Me parece... —dijo Lea estudiando el despliegue de delicias pasteleras tras el cristal— que me llevaré una de esas tartitas de limón y un milhojas.

—Es rarísimo —comentó Katie dirigiéndose a Sarah, la dueña de la panadería, que estaba reabasteciendo los estantes con galletas de almendra.

No hacía falta preguntar a qué se refería.

Sarah se limpió las manos en el delantal y asintió mirando por la ventana.

—Ojalá se marche pronto —dijo.

—¿Alguien sabe qué significa ese disfraz? —preguntó Lea,

primero a Sarah, que negó con la cabeza, y después a Jacqueline, que hizo otro tanto y luego desvió la mirada.

—Es muy inquietante —dijo Sarah—. No sé por qué nadie hace nada... Armand debería hacer algo.

—Dudo que nadie pueda hacer gran cosa, ni siquiera *monsieur* Gamache.

Lea Roux había dejado caer que conocía a Gamache como quien no quiere la cosa. Habían coincidido unas cuantas veces antes de que ella formara parte del comité que lo había confirmado como jefe de la Sûreté pero, en fin, ¿quién no lo conocía? Desde luego, casi todos los miembros del comité bipartito: no en vano había sido un alto cargo de la Sûreté durante años, y un campeón contra la corrupción.

No había hecho falta discutir mucho sobre el nombramiento, ni mucho menos debatirlo.

Así que, dos meses atrás, Armand Gamache había prestado juramento como nuevo superintendente jefe del cuerpo de policía más poderoso de Quebec y probablemente de todo Canadá.

Y sin embargo, como Lea Roux sabía bien, Gamache, pese a todo ese poder, no podía hacer nada con respecto a la criatura plantada en medio de la plaza de Three Pines.

—Esos pasteles también podéis pedirlos en el *bistrot* —mencionó Sarah cuando ya se iban, señalando las cajitas que llevaban en las manos—. Se los suministramos a Olivier y Gabri.

—*Merci* —contestó Katie—. Nos los llevamos a la librería para compartirlos con Myrna.

—Ah, pues a ella le encantan los brownies —aseguró Sarah —. Han sido un gran éxito desde la llegada de Jacqueline.

Miró a aquella mujer, mucho más joven que ella, como una madre orgullosa miraría a su hija.

Más allá del asunto de las *baguettes*, la llegada de Jacqueline

había supuesto la respuesta a sus plegarias: ya había dejado atrás los sesenta y cinco, y levantarse cada mañana a las cinco para hornear pan y luego pasarse el día de pie empezaba a resultar demasiado para ella.

Cerrar la panadería no era una opción, y tampoco quería jubilarse del todo...

Sólo necesitaba que otra persona se encargara del día a día.

Y entonces, tres meses atrás, había llegado Jacqueline.

¡Sólo con que aprendiera a hornear *baguettes*!

—Ay, qué buena pinta —comentó Myrna cuando se disponía a servir el té y Lea sacó los pasteles.

Acto seguido, acompañadas de Katie, tomaron asiento en el sofá y las butacas que estaban en torno a la estufa de leña de la librería de Myrna. Desde allí podían ver al personaje del hábito negro.

Tras comentar ese asunto unos minutos sin llegar a ninguna conclusión, cambiaron de tema para centrarse en el último proyecto de Katie: una casa de cristal en las islas de la Magdalena.

—¿En serio? —preguntó Myrna, aunque su sorpresa quedó ahogada por un bocado de brownie—. ¿En las «Maggies»?

—Sí, parece que ahora hay mucho dinero por allí. El negocio de la langosta debe de ir bien.

Lea arqueó una ceja, pero no dijo nada.

Sabía que otra mercancía completamente distinta estaba creando riqueza en ese lugar donde antes sólo había pobreza y arduo trabajo.

—Construir una casa de cristal en esas islas debe suponer todo un desafío —comentó Myrna.

Pasaron media hora hablando sobre el clima, la geografía y el diseño, y sobre la diferencia entre una casa de verdad y un

simple edificio. Esta última distinción le pareció fascinante a Myrna, que escuchaba con admiración a aquellas mujeres más jóvenes que ella.

Katie le interesaba y le caía bien, pero era con Lea, a quien había cuidado de niña, haciéndole de canguro durante varios años, con quien sentía un vínculo más estrecho.

En aquel entonces ella tenía veintiséis años, acababa de terminar la carrera y estaba reuniendo todo el dinero posible para pagar el préstamo que le había permitido estudiar. Lea, por su parte, tenía seis y era diminuta como un ratoncito. Sus padres se estaban divorciando y ella, hija única, estaba sumida en la incertidumbre; casi no podía salir de casa de puro terror.

Así que Myrna se había convertido en una especie de madre para ella, en su guardiana y mentora, y luego en una hermana mayor y una amiga. Y Myrna la quería mucho también.

—Deberías conocer a Anton —comentó mirando divertida cómo Lea devoraba los pasteles.

—¿Anton?

—Es el nuevo lavaplatos de Olivier.

—¿Les pone nombres a sus lavaplatos? —preguntó Katie con una sonrisa—. Yo al mío lo llamo Bosch.

—¿En serio? —dijo Lea—. El mío es Gustav, y le encantan las porquerías.

—Ja, ja —rio Myrna—. Anton es una persona, como bien sabéis, y quiere ser chef. Más precisamente, le interesa desarrollar una gastronomía basada únicamente en productos de esta zona.

—Árboles, me imagino, y hierba —bromeó Katie.

—Y anglocanadienses —añadió Lea—. Ñam, ñam. Ya en serio, me gustaría conocerlo: sé de algunos programas que podrían serle de ayuda.

—Lo siento —se disculpó Myrna—, deben de pedirte esas cosas constantemente...

—Me gusta ayudar —dijo Lea—, y si eso supone una comida gratis tanto mejor.

—Pues genial, ¿qué tal esta noche?

—Esta noche no puedo, vamos a cenar a Knowlton; pero ya organizaremos algo antes de marcharnos.

—¿Y eso cuándo será?

—En unos días —respondió Katie.

A Myrna, esa vaguedad en las fechas le pareció algo rara tratándose de gente que debía de planificar mucho su agenda.

• • •

Cuando la panadería finalmente quedó desierta y las galletas estuvieron en el horno, Jacqueline puso el temporizador.

—¿Te importa si...?

—Vete tranquila —repuso Sarah.

No era necesario que Jacqueline le dijera adónde iba, ella ya lo sabía y le parecía muy bien: si se casaba con el lavaplatos y él se convertía en chef, ambos tendrían el mejor pretexto del mundo para quedarse.

No se sentía orgullosa de esos pensamientos egoístas, pero tampoco era como si le deseara el mal a su ayudante: sabía que sin duda podían pasarle cosas mucho peores que casarse con Anton.

Ojalá Anton sintiera lo mismo por la pobre chica. «Quizá si supiera hornear *baguettes*...», se dijo Sarah mientras limpiaba el mostrador. Sí, a lo mejor eso lo solucionaría.

En su mundo, una buena *baguette* era una varita mágica que resolvía todos los problemas.

Jacqueline corrió a la puerta contigua, la de la cocina del *bistrot*. El sol se estaba poniendo y estarían preparándose para servir cenas, pero era un momento del día bastante tranquilo para un lavaplatos.

—Justo ahora iba a salir en tu busca —dijo Anton al verla llegar—, ¿has visto lo que sucede en la plaza?

—Es difícil pasarlo por alto.

Lo besó en ambas mejillas y él hizo otro tanto, pero por cortesía.

—¿No deberíamos decírselo a alguien? —le preguntó Jacqueline.

—¿Decirle qué? —preguntó él tratando de bajar la voz—. ¿A quién?

—A *monsieur* Gamache, por ejemplo.

—No —repuso Anton firmemente—. Prométeme que no lo harás; no sabemos qué está...

—Tenemos una idea bastante clara, Anton —zanjó ella.

—Pero no lo sabemos a ciencia cierta. —El joven bajó la voz cuando el chef se volvió para mirarlos—. Probablemente acabará marchándose.

Jacqueline tenía sus propios motivos para estar preocupada, pero por el momento parecía importarle más la reacción de Anton ante aquel asunto.

Armand estaba sentado en el *bistrot*, leyendo.

Notaba las miradas que se posaban en él, todas con el mismo mensaje:

«Haz algo, ¿cómo puedes permitir lo que está pasando en la plaza del pueblo? Haz que se termine de una vez...».

¿De qué servía tener de vecino al jefe de la Sûreté si no podía protegerlos?

Cruzó las piernas y escuchó el crepitar del fuego. Sintió el calorcillo, olió el humo de la madera de arce y siguió notando las miradas de sus vecinos.

Aunque había una cómoda butaca junto a la chimenea, se había instalado junto a la ventana, desde donde podía ver a la

criatura aquella plantada en medio de la plaza.

Al igual que Reine-Marie, se daba cuenta de que, conforme avanzaba el día, le parecía cada vez menos un ser humano y más una cosa.

Y él, más que nadie en el pueblo, sabía lo peligroso que era deshumanizar a una persona.

Porque lo único cierto era que, bajo aquel disfraz, había una persona.

No obstante, le interesaba observar sus propias reacciones, y tuvo que admitir que, en el fondo, también deseaba que aquella criatura... aquella persona se marchara; o mejor: quería salir y arrestarla.

¿Por qué?

Por perturbar la paz: su paz personal.

No servía de nada decirle a todo el mundo que no había nada que temer porque no sabía si era cierto; lo que sí sabía era que no había nada que él pudiera hacer: el mero hecho de que fuera el jefe de la Sûreté reducía, en lugar de aumentar, sus posibilidades de actuación.

• • •

Reine-Marie había estado a su lado el día de su nombramiento. Él iba de uniforme de gala, con charreteras, cordón y ceñidor dorados, y varias medallas en el pecho que lucía a regañadientes porque cada una le recordaba un suceso que habría preferido que no hubiera ocurrido nunca.

Pero se lo veía resuelto y decidido.

Su hijo y su hija, así como sus nietos, lo vieron levantar la mano y jurar: «Servicio, integridad y justicia».

Sus amigos y vecinos estaban entre el público que abarrotaba la majestuosa sala de la Asamblea Nacional.

Jean-Guy Beauvoir, su segundo tiempo atrás, y ahora su

yerno, tenía a su propio hijito en brazos.

Gamache le había pedido que volviera a trabajar con él, una vez más como segundo al mando.

—¡Ah, el tradicional nepotismo quebequés! —había ironizado el yerno.

—Sabes cuánto valoro la tradición —repuso él—, pero no se trata de eso. Me obligas a decirte que eres la persona idónea para el puesto, Jean-Guy, y el comité de ética está de acuerdo.

—Caramba, siento haberte obligado a decir algo tan incómodo para ti...

—No te preocupes. El caso es que la Sûreté se ha convertido en una meritocracia, así que no...

—¿Que no la cague?

—Iba a decir que no te olvidaras de los *croissants*, pero eso también encaja.

Y Jean-Guy había dicho: «*Oui, merci*», y días más tarde estaba ahí, observando al nuevo superintendente jefe Gamache estrechar la mano del presidente del Tribunal Supremo de Québec y luego volverse hacia el auditorio repleto.

Iba a ponerse al mando de un cuerpo de miles de agentes con el cometido de proteger una provincia que él mismo amaba, una provincia con unos habitantes a los que no consideraba víctimas ni amenazas potenciales, sino hermanos y hermanas a los que respetar y proteger... y a veces también arrestar.

—Por lo visto, el puesto consiste en algo más que en cócteles y almuerzos en clubes —le había comentado a Myrna durante una de sus tranquilas conversaciones.

De hecho, se había pasado los dos o tres últimos meses manteniendo intensas reuniones con los jefes de distintos departamentos, poniéndose rápidamente al corriente sobre el crimen organizado, el tráfico de drogas, los homicidios, los delitos cibernéticos, el blanqueo de dinero, los incendios provocados y diez o doce asuntos más.

Enseguida comprobó que el nivel de delitos era mucho más elevado de lo que imaginaba, y estaba empeorando.

Y lo que impulsaba el caos creciente era el negocio del narcotráfico.

Los cárteles.

De ahí nacían casi todos los otros males: los asesinatos, las agresiones, el blanqueo, la extorsión, los robos, las agresiones sexuales, la violencia sin sentido cometida por jóvenes desesperados, hombres y mujeres.

Las zonas urbanas deprimidas ya estaban infectadas, pero la cosa iba más allá: la podredumbre se estaba extendiendo hacia las áreas rurales.

Gamache ya sabía que había un problema creciente, pero hasta ese momento desconocía su alcance.

Como superintendente jefe, se pasaba los días inmerso en la vileza, la obscenidad, la tragedia, el espanto...

Y después se marchaba a casa, a Three Pines, su santuario, y una vez allí se sentaba con los amigos ante el fuego del *bistrot*, o con Reine-Marie en la intimidad de su sala de estar mientras *Henri* y la pequeña y divertida *Gracie* permanecían echados a sus pies.

A salvo.

Hasta que aquella criatura oscura se había plantado en la plaza del pueblo, negándose a irse, a desaparecer.

• • •

—¿Volvió a hablar con él? —preguntó el fiscal general.

—¿Para decirle qué? —preguntó el superintendente jefe Gamache desde el estrado de los testigos.

Desde allí podía ver que varias personas en la galería se abanicaban con hojas de papel, desesperadas por crear la más mínima brisa para aliviar el calor sofocante.

—Bueno, a lo mejor para preguntarle qué hacía allí.

—Ya lo había hecho, y en otras circunstancias usted me estaría preguntando por qué yo, un oficial de policía, acosaba a un ciudadano que se limitaba a estar de pie en medio de una plaza sin meterse con nadie.

—Un ciudadano enmascarado —puntualizó el fiscal.

—Le repito que llevar una máscara no es un delito —insistió Gamache—. Es extraño, sin duda, y no voy a decirle que me hiciera feliz, porque estaría mintiendo, pero no había nada que pudiera hacer.

Eso arrancó una oleada de murmullos: unos en tono de asentimiento, otros dando a entender que ellos habrían actuado de una forma distinta y que, sin duda, el superintendente jefe de la Sûreté debería haber hecho algo más.

Gamache reconocía la censura en aquellos murmullos, y comprendía por qué quienes los emitían pensaban así (¡qué fácil parecía todo estando en un juzgado ante hechos consumados!), pero lo cierto era que no habría podido hacer nada para evitarlo.

Es muy difícil detener a la Muerte una vez que ha abandonado el establo montada en su caballo amarillo.

—¿Qué hizo aquella noche?

—Cenamos, nos quedamos hasta tarde viendo la televisión y después *madame* Gamache se fue a dormir.

—¿Y usted?

—Me preparé un café y me lo llevé al estudio.

—¿Para trabajar?

—No encendí las luces, me senté en la oscuridad y observé.

• • •

Una figura oscura mirando a otra.

Allí sentado, Armand Gamache tuvo la impresión de que algo

había cambiado.

El personaje de negro se había movido, se había desplazado ligeramente.

Y ahora lo miraba a él.

—¿Cuánto tiempo permaneció usted allí?

—Una hora, quizá más. Era difícil ver algo: se trataba de una figura oscura sumida en la oscuridad de la noche. Cuando saqué a los perros para un último paseo, ya no estaba.

—De modo que aquel personaje pudo haberse marchado en cualquier momento, ¿no? Incluso poco después de que usted se sentara a observarlo. ¿De veras no lo vio marcharse?

—Así es, no lo vi.

—¿Es posible que se quedara dormido?

—Es posible, pero estoy acostumbrado a la vigilancia.

—A observar a otros, ya. Usted y ese personaje con hábito negro tienen eso en común —dijo Zalmanowitz.

El comentario sorprendió al superintendente jefe Gamache, que abrió mucho los ojos, pero finalmente asintió.

—Supongo.

—¿Y a la mañana siguiente?

—Había vuelto.

3

La juez Corriveau decidió que había llegado el momento de hacer una pausa para ir a comer.

El superintendente jefe iba a pasar muchos días en el estrado de los testigos, sometido a interrogatorios y contrainterrogatorios.

Para entonces hacía un calor sofocante en la sala y, de camino a la salida, la juez le pidió al ordenanza que encendiera el aire acondicionado durante el receso.

Aquella misma mañana, al ocupar su asiento, Maureen Corriveau se sentía agradecida de que su primer caso de asesinato como juez resultaría bastante sencillo, pero ya no lo tenía tan claro.

No era que no pudiera aplicar la legislación correspondiente: eso era fácil, pues la misma aparición de aquel encapuchado en el pueblo, si bien era extraña, quedaba cubierta por leyes bien claras.

Lo que la hacía sudar incluso más que aquel insoportable calor era el inexplicable antagonismo que había surgido de pronto, inesperadamente, entre el fiscal y su propio testigo.

Y no se trataba de un testigo cualquiera, un simple agente encargado de llevar a cabo una detención, sino del jefe supremo de toda la condenada Sûreté.

El fiscal, además, no sólo parecía estar cuestionando al superintendente jefe, sino buscándole las cosquillas, y eso a *monsieur* Gamache no le gustaba un pelo.

Quizá ella no tuviera mucha experiencia como juez, pero como abogada defensora había tenido que enfrentarse muchas

veces al comportamiento y a las reacciones de la gente, y sabía cómo captar los matices de su carácter.

Pero en aquella sala del Palacio de Justicia estaba ocurriendo algo que se le escapaba, y estaba decidida a averiguar qué era.

—¿Es cosa mía o este juicio está empezando a complicarse? —preguntó Jean-Guy Beauvoir cuando se unió a su jefe en el pasillo.

—En absoluto —repuso Gamache secándose la frente con el pañuelo—, todo va perfectamente.

Beauvoir se echó a reír.

—¿Quieres decir que todo es una *merde*?

—Exacto. ¿Dónde está Isabelle?

—Se ha adelantado para organizar las cosas en la oficina.

—Perfecto.

Isabelle Lacoste era la jefa del Departamento de Homicidios y había sido elegida personalmente por Gamache antes de que él dejara el puesto. Algunos se habían mostrado descontentos, e incluso hubo acusaciones de favoritismo, cuando se anunció quién sería su sucesora.

Todos estaban al corriente de la historia: Gamache había fichado a Lacoste unos años antes, cuando la Sûreté estaba a punto de prescindir de ella por ser diferente, por no tomar parte en las bravuconadas de los escenarios del crimen, por intentar comprender a los sospechosos en lugar de limitarse a quebrantarlos.

Por haberse arrodillado junto al cadáver de una mujer que acababa de morir y haberle prometido, en presencia de otros agentes, que la ayudaría a encontrar la paz.

La agente Lacoste había sido objeto de burlas, la habían ridiculizado y penalizado sutilmente, y por fin la habían hecho acudir al despacho de su supervisor, donde se encontró cara a

cara con el inspector jefe Gamache. Él, que ya había oído hablar de la extraña y joven agente de la que todos se reían, había acudido allí para conocerla.

Y en lugar de echarla, Gamache la había incorporado a la división más prestigiosa de la Sûreté du Québec, para gran disgusto de sus antiguos colegas.

Un disgusto que no había hecho más que aumentar a medida que había ido ascendiendo hasta convertirse en inspectora jefe.

Además, en lugar de responder a las críticas, como algunos le rogaban que hiciera, Lacoste se había limitado a hacer su trabajo.

Y como ella sabía con claridad cristalina, ese trabajo era bien simple, aunque nada fácil.

Consistía en encontrar a los asesinos.

El resto no era más que parloteo.

Al concluir la jornada, la inspectora jefe Lacoste se iba a casa con su marido y sus hijos pequeños, pero siempre se llevaba parte del trabajo y se preocupaba tanto por las víctimas como por los asesinos que seguían ahí fuera, igual que cuando iba a trabajar llevaba consigo a su familia y se preocupaba por la clase de sociedad con la que sus hijos iban a encontrarse cuando abandonaran la seguridad del hogar.

—Acaba de llegarme un mensaje de texto —comentó Beauvoir—: Isabelle se ha llevado a todo el mundo a la sala de reuniones y ha pedido bocadillos.

Daba la impresión de que Jean-Guy les atribuía la misma importancia a los bocadillos que a la propia reunión.

—*Merci* —dijo Gamache.

A la hora de comer, los pasillos se iban llenando de procuradores, testigos y espectadores conforme las salas del Palais de Justice iban vaciándose.

Y aquí y allá se distinguían varias figuras enfundadas en sus togas negras.

Letrados, como bien sabía Gamache, o jueces, que salían también a toda prisa en busca de algo que llevarse a la boca.

Y aun así, la visión de esas togas negras, que a esas alturas debería haberle resultado familiar, le provocaba vértigo.

El inspector Beauvoir no comentó nada más sobre la declaración de aquella mañana: la expresión de «todo ha ido bien» que parecía haberse congelado en el rostro de su jefe le revelaba todo lo que necesitaba saber sobre cómo iban las cosas, y si estaban saliendo según lo planeado o no.

El superintendente jefe Gamache estaba en guardia, rodeado por un alto y grueso muro de urbanidad que ni siquiera su yerno era capaz de atravesar.

Beauvoir sabía exactamente qué había detrás de ese muro, pugnando por salir, y también que al fiscal no le convenía para nada contribuir a que saliera.

Recorrieron a buen paso las familiares calles adoquinadas del casco antiguo de Montreal, una ruta muy transitada entre las oficinas de la Sûreté y los tribunales, y pasaron ante restaurantes de techos bajos con vigas vistas donde la gente se apiñaba para almorzar.

Jean-Guy echó un vistazo, pero pasó de largo.

Más allá se hallaba la jefatura, que se alzaba imponente sobre el casco antiguo de la ciudad.

No era un edificio atractivo, pero sí funcional, se dijo Beauvoir: allí al menos habría aire acondicionado.

Los dos hombres dejaron atrás la angosta calle y empezaron a cruzar la plaza situada frente a la basílica de Notre-Dame, donde tuvieron que serpentear entre los turistas que se tomaban *selfies* ante la catedral.

Cuando mirasen esas imágenes años más tarde, verían la magnífica estructura del edificio a sus espaldas y a un montón de gente sudorosa en pantalón corto o vestido floreado languideciendo bajo un calor abrasador que hacía palpitar los

adoquines.

En cuanto entraron en la jefatura de la Sûreté, notaron el bofetón del aire acondicionado. Debería haber sido una sensación agradable y refrescante, un verdadero alivio, pero fue como si alguien les hubiera arrojado una bola de nieve a la cara.

Los agentes del vestíbulo saludaron al jefe cuando los dos hombres se dirigieron al ascensor. Para cuando llegaron al último piso, estaban empapados en sudor: contra toda lógica, el aire acondicionado había abierto las esclusas de la transpiración.

Gamache y Beauvoir entraron en el despacho del superintendente, desde cuyos grandes ventanales se veía Montreal y, cruzando el río San Lorenzo, los fértiles páramos y las montañas en el horizonte.

Más allá se extendía Vermont.

La puerta de entrada a Estados Unidos.

Gamache se detuvo unos segundos a contemplar la muralla de montañas, más porosas de lo que parecía desde la distancia.

Luego abrió un cajón y le ofreció a Beauvoir una camisa limpia, que éste rechazó.

—No la necesito, gracias. Yo no estaba en el estrado de los testigos. —Se dirigió hacia la puerta—. Te espero en la sala de reuniones.

Gamache se cambió rápidamente de camisa y luego se unió a Beauvoir, Lacoste y los demás.

Se pusieron en pie en cuanto entró, pero él les indicó con un gesto que se sentaran antes de ocupar su sitio.

—Contadme lo que sepáis.

Durante la siguiente media hora se dedicó a escuchar asintiendo con la cabeza, haciendo pocas preguntas,

absorbiéndolo todo.

Aquellos hombres y mujeres, procedentes de diversos departamentos, habían sido elegidos cuidadosamente, y lo sabían.

Estaban en una nueva era, en una nueva Sûreté. Gamache sabía que su tarea no consistía en mantener el *statu quo* ni en arreglar lo que estaba mal.

Su trabajo consistía en construir desde cero. Aun admitiendo que la memoria institucional y la experiencia eran fundamentales, era mucho más importante contar con unos cimientos sólidos.

Los agentes presentes en aquella habitación eran los cimientos sobre los que se estaba levantando una Sûreté du Québec completamente renovada, una Sûreté fuerte, transparente, responsable, decente.

Él era el arquitecto y estaba mucho más involucrado que sus predecesores, algunos de los cuales habían participado directamente en la corrupción mientras que otros se habían limitado a mirar para otro lado, permitiendo que ésta campara a sus anchas...

O simplemente habían tenido miedo de hablar.

Gamache no estaba dispuesto a mirar para otro lado, e insistía en que sus agentes de mayor rango tampoco lo hicieran. E insistía también en que no tuvieran miedo de cuestionarlo, de cuestionar sus planes, de cuestionarse unos a otros o a sí mismos. Y de hecho, muchos lo habían cuestionado, y ferozmente, cuando, al poco de haber tomado el mando y haberse zambullido en los expedientes e informes, les había expuesto la cruda realidad.

—Las cosas van de mal en peor —había dicho—. De mal en mucho peor.

Eso había ocurrido casi un año antes en aquella misma sala de reuniones. Lo miraban fijamente mientras les explicaba con

detalle qué significaba ese «mucho peor». Algunos no lo comprendían; otros sabían muy bien de qué hablaba. En sus caras, las expresiones iban de la incredulidad al asombro.

Gamache había escuchado sus protestas, sus razones, y luego había dicho algo que habría deseado no tener que decir: no quería echar por tierra su confianza, minar sus energías ni, menos aún, su compromiso.

Pero sentía que necesitaban saberlo, merecían saberlo.

—Hemos perdido.

Unos lo miraron con rostro inexpresivo; otros, los que realmente entendían a qué se refería, palidecieron.

—Hemos perdido —repitió él en un tono sereno; tranquilo, convencido—. La guerra contra las drogas se perdió hace mucho tiempo, lo cual ya era bastante malo, pero ahora lidiamos con las repercusiones. Porque, si las drogas están fuera de control, no tardaremos en perder la batalla contra el resto de los delitos. Aún no hemos llegado a ese punto, pero falta poco. Si las cosas siguen avanzando a este ritmo, acabarán arrollándonos en pocos años.

Ellos habían protestado, por supuesto: no querían verlo ni aceptarlo. También él se había negado a admitirlo cuando había conseguido recopilar toda la información y atar los cabos sueltos. En el pasado, los distintos departamentos competían entre sí, defendían su territorio; sólo compartían la información y las estadísticas a regañadientes, sobre todo cuando se trataba de algo que podía dañar su imagen.

Gamache había sido el primero en contemplar el escenario completo.

Se preguntaba si el capitán de un gran barco sentiría lo mismo al descubrir que estaba a punto de hundirse. Para todos los demás, el barco estaba perfectamente, navegando como siempre.

Pero él sabía que las aguas heladas ya estaban filtrándose en

el casco.

Al principio, también él se había negado a creerlo. Había repasado una y otra vez los documentos, las cifras, los pronósticos...

Y un día de finales de otoño, en su casa de Three Pines, después de revisar el último expediente, se había levantado de su asiento junto al fuego y había salido a dar un paseo. Solo, sin Reine-Marie, ni *Gracie*, ni *Henri*, que se había quedado en la puerta, perplejo y dolido, con la pelota en la boca.

Había caminado y caminado, y había acabado sentándose en el banco situado en lo alto del pueblo para contemplar el valle, los bosques y las montañas de Quebec y Vermont.

Desde allí, la frontera que separaba los dos lugares era indistinguible.

Había agachado la cabeza, ocultándola entre las manos, y así se había quedado, ajeno al mundo y a todo lo que había descubierto.

Luego se había puesto en pie y había seguido paseando durante horas.

Tratando de encontrar una solución.

¿Y si conseguían más presupuesto? ¿Y si contrataban más agentes? ¿Y si afrontaban la crisis con más recursos?

Tenían que poder hacer algo. Era imposible que la situación no tuviera remedio.

Sólo se detuvo cuando volvió a encontrarse a sí mismo, al Armand que se había plantado en el arcén de una carretera tranquila, en medio de ninguna parte, esperando; en el cruce entre la verdad y la ilusión.

Allí donde la carretera recta se bifurcaba.

Y entonces lo supo: iban a hundirse. No sólo la Sûreté, sino la provincia entera. No sólo su generación, sino también la siguiente, y la otra, la de sus nietos.

Si él estaba de crímenes hasta el cuello, ellos se hundirían del

todo, cabeza incluida.

Y acabó dándose cuenta de algo más, algo que habría preferido no haber descubierto pero que ya no podía negar: no había solución, habían dejado muy atrás el punto de no retorno y no había ni una miserable lancha de salvamento a la vista.

Las décadas de corrupción en el seno del gobierno y las fuerzas policiales se habían encargado de que así fuera.

—Bueno, ¿y qué hacemos? ¿Abandonamos? —preguntó en aquella reunión uno de los agentes de más edad.

—*Non*. Yo no tengo la solución, al menos aún no, pero tenemos que apechugar. Debemos hacer nuestro trabajo, comunicarnos; reunir información y compartirla. —Los miró uno por uno con severidad—. Y por supuesto, intentar encontrar soluciones creativas. Acudid a mí con lo que tengáis, lo que sea, no importa lo absurdo que os parezca.

Lo que percibió al marcharse de aquella sala de reuniones no fue desesperación, no todavía. Y tampoco pánico, pero sí algo que rayaba en el pánico.

• • •

Y ahora, meses más tarde, estaban sentados en la misma sala de reuniones. En aquel entonces todo les había parecido funesto, pero ahora estaban cerca, muy cerca, de su primera gran victoria.

Todo dependía del resultado de ese juicio y del camino que conduciría a ese resultado.

Perversamente, cuando estaban en el peor momento no lo parecía en absoluto: Quebec y la Sûreté daban la impresión de funcionar como siempre. En cambio, ahora que existía un destello de esperanza, las cosas parecían fuera de control.

Ciertos políticos importantes y algunos medios de comunicación habían reparado hacía no mucho en lo que casi

parecía un acto de magia por parte del jefe de la Sûreté: las detenciones habían aumentado y los delitos, disminuido. Durante un tiempo, políticos y electores lo celebraron abiertamente.

Hasta que un programa de televisión de Radio Canadá, *Enquête*, había investigado y descubierto que las detenciones estaban relacionadas sobre todo con delitos menores.

—Explíqueme lo que sucede —había exigido el primer ministro de Quebec, dejando caer una gruesa carpeta de documentos sobre su escritorio, tras haber hecho acudir al superintendente jefe Gamache a su despacho, en la capital, al día siguiente de que se emitiera el programa. Incluso desde el otro extremo de la habitación, Gamache pudo ver de qué se trataba.

Era el último informe mensual de las actividades de la Sûreté.

—Lo he comprobado y resulta que ese puñetero programa de televisión tiene razón, Gamache. Sí, ha habido más detenciones; gracias a Dios se las ha apañado para arrestar a algunos asesinos, pero ¿qué hay del resto? No ha habido una sola detención significativa en otros departamentos desde que usted asumió el mando: ni un solo miembro de una banda de moteros, ni una sola figura del crimen organizado. Nada de arrestos en el mundo de la droga, ni siquiera una incautación importante; quizá algún caso de tráfico, pero nada más. ¿Qué narices andan haciendo ahí fuera?

Gamache señaló la carpeta con la barbilla.

—Usted más que nadie debería saber que las estadísticas no lo dicen todo.

El primer ministro puso la mano sobre los documentos.

—¿Me está diciendo que todo esto es mentira?

—No, por supuesto que no, pero tampoco es toda la verdad.

—¿Está pensando en meterse en política o qué? ¿Qué clase

de chorrada es ésa? Nunca lo había visto salir con evasivas.

Le clavó una furiosa mirada y él hizo otro tanto, pero no añadió nada.

—¿Qué anda tramando, Armand? Madre mía, no me diga que los de *Enquête* tienen razón...

En el programa de televisión habían insinuado —aunque sin llegar a cruzar la línea de la franca calumnia— que o bien Gamache era un incompetente o, al igual que sus predecesores, estaba en la nómina del crimen organizado.

—No —repuso él—. Puedo entender que hayan llegado a esa conclusión, o al menos a abrigar esa sospecha, pero los de *Enquête* se equivocan en eso.

—¿De qué se trata entonces? Le estoy suplicando que me dé una respuesta, algo, ¡lo que sea! Cualquier cosa menos esta mierda... —Arrojó los papeles sobre su escritorio con tanta fuerza que cayeron en cascada desde el borde—. Ha creado deliberadamente esta nebulosa de detenciones y le ha funcionado hasta que alguien ha caído en la cuenta de que son de poca monta, hasta que el condenado *Enquête* ha reparado en ello.

—Hemos detenido a varios asesinos...

—Vaya, ¡pues enhorabuena! —replicó el primer ministro.

Hacía mucho que se conocían, desde la época en que Gamache era un agente subalterno y el primer ministro hacía prácticas en la oficina de asistencia legal.

—Andan diciendo que usted es el peor superintendente jefe de la Sûreté du Québec en mucho tiempo, y no es que el listón estuviera muy alto precisamente.

—No, desde luego —coincidió Gamache—. Pero créame: estoy haciendo algo, le aseguro que es así.

El primer ministro se lo quedó mirando, buscando en sus ojos el más leve indicio de falsedad.

Entonces Gamache se agachó, recogió del suelo ese informe

en el que abundaban las estadísticas y escaseaban las medidas reales y se lo tendió. El otro lo sostuvo un momento entre las manos.

—Mi propio partido está al acecho, olfateando sangre. La suya o la mía, Armand; no les importa cuál, quieren resultados... o un sacrificio. Tiene que hacer algo. Deles lo que quieren, lo que merecen: una detención significativa...

—Ya estoy haciendo algo.

El primer ministro apoyó la mano con sorprendente suavidad sobre las páginas recuperadas.

—Esto no es «algo». Ni siquiera se le acerca. Por favor, se lo ruego...

—Y yo le ruego que usted confíe en mí —respondió Gamache en voz baja—, tiene que permitirme cruzar la línea de meta.

—¿Y eso qué significa? —preguntó el primer ministro, también en un susurro.

—Usted lo sabe.

Y el primer ministro, que adoraba Quebec pero también el poder, palideció, pues supo que quizá tendría que renunciar a uno para conservar el otro.

Armand Gamache miró al buen hombre que tenía delante y se preguntó cuál de los dos sobreviviría a los próximos meses; aunque tal vez serían semanas, o días...

Cuando los fuegos artificiales de San Juan Bautista iluminaran el cielo, a finales de junio, ¿cuál de los dos seguiría en su puesto?

El superintendente jefe Gamache había cogido el tren de vuelta a Montreal y había recorrido a pie, a través del casco antiguo, el trayecto desde la estación hasta su oficina. Unos cuantos transeúntes se volvieron a mirarlo, reconociéndolo gracias al programa de televisión que se había emitido la noche anterior, y que desafortunadamente era muy popular.

Aunque quizá lo conocían ya de anteriores apariciones en los

medios.

Incluso antes de convertirse en el oficial de mayor rango de la Sûreté, Armand Gamache había sido el inspector de policía más reconocible de Quebec.

Pero las miradas, que en otro tiempo habían estado teñidas de reconocimiento y hasta de respeto, estaban ahora manchadas por la sospecha.

E incluso por la burla, porque Gamache estaba a punto de convertirse en objeto de risa.

Él, sin embargo, era capaz de ver más allá de esas miradas. Su objetivo estaba centrado en la línea de meta.

Todo aquello había ocurrido a mediados de junio. Hacía casi exactamente un mes. Ahora, Gamache echó un vistazo al reloj y se levantó.

—Ya es hora de volver a la sala del tribunal.

—¿Cómo van las cosas, *patron*? —quiso saber Madeleine Toussaint, la jefa de la división de Delitos Graves.

—Tal como esperábamos.

—¿Tan mal?

Gamache sonrió.

—Tan bien.

Se miraron a los ojos y, finalmente, la superintendente Toussaint asintió.

—Tienes que recibir el informe de tu confidente en las islas de la Magdalena, ¿no? —añadió él tratando de no parecer demasiado esperanzado. ¿O la palabra correcta era «desesperado»?

Toussaint había mencionado ese informe en la reunión y su comentario había despertado cierto interés, pero nada fuera de lo corriente: sólo un puñado de ellos comprendía lo que podía significar.

—¿Te enterarás de algo a tiempo para la reunión del final de la jornada? —preguntó Beauvoir.

—Confío en que sí. En cierto modo, todo depende de lo que pase en el juicio, ¿no? —dijo Toussaint.

Gamache asintió con firmeza: «Pues sí».

La superintendente Toussaint se encaminó de vuelta a su despacho, pero Beauvoir y la inspectora jefe Lacoste se quedaron con Gamache.

—Hablando del juicio —dijo Lacoste mientras recogía sus papeles—, no creo haber visto nunca a un fiscal hostigando de esa manera a su propio testigo. Y sin duda la juez tampoco. Se estrena en el estrado, pero no hay que subestimarla.

—*Non* —coincidió Gamache, que había reparado en la mirada sagaz de la juez Corriveau.

Recorrieron el pasillo y cogieron el ascensor. Lacoste se bajó en su planta.

—Buena suerte —le dijo a su jefe.

—Lo mismo digo —contestó él.

—Ya casi hemos llegado, *patron* —añadió Isabelle mientras las puertas se cerraban.

«Ya casi hemos llegado», pensó Gamache. Pero sabía que la mayoría de los accidentes ocurrían cuando ya estabas muy cerca de tu destino.

—Superintendente jefe Gamache, esta mañana ha declarado que el personaje del hábito negro volvió al día siguiente a la plaza de Three Pines. ¿Qué sintió al verlo de nuevo?

—Protesto, señoría —se quejó el abogado defensor—. Es irrelevante.

La juez Corriveau consideró la cuestión.

—Voy a permitir que conteste; en este juicio se examinan hechos, pero los sentimientos también son un hecho.

El superintendente jefe Gamache reflexionó antes de contestar:

—Sentí indignación por la forma en que estaba perturbando la paz de nuestro pueblecito, por cómo se veían afectadas nuestras vidas.

—Y sin embargo, el personaje se limitaba a estar ahí de pie.

—Cierto. Pero me ha preguntado cómo me sentía y yo le he contestado.

—¿Le daba miedo?

—Tal vez un poco. Parecía la Muerte y nuestros mitos están muy arraigados. Sabía que era algo irracional, que no era la Muerte ni nada parecido, pero en el fondo me daba escalofríos. Era algo... —buscó la palabra— instintivo.

—Y aun así, no hizo nada.

—Como le he dicho antes del receso, no había nada que pudiera hacer más allá de hablar con él. De haber podido hacer algo más, lo habría hecho.

—¿En serio? A juzgar por la deriva que está tomando la Sûreté en estos últimos tiempos, eso no es muy exacto que digamos.

Sus palabras arrancaron risas en la sala.

—Ya es suficiente —zanjó la juez Corriveau—. Acérquese al estrado, señor Zalmanowitz.

El fiscal obedeció.

—No permitiré que trate a nadie así en esta sala, ¿entendido? Es una vergüenza para usted, para el cargo que ocupa y para este tribunal. Deberá disculparse ante el superintendente jefe.

El fiscal volvió a su sitio.

—Lamento haberle hablado así —dijo dirigiéndose a Gamache—. Perdone, la perplejidad me ha ganado.

La juez dejó escapar un pequeño suspiro de irritación, pero lo dejó correr.

—*Merci*. Acepto su disculpa —dijo Gamache, pero le lanzó

una mirada tan severa al fiscal que éste agachó la cabeza. Ni la mirada ni la reacción pasaron inadvertidas para el jurado y el público.

En la galería, Beauvoir mostró su aprobación asintiendo con la cabeza.

—Entiendo que volvió a hablar con él a la mañana siguiente? —prosiguió Zalmanowitz—. ¿Qué le dijo?

—Volví a decirle que tuviera mucho cuidado.

—No con usted, obviamente.

—No, con quien fuera que tuviese como objetivo.

—Entonces, ¿en ese momento ya no creía que se tratara de una broma?

—De haberlo sido, no creo que hubiera vuelto al día siguiente. Ya le había puesto los pelos de punta al pueblo entero: si hubiera querido gastar una broma o incluso vengarse de alguien, con eso habría bastado. No, aquello era algo más profundo: allí había un compromiso, un propósito.

—¿Le pareció que pretendía hacer daño? —quiso saber el fiscal.

Era una pregunta peliaguda, y el superintendente jefe se detuvo a considerarla. Unos segundos después, negó lentamente con la cabeza.

—La verdad es que no tenía modo de saber cuáles eran sus verdaderas intenciones; hacer daño probablemente sí, al menos de algún modo: su actitud era claramente amenazadora. Pero ¿pensaba cometer un acto violento contra alguien? Y de ser así, ¿por qué poner sobre aviso a la persona en cuestión? ¿A qué venía esa indumentaria? ¿Por qué no limitarse a actuar al amparo de la oscuridad para atacar o incluso matar a quien sea que fuera su objetivo? ¿Por qué quedarse ahí plantado a la vista de todos?

Gamache miraba fijamente al frente, ensimismado.

El fiscal parecía desconcertado: que alguien se expusiera de

ese modo desde el estrado de los testigos era de lo más insólito. La gente solía responder a las preguntas con una verdad ensayada o una mentira urdida de antemano...

Muy rara vez se ponían a pensar en voz alta.

—Por supuesto, hay diferentes modos de hacer daño, ¿no es así? —concluyó Gamache hablando tanto para sí mismo como para la fiscalía.

—Pero, fuera cual fuese la intención inicial —replicó *monsieur* Zalmanowitz—, finalmente condujo a un asesinato.

Gamache se concentró, pero no en el fiscal que lo interrogaba: se volvió hacia la mesa de la defensa y miró a la persona acusada.

—Sí, así fue.

«Aunque tal vez no era suficiente con matar. Quizá el objetivo era aterrorizar primero: como los escoceses cuando marchaban a la batalla haciendo sonar sus estridentes gaitas, o los maoríes cuando bailaban sus *haka*», pensó.

«Es la muerte, es la muerte», canturreaban estos últimos a coro causando miedo, terror.

Esa criatura de negro no era una advertencia, sino una predicción.

—Tengo entendido que le hizo una fotografía —dijo el fiscal interponiéndose entre Gamache y la persona acusada con la intención de romper el contacto visual.

—Sí —contestó el primero centrándose de nuevo en Zalmanowitz—. Se la envié a mi segundo, el inspector Beauvoir.

El fiscal se volvió hacia el funcionario que guardaba la documentación procesal.

—Prueba número uno.

Una imagen apareció en la enorme pantalla.

Si el fiscal esperaba murmullos a sus espaldas cuando el público de la sala viera la foto, se llevó una decepción.

Tras él reinaba un silencio absoluto, como si la galería entera hubiera desaparecido; era tan profundo que el fiscal se volvió en redondo para asegurarse de que la gente seguía allí.

Todos miraban fijamente al mismo punto, atónitos, algunos boquiabiertos. En la pantalla se veía un pueblecito tranquilo: los árboles eran esqueletos sin hojas y en la plaza ajardinada se elevaban tres pinos gigantescos.

En contraste con el soleado y radiante día de verano que asomaba desde el ventanal de la sala, en esa fotografía el día estaba nublado, húmedo y gris, y eso volvía todavía más acogedoras las casas con fachadas de piedra, listones de madera y ladrillo rústico y alegres luces en las ventanas.

Podría haber sido una imagen de la paz más absoluta, o de un santuario. Podría haberlo sido, pero no lo era.

En el centro de la fotografía había un agujero negro, como si hubiesen recortado esa parte de la foto... o del mundo.

A espaldas del fiscal general se elevó un suspiro largo y prolongado, como si la vida se escurriera de la sala del tribunal.

Era la primera vez que la mayoría de los presentes veían a la criatura de negro.

4

—¿Y ahora? —preguntó Matheo Bissonette dejando de mirar por la ventana y volviéndose hacia Lea.

Habían terminado de desayunar en el hostal y estaban sentados en el salón, frente a la chimenea.

Pero a pesar del fuego en el hogar y de la sudadera que llevaba, Matheo seguía helado.

—Acaba de hacerle una foto a esa cosa —añadió—. Si esperamos mucho más, quedaremos mal.

—¿Mal? —repitió Lea—. ¿Seguro que no quieres decir «peor»?

—Tendríamos que haberles dicho algo ayer por la mañana... —intervino Patrick. Su voz, ligeramente aguda en su mejor momento, sonaba ahora casi infantil—. Se preguntarán por qué nos quedamos callados.

—Vale —repuso Matheo intentando no ser desagradable con Patrick—, entonces estamos de acuerdo: ahora es el momento.

Lo irritante no era lo que había dicho Patrick, sino cómo lo había dicho: siempre había sido el más débil del grupo, y sin embargo siempre se las arreglaba para salirse con la suya. Probablemente los demás acababan dándole esa satisfacción porque querían que dejara de lloriquear, pensó Matheo: su voz era como el sonido de las uñas al arañar una pizarra, así que siempre transigían con tal de que se callara.

Y con los años la cosa iba de mal en peor. A estas alturas a él no sólo le daban ganas de gritarle, sino de soltarle una buena patada en la entrepierna.

Gabri había traído café recién hecho en una cafetera italiana.

—¿Dónde está Katie? —preguntó.

—Hay una casa de cristal aquí cerca —contestó Patrick—. No es como las que hacemos nosotros, al estilo clásico, pero sí interesante. Katie quería verla: podría darnos alguna idea para la que estamos construyendo en las islas de la Magdalena.

Gabri, que sólo había preguntado por educación, asintió y se alejó de vuelta a la cocina.

Matheo recorrió la estancia con la vista y miró a Lea, su esposa, y a su amigo Patrick. Ambos tenían exactamente su edad, treinta y tres años, pero sin duda parecían mayores que él, con sus arrugas y su pelo veteado de gris. ¿Tenían ese aspecto desde siempre o sólo desde que había aparecido aquella criatura con su hábito negro y su máscara?

Lea, que era alta y esbelta como una gacela cuando se habían conocido en la universidad, ya no parecía una gacela, sino un arce firme y sólido. Eso a él le gustaba: le parecía que tenía mucha más sustancia, en vez de parecer siempre a punto de echarse a llorar.

Tenían dos hijos que se habían quedado en casa con sus abuelos maternos. Sabía que, cuando regresaran, sería como entrar en la guarida de un hurón: bajo la cuestionable influencia de su abuela, los niños se volvían un tanto salvajes.

Aunque, en honor a la verdad, tampoco hacía falta mucho para que eso ocurriera.

—Gamache está en el *bistrot* con su mujer. Todo el mundo va a enterarse —dijo Patrick—. Quizá deberíamos esperar.

—Precisamente ésa es la cuestión, ¿no crees? —repuso Lea poniéndose en pie—. Todo el mundo debería saberlo.

Los tres amigos no se miraban entre sí mientras hablaban, ni siquiera contemplaban el fuego hipnótico de la chimenea: todos observaban a través de la ventana del hostal la plaza del pueblo, que habría estado desierta si no fuera por...

—Quédate aquí si quieres, Patrick —dijo Lea—. Iremos

nosotros.

Su amigo asintió. Había cogido frío el día anterior y aún lo notaba en los huesos. Acercó más la silla al fuego y se sirvió un café bien fuerte y caliente.

Armand Gamache tampoco estaba mirando el hipnótico fuego de la gran chimenea del *bistrot*. Su mirada se posaba más allá de la ventana de cristales emplomados, con sus defectos y pequeñas distorsiones, en el frío día de noviembre y en el personaje plantado en la plaza del pueblo.

Era como si lo hubieran puesto bajo una de esas campanas de cristal que se usan para los animales disecados: estaba ahí, completamente solo y aislado del mundo mientras a su alrededor la gente seguía con sus vidas. Al menos aparentemente, porque su sola presencia, de hecho, había limitado bastante los movimientos de todos.

Los habitantes de Three Pines estaban tensos y crispados. Al pasar, echaban un rápido vistazo y luego se alejaban a toda prisa.

Gamache desvió la mirada y vio cómo Lea Roux y su marido, Matheo Bissonette, salían del hostal y echaban a andar deprisa bajo el frío de la mañana. Su aliento formaba nubecillas en el aire.

Llegaron un poco alborotados, frotándose las manos y los brazos: no habían llevado la ropa adecuada. Por lo visto, no esperaban un clima tan frío ni siquiera en noviembre.

—*Bonjour* —dijo Lea acercándose a la mesa de los Gamache.

Armand se levantó, y Reine-Marie, sonriente, saludó inclinando un poco la cabeza.

—¿Os importa si os acompañamos?

—Por favor —dijo Reine-Marie señalando las sillas vacías.

—De hecho —añadió Lea un poco avergonzada—, me

preguntaba si a Myrna le importaría que habláramos en su librería... ¿os parecería bien?

Armand miró a Reine-Marie. Ambos estaban sorprendidos ante aquella sugerencia. Ella se levantó.

—Si a Myrna le parece bien, yo encantada —respondió—. A menos que...

Señaló a Armand con un gesto dando a entender que a lo mejor sólo querían hablar con él. Estaba acostumbrada a eso: a veces la gente quería contarle cosas a un policía y no le apetecía que la esposa del policía las oyera.

—*Non, non* —dijo Lea—, por favor, nos gustaría mucho que tú también escucharas lo que tenemos que decir. Quiero saber qué piensas al respecto.

Los Gamache cogieron sus cafés y, llenos de curiosidad, siguieron a Lea y Matheo hacia la librería.

A Myrna no le importó en absoluto.

—Está siendo una mañana tranquila —dijo—. Por lo visto, que la Muerte esté montando guardia en medio del pueblo no es bueno para el negocio. Pondré sobre aviso a la Cámara de Comercio.

—No te vayas, Myrna —pidió Lea—. También nos gustaría conocer tu opinión, ¿no es así, Matheo?

En realidad, no había sido una pregunta, y aunque él no parecía tenerlo tan claro como Lea, se recuperó rápidamente y asintió.

—¿Sobre qué? —preguntó Myrna.

Lea hizo un gesto indicándoles que tomaran asiento en el sofá y las butacas, como si estuviera en su propia casa. Lejos de ofenderse, a Myrna le gustó que su amiga se sintiera tan cómoda en su librería.

Además, su gesto no había sido autoritario, sino inclusivo.

Una vez instalados, Matheo dejó un fajo de papeles sobre la pequeña mesa de centro.

Gamache los miró: en su mayoría eran artículos de periódicos españoles.

—¿Podrías decirme qué dicen? No hablo español.

—Lo siento... —Matheo rebuscó entre los papeles—. Mi intención era que éste quedara arriba de todo.

Tenía el inconfundible color rosa del *Financial Times*.

El artículo, de primera plana, estaba firmado por Matheo Bissonette. Gamache se fijó en la fecha.

Era de dieciocho meses atrás.

Iba acompañado de una fotografía y mostraba a un hombre con frac y sombrero de copa que llevaba un maletín con un gran rótulo.

El tipo tenía un aspecto elegante, aunque también un poco cutre.

Gamache se puso las gafas y se inclinó sobre la fotografía al mismo tiempo que Reine-Marie y Myrna.

—¿Qué pone en el maletín? —quiso saber Myrna.

—«El Cobrador del Frac» —respondió Matheo—: es un recaudador de deudas.

Gamache había empezado a leer el artículo, pero se detuvo y miró por encima de sus gafas de media luna.

—Continúa.

—Mis padres viven en Madrid, y hace aproximadamente año y medio mi padre me envió esto por correo electrónico... —Empezó a rebuscar entre el fajo de recortes y sacó un artículo de un periódico español—. Siempre está buscando historias que puedan interesarme. Soy periodista *freelance*, como ya sabéis...

Gamache asintió mirando el artículo, que también incluía una fotografía del recaudador con frac y sombrero de copa.

—Me ofrecí a varios periódicos para escribir sobre este asunto y el *Financial Times* aceptó, así que fui a España a investigar. El cobrador del frac es un fenómeno específicamente español, y con la crisis financiera ha ido a más.

—¿Este hombre es un recaudador de deudas? —preguntó Reine-Marie.

—*Oui*.

—Bueno, pues desde luego parece más agradable que cualquier cobrador de este lado del mundo —comentó Myrna.

—No son lo que aparentan —explicó Matheo—. No se muestran civilizados ni amables, como podría parecer a primera vista: su atuendo no es un mero disfraz, sino una forma de coacción.

—¿Por qué? —preguntó Gamache.

—Porque evidencia al moroso —explicó Matheo—. Aquí, las agencias recaudadoras se llevan los coches cuyas cuotas no se han pagado, por ejemplo, pero los cobradores del frac se llevan algo muy distinto.

—¿Qué? —preguntó Armand.

—Tu reputación, tu buen nombre.

Reine-Marie se lo quedó mirando.

—¿Y cómo lo hacen?

—Los contratan para seguir al deudor. Siempre guardan las distancias, no hablan con la persona en cuestión, pero están siempre presentes a su lado.

—¿Siempre? —repitió Reine-Marie. Armand escuchaba con el ceño fruncido.

—Siempre —confirmó Lea—: se quedan esperando a que salgas de casa, te siguen al trabajo o se plantan delante de tu negocio. Si vas a un restaurante o a una fiesta, te siguen hasta allí.

—Pero ¿por qué? —preguntó Reine-Marie—. Tiene que haber una manera más fácil de cobrar una deuda, ¿no? La carta de un abogado, una demanda judicial...

Matheo asintió comprensivo.

—Pero eso exige su tiempo y, desde que se produjo el colapso financiero, los tribunales españoles están desbordados.

Conseguir que alguien pague puede llevar años, si es que llega a pagar, claro. La gente ha estado actuando con total impunidad, sin ningún escrúpulo, esquilmando a clientes, socios, cónyuges... Saben que lo más probable es que nunca tengan que pagar por ello. Las estafas estaban proliferando hasta que alguien se acordó de que...

Miró hacia la fotografía donde podía verse a aquel hombre con frac y sombrero de copa.

Sólo entonces los Gamache distinguieron a otro hombre entre la multitud, a cierta distancia, que se apresuraba a alejarse pero volvía la vista atrás con una expresión de pavor en el rostro.

La gente se apartaba para dejarlo pasar y el cobrador del frac lo seguía con mirada inexpresiva, implacable.

—... de que se puede humillar a la gente para obligarla a pagar sus deudas —añadió Matheo—. Es una cosa horripilante. Al principio parece cómico, pero después te da escalofríos. Hace poco estuve con mis padres en Madrid y fuimos a un restaurante elegantísimo, con manteles de lino y cubiertos de plata, uno de esos sitios donde la gente habla en susurros y se llevan a cabo negocios de alto nivel con total discreción. Y uno de estos cobradores se había plantado en la entrada. El *maître* y luego el mismísimo dueño salieron para intentar echarlo, incluso probaron a empujarlo, pero el tipo se mantuvo firme, sujetando el maletín y mirando a través de la ventana.

—¿Llegasteis a descubrir a quién estaba mirando? —preguntó Reine-Marie.

—Al principio no, pero el hombre en cuestión acabó por delatarse. Se aturulló y se enfadó. Salió y se puso a gritarle de todo. El cobrador, sin embargo, no se inmutó, y cuando el hombre se marchó furioso, se limitó a darse la vuelta y seguirlo en silencio. No puedo deciros exactamente por qué, pero fue aterrador. Casi sentí lástima por aquel tipo.

—Pues no deberías —dijo Lea—: normalmente esos deudores

se lo tienen merecido. Los cobradores del frac son para los casos más extremos: tienes que haber hecho algo particularmente malo para que empiecen a seguirte.

—¿Y cualquiera puede contratarlos? —preguntó Myrna—. Quiero decir, ¿cómo saben que la deuda es legítima? ¿Y si sólo buscan humillar?

—La compañía hace sus comprobaciones —repuso Matheo—. Estoy seguro de que se cometen abusos, pero, en la mayoría de los casos, si te sigue un cobrador del frac es por un buen motivo.

—¿Armand? —preguntó Reine-Marie.

Él negaba con la cabeza entornando los ojos.

—A mí me huele a tomarse uno la justicia por su mano —dijo—, a ser juez y parte.

—Pero no hay violencia —repuso Lea.

—Sí que la hay —replicó Gamache poniendo el dedo sobre la cara del hombre aterrado—, sólo que no es física.

Matheo estaba asintiendo.

—Lo cierto es que resulta muy eficaz: la gente casi siempre acaba pagando, y rápidamente. Además, no olvidéis que su objetivo no son personas inocentes: nunca se trata de una primera medida; es el último recurso y sólo se utiliza cuando todo lo demás ha fallado.

—¿Estáis considerando traer al cobrador del frac a Quebec? —dijo Gamache dirigiéndose a Matheo—. ¿Me estáis preguntando si aquí sería legal?

Lea y él miraron a fijamente Gamache, y Matheo, finalmente, se echó a reír.

—No, por Dios. Te enseño todo esto porque Lea y yo creemos que eso —explicó y señaló a través de la ventana—... es una especie de cobrador del frac.

—¿Un recaudador de deudas? —preguntó Gamache sintiendo un pequeño escalofrío, como cuando suena la alarma antes de

un sunami.

Lea los miraba a todos con los ojos muy abiertos, como si buscara en sus rostros cualquier indicio de burla, de aprobación o de cualquier cosa, pero se veían tan impasibles como el personaje en la plaza del pueblo.

Gamache se reclinó en la silla y abrió la boca... para luego volver a cerrarla. Reine-Marie, por su parte, se volvió para mirar a Myrna.

Finalmente, el superintendente jefe se inclinó hacia delante, hacia Matheo, que a su vez se inclinó hacia él.

—Tienes que saber que «eso» —dijo inclinando la cabeza hacia la plaza del pueblo— no se parece en nada a esto —añadió señalando la fotografía.

—Lo sé —repuso Matheo—. Pero cuando investigaba para el artículo oí rumores sobre algo que se remonta a siglos atrás... —Echó un vistazo hacia la plaza, pero sólo durante un instante, como si fuera una insensatez mirar al personaje de negro demasiado tiempo—. Algo sobre el antepasado del cobrador actual. Algunas personas sugerían que esa clase de cobradores aún se utilizan en pueblos remotos de las montañas, pero no conseguí encontrar a ninguno ni a nadie que admitiera haber utilizado sus servicios.

—¿Y ese cobrador original es diferente? —preguntó Reine-Marie.

—Sigue siendo un recaudador, pero la deuda que reclama es distinta.

—¿Te refieres al monto de la deuda? —quiso saber Gamache.

—Al tipo de deuda: en un caso es financiera, y con frecuencia involucra cantidades muy importantes de dinero... —explicó Matheo mirando una vez más la fotografía que estaba en la mesa.

—En el otro, se trata de una deuda moral —añadió Lea.

Matheo asintió.

—Exacto. Un anciano con el que hablé en un pueblo de las afueras de Granada había visto uno, pero sólo una vez, de niño, y a distancia: seguía a una mujer mayor. Ambos desaparecieron tras una esquina y eso fue todo. No me permitió grabar su testimonio, pero me enseñó esto.

Matheo se sacó del bolsillo una fotocopia borrosa de una fotografía borrosa.

—Hizo esa foto con su cámara Brownie.

Era una imagen muy poco definida en blanco y negro. Mostraba una calle estrecha y empinada que se abría entre muros de piedra hasta ir a dar a un camino. En primer plano se veían un caballo y un carro, y más atrás, en la distancia, se veía otra cosa.

Gamache se puso las gafas y se acercó el papel hasta que casi lo tocó con la nariz. Luego lo bajó y se lo tendió a Reine-Marie.

Acto seguido se quitó las gafas sin hacer ruido y las plegó, todo ello sin dejar de mirar a Matheo.

Era un personaje con hábito negro. Llevaba la capucha puesta y delante de él se distinguía un borrón gris, un fantasma gris que huía precipitadamente.

—Esta foto se hizo a finales de la guerra civil española —dijo Matheo—. Odio pensar que...

No había confusión posible: en aquella fotografía de casi cien años atrás aparecía el personaje que estaba plantado en el centro de Three Pines.

—¿Y usted se creyó esa historia, superintendente jefe? —preguntó Zalmanowitz.

En boca del fiscal, su rango parecía más un objeto de burla que una ventaja.

—En aquel momento no era fácil discernirlo. No sólo parecía algo extraordinario, sino francamente increíble: que una

especie de antiguo recaudador de deudas procedente de España hubiera aparecido en un pueblecito de Quebec... No le habría dado ninguna credibilidad de no haber visto con mis propios ojos tanto la fotografía como al personaje.

—Tengo entendido que conservó la imagen que le mostró Matheo Bissonette.

—Hice una copia, sí.

El fiscal general se volvió hacia el funcionario.

—Prueba número dos.

La fotografía de Three Pines en una mañana gris de noviembre fue reemplazada por lo que, al principio, parecía un test de Rorschach: manchones en negro y gris, figuras borrosas.

Hasta que, finalmente, acabó convirtiéndose en una imagen.

—¿Es ésa?

—Sí —dijo Gamache.

—¿Y coincide con el personaje que se había plantado en la plaza de Three Pines?

Gamache miró fijamente la imagen del recaudador de deudas morales y notó aquel escalofrío de nuevo.

—Sí, así es.

5

Jacqueline trabajaba la masa inclinándose sobre ella, notándola blanda y firme al mismo tiempo. Se mecía suavemente hacia delante y hacia atrás, una y otra vez; era un acto meditativo y sensual.

Cerró los ojos.

Se mecía y amasaba, se mecía y amasaba…

Otras manos, más viejas, frías y regordetas, se posaron sobre las suyas.

—Creo que ya es suficiente, *ma belle* —dijo Sarah.

—*Oui*, *madame*.

Jacqueline se ruborizó al comprender que, una vez más, había trabajado más de lo necesario la masa de las *baguettes*.

Si no conseguía hacerlo mejor, acabaría perdiendo el empleo. Daba igual lo bien que le salieran los brownies, los pasteles y los milhojas: en Quebec, si no eras capaz de hacer bien una *baguette*, resultabas del todo inútil en una panadería pequeña.

Sarah preferiría no dejarla marchar, pero no tendría opción.

Todo dependía de eso, y lo estaba echando por tierra.

—Le pillarás el tranquillo —dijo Sarah para tranquilizarla—. ¿Qué tal si acabas con los pastelitos? *Madame* Morrow ha encargado dos docenas, dice que tiene invitados, pero…

Sarah soltó una carcajada potente y sincera, todo un antídoto para los temores de su aprendiz.

Jacqueline se preguntó si Anton estaría cocinando en el local de al lado, tratando de crear un plato para impresionar a Olivier, para convencer al dueño del *bistrot* de que lo ascendiera a chef… o al menos a ayudante de chef, o a pinche…

A cualquier cosa que no fuera lavaplatos.

Pero Jacqueline sospechaba que su joven amigo ya no tenía la cabeza en la cocina, no desde que había aparecido el personaje encapuchado.

Aunque viviera cien años, nunca olvidaría la expresión de su rostro cuando habían hablado sobre aquella criatura que esperaba pacientemente en la plaza del pueblo, y ella había sugerido que hablaran con Gamache, que le contaran al jefe de la Sûreté du Québec que ambos sabían de qué se trataba.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Sarah.

—Sólo estaba pensando.

—Quizá ahí radique el problema: cuando prepares *baguettes* deberías tratar de mantener la cabeza despejada, la mente en blanco. Te sorprendería comprobar todas las cosas hermosas que aparecen cuando dejas fluir tus pensamientos...

—¿Cuando te vuelves un poco majareta, quieres decir? —preguntó Jacqueline.

Sarah se la quedó mirando y luego volvió a echarse a reír.

No era habitual que aquella joven seria y casi tristona bromeara.

A lo mejor no era tan seria al fin y al cabo: a veces tenía salidas de lo más ingeniosas...

Y tampoco es que fuera tan joven: sólo lo era comparada con ella misma, pues su «joven» aprendiz ya debía de haber dejado atrás los treinta y cinco.

Sin embargo, la belleza del arte panadero residía precisamente en que sólo mejorabas a medida que te hacías mayor, más paciente.

—Desde luego, tienes que estar un poco majareta para tener una panadería-pastelería —coincidió Sarah—. Sea como sea, si en cualquier momento necesitas ayuda, *ma belle*, sencillamente acude a *tante* Sarah.

Y dicho esto, se alejó para comprobar cómo iban los pasteles

en los hornos.

Jacqueline no pudo evitar sonreír.

Sarah no era en realidad su tía, por supuesto: era una broma privada entre ambas mujeres, la más joven y la mayor; aunque tampoco era exactamente una broma, pues habían descubierto que les gustaba bastante la idea de ser familia.

Mientras duró el ambiente risueño, el personaje de negro dejó de existir, pero, en cuanto se hubo disipado la bruma de la risa, reapareció en medio de la plaza.

Y Jacqueline volvió a pensar en Anton.

Fuera su *tante* o no, si no aprendía a hacer *baguettes*, Sarah se vería obligada a ponerla de patitas en la calle y sustituirla por alguien que supiera hacerlas.

Y ella perdería a Anton.

Tiró a la basura la masa estropeada y se puso manos a la obra otra vez. Había sido su cuarto intento de la jornada, y ni siquiera era mediodía aún.

Armand y Reine-Marie habían vuelto a casa.

Ella estaba en la sala de estar, revisando una caja de los archivos.

Armand había hecho una nueva fotocopia a la foto del cobrador original para escanearla y mandársela por correo electrónico a Jean-Guy, y por toda respuesta había recibido un mensaje algo grosero en el que su segundo le preguntaba si estaba aburrido o borracho.

Gamache había decidido llamarlo por teléfono. Primero se puso su hija, pero enseguida le tendió el aparato a Jean-Guy.

—¿A qué viene esa foto tan rara, *patron*?

Gamache lo oyó masticar y lo imaginó con un sándwich de varios pisos, como los de aquellas antiguas tiras cómicas de *Lorenzo y Pepita*, una referencia que su yerno sin duda no

reconocería.

Cuando le hubo explicado lo ocurrido, Jean-Guy, ya con la boca vacía, contestó:

—Te digo algo en cuanto pueda.

Y él estaba seguro de que así lo haría.

Conocía a Jean-Guy desde mucho antes de que se hubiera convertido en su yerno. De hecho, había sido él quien lo había rescatado del Departamento de Custodia de Pruebas, un callejón sin salida.

Había fichado a un joven que no le interesaba a nadie más y, para sorpresa de todos, lo había convertido en inspector de homicidios.

A él, sin embargo, le había parecido lo más natural del mundo: apenas había tenido que meditar su decisión.

Eran jefe y agente, *patron* y protegido. Eran la cabeza y el corazón, y ahora suegro y yerno, padre e hijo.

Habían pasado juntos una parte de sus vidas y tal vez muchas vidas pasadas.

Una noche, durante una cena en casa de Clara, se habían puesto a hablar sobre la vida, la muerte y el más allá.

—Existe una teoría —dijo Myrna—, no sé si es budista, taoísta o qué, según la cual nos encontramos a ciertas personas una y otra vez en vidas diferentes.

—Budista no creo, más bien ridiculista —se burló Ruth.

—Las mismas diez o doce personas —continuó Myrna sorteando el obstáculo verbal que la vieja poeta había puesto en su camino—, pero en relaciones distintas. —Miró a Gabri y a Olivier—. En esta vida bien podéis ser pareja, pero en otra tal vez fuisteis hermanos, marido y mujer o padre e hijo.

—Espera un momento —intervino Gabri—, ¿estás diciendo que Olivier pudo haber sido alguna vez mi padre?

—O tu madre.

Los dos hombres torcieron el gesto.

—Los papeles cambian, pero el amor sigue siendo el mismo —añadió Myrna—: eso es absoluto e infinito.

—Menuda caca de teoría, una verdadera chorrada —soltó Ruth acariciando a *Rosa*.

—Caca, caca, caca —coincidió la pata.

Ruth y *Rosa* se parecían cada vez más: ambas lucían un cuello escuálido, la cabeza blanca, unos ojillos redondos y brillantes... y ambas tenían andares de pato y un vocabulario compartido.

De no ser por el bastón de Ruth, resultaría difícil distinguirlas.

Armand había vuelto la cabeza hacia Reine-Marie, cuyo rostro resplandecía a la luz del fuego, y la había visto sonreír pensando en las palabras de Myrna.

Si lo que Myrna decía era cierto, él ya conocía de antes a todas esas personas. Eso explicaría la atracción casi inmediata que había sentido hacia ellas y por el pueblo en sí, y lo confiado y cómodo que se sentía en su compañía, incluso con la vieja chiflada de Ruth y su sosias, la pata que bien podía haber sido su hija en una vida anterior.

O viceversa.

Pero ¿que Reine-Marie hubiera sido su hija, su madre o su hermano?

Non.

Ella siempre había sido su mujer: lo había sabido desde el primer momento en que la vio. La reconoció en aquel primer instante.

A través de los siglos y de varias vidas, cualquier otra relación podía cambiar, fluir, transformarse y adoptar una forma distinta, pero su relación con Reine-Marie era absoluta y eterna.

Ella era su esposa y él, su marido. Para siempre.

Ahora, lo de Jean-Guy era distinto. Hacía mucho que sentía

que ahí también había algo que venía de muy atrás, una camaradería muy antigua, un lazo que no apretaba, sino que fortalecía. Y Reine-Marie también era capaz de verlo; por eso sólo había puesto una condición para que él se convirtiera en el policía más importante de Quebec.

Jean-Guy Beauvoir debía unirse a él y seguirlo como había hecho a lo largo de los años.

Mientras reflexionaba sobre eso, Gamache esperaba una respuesta de Jean-Guy y miraba por la ventana hacia algo que también parecía salido del pasado.

Entonces se planteó una nueva cuestión: si el amor nos seguía una vida tras otra, ¿haría lo mismo el odio?

—¿Anton?

No hubo respuesta.

—¡Anton! —Olivier cerró el grifo. La espuma había desbordado el hondo fregadero y caía en cascada al suelo—. La gente está pidiendo el especial del día y necesitamos más cazos —añadió—. ¿Te encuentras bien?

—*Désolé, patron*. Estaba... pensando.

Se preguntó si Olivier, o cualquier otro, entendía realmente lo que estaba pasando en la plaza de su precioso pueblecito.

—Por favor —insistió Olivier indicándole con un ademán que se diera prisa—. Y cuando hayas acabado con eso lleva un par de cuencos a la mesa tres.

—*Oui*.

Los cazos se lavaron y secaron rápidamente, y acabaron en manos del chef. Después, Anton llenó dos cuencos de sopa de apio y membrillo, el especial del día, les añadió *crème fraîche* y eneldo y los sirvió en la mesa tres.

—*Merci* —dijo la mujer.

—*Un plaisir, madame* —contestó Anton dirigiéndole una

mirada educada antes de volver la vista hacia la ventana.

Tenía la vaga impresión de conocer a esa mujer: la había visto antes. No era una lugareña, sino una visitante. Pero su atención se centró por completo en la plaza del pueblo.

Mientras observaba, el personaje se movió. Lo hizo muy levemente, quizá sólo unos centímetros, o milímetros.

Hacia él.

• • •

—¿No te parece que acaba de moverse? —preguntó Reine-Marie.

Había entrado en el estudio en busca de un libro y miraba a través de la ventana de pie tras la silla de Armand.

—Muy poquito, pero me parece que sí —coincidió él—. Aunque tal vez sólo ha sido la brisa agitándole el hábito.

A pesar de sus palabras, ambos sabían que en, efecto, el personaje de negro se había movido aunque fuera un poco. Había sido un movimiento casi imperceptible, excepto para alguien que casualmente llevara un buen rato observándolo.

Se había vuelto ligeramente hacia el *bistrot*.

—¿Sabía usted en aquel momento a quién estaba mirando? —preguntó el fiscal.

—*Non*. Podría haber sido a cualquiera de las diez personas o más que estaban allí.

—Pero lo más probable es que fuera a alguien de una mesa situada ante la ventana, *non?*

—Protesto —se quejó el abogado de la defensa—: está insinuándole la respuesta al testigo.

—Se admite.

—¿Qué ocurrió entonces? —preguntó el fiscal.

6

—¿A quién más le has contado tu teoría del cobrador? —le preguntó Armand a Matheo.

Era primera hora de la tarde y los visitantes habían invitado a algunos lugareños a tomar té en el hostal. Gamache se había llevado al periodista a un rincón para poder hablar tranquilamente.

—A nadie: quería contártelo a ti primero.

—*Bon*. De momento no se lo cuentes a nadie más, por favor.

—¿Por qué?

—Por nada en particular. Simplemente, me gusta confirmar las cosas antes de que empiecen los rumores.

—Está confirmado —repuso Matheo un poco molesto—, ya te lo dije.

—Por desgracia, *mon ami*, no basta con tu palabra, ni con la mía.

—¿Y cómo piensas comprobarlo?

—Uno de mis agentes está investigando lo que nos contaste. Le he enviado una copia de la fotografía. Pronto tendremos confirmación y entonces podremos hablar de ello.

—Muy bien.

—*Merci*.

—Date prisa —exclamó Ruth desde el sofá—, estoy seca.

—Tú no has estado seca desde 1968 —dijo Gabri mientras le servía whisky escocés en una bonita taza de té de porcelana.

—El preferido de Nixon —murmuró Ruth—: lo ayudaba a no emborracharse jamás.

—¿Os habéis dado cuenta de que esa cosa tiene un montón

de pájaros encima? —comentó Clara.

—Parece una estatua... —opinó Reine-Marie.

—Pues espero que se le caguen encima —añadió Matheo.

Con los pájaros posados en la cabeza y los hombros, el personaje de negro debería haber resultado cómico pero, muy al contrario, las aves lo hacían parecer más macabro. Era como una estatua de mármol negro en un cementerio.

—¿Estás bien? —preguntó Reine-Marie.

Como todos los demás, Gamache estaba mirando hacia la plaza. Había entrado en una especie de trance.

—Acabo de tener una sensación muy extraña —susurró—. Por un instante, me he preguntado si es posible que nos hayamos equivocado por completo y ese personaje no esté aquí para hacer daño, sino para ayudar.

—No eres el primero que piensa que los cobradores son heroicos —repuso Matheo, que estaba de pie a su lado y lo había oído—: figuras a lo Robin Hood que equilibran la balanza del bien y el mal. Pero eso de ahí —añadió e inclinó la cabeza hacia la ventana—... es algo muy distinto: casi puedes oler la podredumbre.

—Eso es por el estiércol —intervino Gabri mientras rellenaba la copa de vino de Matheo—. *Monsieur* Legault lo está esparciendo por sus campos. —Inhaló profundamente y exhaló con expresión satisfecha—. Mmm, huele a mierda. ¿Cómo lo has llamado, «cobrador»?

—Sólo es una palabra —repuso Matheo—, un apodo.

Se alejó antes de que Gabri pudiera hacerle más preguntas.

—¿Le ha puesto un apodo a esa cosa? —les preguntó Gabri a los Gamache.

Armand se encogió de hombros y observó a Matheo, que charlaba con Clara, mientras se preguntaba si había dicho «cobrador» delante de todo el mundo a propósito.

Justo después de que él le pidiera que fuera discreto.

¿Había sido un error inocente? ¿Premeditado? ¿Estratégico?

—¿Dónde está Katie? —preguntó Myrna.

—Estaba aquí hace unos minutos —contestó Patrick mirando a su alrededor.

—Ha dicho que iba a la cervecería artesanal de Sutton a por más cerveza —dijo Lea levantando su vaso—, «la prueba de que Dios nos ama y quiere que seamos felices», como decía Benjamin Franklin.

Gamache miró a Lea Roux y se preguntó si en un futuro no muy lejano estaría trabajando para ella: la próxima primera ministra de Quebec.

Gabri, que seguía a Ruth con la botella de whisky como una especie de criada victoriana, dijo:

—Odio la cerveza. Nos negamos a servirla: sólo contribuye a bajar el nivel de la fonda.

—¿Y la pata no? —preguntó Patrick mirando a *Rosa*.

—Hacemos excepciones —dijo Gabri—. Tanto la pata como la chiflada son de la familia.

—De hecho, nos gusta tener a Ruth y a *Rosa* por aquí; hacen que los demás parezcamos un poco más cuerdos —explicó Clara.

—Bueno... —dijo Lea.

—«Quien vive en una casa de cristal no debería arrojarle piedras al vecino» —intervino Ruth aferrando a *Rosa* contra sí y mirando furibunda a Lea.

Luego, con gesto ausente, posó la mano surcada de venas sobre las alas de la pata, que las tenía plegadas y ceñidas a la espalda como si fuese un pequeño arcángel, aunque, en realidad, tenía algo de satánica.

Lea inspiró profundamente y sonrió.

—Tienes toda la razón, disculpa.

—Y tú estás muy equivocada.

—¿Perdón?

—Benjamin Franklin no dijo eso sobre la cerveza —repuso Ruth.

—¿Y quién lo dijo entonces?

—Franklin... —respondió la anciana.

—Pero acabas de decir que... —empezó Patrick.

—...no dijo nada de la cerveza —lo interrumpió Ruth—: hablaba del vino. La cita provenía de una carta y algunas personas que preferían presentar al intelectual y diplomático Franklin como un hombre del pueblo, como un amante de la cerveza y no del vino, la tergiversaron. La política es así, *non?* —Se volvió hacia Lea—. Pura ilusión.

—Ahí has acertado —admitió Lea, y brindó por la anciana con su cerveza.

Pero en sus ojos ya no había el menor rastro de diversión.

Sí, pensó Gamache sosteniendo el whisky escocés que Gabri le había servido, pero al cual aún no había dado ni un sorbo; con toda seguridad, la situación era más compleja de lo que parecía a simple vista.

—¿Os resulta familiar? —preguntó Reine-Marie.

Nadie tuvo que preguntar a quién se refería.

—Bueno, ya lleva ahí plantado más de un día, de modo que sí, empieza a resultarme familiar —contestó Clara.

—No, mirad otra vez.

Sin decir palabra, todos observaron al personaje del hábito negro, tan solitario en aquel frío día de noviembre.

El silencio parecía extenderse más allá de la habitación, más allá de la fonda, hacia el pueblo entero: era como si la campana de cristal fuera cada vez más grande, como si cubriera una parte cada vez mayor de Three Pines.

Dos días antes, los niños habían estado jugando, riendo y gritando en la plaza del pueblo, ahora no había alboroto, ni siquiera movimiento. Incluso los pájaros posados en los hombros del oscuro personaje estaban inmóviles. Daba la

impresión de que al tocarlo se habían convertido en piedra.

—Parece san Francisco de Asís —comentó Clara.

—Es lo que estaba pensando —dijo Reine-Marie—, con todos esos pájaros alrededor.

—No os engañéis —intervino Lea—, no es ningún santo.

—¿Le has preguntado al arcángel Miguel por nuestro visitante? —preguntó Gamache dirigiéndose a Ruth.

Reine-Marie se volvió hacia él sorprendida ante la pregunta, pero llena de curiosidad por saber la respuesta.

Nadie creía que un arcángel hubiera visitado a la anciana y chiflada poeta. En realidad, ni siquiera creían que ella se lo creyera.

Pero sentían curiosidad.

—Sí, se lo he preguntado.

—¿Y?

Justo entonces, un coche apareció en lo alto de la ladera que descendía hacia Three Pines.

—Debe de ser Katie... —dijo Patrick—. Ah, pues no: ése no es nuestro coche.

El vehículo se detuvo junto a la criatura, que permaneció impasible aun cuando los pájaros de piedra levantaron el vuelo.

Finalmente, el coche avanzó de nuevo.

Era Jean-Guy, que traía noticias.

—¿Qué había averiguado el inspector Beauvoir? —preguntó el fiscal.

Estaba presionando y metiéndole prisa al superintendente jefe: se acercaba el final de la jornada.

Quería obtener ese dato antes de que la juez levantara la sesión hasta el día siguiente.

Quería que los hombres y mujeres del jurado se lo llevaran bien metido en la cabeza antes de dirigirse a las terrazas y los

bares en busca de una cerveza en la calurosa tarde de verano.

El fiscal hizo un gesto con la cabeza en dirección al funcionario:

—La prueba número uno de nuevo, *s'il vous plaît*.

Y volvió a aparecer el pueblo con aquella sombra oscura en medio de la plaza. Esta vez, sin embargo, en lugar de silencio o de un largo suspiro colectivo, se produjo un murmullo de reconocimiento, quizá incluso de emoción.

El asombro se había convertido en familiaridad y excitación. Ya no había alarma, todos parecían sentirse cómodos con la escena y orgullosos de sí mismos por haberse adaptado a una visión tan extraña.

Por supuesto, sólo era una fotografía: no la realidad.

Como tampoco era real su actitud bravucona.

Cometían un error, como bien sabía Gamache y como seguramente acabarían descubriendo ellos mismos: por mucho que sólo fuera una foto, nadie debería sentirse cómodo ante semejante imagen.

—¿Y bien? —el fiscal espoleó al superintendente jefe para que continuara.

Gamache sabía por experiencia que era un error precipitarse y dejar huecos en el relato. Había declarado muchas veces en el tribunal y, aunque estaba de acuerdo en que era necesario apresurarse, tenía claro que la defensa aprovecharía cualquier laguna para conseguir la liberación de su cliente.

El superintendente jefe estaba en la cuerda floja, intentando mantener el equilibrio entre la premura y la claridad.

Y había muchas cosas que ni siquiera el fiscal sabía... y que no debía averiguar.

—El inspector Beauvoir se había pasado el sábado investigando al cobrador del frac y, cuando consideró que tenía información suficiente, regresó al pueblo.

—Pero ¿por qué ir hasta allí? ¿Por qué no limitarse a llamar

o enviar un correo?

—Quería ver al personaje por sí mismo para asegurarse: sus pesquisas se habían basado tan sólo en la fotografía que le envié; necesitaba ver al tipo en persona.

Lo que Gamache no reveló fue que Jean-Guy también había sentido la necesidad de darle la información cara a cara: quería ver su reacción.

—¿Y?

• • •

—¿Cuánto sabes de todo esto, *patron*? —preguntó Beauvoir.

Jean-Guy, Reine-Marie y él mismo estaban sentados en la sala de estar de la casa de los Gamache en Three Pines.

—Sólo ese asunto del cobrador del frac que Bissonette nos contó y que yo te transmití por correo electrónico —respondió Gamache.

—*Oui*, el recaudador de deudas financieras —dijo Beauvoir —, pero no el original...

Dejó a un lado su chocolate caliente, extrajo una carpeta de documentos de la cartera y sacó algunos, la mayoría fotografías, que esparció por la mesita de centro; luego los reorganizó ligeramente, como un fullero en pleno juego de los triles.

Cuando hubo acabado, había un abanico de fotografías desplegado ante los Gamache.

—Esto es un cobrador del frac —dijo cogiendo la foto del extremo. Mostraba la imagen ya familiar de un hombre con sombrero de copa, frac y guantes blancos llevando un maletín con el rótulo EL COBRADOR DEL FRAC en grandes letras—. Pero lo que quería enseñarte es esto —añadió cogiendo la fotografía que tenía más cerca y pasándosela a Gamache—. Este daguerrotipo se tomó en 1841 en un pueblo de los Pirineos.

La imagen, gris y borrosa, mostraba una calle estrecha y empedrada serpenteando entre toscos edificios de piedra. En la distancia se divisaban las montañas.

—No aparecen personas ni animales —explicó Beauvoir— porque para fijar la imagen en la placa se necesitaba un largo tiempo de exposición; diez minutos o algo así. Cualquier cosa que no permaneciera quieta durante ese intervalo salía movida o no aparecía en absoluto.

Armand se puso las gafas, se inclinó sobre la fotografía y se quedó aún más inmóvil que antes: si *monsieur* Daguerre hubiera capturado su imagen en ese instante, Armand Gamache habría salido a la perfección.

Luego levantó la vista y miró a Jean-Guy por encima de las gafas.

Y Beauvoir asintió.

—Lo llaman el cobrador —dijo casi en un susurro—. Lo del frac lo añadió mucho más tarde algún astuto comerciante, pero ése es el auténtico, el original.

Reine-Marie se inclinó también. Podía ver las casas, la calle, el paisaje detrás... pero nada más. Tuvo que observar con mucha más atención para que la figura de oscuro fuera definiéndose poco a poco, como si emergiera del daguerrotipo.

Hasta que resultó inconfundible.

Ahí, plantado ante una de las paredes, había un hombre tan inmóvil que una exposición de diez minutos lo había captado; a él y sólo a él.

Todos los demás seres vivos: caballos, perros, gatos, personas... habían desaparecido como si hubieran abandonado el pueblo dejando solo al personaje del hábito negro con la capucha puesta y esa máscara inexpresiva cubriéndole el rostro.

Parecía una de esas espantosas imágenes del bombardeo de Hiroshima, donde la gente se evaporó dejando sólo sus siluetas

marcadas a fuego en las paredes, convertidos en una sombra permanente y, por tanto, definitivamente inhumana.

Y allí, en aquel pueblecito español, había una sombra como ésa. No expresaba ira ni tristeza; tampoco júbilo, lástima o triunfo. No juzgaba, pues el veredicto se había emitido ya.

Era un recaudador: estaba ahí para recaudar.

—Nadie había reparado en la imagen hasta hace poco, cuando se hicieron los preparativos para una exposición de la obra de Louis Daguerre en París —explicó Beauvoir; entonces señaló la siguiente imagen, algo más nítida—. Ésta es de la década de 1920, y ésta —añadió cogiendo la siguiente—... de 1945: fue tomada una semana después del fin de la guerra en Europa.

Mostraba al personaje del hábito negro frente a un hombre de mediana edad que protestaba vehementemente bajo la atenta mirada de varias personas.

—Se llevaron a ese hombre a rastras y lo ahorcaron por colaboracionista —dijo Jean-Guy—. Había proporcionado información sobre sus amigos y vecinos, se había ofrecido a esconder a judíos y después los había entregado a cambio de favores de los nazis.

Viendo el terror en la cara del tipo, sus mejillas enjutas y sin afeitar, sus ojos suplicando clemencia, su pelo revuelto y los harapos que vestía, resultaba difícil no sentir compasión por él... hasta que uno pensaba en sus víctimas: en los hombres y mujeres que había entregado, en los niños y niñas que habían acabado muriendo por su culpa.

El cobrador lo había encontrado y lo había seguido. Lo había acosado hasta conducirlo a la muerte.

—¿Lo ahorcó él mismo? —preguntó Reine-Marie.

—No, sólo lo señaló con el dedo —contestó Jean-Guy—, los demás hicieron el resto.

Un dedo torcido, pensó Gamache; quizá Ruth tenía razón...

—Tras la guerra, las apariciones de cobradores en España aumentaron —continuó Jean-Guy—, pero después nada... durante mucho tiempo.

—Según Matheo, cuando llevó a cabo su investigación no pudo encontrar a nadie que hubiera visto realmente a uno de estos cobradores originales —explicó Armand—, y desde luego no encontró estas imágenes.

—Probablemente no perseveró lo suficiente —intervino Reine-Marie—. Según mi experiencia en los archivos nacionales, los periodistas por cuenta propia tienen agendas apretadas y se centran en temas muy específicos. Su artículo hablaba sobre el cobrador del frac, no sobre el cobrador antiguo.

—Sí, probablemente fuera eso —coincidió Armand.

—Pero ha habido apariciones más recientes del original —repuso Beauvoir.

—Como aquí —dijo Reine-Marie.

El cobrador del Viejo Mundo había cruzado al Nuevo Mundo: al mundo donde ellos vivían, y casi eran capaces de oler la decadencia, la podredumbre que lo rodeaba. Aunque Gamache comenzaba a preguntarse si el hedor brotaba del propio cobrador o de alguien más, de una persona cercana: aquel a quien la criatura había venido a buscar.

—Así que todo esto empezó en el siglo XIX —dijo Reine-Marie mirando de nuevo el daguerrotipo—. Me pregunto por qué.

—*Non, non* —repuso Beauvoir—. No fue en el siglo XIX, sino en el XIV.

Reine-Marie se lo quedó mirando

—¿Hace setecientos años?

—Sí. Tenéis un atlas por aquí, ¿no?

Armand fue hasta una de las estanterías de la sala de estar y volvió con un libro de considerables dimensiones.

—Hay una isla cercana a la costa española, entre España y

Marruecos —explicó Beauvoir pasando páginas hasta encontrar lo que buscaba—, que se llamaba isla del Cobrador.

Gamache se inclinó más sobre la página.

—Pero ahí no pone Cobrador...

—No, el nombre ha cambiado, pero así se llamaba entonces. Era el lugar al que enviaban a los leprosos y los dementes, a niños que nacían con deformidades y a mujeres que la Inquisición había señalado como brujas... Que te llevaran a la isla del Cobrador se consideraba peor que arder en la hoguera: esto último duraba sólo unos pocos minutos, mientras que la isla... —Jean-Guy dio unos golpecitos con el dedo en el atlas —... era el infierno.

Gamache frunció el ceño

—Sólo que...

Jean-Guy asintió de nuevo.

—Sólo que no todo el mundo murió simplemente tras un largo sufrimiento. Las autoridades civiles y eclesiásticas daban por hecho que sería así, pero las mujeres empezaron a organizar a los demás. Cuidaban a los enfermos, criaban a los niños...

—Las brujas llevaron a cabo un *mitzvá*: una buena obra —comentó Gamache.

—Eso tuvo que poner furiosos a los inquisidores —dijo Reine-Marie.

—Las peleas internas cesaron y la gente empezó a ayudarse, a colaborar —prosiguió Jean-Guy—. Construyeron casas, empezaron a cultivar la tierra... Algunos de los enfermos consiguieron recuperarse lejos de las pocilgas en que se habían convertido las ciudades.

—Es increíble —dijo Gamache—, y también muy bello, la verdad. Al menos de algún modo. Pero ¿qué tiene que ver esto con el cobrador? —añadió señalando hacia la plaza.

El personaje llevaba ahí casi cuarenta y ocho horas y los

habitantes de Three Pines daban cada vez más muestras de estrés. Los nervios habían empezado a crisparse: la gente discutía por cuestiones triviales; en el *bistrot* se había producido alguna que otra pelea entre amigos de toda la vida...

Por supuesto, ese estado de ánimo también hubiera podido atribuirse al tiempo: los encapotados cielos de noviembre sólo se abrían de vez en cuando para soltar lluvia o aguanieve que te empapaba la ropa y te calaba hasta los huesos.

Pero el meollo de la cuestión estaba plantado en la plaza ajardinada del pueblo.

Muy muy lejos de un islote español del siglo XIV, muy lejos de casa.

La campana de cristal se había expandido de nuevo: el mundo del cobrador se estaba ampliando, su territorio crecía, mientras que el de ellos parecía a punto de colapsar.

Gamache se preguntaba cuánto tiempo les quedaba antes de que ocurriera algo terrible.

—Algunos de los enfermos recuperados regresaron a la Península —continuó Jean-Guy—, pero estaban deformados por la enfermedad, de modo que llevaban máscaras, guantes y hábitos con capucha parecidos a los de los monjes.

—¿Y por qué quisieron regresar? —preguntó Reine-Marie.

Gamache no esperó a que Jean-Guy contestara:

—Para vengarse —dijo en un susurro.

Él sabía bien cuán poderoso es el deseo de venganza, y que a menudo se impone al sentido común.

—Yo pensé lo mismo —intervino Jean-Guy—, pero no fue del todo así. Evidentemente, fueron en busca de la gente que los había desterrado y condenado: altos cargos de la Iglesia, magistrados e incluso príncipes. Sin embargo, por increíble que parezca, cuando los encontraron no hicieron nada. Se limitaron a seguirlos. Lo cual, por supuesto, no era poco.

—¿Y qué sucedió? —preguntó Gamache.

—Creo que ya te lo imaginas, y ellos debían de anticiparlo también —contestó Beauvoir. No necesitaba consultar sus notas: estaba convencido de que jamás iba a olvidar lo que había leído—. A los primeros que llegaron los mataron a golpes, pues el populacho estaba convencido de que traían consigo la lepra. Pero en cuanto uno moría aparecía otro, y poco a poco la gente se percató de que esos hombres con hábitos negros no hacían daño a nadie. Incluso hacían gala de una especie de dignidad, y por mucho que supieran que iban a morir simplemente permanecían inmóviles, sin defenderse, mirando fijamente a la persona a la que estaban siguiendo hasta que los molían a golpes.

Gamache se removió en el asiento y volvió a mirar por encima del hombro hacia la plaza del pueblo.

Semejante devoción a una causa resultaba admirable, pero también parecía un signo de locura.

—Ni los jerarcas de la Iglesia ni las autoridades civiles podían permitir que aquello continuara ocurriendo —prosiguió Beauvoir—. Averiguaron quiénes eran y de dónde venían y enviaron soldados a la isla del Cobrador con órdenes de acabar con todos: hombres, mujeres y niños.

Gamache suspiró profundamente: incluso desde la distancia, a través del tiempo y el espacio, podía sentir la rabia y el dolor.

—Sin embargo, cuando la población en general se enteró se produjo un follón tremendo —agregó Beauvoir.

Gamache bajó la vista instintivamente hacia los documentos que llevaba Beauvoir: estaba convencido de que la expresión «un follón tremendo» no podía ser una cita textual.

—Los personajes del hábito negro gozaron de un estatus casi mítico —explicó Jean-Guy—, pero por poco tiempo. Fueron quedando en un segundo plano; al fin y al cabo en aquel momento en Europa ocurrían auténticas barbaridades; y pronto cayeron en el olvido.

—Aun así, no desaparecieron totalmente —dijo Reine-Marie.

—*Non*. Parece que algunos escaparon de la masacre en la isla del Cobrador. La teoría es que recibieron la ayuda de soldados que no se vieron capaces de acatar las órdenes. De vez en cuando se veía a alguno, sobre todo en pueblos de montaña.

—¿Y continuaron persiguiendo a personas que habían cometido actos terribles y seguían impunes? —preguntó Gamache.

—Eso parece, sí.

—Hasta convertirse en simples recaudadores de deudas financieras...

—No necesariamente, porque en los pueblos se los ha acabado considerando algo más: algo así como la encarnación de la voz de la conciencia.

El reloj de la sala del tribunal marcaba más de las cinco.

En todos los demás juicios ya se había levantado la sesión hasta el día siguiente. Se oían pasos en el pasillo, y voces que murmuraban y soltaban exclamaciones. Letrados que sólo unos minutos antes habían estado arremetiendo verbalmente unos contra otros se invitaban a copas en la *terrasse* del bar más cercano.

En la sala de la juez Corriveau, la atmósfera era asfixiante, y no sólo por el calor. Todo el mundo ansiaba salir al aire fresco y distraerse de aquella historia cada vez más claustrofóbica.

Pero todavía faltaba una pregunta.

—Superintendente jefe Gamache... —dijo el fiscal. Por primera vez en todo el día no sonó prepotente ni pretensioso; por primera vez parecía que no estaba representando un papel. Su tono de voz era serio y tranquilo—. Basándose en lo que el inspector Beauvoir descubrió sobre los cobradores originales, ¿llegó usted a alguna conclusión?

—Sí.

—¿Y cuál fue?

—Que alguien en el pueblo había hecho algo tan espantoso que fue necesario invocar a la voz de la conciencia.

7

—¿No vienes a casa esta noche? —le preguntó Reine-Marie a Gamache cuando éste la llamó por teléfono esa tarde.

—No, me quedaré en el apartamento de Montreal. Tengo muchas cosas que hacer por aquí y la sesión del tribunal empieza temprano.

—¿Te gustaría que fuera para allá? Puedo llevarte algo del *bistrot*.

—No, no, tranquila. Yo creo que esta noche no sería muy buena compañía, y tengo trabajo.

—¿Sobre el juicio?

—*Oui*.

—¿Las cosas están saliendo como esperabas?

Gamache se frotó la frente y consideró la pregunta.

—No lo sé, la verdad. Todo esto es muy complicado: hay muchas piezas que acomodar para llegar al resultado esperado y a cada momento se corre el riesgo de que se desparramen por el suelo.

Reine-Marie lo había visto preocupado por otros juicios como aquél, sobre todo por cómo se desenvolverían los testigos, pero en ese caso él era el único testigo, ¿qué podía preocuparle tanto? El proceso acababa de empezar...

—¿Crees que lograrás una condena?

—Sí.

Su respuesta había sido demasiado rápida, demasiado segura para un hombre que solía mostrarse contenido y pensativo.

—¿Y qué vas a cenar?

—Me traeré algo aquí, a la oficina.

—¿Piensas cenar solo?

Gamache miró por el resquicio de la puerta la sala de reuniones donde Jean-Guy, Isabelle y los demás agentes se inclinaban sobre unos mapas. En la larga mesa había tazas de café y platos con bocadillos de la *brasserie* de la esquina junto con jarras de agua, ordenadores portátiles y papeles. Más allá se veían las luces de Montreal.

—*Oui*.

El superintendente jefe Gamache se unió de nuevo al equipo, se puso las gafas y se inclinó sobre el enorme mapa de Quebec encima del cual habían colocado una serie de transparencias, cada una con dibujos en distintos colores.

Trazos burdos de rotulador rojo, azul, verde, negro... que a Gamache le parecieron, de entrada, absurdos.

Sin embargo, cuando las transparencias se colocaban sobre el mapa, los trazos se fusionaban. Un observador fortuito podría pensar que se trataba de las distintas líneas de un metro muy extenso.

Y no se equivocaría del todo.

Pues en efecto se trataba de un mapa del mundo subterráneo.

Unas líneas serpenteaban siguiendo el curso del río San Lorenzo, otras descendían desde el norte o se abrían paso desde Montreal y Quebec capital, pero todas se extendían hasta la frontera con Estados Unidos.

La superintendente Toussaint, la nueva jefa del Departamento de Delitos Graves, cogió un rotulador azul del bote que descansaba sobre la mesa de reuniones.

Para algunos de los miembros más jóvenes de aquel círculo exclusivo aquello era como asir un cincel y un martillo, hasta tal punto les parecía burdo ese método. Estaban acostumbrados a ordenadores portátiles, a herramientas más precisas y

potentes.

Pero aquel mapa y aquellas transparencias tenían una gran ventaja: nadie podía piratearlos y, separados, nadie era capaz de descifrar su significado.

Y eso era vital.

—He aquí la información más reciente —anunció Madeleine Toussaint—. Nuestro informante en las islas de la Magdalena nos dice que hace dos días llegó un cargamento a bordo de un barco mercante procedente de China.

—¿Dos días? —repitió uno de los agentes—. ¿Y por qué ha tardado tanto en transmitir la información?

—Tenemos suerte de que haya podido transmitirla siquiera —repuso Toussaint—. Todos sabemos qué pasará si lo descubren, incluido él mismo.

Con el rotulador, hizo una marca que quedó flotando en el golfo de San Lorenzo.

—¿Sabemos de cuánto estamos hablando? —preguntó Beauvoir.

—De ochenta kilos.

Todos miraron a Toussaint en silencio.

—¿Ochenta kilos de fentanilo? —preguntó Isabelle Lacoste.

—*Oui*. —Toussaint levantó el rotulador: el azul equivalía a fentanilo.

Se miraron unos a otros. Ochenta kilos...

Sería el cargamento de mayor tamaño hacia Norteamérica, casi el doble del anterior, y desde luego el mayor del que ellos tuvieran conocimiento.

Los cárteles se estaban volviendo cada vez más osados.

¿Y por qué no? Prácticamente no había nada ni nadie que se lo impidiera.

El superintendente jefe Gamache miraba fijamente el grupito de islas que se extendían entre las salobres aguas de la Gaspesia y Terranova. Era difícil encontrar un enclave más bonito y un

lugar más perfecto para el tráfico de estupefacientes.

Azotadas por el viento, aisladas y escasamente pobladas, las islas estaban, sin embargo, en una importante ruta comercial de barcos de carga que iban y venían de todas las zonas del globo.

Constituían un puerto de entrada a Quebec y, en último término, a Canadá: una suerte de puerta trasera a la que las autoridades no prestaban demasiada atención, ocupadas como estaban en investigar puertos más importantes, tanto marítimos como aéreos.

Pero las diminutas y desgarradoramente hermosas islas de la Magdalena eran un punto clave en este caso.

¿Y qué otros puntos había?

Gamache observó los enérgicos trazos de distintos colores que tenían su origen en diferentes lugares de Quebec, pero apuntaban en la misma dirección.

Hacia la *frontière*: hacia Estados Unidos.

Casi todas las líneas, todos los colores, convergían en un pueblecito que ni siquiera aparecía en el mapa; Gamache había tenido que incluirlo a lápiz.

Three Pines.

Pero ahora había quedado borrado por los trazos de rotulador que apuntaban hacia la frontera.

Por ese agujero en la frontera pasaban las drogas de ida y el dinero de vuelta.

Toneladas de cocaína, metanfetaminas y heroína.

Y así había sucedido durante años.

Cuando Gamache asumió el liderazgo de la Sûreté y se dio cuenta de la magnitud del problema de la droga que entraba y salía de Quebec, reparó en algo más: sólo una pequeña parte podía haber transitado por las rutas tradicionales.

¿Qué demonios ocurría con el resto?

A partir de ese momento había destinado a varios equipos a

investigar qué drogas se hacían en Quebec y cuáles se importaban, cuáles se consumían allí mismo y cuáles se destinaban a un mercado más lucrativo.

Había reclutado a científicos y piratas informáticos, a expertos navales y de aviación, a informantes, a agentes infiltrados en bandas de moteros, a estibadores y dirigentes de sindicatos, a agentes mayoristas e incluso a expertos en mercadotecnia. La mayoría de ellos no tenían una idea real de cuál era el objetivo último de su trabajo, y muchos ni siquiera sabían para quién trabajaban exactamente: cada uno de ellos formaba una pequeña célula con un único problema que resolver.

Y así, al igual que la droga fluía y se canalizaba hacia un único punto, toda esa información iba a parar a las manos del superintendente jefe Gamache.

El propósito era asestar un golpe decisivo, definitivo; no una serie de pequeños golpes, sino un único mazazo rápido y eficaz directo al corazón.

Y, tras casi un año de intensa investigación, los trazos en las transparencias se habían extendido y entrelazado hasta que había aparecido un patrón.

Pero el superintendente jefe Gamache seguía sin actuar.

Pese a los ruegos de algunos de sus agentes de mayor rango, esperaba, soportando el peso de las crecientes críticas en los ámbitos privado, profesional y político, la presión de la opinión pública y de los colegas, que sólo veían el aumento de los delitos y la ausencia de respuesta por parte de la Sûreté.

Y entonces, finalmente, el equipo dio con lo que habían estado buscando: la persona que dirigía todo aquello.

Ese salto cualitativo se debió a la colaboración, a la inteligencia, al coraje de informantes y agentes encubiertos...

Y a la aparición de un personaje de hábito negro en la plaza de cierto pueblecito de cielos encapotados.

Aunque muy pocos sabían que ése era el eje en torno al cual giraba todo, y Gamache deseaba desesperadamente que la cosa siguiera así.

Los agentes lo miraron a la espera de que dijera algo, de que hiciera algo.

Él, sin embargo, se limitó a mirar cómo la superintendente Toussaint, rotulador azul en mano, trazaba sobre una transparencia una línea que iba desde el puerto de las islas de la Magdalena hasta la curva de la península de la Gaspesia. El rotulador produjo un chirrido mientras recorría lentamente el gran río San Lorenzo y luego, tierra adentro, descendía poco a poco hacia el sur...

Hasta la frontera.

Donde se detuvo.

Gamache, que no había despegado los ojos del mapa, alzó la vista para mirar, por encima de las gafas y más allá de sus agentes, el corcho que colgaba de la pared.

Contenía un mapa distinto: no mostraba cómo circulaban las drogas, el dinero y la violencia, sino cómo fluía el poder.

Incluía varias fotografías; las menos, instantáneas del archivo policial; las más, imágenes capturadas clandestinamente con un teleobjetivo.

Hombres y mujeres que llevaban a cabo sus actividades cotidianas, gente común y corriente, al menos en apariencia...

Pero cuya piel cubría un oscuro vacío interior.

Y en lo alto, donde convergían todas las líneas e imágenes, en vez de una fotografía, había una simple silueta oscura.

Una silueta sin rostro ni facciones, no del todo humana.

Armand Gamache sabía a quién correspondía; de hecho, podría haberle puesto cara, pero decidió no hacerlo, por si acaso. Evocó durante unos instantes cierto semblante oscuro y anodino y luego volvió a centrar la atención en la superintendente Toussaint...

Y finalmente asintió con firmeza.

Ella titubeó, quizá con la intención de concederle tiempo para cambiar de opinión.

En la sala reinaba un silencio absoluto.

—No puedes hacerlo —dijo Toussaint en voz baja—. Son ochenta kilos, jefe, y es posible que ya estén en movimiento: no hemos sabido nada más del informante. Al menos déjanos situar a algunos agentes allí.

El superintendente jefe Gamache le quitó el rotulador de la mano y, sin vacilar, dibujó una última línea.

Un trazo que cruzaba la frontera e indicaba el flujo de salida del opioide y su entrada en Estados Unidos.

Volvió a ponerle la tapa al rotulador con un chasquido y alzó la vista para mirar los rostros de los agentes en quienes más confiaba…

Y en todos vio la misma expresión.

Estaban horrorizados.

—Tienes que impedirlo —soltó Toussaint, incapaz de modular la voz—. No puedes dejar que esos ochenta kilos crucen la frontera. ¡Son ochenta kilos!… —repitió con la indignación a flor de piel—. Si no lo impides…

Gamache se puso en pie muy erguido.

—Continúa.

Pero Toussaint guardó silencio.

Armand observó los rostros de los demás, así que no tuvo que preguntar quiénes estaban de acuerdo con la superintendente: evidentemente, opinaban como ella.

Pero eso no significaba que tuviera razón.

—Aguantaremos hasta el final —dijo—. Lo dejé bien claro cuando iniciamos esta operación, hace ya casi un año. Tenemos un plan y nos ceñiremos a él.

—¿Sin que importen las consecuencias? —quiso saber otro agente—. Sí, tenemos un plan, pero también tenemos una

responsabilidad. Las cosas cambian. Es una locura ceñirse a un plan sabiendo que...

Gamache enarcó las cejas, pero no dijo nada.

—Lo siento, *patron* —añadió el agente—. No quería decir que fuera una locura.

—Ya sé qué has querido decir —repuso Gamache—. El plan se trazó antes de que dispusiéramos de toda la información. —El agente asintió—. Se hizo desde una perspectiva fría, aséptica y lógica. —Hubo más gestos de asentimiento.

—¿Y por qué nos molestamos en arriesgar vidas para obtener esta información si no vamos a actuar en consecuencia? —preguntó otro agente señalando el mapa con un ademán.

—Estamos actuando —replicó Gamache—, sólo que no de la forma que esperan los cárteles. A mí también me gustaría detener ese cargamento, os lo aseguro, pero la operación entera nos obliga a adoptar una perspectiva más amplia. Vamos a mantenernos firmes, *d'accord?*

Los miró uno por uno.

Los había elegido cuidadosamente no porque se sometieran a su voluntad y se avinieran a sus deseos, sino porque eran listos, experimentados, ingeniosos y creativos, y lo bastante valientes para decir lo que pensaban.

Y en efecto lo habían dicho, pero ahora le tocaba a él.

Reflexionó durante unos segundos antes de volver a hablar.

—Si llevamos a cabo una redada, vuelan las balas y la cosa amenaza con volverse caótica, ¿qué solemos hacer?

Los miraba a todos, pues cada uno de ellos había estado en una situación parecida, al igual que él mismo.

—Conservamos la calma y mantenemos el control de la situación; nos concentramos y no dejamos que nada nos distraiga.

—¿Que nada nos distraiga? —repitió Toussaint—. Haces que parezca un simple ruido a nuestras espaldas.

—No le estoy quitando importancia a este envío, ni a la decisión, ni a sus consecuencias, superintendente Toussaint.

Gamache, atraído por la silueta oscura, volvió a echar un vistazo al corcho que colgaba de la pared.

—Nunca perdáis de vista el objetivo —añadió volviéndose hacia sus subordinados—. Nunca. —Se detuvo para dejar que aquella frase calara—. Jamás.

Ellos se revolvieron en sus sillas, pero luego volvieron a sentarse muy erguidos.

—Muchos otros agentes en situaciones parecidas a ésta abandonaron la estrategia y los planes establecidos —continuó Gamache— no porque les faltara valor, sino porque las consecuencias eran demasiado graves y sentían una necesidad imperiosa de pasar a la acción. Y esa necesidad imperiosa sigue existiendo. —Apoyó el dedo sobre la marca recién hecha—. ¡Estamos hablando de ochenta kilos de fentanilo! ¡Tenemos que impedir que crucen la frontera...!

Todos asintieron con firmeza.

—Pero no podemos. —Inspiró despacio y profundamente y se concentró durante unos instantes en las luces de la ciudad, al otro lado de los cristales, y más allá, en las montañas que se alzaban en la distancia, en el valle, el pueblecito... y en el objetivo. Luego hizo que sus ojos y sus pensamientos volvieran a la sala de reuniones—. Seguiremos de cerca la operación —declaró finalmente, esta vez con tono enérgico—, pero manteniendo la distancia. No interferiremos y no detendremos el envío, *d'accord?*

Hubo apenas un instante de vacilación antes de que uno de ellos y luego todos respondieran:

—*D'accord*.

A regañadientes, pero se mostraban de acuerdo.

Gamache se volvió hacia la superintendente Toussaint, que había permanecido en silencio contemplando el mapa y que

entonces, tras mirar un instante el corcho de la pared, se volvió hacia su jefe.

—*D'accord, patron*.

Gamache hizo una breve inclinación de cabeza y se volvió hacia Beauvoir.

—¿Hablamos un momento?

Ya en su despacho y con la puerta bien cerrada, se volvió en redondo hacia Jean-Guy.

—¿Jefe? —preguntó éste.

—Piensas lo mismo que Toussaint.

No era una pregunta.

—Creo que tiene que haber un modo de detener el envío sin revelarles nada de lo que hemos descubierto.

—Es posible —admitió Gamache.

—Nos hemos incautado de remesas más pequeñas —añadió Beauvoir aprovechando que veía un resquicio, que la actitud de su jefe se había vuelto un poco menos intransigente.

—Es cierto, pero circulaban a través de las rutas tradicionales y cruzaban la frontera por sitios predecibles. Además, no podíamos detener todas las incautaciones porque los cárteles habrían sabido enseguida que se estaba cociendo algo. Esta remesa es enorme y más que probablemente se dirige a uno de los puntos que creen que desconocemos, una ruta que consideran segura, de otro modo no enviarían por allí semejante cantidad de fentanilo. Pero nuestro plan sólo funcionará si les permitimos creerlo.

—No me dirás que son buenas noticias…

—Es lo que esperábamos que ocurriera, y tú lo sabes. Mira, ya sé que esto es especialmente difícil para ti…

—¿Por qué todo se reduce siempre a eso? —preguntó Beauvoir.

—Porque no podemos separar nuestras experiencias personales de nuestras decisiones profesionales —repuso

Gamache—. Si creemos que podemos, nos estamos engañando; debemos admitirlo, examinar nuestros motivos y tomar una decisión racional.

—¿Crees que estoy siendo irracional? ¡Si eres tú quien siempre me acusa de no confiar en mis instintos! En fin, ¿sabes qué me dicen ahora mismo mis instintos? Y no sólo mis instintos, sino mi experiencia... —Estaba empezando a levantar la voz—. Que esto es un error monumental —añadió bajándola de nuevo hasta convertirla en un gruñido—. Permitir que todo ese fentanilo entre en Estados Unidos podría cambiar el curso de una generación entera. ¿Quieres saber qué interés personal tengo en esto? Pues ahí va: tú nunca has sido un adicto, no tienes ni idea de lo que es eso. Los opioides, las drogas de diseño se te meten dentro, te cambian, te convierten en algo horrible. Todos repiten «ochenta kilos»... —Señaló hacia la puerta y la sala de reuniones, al otro lado del pasillo—. Pero lo que se dirige hacia la frontera no es un número, una simple cantidad; de hecho, no hay forma de contar ni de medir la desdicha que puede traer consigo: muertes lentas y espantosas, y no únicamente para los adictos que estás a punto de crear... ¿Qué pasa con todas esas vidas que van a quedar destrozadas? ¿Cuánta gente que hoy está viva y sana va a morir o a matar, jefe, y todo por tu «decisión racional»?

—Tienes razón —respondió Gamache—, tienes toda la razón.

Señaló las butacas de la salita de su despacho y, tras unos instantes de vacilación, como sopesando si era una trampa, Jean-Guy ocupó su butaca habitual, aunque sentándose con rigidez en el borde.

Gamache se apoyó en el respaldo tratando de ponerse cómodo, pero desistió y también se inclinó hacia delante.

—Existe la teoría —dijo— de que Winston Churchill conocía de antemano la intención de los alemanes de bombardear la ciudad inglesa de Coventry y que no hizo nada por impedir

esos bombardeos que mataron a cientos de hombres, mujeres y niños.

La tensión en el rostro de Beauvoir se redujo, pero no dijo nada.

—Los ingleses habían descifrado ya los códigos secretos de los alemanes —explicó Gamache—, pero actuar habría significado revelarlo. Coventry se habría salvado, cientos de vidas se habrían salvado, pero los alemanes habrían cambiado los códigos y los aliados habrían perdido una ventaja enorme.

—¿Cuántas vidas se salvaron gracias a esa decisión? —preguntó Beauvoir.

Era un cálculo terrible.

Gamache abrió la boca, pero volvió a cerrarla y se miró las manos.

—No lo sé. —Luego alzó la vista hacia los tranquilos ojos de Beauvoir—. Se ha sugerido que los ingleses nunca llegaron a utilizar la información que iban obteniendo por temor a perder su ventaja.

—Lo dices en broma, ¿verdad?

Pero era evidente que no.

—¿De qué sirve tener ventaja si no vas a usarla? —preguntó Beauvoir más perplejo que indignado—. Y si permitieron que bombardearan aquella ciudad...

—Coventry.

—... ¿qué otras cosas permitirían?

Gamache negó con la cabeza.

—Es una buena pregunta. ¿Cuándo hay que utilizar los ases que tienes en la manga? ¿Cómo saber si es una buena estrategia o estás siendo excesivamente cauto? Porque, cuanto más los retienes, más cuesta desprenderse de ellos. Si dispones de una sola bala en la recámara, ¿cuándo la usas? ¿Cómo reconoces el momento adecuado?

—Quizá cuando por fin decides utilizarla ya es demasiado

tarde y el daño que has permitido es mucho mayor que cualquier bien que puedas hacer —repuso su yerno, cuya ira se había disipado mientras buscaba cómo responder a sus preguntas.

—Si ese fentanilo acaba en las calles morirá mucha gente, Jean-Guy; jóvenes, gente mayor, quizá incluso niños. Será un infierno.

Gamache se acordó de la vez que él y Reine-Marie visitaron Coventry. Habían pasado muchos años desde el bombardeo y habían reconstruido la ciudad, pero conservaban el armazón hueco de la catedral: lo habían convertido en un símbolo.

Reine-Marie y él habían estado un buen rato ante el altar de la catedral en ruinas.

Poco después del bombardeo, alguien había grabado unas palabras en un muro: PADRE, PERDÓNALOS.

Pero ¿a quién debían perdonar? ¿A la Luftwaffe? ¿Quizá a Goering, que ordenó el bombardeo? ¿O a Churchill, que decidió no hacer nada por detenerlo?

¿Fue un gesto de valentía o una terrible equivocación por parte de los dirigentes británicos, a salvo en sus casas, despachos o búnkeres, a cientos de kilómetros de distancia?

Tan a salvo como lo estaba él ahora, muy por encima de las calles de Montreal, lejos de la tempestad que estaba a punto de desatar.

«A san Miguel...», recordó: la catedral de Coventry estaba dedicada al gentil arcángel que acudía en busca de las almas de los moribundos...

Se miró el dedo índice y se llevó una sorpresa al descubrir una raya de un azul intenso, como si los ochenta kilos de fentanilo pasaran directamente a través de él en su trayecto hacia el sur.

Era como si estuviera plantado con un pie a cada lado de la ruta que iba desde las islas de la Magdalena hasta la frontera

con Estados Unidos, una línea que pasaba a través de un insignificante pueblecito en un valle...

Y ahora tenía la oportunidad y el poder para impedir que aquello ocurriera.

Sabía que la decisión que tomara esa noche lo marcaría durante el resto de su vida.

—¿No hay nada que puedas hacer? —preguntó Jean-Guy casi en un susurro.

Gamache guardó silencio.

—¿Tener una pequeña charla con la DEA? ¿Avisarlos? —sugirió Jean-Guy.

Pero sabía que eso no iba a ocurrir.

Gamache no dijo nada, sólo apretó los dientes y tragó saliva. Sus ojos castaño oscuro permanecieron fijos en su segundo; su yerno.

—¿Cuánto tiempo crees que tardará el fentanilo en llegar a la frontera? —preguntó finalmente.

—Si estuviera saliendo ahora mismo debería cruzarla mañana por la noche... pero es posible que ya esté en camino.

Gamache asintió.

—De todas formas, puede que aún haya tiempo para interceptarlo —añadió Beauvoir, aunque en realidad quería decir que aún había tiempo para que Gamache cambiara de opinión.

Pero sabía que eso tampoco iba a pasar y, en el fondo, que no debería pasar.

El fentanilo tenía que cruzar la frontera: debían proteger el secreto que les daba una ventaja.

Para utilizarlo más adelante, en el *coup de grâce* definitivo.

Gamache asintió de nuevo, se levantó y, mientras se encaminaba hacia la puerta, una vez más se preguntó si, cuando saliera de la oficina esa noche para volver al pequeño apartamento que Reine-Marie y él tenían en Montreal, un

personaje con hábito negro surgiría de las sombras para seguirlo.

Un personaje que iría a cobrar una deuda que él era consciente de que jamás podría pagar.

Sólo podía esperar que le otorgara el perdón.

8

—Creía que habías dicho que iba a ser un juicio rápido —comentó Joan, la esposa de la juez Corriveau—. ¿Podremos irnos fuera este fin de semana?

Maureen Corriveau hizo una mueca.

—No lo sé, ¿podemos anular la reserva si hace falta?

—Llamaré al hotel, a ver qué dicen. Y siempre podemos salir otro fin de semana: Vermont no se moverá de ahí.

Maureen cogió una tostada, le dio un beso a Joan y susurró:

—Gracias.

—Anda, ve y sé buena con los otros niños —bromeó Joan.

—Es mi cajón de arena, no tengo por qué ser buena con los demás.

Maureen miró por la ventana. Apenas eran las siete y ya caía un sol de justicia.

Al meterse en el coche, dio un grito y levantó el trasero del asiento abrasador.

—Mierda, mierda —murmuró mientras encendía el aire acondicionado y volvía a sentarse despacio.

Podía ver las ondas de calor sobre el capó. Se preguntó cómo se estaría en la sala del tribunal.

Pero sabía que, incluso si el tiempo fuera mucho más fresco, el ambiente en aquella sala sería asfixiante.

• • •

—Todos en pie —oyó decir al guardia, que enseguida abrió la puerta.

La sala entera se levantó con un ligero barullo y ella entró y se dirigió a su sitio. Se sentó y, a continuación, la gente hizo lo propio.

Todo el mundo parecía ligeramente desaliñado, y apenas acababan de empezar.

La juez le hizo un gesto de asentimiento al fiscal, que volvió a llamar al testigo del día anterior.

El superintendente jefe Gamache se dirigió al estrado. Llevaba un traje hecho a medida que posiblemente no tendría tan buen aspecto al final de la jornada, pero parecía sereno, pensó la juez Corriveau.

Ya habían apagado el aire acondicionado y el ambiente en la sala era sofocante.

Cuando Gamache tomó asiento, la juez captó el leve aroma a sándalo que despedía su cuerpo. La dulce fragancia permaneció en el aire sólo unos segundos antes de disiparse; entonces, Corriveau centró su atención en la persona acusada, que observaba al superintendente jefe con atención.

En sus ojos, clavados en Gamache, había una expresión de intensa súplica que, sin embargo, sólo dos personas en la sala eran capaces de captar: ella misma y el superintendente jefe.

Pero ¿qué suplicaban esos ojos?, ¿misericordia?

No: Gamache no estaba en condiciones de concederla.

La persona acusada quería algo de Gamache, lo deseaba desesperadamente.

¿Tal vez estaba suplicándole el perdón?

No, tampoco estaba en su mano concedérselo.

Entonces, ¿qué podía ofrecerle el superintendente jefe, a esas alturas, a alguien que él mismo había arrestado?

Sólo una cosa, pensó la juez Corriveau.

Silencio.

Podía no revelar sus secretos.

La juez miró al superintendente jefe y se preguntó si habrían

llegado a algún acuerdo, algún trato sobre el que ella no hubiera sido informada.

En la pantalla de la sala apareció una vez más la fotografía del cobrador en la plaza de Three Pines.

Y ahí permanecería durante todo el juicio.

Como si estuviera observándolos.

—¿Entiende que sigue bajo juramento, superintendente jefe? —le preguntó la juez.

—Lo entiendo, señoría.

—*Bon* —intervino el fiscal—. Según nos dijo ayer por la tarde, antes de que su señoría diera por terminada la sesión, usted llegó a la conclusión de que alguien en el pueblo de Three Pines había hecho algo tan espantoso que hubo que convocar a esa criatura. —Señaló la foto—. ¿Se planteó en ese momento quién podía ser?

—Francamente, no; no tenía modo de saberlo.

—Ya sé que no sabía de quién se trataba. Le he preguntado si se planteó quién podría ser. ¿Tenía alguna sospecha?

—Protesto —dijo el abogado de la defensa.

A regañadientes, la juez Corriveau tuvo que admitir la protesta. Le habría encantado oír la respuesta.

—¿La voz de la conciencia? —preguntó Ruth.

Era una lúgubre tarde de noviembre y, a sus espaldas, una lluvia fría azotaba los cristales de la ventana y resbalaba por ellos, no del todo líquida, no del todo sólida.

—De modo que se trata de eso. Me pregunto por quién habrá venido.

Los observaba arrellanada en una de las hondas butacas de la sala de estar de los Gamache. Una vez sentada ahí, no había posibilidad de que saliera sin ayuda, y así era cómo preferían tenerla sus vecinos: cómoda y confinada.

Rosa se había acomodado en su regazo e iba girando la cabeza como un ánade poseído hacia quien fuera que estuviera hablando.

—¿Quién ha hecho esto? —preguntó Olivier de pie en el umbral entre la cocina y la sala de estar. Llevaba una *baguette* en la mano.

—Jacqueline —contestó Clara—. Lo siento, no quedaba otra cosa en la panadería. ¿No ha mejorado?

Olivier mostró el cuchillo del pan: tenía la hoja mellada. Luego se dirigió a la puerta trasera y arrojó aquella especie de bastón hecho de pan para que algún castor se afilara los dientes... aunque sospechaba que esa *baguette* seguiría ahí hasta que algún arqueólogo del futuro la encontrara y viera en ella un misterio comparable a Stonehenge.

Myrna se levantó y se acercó a la ventana para contemplar el atardecer con su copa de vino tinto en la mano.

—«...una paz superior a toda dignidad terrenal —citó, y después se volvió hacia los demás—: una conciencia calma, acallada».

—Shakespeare —dijo Reine-Marie—, pero no tengo esa sensación de paz.

—Porque aún no ha llegado el momento —repuso Myrna—. Esa cosa está aquí porque alguien de este pueblo no tiene la conciencia tranquila.

—Tan sólo es una persona disfrazada —intervino Gamache —, un tipo que se ha enzarzado en un juego psicológico con alguien.

—Pero no con nosotros —dijo Gabri.

—¿En serio? —preguntó Ruth—. ¿Con nosotros no? ¿Te parece que somos inmunes? ¿De verdad tienes la conciencia tan tranquila?

Gabri se revolvió en el asiento.

—¿Alguno tiene la conciencia tranquila? —añadió Ruth

mirándolos a todos antes de acabar centrándose en Gamache.

En ese instante, él se vio a sí mismo de pie ante la puerta que mantenía cerrada en las profundidades de su memoria.

Extendió la mano derecha, que le temblaba levemente.

Y abrió la puerta.

No estaba cerrada con llave; no podía cerrarla, aunque Dios sabía que lo había intentado, y a veces se abría de golpe por sí sola para revelar lo que había dentro.

Nada nauseabundo ni sórdido.

Un joven, poco más que un adolescente. Sonreía: estaba lleno de esperanza y de alegría, la ambición atemperada por la bondad. Era delgado, casi flacucho, de forma que su uniforme de la Sûreté parecía un disfraz.

—Cuando crezca un poco más le quedará bien —le había asegurado el inspector jefe Gamache a su madre durante una ceremonia de bienvenida a los nuevos reclutas.

Pero, por supuesto, no había llegado a crecer.

Y el chico estaba ahí ahora, sonriéndole ante esa puerta, esperando las órdenes del día, confiando en él plenamente.

«Te encontraré, todo saldrá bien...».

Pero, por supuesto, no había sido así.

«Vete —era lo que Armand deseaba decirle—. Déjame tranquilo. Siento mucho lo que ocurrió, pero no puedo dar marcha atrás...».

Y aun así, nunca se lo decía. Porque sabía que, si el joven llegaba a marcharse alguna vez, echaría de menos... no el dolor casi insoportable que sentía siempre que se abría aquella puerta, pero sí su compañía, su presencia.

Aquél era un joven especial.

Y él lo había matado.

Un error, se había dicho a sí mismo, una mala decisión tomada durante una crisis.

No lo había hecho a propósito.

Pero fue un error estúpido, evitable.

Si en aquel momento horrible hubiera girado a la derecha en vez de a la izquierda, el joven estaría vivo, probablemente casado y con hijos.

«Que vuestros días sobre la tierra sean largos y estén llenos de bondad».

Pero, por supuesto, no lo fueron.

La voz de la conciencia de Armand se había puesto en acción, pero no era en absoluto un ser oscuro, sino un joven delgado que no acusaba, sino que sonreía.

Gamache se llevó la mano a la sien y, con gesto distraído, recorrió la cicatriz con el dedo. Era la marca de Caín.

Ruth ladeó la cabeza observándolo. Era consciente, como probablemente lo eran todos, de lo que estaba pensando.

De en quién estaba pensando.

La anciana miró su vaso de whisky vacío y después a *Rosa*, como si la acusara de bebérselo.

No sería la primera vez: *Rosa* era una borracha de armas tomar; aunque, la verdad, también era de armas tomar cuando estaba sobria. Y, por otro lado, a esas alturas todos sabían que costaba lo suyo saber si una pata estaba borracha.

—Quizá esté aquí por mí —dijo Ruth—. Parece lo más probable, ¿no?

Miró a Gamache y le sonrió como le sonreía el chico: con ternura.

—Ya sabéis algunas de las cosas que he hecho, ¿no? —continuó ella—. Las he admitido y las he enmendado.

Clara miró a Gabri y vocalizó en silencio: «¿Enmendado?».

—Pero hay una cosa...

—No tienes por qué contárnoslo —intervino Reine-Marie posando su mano sobre la de Ruth.

—¿Y tener a esa cosa siguiéndome el resto de mi vida? —La anciana señaló la plaza del pueblo con el vaso vacío—. No,

gracias.

—¿Crees que ha venido a por ti?

—Puede ser. ¿Sabéis por qué nos mudamos a Three Pines cuando era niña?

—Porque a tu padre le dieron trabajo en la fábrica, ¿no? —preguntó Gabri.

—Sí, pero ¿sabéis por qué lo pidió? Tenía un buen puesto en Montreal, en la naviera canadiense de buques de vapor. Le encantaba ese trabajo.

Ruth acarició a *Rosa*, que inclinaba el elegante cuello presa del placer... o bien de un sopor etílico.

La vieja poeta cogió aire como haría un saltador de trampolín antes de zambullirse.

—Yo estaba patinando en el estanque de Mont Royal. Estábamos a finales de marzo y mi madre me había advertido que no lo hiciera, pero fui de todas formas. Mi primo estaba conmigo. Él no quería, pero yo lo convencí: soy una líder nata.

Los amigos intercambiaron miradas, pero se guardaron su opinión.

—Llegábamos tarde para comer y mi madre fue a buscarnos. Cuando nos vio en el estanque se puso a gritar, y yo patiné hacia la orilla con la intención de llegar la primera y culpar a mi primo. A veces puedo ser un poco manipuladora...

Volvieron a arquearse cejas, pero nadie dijo nada.

—Mi primo aún no la había visto, creo que el gorro de lana que llevaba debió de ahogar los gritos, o quizá yo tenía mayor sintonía con su voz... de hecho, aún soy capaz de oírla.

La anciana ladeó la cabeza como escuchando.

—Supongo que adiviináis qué pasó, ¿no?

—¿Tu primo se cayó al agua helada? —preguntó Reine-Marie en voz baja.

—No, me caí yo. El hielo se funde primero en las orillas, así que cuando crees que estás a salvo es justo cuando corres más

peligro. Aún recuerdo el momento en que se resquebrajó... fue como si estuviera suspendida en el aire. Recuerdo los árboles, el sol sobre la nieve, y recuerdo que miré a mi madre, aún a cierta distancia camino abajo, y la expresión de su rostro... y de pronto estaba bajo el agua.

—Madre mía, Ruth —susurró Gabri.

—Estaba tan fría que quemaba, ¿sabéis?

Miró a su alrededor. Todos los presentes habían estado a la intemperie a cuarenta bajo cero, con el viento aullando y las mejillas ardiendo bajo el frío glacial.

Pero ¿que el agua helada te escaldara todo el cuerpo?

—¿Y qué pasó entonces? —susurró Gabri.

—Que me morí... —soltó ella volviendo a la vida—. ¿Qué crees tú que pasó, cabeza de chorlito?

—¿Qué pasó, Ruth? —la urgió Reine-Marie.

—Mi primo acudió en mi ayuda patinando y entonces fue él quien cayó al agua, y mi madre sólo pudo salvar a uno de los dos.

—¿A ti? —preguntó Olivier, y se preparó para recibir una réplica mordaz que nunca llegó.

Porque la anciana se limitó a asentir con la mirada perdida en la distancia.

Inspiró profundamente.

—Ella nunca me perdonó: «Muerta tiempo atrás y enterrada en otra ciudad, / mi madre no ha acabado conmigo todavía» —citó uno de sus poemas—, y yo nunca me he perdonado.

—Pobrecita —susurró Armand.

Ruth asintió, y *Rosa* también.

—Tuvimos que mudarnos aquí —prosiguió Ruth—, lejos de familiares y amigos, que también me culpaban y culpaban a mi madre por salvar a quien no debía.

A su lado, Olivier soltó un gemido y rodeó sus huesudos hombros con el brazo.

Ruth bajó la cabeza e intentó reunir el valor necesario para decir lo último que quería decir.

Pero no podía hablar, y tampoco olvidar.

—Yo abandoné a un amigo cuando me dijo que era seropositivo —confesó Gabri—. Era joven y estaba asustado.

—Yo le receté antidepresivos a una paciente —dijo Myrna—, una madre joven, y tuvo una mala reacción. Me llamó y le dije que fuera a verme a primera hora de la mañana, pero se suicidó aquella misma noche.

Clara le cogió la mano.

—Yo no te hice caso. —Miraba más allá de Myrna, a Gamache—. Fui a buscaros a ti y a Peter aquel día en el pueblo pesquero. Me dijiste que no lo hiciera, y si no lo hubiera hecho...

Gabri le cogió la mano.

—Yo he mentido y he engañado a ancianas y ancianos para arrebatarles sus antigüedades —confesó Olivier—, dándoles sólo una pequeña parte de lo que valían. Ya no lo hago, pero lo hacía.

Parecía asombrado, como si estuviera describiendo a un hombre al que ya no reconocía.

—Eso ya lo sabíamos, *mon beau* —dijo Ruth dándole palmaditas en la mano—: eres un cabrón.

Olivier soltó un gruñido que fue casi de satisfacción.

Un alboroto al principio amortiguado les llegó desde la plaza del pueblo. Las voces fueron subiendo de tono y finalmente se convirtieron en gritos.

Los amigos se miraron entre sí con caras de sorpresa.

Gamache fue el primero en levantarse. Se dirigió a la puerta principal y la abrió de par en par.

Una multitud se había reunido en la plaza ajardinada. Rodeaban al cobrador, del que sólo se veía la punta de la capucha.

Gamache salió corriendo y los demás lo siguieron, excepto Ruth, que estaba intentando levantarse.

—¡No me dejéis aquí!

Pero ya lo habían hecho.

Y una vez más, vio la mano de su madre hundiéndose en el agua helada, tanteando desesperadamente, esforzándose al máximo.

Buscando a su primo.

Pero había sido ella quien había aferrado esa mano.

Había sido ella la que había salido del agua: la niña a la que nadie quería.

«¿Se encontrarán de nuevo / el indulgente y el penitente, / o será muy tarde / como siempre?».

—Ay —murmuró.

—Venga, vieja bruja.

Clara había regresado para ayudarla. Ruth miró un instante su mano tendida y finalmente la aferró.

Y por fin consiguió levantarse de la butaca.

Después, las dos se apresuraron camino abajo, hacia la plaza del pueblo.

9

—¡Tú, cabrón de mierda! —gritaba un hombre robusto.

Se había plantado en el centro del círculo blandiendo una barra de hierro y se disponía a asestar un golpe.

—¡Basta! —gritó Gamache abriéndose paso entre la multitud y deteniéndose a sólo unos pasos de él.

Lo reconocía: era un nuevo miembro de la cuadrilla de mantenimiento de caminos de Billy Williams, pero no sabía cómo se llamaba.

El tipo no lo oyó o no le hizo caso: estaba demasiado concentrado en su objetivo, el cobrador, que se limitaba a seguir ahí, sin apartarse, encogerse ni protegerse con los brazos.

—¡Dale fuerte! —gritó alguien.

El grupo de gente se había transformado en una turba.

Armand había salido corriendo de la casa sin jersey ni abrigo, en mangas de camisa, y había ido a parar en medio de la multitud bajo la fría llovizna. A su alrededor —y alrededor del cobrador— había padres jóvenes, abuelos, vecinos: hombres y mujeres a quienes conocía bien. No eran alborotadores, hooligans ni folloneros, pero estaba claro que el miedo se había apoderado de ellos envolviéndolos como una mortaja.

Se acercó al tipo de la barra de metal desde un costado, cautelosamente, internándose paso a paso en la campana de cristal.

No quería sorprenderlo, pero tampoco que tuviera tiempo de reaccionar y arremetiera contra el cobrador, que estaba a su alcance.

—¡Lárgate de aquí de una puta vez! —le gritó el hombre al cobrador—. ¡O te juro por Dios que voy a molerte a palos...!

La turba lo incitaba a seguir; él aferró la barra con más fuerza y, cuando la blandió, Gamache se dio cuenta de que era un atizador.

Tenía un gancho muy feo para mover los troncos entre las llamas: aquello podía matar fácilmente a una persona.

—No —dijo Gamache con tono tranquilo pero firme y sin dejar de avanzar—. No lo hagas...

Y entonces captó un movimiento: alguien más había surgido de la multitud.

Era Lea Roux, que en apenas unos segundos se interpuso entre el cobrador y el tipo del atizador.

El atacante, sorprendido, titubeó, y Gamache se apresuró a situarse junto a Lea.

El hombre los señaló con el atizador.

—¡Quitaos de en medio, ése no tiene nada que hacer por aquí!

—¿De qué hablas? —repuso Lea—. ¡No le hace daño a nadie!

—¿Estás de broma? —preguntó otro hombre.

—Tiene aterrorizados a mis hijos —exclamó alguien más—, eso es hacer daño.

—¿Y quién tiene la culpa? —intervino Lea volviéndose para mirarlos a todos—. Vosotros les habéis enseñado a tener miedo. Esta persona no ha hecho nada, lleva aquí dos días y no ha sucedido nada malo... excepto esto.

—¡Tú ni siquiera eres de aquí! —gritó un hombre—. ¡Quítate de en medio!

—¿Para que puedas hacerlo papilla? ¿Queréis que vuestros hijos jueguen en una hierba manchada de sangre?

—Mejor manchada con la sangre de ése que con la de mis niños —respondió una mujer, pero su tono ya no fue tan alto ni tan seguro.

—Bueno, pues tendrán que jugar también sobre mi sangre —repuso Lea.

—Y sobre la mía —añadió Gamache.

—Y la mía...

Alguien más surgió de la multitud: era Anton, el lavaplatos. Parecía asustado cuando avanzó para colocarse junto a Gamache, pero en cuanto estuvo allí miró con firmeza al del atizador.

Clara, Myrna, Gabri y Olivier se unieron a ellos, lo mismo que Ruth, tras entregar a *Rosa* a un vecino.

—¿No estamos en el bando equivocado? —le susurró a Clara.

—Cállate y pon cara de convencida.

Pero la expresión que le salió a la vieja poeta fue la de chiflada.

Gamache dio un paso adelante y tendió la mano hacia la barra de hierro.

El hombre volvió a blandirla.

Oyó cómo Reine-Marie susurraba a sus espaldas:

—Armand...

No obstante, siguió donde estaba, firme y con la mano tendida, mirando fijamente al tipo, que, a su vez, no le quitaba los ojos de encima al cobrador, hasta que, en un momento dado, bajó el atizador permitiendo que él lo cogiera.

—¡Si pasa algo, será tu culpa! —exclamó alguien entre la multitud.

Pero la turba había vuelto a ser una simple multitud y, aunque no estaban contentos ni satisfechos, empezaron a dispersarse.

—No, tú no —dijo Gamache agarrando del brazo al tipo cuando hizo ademán de irse—. ¿Cómo te llamas?

—Paul Marchand.

—Pues bien, *monsieur* Marchand —Gamache lo cacheó en busca de más armas y reparó en un coche patrulla de la Sûreté

que descendía por la ladera—, te has metido en un pequeño lío.

Le sacó una bolsita del bolsillo. Contenía dos pastillas que reconoció enseguida.

—¿De dónde las has sacado? —preguntó sosteniendo la bolsita en alto.

—Son medicamentos.

—Son fentanilo.

—Exacto, para el dolor.

Los agentes de la Sûreté habían aparcado y cruzaban la plaza a buen paso.

En dirección al cobrador.

—¡Aquí! —los llamó Gamache—. Los han llamado por este hombre.

—Todo en su momento, señor —repuso un agente ignorando al tipo en mangas de camisa y empapado por la lluvia.

Por lo visto, la Sûreté tenía conductas extrañas entre las que elegir, empezando por el personaje del hábito y la máscara.

—No, hablo en serio —insistió Gamache con un tono que transmitía autoridad.

Ya casi había anochecido del todo y los agentes se volvieron para ver mejor al hombre que acababa de hablar. Se acercaron a él y sus expresiones pasaron del ceño fruncido a los ojos muy abiertos.

—Mierda... —murmuró uno de ellos.

—Lo siento, *patron* —dijo el de mayor rango haciendo el saludo militar—, no sabía que era usted.

—¿Y cómo iba a saberlo?

Gamache les explicó lo sucedido.

—Quédenselo esta noche y ténganlo vigilado. No sé si ya se ha tomado alguna de estas pastillas. —Les tendió la bolsita—. Ocúpense de que las manden al laboratorio.

Observó a los agentes mientras se llevaban a Marchand. Algo había vuelto loco a aquel tipo, ¿sería que la bolsita contenía

muchas más píldoras antes de que cayera la tarde?

Ruth, con *Rosa* de nuevo en sus brazos, se volvió hacia el cobrador y susurró:

—¿Ahora ya puedes dejarme en paz?

Pero mientras volvía con los demás a casa de los Gamache se dio cuenta de que eso no ocurriría nunca.

Gamache, que ya empezaba a temblar de frío, se acercó al cobrador para hablar con él.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Reine-Marie cuando su marido se hubo puesto ropa seca y calentita.

—Le he dicho que sabía que era un cobrador: la voz de la conciencia de alguien, y le he preguntado por quién estaba aquí.

—¿Y qué ha respondido?

—Nada.

—«... una conciencia calma, acallada» —recitó ella.

—También le he pedido que se marchara de Three Pines, que esto ya había durado bastante y ya había ido demasiado lejos. Esas de ahí fuera eran buenas personas, pero el miedo puede conseguir que la gente decente haga cosas terribles. Le he preguntado si quería eso en su conciencia.

—No va a marcharse —adivinó Reine-Marie.

—*Non* —aceptó su marido—, todavía no ha terminado aquí.

Miró por la ventana. En la oscuridad, el cobrador parecía un pino más: un cuarto pino, una parte ahora permanente de sus vidas que hundía sus raíces en lo más hondo de su pequeña comunidad.

Entonces siguió la mirada del cobrador, la mirada que éste había mantenido sin parpadear cuando lo amenazaban con darle una paliza e incluso matarlo.

Y allí, enmarcada por una ventana con parteluces, se hallaba

una de las pocas personas que no habían salido a la plaza del pueblo para defenderlo o atacarlo.

Entonces, Jacqueline se volvió y se alejó de la ventana para centrarse de nuevo en la masa de sus *baguettes*.

10

—Le dijo que se marchara: tuvo que haber sabido qué iba a ocurrir después —dijo el fiscal—. Incluso se había lanzado una amenaza de muerte.

—El hombre estaba furioso y la multitud lo estaba espoleando —repuso el superintendente jefe Gamache—, en esas situaciones la gente dice cosas que no piensa.

—Y a veces hace cosas de las que luego se arrepiente —replicó el fiscal—, pero que ya no puede deshacer. Quizá habría sido un homicidio involuntario, y no un asesinato, pero aun así alguien habría acabado muerto. Sin duda su experiencia como jefe de homicidios le habrá enseñado esas cosas.

—En efecto —admitió Gamache.

—Y aun así no actuó. Si no iba a hacerlo en ese momento, ¿cuándo entonces? ¿A qué estaba esperando?

Gamache miró al fiscal general a los ojos y luego desvió la mirada hacia el público embutido en la sala del tribunal. Sabía lo que pensaban: él lo pensaba también.

Sin embargo, no había podido hacer nada, no legalmente.

Lo que pasó aquella tarde de noviembre vino a probar que el cobrador estaba consiguiendo lo que quería.

Él no acababa de creerse que lo ocurrido hubiera sido cosa de Marchand: hacía relativamente poco que había llegado al pueblo, pero no había causado ningún problema hasta esa noche. Daba la impresión de que alguien lo hubiera incitado, ya fuera directamente o manipulándolo, a amenazar al cobrador.

Aun así, dudaba que el objetivo fuera matar a la voz de la

conciencia, más bien debían de querer espantarla; al fin y al cabo, ¿quién no echaría a correr al verse amenazado por un loco con un atizador?

Pese al cliché, los muertos no guardan silencio, sino que cuentan todo tipo de historias: de haber resultado muerto, el cobrador habría revelado quién era, incluso por qué estaba allí, mientras que, si simplemente salía corriendo, nadie se habría enterado de quién era, qué hacía en Three Pines... y a quién estaba buscando.

Pero Gamache atisbaba ya la respuesta a la segunda de esas preguntas. Había asomado en la forma de una bolsita de plástico:

La peste.

En cualquier caso, el plan había fallado y el cobrador no había caído en la trampa; ni siquiera había reaccionado: estaba dispuesto a jugarse la vida por su causa.

La voz de la conciencia tenía algo que decirle a una persona del pueblo, y esa persona se estaba poniendo muy muy nerviosa.

Pero nada de eso salió a la luz en el tribunal: el fiscal no preguntó y Gamache no ofreció esa información.

—Señor Zalmanowitz —dijo la juez, y el fiscal se acercó al estrado—. *Monsieur* Gamache no está siendo juzgado: contrólese.

—Sí, señoría.

Aun así, su expresión parecía dar a entender que, en su opinión, Gamache debería haber estado en el banquillo en vez de en el estrado de los testigos.

A espaldas de Zalmanowitz, los periodistas tomaban notas furiosamente.

Como bien sabía la juez Corriveau, había diferentes maneras de ser juzgado, y diferentes tipos de tribunales.

E iban a declarar culpable al superintendente jefe Gamache.

Volvió a centrar su atención en el fiscal... en aquel pedazo de idiota.

Ya había renunciado a reprimir sus pensamientos, pero sí se esforzaba con tesón en impedir que se colaran en sus pronunciamientos.

Tenía ante sí un juicio que acabaría siendo declarado nulo y un caso que, en efecto, acabaría en un tribunal superior.

—¿Qué impresión le produjo que Lea Roux saliera en defensa del cobrador? —preguntó el fiscal.

—Me sorprendió que alguien como ella fuera capaz de interponerse entre un hombre que blandía un atizador y su objetivo.

—Y sin embargo era lo que planeaba hacer usted, ¿no es así?

—Estoy entrenado para eso.

—Ah, sí, se me olvidaba.

Eso arrancó una oleada de risitas entre el público y un mazazo de la juez Corriveau, que hubiera deseado propinárselo en la cabeza al fiscal.

—Conocía a *Madame* Roux —dijo Gamache—, sabía que era una reconocida política, y ésa es una arena feroz, especialmente en Quebec.

—¿Creyó que era un truco, entonces, para sacar provecho político?

—Si se hubiera tratado de eso, se habría puesto de parte de la turba, ¿no cree? —opinó Gamache—: una figura populista que alimente el miedo y la ira tiene más probabilidades de salir elegida. Si ésa hubiera sido su intención, dudo mucho que hubiese protegido al extraño, al intruso.

Eso le cerró el pico al fiscal y provocó un leve bufido sarcástico en el estrado.

—Lo que intentaba decir era que conocía la reputación de *madame* Roux. En mi posición, trato con muchos altos cargos gubernamentales, electos y nombrados, y se oyen muchas cosas

en los pasillos de la Asamblea Nacional y en las charlas antes de que los comités se sienten a negociar. Lea Roux tenía reputación de aguerrida, pero también de ser una mujer de principios: una combinación muy potente. Había sacado adelante varios proyectos de ley progresistas en la Asamblea Nacional, a menudo en contra de los deseos de su líder.

—¿De modo que defendía sus principios por encima de su carrera? —preguntó el fiscal.

—Parece que sí.

Aunque el tiempo que Gamache había pasado en homicidios le había enseñado otra cosa: uno no podía fiarse de las apariencias.

—Eso que has hecho ha sido muy valiente —dijo Clara cuando estuvieron de regreso en casa de los Gamache.

—¿No os parece increíble que haya funcionado? —preguntó Lea con los ojos como platos y la cara arrebolada pese al frío del exterior.

Reine-Marie los había invitado a ella y a Matheo a cenar.

Y Lea, tras enfrentarse a la turba, tenía un subidón de adrenalina, algo sobre lo que Gamache sabía mucho.

Las palpitaciones del corazón; el esfuerzo para mantener el pánico a raya, para mantenerse firme; la tensión, la confusión...

Y cuando eso llegaba a su fin la adrenalina seguía fluyendo por tus venas, por todo tu cuerpo, como una droga. Todos lo sentían aún, pero ninguno más que Lea, la primera en plantarse.

—Qué pena que Patrick y Katie no puedan venir —comentó Reine-Marie cuando entraba con ellos en la cocina—. Los he visto marcharse en coche hace unas horas.

—Iban a cenar a Le Relais, en Knowlton —explicó Lea—: velada de filete con patatas. Se han perdido toda la diversión.

—Aun así, no creo que Patrick hubiera sido de mucha ayuda, ¿no? —dijo Matheo.

Posiblemente era cierto, pensó Gamache. Él también se había percatado de la timidez de Patrick, pero era extraño que Matheo lo mencionara, sobre todo tratándose de un amigo...

Aunque Patrick quizá ya no era un amigo, quizá ya no. En esta visita parecían estar pasando mucho menos tiempo juntos.

—Esto tiene una pinta deliciosa —declaró Reine-Marie sirviendo el estofado que había llevado Olivier—. *Merci*.

—No hay de qué.

—Venga, cuéntales la verdad —intervino Gabri cogiendo uno de los panecillos calientes que sustituían a la *baguette*—. No lo ha hecho él: ha sido Anton.

—¿El lavaplatos? —preguntó Matheo mirando el estofado con suspicacia.

El pollo estaba tierno, delicadamente sazonado. Era un estofado complejo: familiar y exótico a la vez.

—Lo ha hecho a base de cosas que ha recogido en el bosque —comentó Myrna—. Pretende crear la *nouvelle cuisine* de Quebec.

—¿El lavaplatos? —repitió Matheo.

—Todo el mundo tiene que empezar por algún sitio —opinó Myrna.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí? —quiso saber Lea—. No lo recuerdo de nuestra última visita.

—¡Y es para fijarse en él! —intervino Clara pensando en aquel joven esbelto con su melenita lacia y su sonrisa fácil.

—Llegó hace un par de meses —dijo Gabri—: Jacqueline y él trabajaban juntos en alguna residencia, y ambos se quedaron sin empleo.

—¿Te refieres a una residencia de ancianos? —preguntó Lea.

—No —repuso Olivier—, a una residencia privada. Ella era la niñera, creo, y Anton, el chef privado.

—Pues menuda residencia —opinó Matheo.

Lea miró a Gamache.

—¿Disfrutas de tu nuevo puesto, Armand?

—No sé si «disfrutar» es la palabra adecuada —contestó él—. Sólo intento no sentirme abrumado. Me gustaría preguntarte algo: si no recuerdo mal, cuando saliste elegida por primera vez, hace un par de años, defendías un proyecto de ley que te apasionaba...

—Así es: muchos nuevos miembros buscan impulsar alguna ley en la que tienen un interés personal, pero la mayoría no logran que se apruebe.

—¿Y la tuya? —quiso saber Clara.

—Yo tampoco lo logré. Era un proyecto de ley para acabar con la aglomeración en los pabellones de urgencias.

—De hecho, era sobre la guerra contra las drogas —intervino Armand.

—Ah, sí; es verdad.

—Leí tu proyecto detenidamente —dijo Gamache—. En aquel entonces era jefe del Departamento de Homicidios, y un gran porcentaje de los asesinatos que se cometen en Quebec está relacionado con la droga.

—¿Y qué te pareció?

—Me pareció que ofrecía soluciones creativas a una situación que no deja de deteriorarse cada vez más.

—Y entonces, ¿por qué no se aprobó? —preguntó Gabri.

—Por diversos motivos —respondió Gamache. Oficiales de alto rango de la Sûreté que aceptaban sobornos, corrupción en el gobierno, los cárteles volviéndose cada vez más poderosos y dirigiendo el cotarro... Pero no iba a decirles nada de todo aquello a sus invitados. En cambio, había algo que sí se podía decir—: Puede que parezca trivial, pero creo que uno de esos motivos fue el hecho de que se hablara de la «Ley Edouard»: que el proyecto llevara un nombre propio.

—¿Y por qué crees que eso fue un problema? —preguntó Lea.

—Porque hizo que pareciera una cruzada personal de un representante que intentaba dejar su impronta, y no una resolución radical para una amenaza social creciente.

—Pero hay muchísimos proyectos de ley que llevan nombres de personas —intervino Clara.

—Por supuesto, pero los que salen adelante cuentan, ya de inicio, con un amplio respaldo de la opinión pública. Antes de presentarlos ante la asamblea, sus defensores se toman el trabajo de poner de su parte a los medios y a la opinión pública, y a través de ellos también a sus correligionarios. —Se volvió hacia Lea—. Tú no lo hiciste.

—Es cierto: si la política es un arte, yo todavía estaba pintando con los dedos.

—¿Y quién era ese Edouard? —preguntó Reine-Marie.

—Era nuestro compañero de habitación en la Universidad de Montreal —contestó Matheo.

—Salíamos todos juntos —añadió Lea—: Edouard era uno más de la pandilla.

—Era algo más que eso, ¿no crees? —terció Matheo.

Incluso a la luz de las velas, todos pudieron ver que Lea se sonrojaba.

—Me gustaba un poco —admitió ella—. De hecho, nos gustaba a todos. Incluso a ti, diría.

Matheo soltó una carcajada y luego sonrió.

—Era muy guapo.

—¿Y qué le pasó? —preguntó Myrna.

—¿No lo adiviináis? —intervino Matheo.

Todos se quedaron callados.

—Debía de ser joven… —dijo Clara finalmente.

—No había cumplido ni los veinte —contestó Lea—. Iba colocado y saltó desde el tejado de la residencia, a quince pisos

de altura. Ya hace mucho tiempo de eso.

—No hace tanto —repuso Matheo—. Recuerdo que todos nos sentíamos muy orgullosos de que la primera propuesta de ley de Lea fuera la «Loi Edouard».

La Ley Edouard.

—Pero no conseguí que la aprobaran —dijo Lea.

—Al menos lo intentaste —dijo Gamache—, y habrás aprendido mucho sobre el proceso. ¿No has pensado en presentar otra vez el proyecto de ley? Quizá podríamos trabajar juntos y redactarlo de una forma más eficaz.

—Me encantaría, por supuesto... —respondió Lea.

Gamache se reclinó en el asiento, reflexionando.

Lea Roux se había mostrado educada, pero no parecía demasiado interesada en trabajar con él para acabar con el tráfico de drogas.

Se preguntó por qué sería así, y cómo era posible que se hubiera olvidado de que su primer proyecto de ley había sido precisamente la Ley Edouard.

Las apariencias, una vez más: igual que el personaje en la plaza del pueblo, todos se escondían detrás de una máscara.

11

Por la mañana, había desaparecido.

Armand estaba en el porche, con el abrigo, la gorra y los guantes puestos. Llevaba a *Henri* y a la pequeña *Gracie* sujetos con la correa; aunque, desde el punto de vista de los animalitos, eran ellos los que llevaban a pasear a su dueño.

Los tres observaban la plaza del pueblo, desierta y envuelta en el velo de niebla del amanecer.

Gamache miró a su alrededor, hacia las casas, los jardines y los silenciosos caminos de tierra que iban y venían de Three Pines marcando los cuatro puntos cardinales como una brújula.

Nada se movía, aunque se oía el canto de los pájaros y podían verse unos cuantos arrendajos azules posados en un banco de la plaza ajardinada.

—Venga, a correr —dijo soltando a los perros.

Henri y *Gracie* salieron disparados, bajaron a toda prisa los peldaños de la entrada, echaron a correr por el sendero, cruzaron la calle silenciosa hasta la plaza y empezaron a perseguirse dando vueltas a los tres altos pinos.

Gracie corría dando grandes zancadas, como una liebre.

«¿No será una...?», pensó Armand observándola.

Tenía las patas traseras más largas que las delanteras, eso desde luego, y las orejas le estaban creciendo cada vez más.

Todavía no estaba nada claro qué era la pequeña *Gracie*, pero de una cosa no cabía la más mínima duda: fuera lo que fuese, era suya y de Reine-Marie.

Un leve movimiento a su izquierda le llamó la atención, se volvió y, en una de las ventanas superiores, descubrió una

silueta que parecía vestir una especie de hábito. Estaba mirándolo.

La observó fijamente, con intensidad y concentración absoluta, tensando el cuerpo.

Pero la silueta dio un paso atrás y, cuando la luz incidió en ella, reconoció a Myrna.

Ella lo saludó con la mano y un minuto después apareció en el exterior con un abrigo de lana, un gorrito rosa chillón con borla y la taza de café más grande que él hubiera visto jamás: parecía un cubo.

—Nuestro amigo se ha marchado —dijo Myrna. Sus botas de goma hacían un ruido como de succión a cada paso que daba sobre el barro.

—*Oui*.

—Supongo que Paul Marchand acabó por espantarlo.

—Supongo que sí.

Armand sentía cierto alivio, pero también cierta curiosidad y, mientras caminaban despacio por el parque, se preguntaba si llegarían a saber alguna vez por qué había aparecido el cobrador.

Y por qué había desaparecido.

El pueblo entero parecía más relajado y liviano; hasta daba la impresión de que el sol intentaba abrirse paso entre las nubes.

Casi se habían acostumbrado a aquella presencia en la plaza del pueblo, pero igual que uno se acostumbra al olor del estiércol en los campos: era necesario, quizá hasta bueno... aunque eso no lo volvía agradable.

Y ahora, el cobrador, la voz de la conciencia, había desaparecido, la acusación que ocupaba el centro de sus vidas se había marchado y ellos habían recuperado su pueblecito.

A su lado, Myrna inspiró profundamente y exhaló una cálida bocanada de aire en el viento fresco de la mañana.

Armand sonrió. Él también se sentía relajado por primera vez en varios días.

—¿Crees que consiguió lo que había venido a buscar? —preguntó su amiga.

—Probablemente sí, ¿no crees? De otro modo no se hubiera marchado: si estaba dispuesto a correr el riesgo de recibir una paliza por parte de *monsieur* Marchand, no me imagino qué podría haberlo hecho abandonar de repente.

—Me pregunto qué entenderán como un éxito los cobradores de este tipo —comentó ella.

—Me estaba planteando lo mismo —contestó Armand—. El moderno, el del sombrero de copa, tiene clarísimo cuándo se ha saldado una deuda: se trata de una mera transacción financiera, pero la deuda moral es muy distinta.

Myrna asintió.

—Bueno, tengo que admitir que lo que me gustaría saber en realidad es a quién venía a buscar y qué había hecho esa persona...

—Vaya, pues no es normal en absoluto —respondió él con una sonrisa.

—¿A ti también te gustaría saberlo?

—Puede que sienta un poco de curiosidad.

Caminaron en silencio unos momentos.

—No es sólo curiosidad, Armand —dijo Myrna deteniéndose—; hay algo más: la voz de la conciencia se ha marchado.

—Y eso significa que hay alguien aquí que ya no tiene conciencia. Puede ser.

Ninguno de los dos parecía dispuesto a ir más lejos: ambos querían seguir paseando y disfrutar del momento, de esa mañana de noviembre especialmente gélida bajo el suave sol del otoño, de la neblina fría impregnada del olor de las chimeneas y la tierra fangosa mezclados con el dulce aroma de los pinos.

—«Y los niños en el manzano... —recitó Myrna observando a *Henri* y a *Gracie* jugar entre los árboles—, desconocidos por inesperados / aunque se oigan, lejanos...».

—T. S. Eliot —murmuró Armand.

Los ruidosos pasos de Myrna, rítmicos como un metrónomo, lejos de ser molestos resultaban tranquilizadores.

Más y más pájaros regresaban a la plaza ajardinada y *Henri* hacía rodar a *Gracie* sobre la hierba mojada, revolcándola mientras ella movía la cola con furia y fingía que lo apartaba con sus patitas.

—«... y el fuego y la rosa sean uno» —siguió recitando su amiga.

Por un instante, Gamache pensó que Myrna describía con esos bonitos apelativos a *Henri* y a *Gracie*, pero entonces se dio cuenta de que era el último verso del último de los *Cuatro cuartetos*, «Little Gidding».

—He estado allí, ¿sabes? —dijo él.

—¿En Little Gidding? ¿Es un sitio real? Pensaba que T. S. Eliot se lo había inventado.

—*Non.* No queda lejos de Cambridge... —contestó él, y añadió con una sonrisa—: Vaya.

—¿Qué pasa?

—Pues que Little Gidding tiene unos veinticinco habitantes más o menos: me recuerda un poco a esto. —Dieron unos pasos más por aquel mundo mullido—. «...mas / todo irá bien y / de todas maneras todo irá bien».

—¿De verdad lo crees? —preguntó Myrna.

El poema, como bien sabía ella, hablaba sobre encontrar la paz y la simplicidad.

—Sí, lo creo.

—Juliana de Norwich lo dijo primero, ¿sabes? —dijo Myrna —: «Es Inevitable el pecado, mas todo irá bien y de todas maneras todo irá bien». —Sus botas de goma continuaron con

su relajante ritmo, de modo que sus palabras y el mundo parecían fusionarse—. Yo también lo creo: es difícil no hacerlo en un día como hoy.

—El truco consiste en creerlo en medio de la tormenta —repuso Armand.

Y Myrna recordó que, si bien el poema hablaba sobre encontrar la paz, ésta sólo llegaba después de una conflagración, de una purificación terrible.

Y también hablaba de un rey destrozado.

Miró a su compañero y recordó la conversación que habían mantenido la noche anterior sobre la voz de la conciencia.

Todos ellos eran reyes destrozados.

—Creo que todos en este pueblo creen que todo irá bien —iba diciendo Gamache—, por eso estamos aquí: caímos y después vinimos aquí.

Tal como lo expresaba parecía la secuencia más simple, razonable y lógica de acontecimientos mágicos.

—«Cenizas, cenizas... —canturreó Myrna por lo bajo— caen cenizas del cielo y todos muertitos al suelo».

Gamache sonrió al recordar la canción infantil.

—Mis nietas estuvieron jugando a eso la última vez que vinieron de visita, justo ahí. —Señaló en dirección a la plaza y al punto exacto en el que había estado el cobrador.

Casi podía ver a Florence y a su hermana Zora brincando en un corro cogidas de las manos de otros niños del pueblo y entonando la vieja canción popular. Había algo inocente, pero también inquietante, en aquellas rimas antiguas.

Recordaba a los niños riéndose y luego tirándose al suelo y quedándose despatarrados e inmóviles.

Ver a aquellas personitas que tanto amaba en el suelo de la plaza ajardinada, como si estuvieran muertas, le había parecido divertido y perturbador a la vez. Reine-Marie decía que esa cancioncilla popular se remontaba a siglos atrás, y que tenía su

origen en la Muerte Negra, en la peste.

—¿Qué ocurre? —preguntó Myrna escudriñando su rostro.

—Pensaba en el cobrador —contestó Gamache.

Pero no era del todo cierto: estaba pensando en la bolsita de plástico que había sacado del bolsillo de Marchand.

Ahora que el cobrador ya no estaba, iría a la oficina y llamaría al laboratorio para averiguar qué había en aquella bolsita, aunque ya conocía la respuesta.

Fentanilo: la peste.

«Caen cenizas del cielo y todos muertitos al suelo», pensó.

—«Todo irá bien» —lo tranquilizó Myrna.

—Vaya, vaya —dijo una voz familiar a sus espaldas, y ambos se volvieron para ver cómo Ruth y *Rosa* descendían con andares de pato desde la pequeñísima iglesia de Santo Tomás.

—Te has levantado temprano —comentó Armand cuando la vieja poeta se unió a ellos.

—No duermo mucho, la verdad.

Armand y Myrna cruzaron miradas. Por lo que ellos sabían, Ruth dormía o estaba fuera de combate la mayor parte del tiempo.

Se despertaba una vez por hora, más o menos, para soltar algún insulto, y después volvía a dormirse: era como el reloj de cuco del pueblo.

—He ido a Santo Tomás en busca de paz y sosiego —dijo Ruth.

De nuevo, Armand y Myrna se miraron preguntándose qué clase de jaleo podía tener lugar en su casa, o más bien en su cabeza, para que necesitase buscar refugio.

—¿Se había marchado cuando has salido? —preguntó Armand.

—¿Quién?

—¿Quién crees tú? —terció Myrna.

—¿Te refieres al «toreador»?

—Sí —repuso Myrna sin molestarse siquiera en corregirla, pues sospechaba que Ruth sabía perfectamente que en el pueblo no había aparecido ningún torero. Aunque a lo mejor les habría venido bien su ayuda en aquel ruedo particular.

—Ya se había ido —confirmó Ruth—, pero Miguel andaba por aquí, tan plasta como de costumbre.

—¿El arcángel? —preguntó Armand.

—¿Quién si no? Madre mía, cómo parlotea ese ángel: que si Dios por aquí, que si Dios por allá. Así que me he refugiado en la capilla.

—¿Huyendo de Dios? —preguntó Myrna mirando a la anciana arrugada—. ¿Y qué has hecho allí?

—Rezar.

«¿Rapiñar?», le dijo Myrna a Armand moviendo los labios y haciendo la mímica de una garra con la mano.

Armand se contuvo para no reírse.

—¿Y por quién rezabas? —le preguntó a la anciana poeta.

—Bueno, empiezo rezando para que cualquiera que esté cabreado conmigo acabe fatal, después rezo por la paz en el mundo... y después por Lucifer.

—Ha dicho Lucifer, ¿no? —preguntó Myrna.

—¿Por qué os sorprendéis tanto? —preguntó Ruth mirando a uno y a otro—. ¿Quién lo necesita más?

—Se me ocurren unos cuantos que lo merecen más —respondió su amiga.

—¿Y quién eres tú para juzgar quién merece qué? —inquirió Ruth, aunque sin ser desagradable del todo, de modo que Myrna se temió que la hubiera añadido a su lista de oraciones —. Lucifer es el mayor pecador de todos, el alma perdida por antonomasia, el ángel que no sólo cayó a la tierra, sino que lo hizo con tanta fuerza que la atravesó.

—¿Rezas por Satán? —insistió Myrna incapaz de dejar el tema e implorando la ayuda de Armand con la mirada.

Él, sin embargo, se limitó a encogerse de hombros, como si dijera: «Toda tuya».

—Gilipollas... —musitó Myrna. Entonces le entró una duda —: ¿Rezas por él o le rezas a él?

—Por él, por él... Caray, y dicen que yo tengo demencia senil. Lucifer era el mejor amigo de Miguel hasta que se metió en líos.

—Cuando dices «líos» te refieres a la guerra en el cielo con la que Lucifer trató de derrocar a Dios, ¿no? —quiso saber Myrna.

—Ah, ¿conoces la historia?

—Vi una película en la tele.

—Pues oye, nadie es perfecto —dijo Ruth—: todos cometemos errores.

—Ése parece más grave que la mayoría —opinó Myrna—, sobre todo porque Lucifer no parece muy arrepentido que digamos.

—¿Y te parece un motivo para no perdonar? —replicó Ruth. Su perplejidad ante la cuestión parecía genuina; se quedó ensimismada unos instantes y luego añadió—: Miguel dice que Lucifer era el ángel más hermoso y radiante de todos. Lo llamaban el Hijo de la Mañana, era luminoso.

Ruth miró a su alrededor, hacia las casitas, los jardines, el bosque... hacia la fragante neblina y el sol que pugnaba por salir.

—Qué ángel tan estúpido... —murmuró, y de pronto se volvió hacia ellos—. Se suele pensar que la conciencia es algo bueno, pero dejad que os pregunte algo: ¿cuántas cosas terribles no se hacen en nombre de la conciencia? Es una gran excusa para cometer actos espantosos.

—¿Eso te lo ha dicho tu amigo Lucifer? —preguntó Myrna.

—No, me lo dijo el arcángel Miguel antes de pedirme que rezara por el mayor de todos los pecadores.

—Que justamente no tenía conciencia —puntualizó su

amiga.

—O la tenía retorcida. La conciencia no tiene por qué ser algo bueno: ¿cuántos homosexuales no acaban molidos a palos, en cuántas clínicas abortistas no se han puesto bombas, a cuántos negros no se ha linchado, a cuántos judíos no se ha asesinado? Y todo esto a manos de gente guiada por su conciencia.

—¿Y crees que aquí ha pasado eso mismo? —preguntó Armand—. ¿Que alguien guiado por su conciencia se ha desmadrado?

—¿Y yo qué sé? Soy una vieja chiflada que le reza a Satán y tiene una pata como amiga. Sería de locos hacerme caso, ¿no? Venga, *Rosa*, que ya es hora de desayunar.

Las dos se alejaron con andares de pato hacia la casa de los Gamache.

—La conciencia nos guía para hacer lo correcto, para ser valientes y altruistas, para enfrentar a los tiranos cueste lo que cueste —exclamó Myrna a sus espaldas.

Ruth se detuvo y se volvió a mirarlos.

—Casi se diría que es luminosa, ¿no? —dijo desde los peldaños que subían al porche aguantándoles la mirada—. Mira, Myrna, las cosas no siempre salen bien.

12

Con la marcha de la silenciosa voz de la conciencia, al superintendente jefe Gamache le pareció seguro regresar a Montreal a trabajar. Conduciendo a través de la persistente niebla de noviembre, llegó a la jefatura de la Sûreté y emprendió su jornada laboral poniéndose al día con el papeleo y con las reuniones que había pospuesto mientras el cobrador ocupaba la plaza de Three Pines.

Quedó para comer con la nueva jefa de la división de Delitos Graves en un *bistrot* del casco antiguo. Ante la sopa del día y unos sándwiches calientes, debatieron sobre el crimen organizado, los cárteles, las drogas, el blanqueo de dinero, las amenazas terroristas, las bandas de moteros...

Todos esos delitos iban en aumento.

Gamache apartó su sándwich y pidió un expreso mientras la superintendente Toussaint se terminaba su *cubain*.

—Necesitamos más recursos, *patron*.

—*Non*, tenemos que hacer mejor uso de los que tenemos.

—Hacemos todo lo que podemos —repuso Toussaint inclinándose hacia el superintendente jefe—, pero es abrumador.

—Eres nueva en tu puesto...

—Llevo quince años en la división de Delitos Graves.

—Pero estar al mando es diferente, *non?*

Ella dejó el sándwich sobre la mesa, se limpió las manos y asintió.

—Se te ha encomendado una tarea inconmensurable, pero también es una gran oportunidad —continuó el jefe—. Tienes

la posibilidad de reinventar tu departamento, de organizarlo, de redefinirlo, de dejar tu impronta en él, de deshacerte de todas las viejas ideas y empezar de cero. En su momento decidí escogerte a ti porque te alzaste en contra de la corrupción y pagaste el precio.

Madeleine Toussaint asintió con firmeza.

Había estado a punto de abandonar el *bistrot* y dejarlo hablando solo, pero él la detuvo.

Se lo agradecía, aunque no estaba segura de que hubiera tanto que agradecer.

Ahora tenía todos los ojos puestos en ella.

La primera mujer al mando de Delitos Graves, la primera haitiana en liderar un departamento.

Como su marido le había dejado bien claro, era una tarea imposible, algo así como intentar salvar un barco repleto de mierda a punto de naufragar en un enorme océano de meados.

Y acababan de ascenderla al grado de capitán.

—Te han escogido porque eres negra —le había dicho su marido—: eres prescindible; si fracasas, no pasa nada. Puedes hacer su trabajo sucio, limpiarles la casa, como han hecho los haitianos durante décadas, ¿y sabes qué conseguirás?

—No, ¿qué crees que conseguiré? —Aunque sabía perfectamente adónde iba a parar aquella conversación.

—Más mierda todavía: acabarás cubierta de su *merde* y serás su chivo expiatorio, el cordero sacrificial...

—Cuántos animales de granja, André... ¿tratas de decirme algo?

Él se había enfadado cuando le replicó de ese modo, pero se enfadaba a menudo. No era grosero, ni violento, sólo era un hombre negro de treinta y nueve años: la policía lo había parado tantas veces que ya no llevaba la cuenta. Los dos habían tenido que aleccionar a su hijo, ahora de catorce años, desde que empezó a andar: qué debía hacer cuando lo hostigaran;

cómo tenía que reaccionar cuando lo acosaran, le dieran empujones o lo provocaran; cómo debía comportarse cuando lo parara la policía...

«No reacciones, muévete lentamente, enseña las manos. Sé educado, haz lo que te pidan. No reacciones...».

André tenía derecho a su furia, a su cinismo.

Ella también se enfadaba y se enfurecía con frecuencia, pero estaba dispuesta a darle al mundo una última oportunidad... como se la habían dado a ella.

—Puede que tengas razón —dijo finalmente—, pero tengo que intentarlo.

—Gamache es como el resto —había dicho André—, tú espera y verás: cuando la mierda empiece a volar, él se apartará y toda la porquería te dará de lleno a ti. Por eso te escogió.

—Me escogió porque se me da muy bien mi trabajo —repuso ella enfadándose también—. Si no puedes verlo, entonces deberíamos tener otra conversación.

Lo había mirado fijamente; su furia se veía espoleada por la sospecha de que él tenía razón.

Y ahora estaba sentada con el superintendente jefe Gamache en un pequeño *bistrot*, rodeada de comensales que charlaban y reían.

Y él estaba pidiéndole que rescatara aquel barco en medio del océano, un barco lleno de mierda que tenía vías de pis, y no sólo le pedía que lo reparara, sino que lo rediseñara...

Madeleine Toussaint miró el rostro extenuado de Gamache, al otro lado de la pequeña mesa de madera. Si sólo viera ese cansancio, habría creído que estaba acabado y que quienes lo seguían se hundirían con él, pero advertía que las arrugas que nacían de las comisuras de sus ojos y de su boca las había producido el humor, más que el hastío.

Y los ojos en sí, de un castaño oscuro, no sólo denotaban

inteligencia, sino consideración.

Y amabilidad.

Y determinación.

Tenía ante ella a un hombre que, lejos de estar acabado, estaba en la cima de sus capacidades, a un hombre que había alargado la mano para sacarla del barro y le había concedido más poder del que ella hubiera podido imaginar jamás con la única condición de que estuviera a su lado, de que lo apoyara.

Al frente de Delitos Graves.

—Cuando te sientas abrumada, ven a hablar conmigo —dijo él—. Sé lo que se siente al estar en tu posición.

—¿Y tú con quién hablas, *patron*?

Él sonrió y las arrugas de su cara se volvieron más profundas.

—Con mi mujer: se lo cuento todo.

—¿Todo?

—Bueno, casi todo... Es importante, Madeleine: no debemos dejar a los nuestros al margen de nuestras vidas. El aislamiento no nos hace mejores en el trabajo, sino que nos hace más débiles, más vulnerables.

Ella se limitó a asentir. Tendría que darle vueltas a eso.

—Mi marido dice que me has nombrado capitana de un barco que naufraga sin salvamento posible.

Gamache asintió con expresión pensativa e inspiró larga y profundamente.

—Tiene razón, al menos en parte. La situación ahora mismo es insostenible: es imposible ganar, pero, como he dicho en la reunión: si la guerra contra las drogas es una batalla perdida, ¿qué podemos hacer?

Toussaint negó con la cabeza.

—Piensa —dijo él con vehemencia.

Y eso hizo ella. ¿Qué hacer cuando tu posición es insostenible?

O te rindes o...

—Debemos cambiar.

Él sonrió y asintió de nuevo.

—Debemos cambiar, pero no superficialmente: necesitamos un cambio radical, y eso, por desgracia, no puede surgir de la vieja guardia. Hacen falta mentes nuevas, audaces y creativas, y personas valientes.

—Pero tú eres...

Madeleine se detuvo justo a tiempo... o quizá no.

El superintendente jefe Gamache la miró con expresión divertida.

—¿Viejo?

—No...

—¿Entonces qué?

—De la vieja guardia —repuso ella—. *Désolé*.

—No lo sientas: es verdad. Pero alguien tiene que estar al mando, alguien tiene que ser prescindible.

Madeleine Toussaint supo entonces que su marido posiblemente tenía razón en muchas cosas, pero se había equivocado en una: la cabra atada a una estaca para atraer a los depredadores no era ella.

Era Gamache.

—Contamos con una gran ventaja —dijo Gamache, de nuevo en un tono conciso y formal—. Con varias, de hecho. Nuestros predecesores empleaban la mayor parte de su energía en incumplir sus propias normas y encubrir que lo hacían, y perdían el tiempo en guerras intestinas, disparándose unos a otros, a veces literalmente. Los delitos se descontrolaron en parte porque la atención de los altos cargos de la Sûreté estaba centrada en su propia corrupción y en parte porque los cárteles pagaban mucho dinero para que hicieran la vista gorda.

—Para que se cegaran a sí mismos... —añadió Toussaint— a cambio de dinero y poder.

—Vaya tragedia griega, ¿verdad?

Ella sonrió, pero Gamache no parecía divertido. ¿Sería una broma o su jefe creía en serio que se trataba de una tragedia griega desarrollándose en el Quebec moderno?

—¿Entonces? —preguntó ella.

—Lo has dicho tú misma: debemos cambiar. Tenemos que cambiar todo, pero de forma que parezca que no cambiamos nada. —La miró detenidamente—. El único motivo por el que llevamos a cabo el trabajo policial tal como lo hacemos es porque alguien de hace un siglo nos organizó así, pero lo que funcionaba entonces no funciona ahora. Tú eres joven, utiliza eso en tu provecho: nuestros adversarios están esperando las mismas viejas tácticas. —Se inclinó hacia delante y bajó la voz, pero sonó lleno de energía, de asombro incluso—: Reinventémonos, Madeleine; hagámoslo todo de nuevo, con audacia. Es nuestra oportunidad, cuando nadie cree que podemos hacerlo, cuando nadie mira. Tu marido no es el único: todo el mundo piensa que la Sûreté ha sufrido daños irreparables, daños que no afectan sólo a su reputación, sino a su estructura misma, que las vigas se han podrido y el edificio se tambalea. ¿Y sabes qué? Tienen razón. Así que podemos emplear tiempo, energía y recursos en sostener una institución mortalmente herida o podemos empezar de nuevo.

—¿Y cómo lo hacemos? —preguntó ella contagiada por el entusiasmo de su jefe.

Él se reclinó en su asiento.

—No lo sé.

Madeleine se decepcionó por un instante, pero luego comprendió lo que eso significaba: que podía contribuir, en vez de sólo implementar.

—Necesito ideas —dijo Gamache—. Tuyas, de los demás. Ya he estado dándole muchas vueltas.

Había pasado muchas mañanas y tardes de otoño con *Henri* y *Gracie* a sus pies, sentado en el banco de la colina que se alzaba

sobre Three Pines, el mismo banco en el que alguien había grabado: *Un hombre valiente en un país valiente*, y más abajo: *Te sorprendió la dicha*.

Había contemplado el pueblecito enfrascado en su rutina diaria y, más allá, las montañas, el bosque y la cinta dorada del río.

Mientras pensaba y pensaba.

Había rechazado el puesto de superintendente jefe de la Sûreté, el más alto cargo policial de Quebec, en dos ocasiones, en parte porque no quería ser quien estuviera en el puente de mando cuando se hundiera un barco que tanta admiración había suscitado en su día.

En parte porque no veía el modo de salvarlo.

Pero cuando se lo pidieron por tercera vez, subió de nuevo hasta aquel banco de Three Pines y reflexionó sobre la corrupción y sobre el daño que ya estaba hecho.

Pensó en la Academia de la Sûreté y en los jóvenes reclutas, y pensó en una vida de paz y tranquilidad, allí, en ese pequeño pueblo que no aparecía en el mapa, que estaba fuera del radar.

En una vida a salvo.

Reine-Marie lo había acompañado muchas veces. Se sentaban juntos, en silencio, hasta que una tarde ella le dijo:

—Estaba pensando en Odiseo...

—Qué curioso, yo no —había dicho él incorporándose.

Y ella se había echado a reír.

—Pensaba en su jubilación.

—¿Odiseo se jubiló?

—Pues sí: de mayor estaba cansado de tanta guerra, incluso del mar, así que cogió un remo y se adentró en el bosque, y caminó y caminó hasta que encontró a unas gentes que no tenían ni idea de lo que era un remo, y allí estableció su hogar: donde nadie oiría nunca mencionar su nombre ni el de Troya, donde podría vivir el resto de su vida como un desconocido, en

paz.

Él se había quedado muy quieto y callado durante un buen rato, contemplando Three Pines. Y después se había levantado y, tras recorrer el camino de vuelta a casa, había hecho una llamada.

La batalla de Odiseo había concluido: la guerra se había ganado.

Pero la suya aún no se había ganado ni perdido: quedaba al menos una batalla más.

Y ahora estaba ahí, en un *bistrot* del casco antiguo de Montreal, con una joven capitana, hablando sobre barcos.

—Mi marido tenía razón sobre el barco y sus vías de agua, pero se equivocaba en una cosa: no estoy sola.

—No, no lo estás.

Ella asintió. Se había sentido sola durante tanto tiempo que ni siquiera había sido capaz de reconocer que ése ya no era el caso. Tenía compañeros, gente que no estaba a sus espaldas, sino a su lado.

—Tenemos que comprometernos al cien por cien —dijo muy decidida—, quemar las naves; no hay vuelta atrás.

Gamache la miró fijamente y luego reclinó la cabeza en el respaldo de su asiento.

—*Patron?* —preguntó ella, un poco preocupada de que lo aquejara un *petit mal*; quizá, a medida que transcurrían los segundos, de que fuera un *grand mal*.

—Lo siento —dijo él cogiendo una servilleta.

Sacó un bolígrafo del bolsillo de la pechera y garabateó unas palabras, después levantó la vista y esbozó una sonrisa radiante. Luego dobló la servilleta, se la guardó en el bolsillo y se inclinó hacia Toussaint.

—Eso es lo que haremos —dijo con firmeza—. No repararemos el barco: lo quemaremos.

Cuando la superintendente Toussaint volvió de la comida, se

sentía llena de energía y de vigor por las palabras del jefe.

Aunque intentaba no pensar en el leve rastro de locura que había resonado en la voz del superintendente jefe Gamache.

Es posible que Madeleine Toussaint fuera la primera en captarlo, pero antes de que todo aquello terminara no sería ni mucho menos la última persona en pensar que el nuevo líder de la Sûreté había perdido la cabeza.

13

La primera reunión de la tarde fue con el inspector Beauvoir, que quería hablar de la posibilidad de que la Sûreté formara una brigada ceremonial de instrucción.

—Como en el ejército —explicó—, esas marchas en formación cerrada.

El superintendente jefe Gamache lo escuchaba con atención, aunque no muy convencido.

—¿Y por qué íbamos a hacer algo así?

—Bueno, que quede claro que esto no es idea mía, ¿eh? Un oficial de alto rango me lo propuso y, cuando dejé de reír, me puse a pensar.

Le dirigió una mirada severa a su jefe para advertirle que no se hiciera el listillo y éste levantó las manos para demostrar que se rendía.

—Podría empezarse en la academia, añadiendo la instrucción al entrenamiento base —continuó Beauvoir—. Sería, me parece, una forma estupenda de crear vínculos, pero también podríamos trasladarlo a la comunidad. Siempre andas diciendo que necesitamos reconstruir la confianza; pues bien, podríamos visitar colegios y centros cívicos, hacer desfiles y quizá hasta recaudar fondos para bancos de alimentos o centros de rehabilitación de la zona.

Gamache se inclinó hacia él asintiendo.

—¿Sabes qué? Es una idea estupenda.

Hablaron sobre la cuestión durante unos minutos.

Cuando dieron la reunión por terminada, Gamache se puso en pie. Estuvo a punto de enseñarle a Jean-Guy la servilleta del

almuerzo y las palabras que había garabateado.

Pero no lo hizo.

Aún no era el momento: necesitaba sentarse en silencio y pensar.

—Me alegro de que el tipo ese de la plaza del pueblo se haya esfumado por fin —dijo Beauvoir—. ¿Ya has averiguado quién era?

—No, ni idea, y ya le he dedicado demasiado tiempo.

Jean-Guy se ajustó las gafas. Las llevaba desde hacía poco y, a su edad, le parecían humillantes: el primer signo de decrepitud.

Tampoco ayudaba que el jefe, unos buenos veinte años mayor que él, sólo necesitara gafas para leer cuando a él le habían dicho que debía llevarlas todo el tiempo.

—Honoré me las cogió anoche cuando lo bañaba y las tiró directamente al agua —explicó Beauvoir quitándoselas de nuevo para volver a examinarlas—. Ese crío es un fortachón.

—¿Estás seguro de que fue Honoré quien las tiró al agua? —preguntó Armand quitándole las gafas de las manos a Beauvoir para ajustarlas.

Tenía años de experiencia con monturas torcidas y dañadas.

Se las devolvió.

—*Merci, patron*, pero ¿qué estás sugiriendo?

—Sabotaje, señor mío —respondió Gamache con tono melodramático—, ¡y todavía tienes la temeridad de culpar a tu hijo pequeño! Estás hecho un caradura.

—¡Vaya, Annie dijo exactamente lo mismo! ¿Es que estáis conchabados?

—Pues sí, hablamos sin parar sobre tus gafas.

Fue entonces cuando se oyó un suave *ping* procedente del ordenador portátil de Gamache.

La gran mayoría de sus correos electrónicos pasaban por *madame* Clarke, que los filtraba y priorizaba. Había una

cantidad asombrosa, pero Gina Clarke había demostrado que estaba a la altura de la tarea, y sobradamente, incluso a la hora de organizar al propio superintendente jefe como si fuera un correo electrónico más que responder, reenviar o borrar.

Jean-Guy solía sentarse en la sala de espera del despacho del jefe sólo para ver cómo la joven del piercing en la nariz y el pelo rosa lo mangoneaba.

Era como si Campanilla hubiera resucitado.

Pero ese correo electrónico se había enviado a su cuenta personal del trabajo.

Gamache se levantó y se acercó a su escritorio.

—¿Te importa?

—En absoluto, *patron*.

Jean-Guy se quedó de pie en la puerta y comprobó sus propios mensajes.

Gamache abrió el correo: era el informe del laboratorio sobre las drogas que llevaba encima Paul Marchand la noche anterior, pero tuvo que interrumpir su lectura cuando sonó su teléfono móvil.

—*Oui, allô* —contestó mientras escudriñaba la pantalla del ordenador con expresión sombría.

—¿Armand?

Era Reine-Marie.

Había pasado algo.

—¿De modo que lo llamó a usted primero, antes que a emergencias? —preguntó el fiscal.

—En efecto —contestó Gamache. ¿Era posible que hiciera más calor incluso en la sala del tribunal que en la calle? Notaba, bajo la americana, la camisa pegándosele a la piel.

—¿Y qué fue lo que le dijo?

Alargando una mano rápida e instintivamente, casi como si se la tendiera a su mujer, Gamache tocó el icono del altavoz mientras Jean-Guy, en el otro extremo de la habitación, se volvía hacia él.

—¿Estás bien? —le preguntó a su mujer.

—He encontrado al cobrador.

Hubo una pausa, un instante en que el mundo se tambaleó. Las palabras de Reine-Marie y los dos hombres parecieron quedar suspendidos en el aire.

—Cuéntame —dijo Gamache poniéndose en pie y mirando a Jean-Guy.

—Está en el sótano de la iglesia. He bajado en busca de jarrones para poner flores frescas y lo he encontrado.

—¿Te ha hecho daño?

—*Non*. Está muerto. Había sangre, Armand.

—¿Dónde estás ahora?

—En casa. He cerrado con llave la puerta de la iglesia y he venido aquí a llamarte.

—Bien. No te muevas de ahí.

—Aún no he llamado a emergencias...

—Ahora lo hago yo. —Miró a Beauvoir, que ya tenía su teléfono en la oreja.

—¿Te has manchado de sangre?

—Sí, las manos. Me he agachado para buscarle el pulso en el cuello. Aún llevaba la máscara puesta, pero estaba frío. Probablemente no debería haberlo tocado...

—Tenías que asegurarte. Lo siento...

—No es culpa tuya.

—*Non*, quiero decir que siento lo que estoy a punto de hacer: voy a tener que pedirte que no te laves.

Se hizo un silencio mientras Reine-Marie encajaba aquellas palabras. Pensó en preguntar por qué, consideró discutirlo, incluso rogarle a su marido que la dejara lavarse. Incluso, por

un breve instante, se enfadó con él por tratarla como a cualquier otro testigo.

Pero aquel instante se esfumó de inmediato: ella sabía muy bien que era como cualquier otro testigo, y que él era un poli.

—Lo entiendo —contestó finalmente, y en efecto lo hacía—, pero date prisa.

Gamache ya salía por la puerta con Beauvoir pisándole los talones. Cruzaron a toda prisa la sala de espera, delante de *madame* Clarke.

—Voy a salir —dijo el superintendente jefe sin detenerse—. Cancele todas mis citas.

Ella no hizo preguntas ni vaciló.

—Sí, señor.

Armand y Beauvoir recorrieron a toda prisa el largo pasillo hasta los ascensores.

—Jean-Guy ha llamado a emergencias —añadió Gamache aún con el móvil en la mano—, deberían llegar agentes en cuestión de minutos. Llama a Clara o a Myrna y pídeles que se queden contigo. Llegaré lo antes posible. ¿Quieres que siga al teléfono?

—No, tengo que llamar a Clara y Myrna. Date prisa, Armand...

—Estoy en marcha. —Colgó y le dijo a Beauvoir—: Llama a Lacoste.

—Ya lo he hecho, va a mandar a un equipo.

Jean-Guy tenía que apresurarse para seguirle el ritmo.

Había estado junto a su jefe durante incontables investigaciones; en un sinfín de detenciones, interrogatorios y tiroteos, durante sucesos horribles y celebraciones...

En funerales y bodas.

Lo había visto en todo tipo de situaciones, lleno de alegría y desconsolado, furioso y preocupado.

Pero nunca lo había visto desesperado.

Hasta ese momento.

Aunque también captaba un rastro de ira en su rostro.

No le hacía ninguna gracia que Reine-Marie tuviera sangre en las manos.

Salieron a toda pastilla hacia Three Pines, con la sirena puesta, y se pusieron en contacto con el destacamento de la Sûreté de la zona para darles instrucciones de no entrar en la iglesia, de limitarse a acordonarla.

—Y quiero a un agente en la puerta de mi casa —añadió Gamache, que empezó a describir la vivienda en cuestión.

Beauvoir quitó la sirena cuando tomaron el desvío de la carretera secundaria hacia el estrecho camino de tierra. Aminoró la marcha por los baches y por los ciervos que tenían tendencia a plantarse justo en la senda de los coches que se acercaban.

—Más deprisa —dijo Gamache.

—Pero, *patron*...

—Más deprisa.

—*Madame* Gamache está bien —repuso Beauvoir—. Está a salvo, no va a pasarle nada malo.

—¿Dirías lo mismo si fuera Annie quien hubiera encontrado un cuerpo y tuviera sangre en las manos? ¿Sangre que le hubieras dicho que no se lavara?

Jean-Guy apretó el acelerador y notó cómo le brincaban las gafas y se le aflojaban los empastes cuando empezaron a dar tumbos en los baches.

—¿Así que fue su esposa quien encontró el cuerpo? —preguntó el fiscal general.

—*Oui*.

—Y lo tocó.

—*Oui*.

—Su mujer es claramente distinta de la mía, *monsieur*: no puedo imaginar que ella tocara un cadáver, y mucho menos uno totalmente cubierto de sangre. Era evidente que se trataba de un asesinato, ¿no?

La sala, ya tórrida, se volvió más asfixiante incluso cuando Gamache notó el rubor que le ascendía por el cuello, pero mantuvo la mirada firme y la voz no le tembló al contestar:

—En efecto, lo era. Y tiene usted razón: *madame* Gamache es extraordinaria. Tenía que comprobar si podía ser de alguna ayuda y sólo salió de aquel sótano cuando quedó claro que no podía hacer nada. De todas formas, sospecho que su esposa habría dado muestras de la misma valentía y la misma compasión.

El fiscal continuó mirándolo fijamente, la juez hizo otro tanto y la sala entera también. Los periodistas garabateaban sin parar.

—Le dijo que no se lavara la sangre, ¿correcto?

—Sí.

—¿Por qué?

—La mayoría de las personas que encuentran a una víctima de asesinato perturban sin querer el escenario del…

—¿Haciendo cosas como tocar el cuerpo?

—O moviendo algo, o tratando de limpiar. La gente reacciona de las formas más inesperadas cuando se lleva una impresión como ésa; normalmente, para cuando llegamos el daño ya está hecho.

—Como en el caso que nos ocupa.

—*Non*. *Madame* Gamache tocó el cuerpo, pero tuvo la presencia de ánimo suficiente para no hacer nada más y cerrar con llave, y luego me llamó de inmediato.

—¿Sin quitarle la máscara para ver quién era?

—Exacto.

—¿No sentía curiosidad?

—No creo que la curiosidad fuera la principal emoción que sentía en ese momento.

—Y le dijo que no se limpiara la sangre de las manos ni de los zapatos.

—Sí, para que pudiéramos tomar muestras y determinar con claridad cuáles eran sus huellas y cuáles podían pertenecer a otra persona.

—Oh, espléndido —ironizó el fiscal—. Tiene a su esposa en una situación tan horrible como ésa y aun así pone su trabajo por delante en lugar de reconfortarla. No sólo ella es extraordinaria, por lo visto usted también lo es.

Gamache no respondió, aunque su rostro sí lo hizo, pues el rubor le subió hasta las mejillas.

Los dos hombres se miraron furibundos: el odio que se profesaban ya no quedaba en el terreno de la conjetura.

—Por supuesto, más adelante llamaré a *madame* Gamache como testigo en este juicio, pero ¿está seguro de que no tocó nada más? Y recuerde que está bajo juramento.

—Lo recuerdo muy bien, *merci* —soltó Gamache de mal talante antes de poder contenerse—, y sí, estoy seguro.

En la mesa de la defensa, los abogados se miraron con cara de incredulidad: daba la impresión de que *monsieur* Zalmanowitz estuviera haciendo su trabajo por ellos. No sólo estaba echando por tierra la credibilidad de su testigo principal, sino también la posible simpatía que pudiera despertar.

—Entretanto —prosiguió el fiscal—, a lo mejor puede contarnos qué se encontró cuando llegó finalmente al lugar de los hechos.

Pasaron delante de un coche patrulla de la Sûreté que estaba aparcado junto a la iglesia y vieron a una agente apostada en

los peldaños de la entrada.

Al pasar ante el *bistrot*, Jean-Guy divisó a algunos clientes de pie ante el ventanal, observándolos con curiosidad.

Gamache se bajó del coche en cuanto pararon. Recorrió el sendero de su casa a toda prisa y subió trotando las escaleras, pasando ante el agente apostado en el porche.

Aquel día, que había empezado con una mañana neblinosa pero prometedora, se había vuelto sombrío una vez más: las nubes habían acabado ganando la batalla al vacilante sol y la humedad fluía ladera abajo y formaba charcos en el pueblo.

Reine-Marie estaba en la cocina, tomando té con Clara y Myrna ante la estufa de leña.

—Lo siento, *mon cœur*... —dijo Gamache cuando ella se puso de pie e hizo ademán de acercarse. Él dio un paso atrás y levantó ambas manos para detenerla—. No puedo...

Reine-Marie, con los brazos ya tendidos para abrazarlo, se detuvo y los bajó lentamente.

Clara, unos pasos por detrás de ella, pensó que nunca había visto tanto pesar en los ojos de un hombre.

Jean-Guy pasó junto a su jefe y, con rapidez y eficiencia, procedió a tomar muestras y fotografías.

Nadie dijo nada hasta que hubo acabado y dado un paso atrás.

Entonces, Gamache se adelantó para abrazar a su mujer.

—¿Estás bien?

—Lo estaré —respondió ella.

—La policía ha llegado hace media hora más o menos —dijo Clara—. Hasta entonces, Myrna ha estado apostada en la entrada de la iglesia para asegurarse de que nadie se acercara.

—Muy bien —dijo Jean-Guy—, ¿y se ha acercado alguien?

—No —confirmó Myrna.

Gamache se llevó a Reine-Marie al baño y la ayudó a lavarse las manos frotándolas suavemente con sus largos dedos allí

donde la sangre había formado una costra seca.

Cuando acabaron, la acompañó al piso de arriba.

Mientras ella se quitaba la ropa, él abrió el agua de la ducha y se aseguró de que no estuviera demasiado caliente.

—Volveré antes de que te hayas dado cuenta.

—¿Te vas? Ay, lo siento, claro que sí, tienes que irte...

Él la abrazó y luego retrocedió, le cogió las manos y bajó la mirada hacia ellas. Aún tenía un poco de sangre pegada a la alianza de boda; costaba no ver el simbolismo que eso entrañaba.

Eso era lo que él había aportado a su matrimonio: la sangre fluía en su vida compartida como un río que a veces se desbordaba y anegaba sus riberas, dañándolos, manchándolos...

¿Cómo habrían sido sus vidas de haber continuado él sus estudios de Derecho y no haber ingresado en la Sûreté? ¿De haberse quedado en Cambridge? Quizá se hubiera convertido en profesor universitario...

Lo único seguro es que no estaría ahí, tratando de limpiar un último resto de sangre seca de la mano de su mujer.

—Lo siento —dijo en voz baja.

—Esto lo ha hecho otra persona, Armand. Tú estás aquí para ayudar.

Él la besó y le indicó la ducha con un gesto.

—Espabila.

Ella señaló la puerta con la cabeza.

—Ya espabilo, pero vas a necesitar esto...

Sacó la llave de la iglesia del bolsillo del jersey. También estaba manchada de sangre.

Gamache la cogió con un pañuelo de papel.

En la planta baja, Jean-Guy estaba hablando con Clara y Myrna.

—¿Quién más lo sabe?

—Reine-Marie nos lo ha contado a nosotras, por supuesto —contestó Clara—, pero a nadie más. Todos saben que ha pasado algo, es evidente, sobre todo desde que han llegado los agentes, pero no saben qué, y los polis se niegan a decir nada.

—Porque tampoco tienen ni idea —dijo Beauvoir.

Como bien sabía, era vital proteger la información, a veces incluso de tu propia gente.

—Todo el mundo se ha congregado en el *bistrot* —explicó Myrna—. Esperan noticias, y a vosotros, claro. Algunos han venido hasta aquí, pero el agente les ha impedido el paso.

—¿Quiénes?

—Gabri, por supuesto —respondió Clara—, y... bueno, ¿quieres que te diga la verdad? Casi todos se han acercado.

Cuando bajó a la cocina, Gamache preguntó si se quedarían con Reine-Marie hasta que él volviera.

—Claro que sí —respondió Clara.

Entonces Beauvoir y él se apresuraron a recorrer el sendero que iba del porche al camino de tierra, pero se detuvieron un momento a hablar con el agente: era uno de los dos que habían acudido a Three Pines la tarde anterior.

—Quédese aquí, por favor —le ordenó Gamache.

—*Oui, patron*.

—¿Qué hicieron con *monsieur* Marchand, el hombre de anoche?

—Lo que usted nos pidió, lo retuvimos. Por la mañana ya se había calmado, así que lo acompañamos a casa.

—¿A qué hora?

—A las diez. Se negó a decirnos de dónde había sacado el material de la bolsita. ¿Puedo preguntarle qué era?

Gamache recordó el correo electrónico que estaba leyendo cuando lo llamó Reine-Marie.

—Fentanilo.

—Joood... —El agente se contuvo a tiempo.

El superintendente jefe Gamache asintió y luego siguió a Beauvoir por el camino de tierra. Entonces advirtió que Gabri se acercaba a grandes zancadas desde el *bistrot*. No iba corriendo exactamente, porque Gabri no corría, sino que iba bamboleándose a toda pastilla con un trapo de cocina en la mano.

En un momento estuvo delante de ellos.

—¿Qué ha pasado? Los polis se niegan a contarnos nada. —Le lanzó una mirada acusadora al agente, que fingió no haberlo oído.

—Pues yo tampoco puedo —repuso Gamache.

—Sé que tiene que ven con Reine-Marie —insistió Gabri—, ¿ella está bien?

—Sí.

—Bueno, gracias a Dios... Pero hay alguien que no lo está, ¿verdad? —Señaló con un gesto a la otra agente apostada en la iglesia.

Gamache negó con la cabeza y reparó en que más personas se dirigían hacia ellos, lideradas por Lea Roux y por Matheo Bissonette, que le pisaba los talones.

—Id vosotros, yo me ocupo de esto —dijo Gabri, y se volvió para cortarles el paso permitiendo la escapada de Gamache y Jean-Guy.

La agente que resguardaba la iglesia los estaba esperando. Tras ella se alzaba la pequeña capilla de tablillas de madera blanca, bonita e inofensiva como otras miles que coronaban los pueblos de la provincia de Quebec.

Sólo que aquélla no contenía una reliquia, el nudillo o el molar de un santo, sino un cuerpo entero.

Una criatura muerta surgida de otros tiempos.

14

Isabelle Lacoste, la inspectora jefe de Homicidios de la Sûreté, llegó justo cuando Gamache y Beauvoir estaban a punto de entrar en la iglesia. Su coche, seguido por la furgoneta de los forenses, aparcó detrás del vehículo de los agentes locales.

Los investigadores descargaron el equipo mientras Gamache, Beauvoir y Lacoste celebraban una rápida reunión.

—¿Puede tomar una muestra y huellas de esto? —Gamache le tendió a uno de los agentes de la científica la llave envuelta en el pañuelo de papel.

—Cuéntame lo que sabes —le pidió Lacoste al superintendente jefe.

Beauvoir reprimió una sonrisa y se preguntó si alguno de ellos repararía en que eso era exactamente lo que solía decir Gamache cuando era el máximo responsable de Homicidios.

—Aún no hemos entrado —repuso él—. *Madame* Gamache encontró el cuerpo en el sótano y después cerró la iglesia con llave. Parece que es el cobrador.

—¿Quién? —preguntó Lacoste.

Gamache, tan familiarizado ya con aquel personaje, había olvidado que Isabelle Lacoste no sabía nada al respecto.

—Ya lo verás —dijo.

El agente de la científica regresó en ese momento y le devolvió la llave a Gamache.

—Hecho.

Él le entregó la llave a Lacoste y se hizo a un lado para que pudiera abrir la puerta y entrar seguida de sus equipos forenses. Luego se volvió para mirar el pueblo y a los

lugareños.

Estaban de pie ante el *bistrot* formando un semicírculo que, desde donde él estaba, recordaba un ceño fruncido.

Empezaba a caer aguanieve, pero no se movían; miraban fijamente hacia la colina, a él.

Entró en la iglesia, un lugar que ofrecía quietud y paz, un santuario incluso para una mujer mayor que rezaba por el Hijo de la Mañana.

Bajó las escaleras sumiéndose en una oscuridad casi completa.

El sótano era una gran estancia con suelos de linóleo gastado y rayado, techo de paneles de aislamiento acústico con manchas de goteras por todas partes, y madera de imitación en las paredes. Había sillas apiladas en los rincones, y mesas largas apoyadas unas contra otras con las patas plegadas.

Isabelle Lacoste paseó la vista y reparó en el hecho de que no había otra entrada desde el exterior y que las ventanas estaban cubiertas de mugre.

A la luz, o a un intruso, le sería más fácil entrar a través de las paredes.

Ventanas aparte, el lugar estaba limpio: no había trastos viejos, y ni siquiera olía a moho.

En un extremo vio una pequeña cocina con electrodomésticos en color aguacate y a un lado una puerta abierta.

Se volvió al oír unos pasos familiares en las escaleras y vio entrar a Gamache.

El superintendente jefe señaló con un gesto la puerta abierta.

—Es una despensa para hortalizas y plantas —explicó mientras cruzaban el sótano—. *Madame* Gamache ha bajado en busca de un jarrón y ha sido entonces cuando ha encontrado el cuerpo.

—¿A qué hora?

—Sobre las dos menos cuarto. Luego ha cerrado la iglesia con llave y se ha ido a casa, desde donde me llamó de inmediato, tras lo cual el inspector Beauvoir te ha llamado a ti.

Ambos miraron instintivamente sus relojes: eran las tres y cuarto, aquello había sucedido hacía una hora y media.

Gamache estaba familiarizado con el sótano de la iglesia: era donde se celebraban los funerales, se preparaban algunos banquetes de bodas, se reunía el club de bridge, se daban clases de gimnasia y se organizaban ventas de pasteles caseros.

Era una sala alegre que el tiempo y el buen gusto habían dejado atrás. Pero nunca había estado en la despensa de hortalizas; de hecho, hasta hacía bien poco ni siquiera conocía su existencia.

Se quedó en el umbral: apenas había espacio suficiente para los investigadores.

Reine-Marie había dejado encendido el fluorescente, que emitía una luz muy poco natural. Era la única iluminación en aquella pequeña estancia: no había ventanas y el suelo era de tierra apisonada.

El espacio estaba cubierto de burdas estanterías de madera con algunos jarrones, viejas latas oxidadas y confituras lechosas en tarros de cristal.

Gamache vio todo eso, pero en lo que se fijó, en lo que se fijaron todos, fue en el bulto negro en un rincón: parecía que hubiera brotado de la tierra, como si hubiera sido expulsado a la fuerza del suelo.

Un gran pedrusco negro.

Isabelle Lacoste se volvió para mirarlo, confusa.

—¿El cobrador?

—*Oui*.

Beauvoir estaba junto a Gamache, de pie en el umbral, expectante. Tenía muchas ganas de entrar, de participar, pero

cuando su jefe dio un paso atrás él hizo lo mismo.

En ese momento llegó Sharon Harris, la médico forense, y, tras saludar a Gamache, le dijo a Beauvoir:

—Bonitas gafas.

Y sin añadir nada más, pasó junto a ellos y entró en la despensa.

—¿Qué ha querido decir? —preguntó Jean-Guy ajustándose las gafas.

—Que le gustan —respondió Gamache automáticamente—. A todos nos gustan.

Beauvoir se alejó, incapaz de permanecer inactivo y limitarse a observar, y empezó a recorrer la periferia de la gran sala como si fuera un depredador en una jaula que oliera la sangre.

Una vez se hubieron tomado los vídeos, las fotos y las muestras, la doctora Harris se arrodilló junto al cuerpo.

—Lleva una máscara —dijo levantando la vista hacia los demás.

Lacoste se arrodilló junto a ella para verlo más de cerca. El agente con la cámara de vídeo estaba justo a su lado.

—Debo advertirles —declaró el fiscal en la sala del tribunal— que la siguiente parte es bastante desagradable. Es posible que prefieran no mirar...

Todo el mundo se inclinó hacia delante para ver mejor.

El vídeo, algo tembloroso, pero nítido, mostraba a Isabelle Lacoste, a su segundo y a la doctora Harris inclinados sobre el oscuro bulto.

Entonces, el superintendente jefe Gamache daba unos pasos y se arrodillaba junto a Lacoste. Se adivinaba la sombra de otra persona, sin duda el inspector Beauvoir.

Luego la cámara ofrecía un primer plano del bulto negro.

Costaba entender de qué se trataba hasta que la imagen de la

cámara se acercaba todavía más, centrándose en la máscara.

Estaba agrietada.

En la sala del tribunal, algunos espectadores entornaron los ojos.

—Voy a quitar la máscara —declaraba la inspectora jefe Isabelle Lacoste.

Algunas personas bajaron la vista.

Quitar aquella máscara era más difícil de lo que parecía, pero los que seguían mirando empezaron a vislumbrar piel aquí y allá.

Más gente apartó la vista, algunos incluso cerraron los ojos.

Para cuando Lacoste conseguía retirar la máscara, ya nadie en la sala del tribunal estaba mirando, excepto los representantes judiciales.

La juez Corriveau lanzó una rápida mirada al jurado y sintió lástima por aquellos pobres infelices que habían comenzado aquel juicio emocionados ante la idea de participar en un caso de homicidio y acabarían traumatizados, o peor: insensibilizados ante semejantes horrores. Después, se obligó a mirar.

El fiscal, que había visto el vídeo varias veces, permaneció ante su mesa con los labios y los puños apretados.

El superintendente jefe Gamache entornó los ojos: era ligeramente más fácil ver aquello en vídeo que en directo, pero no mucho más.

Beauvoir, por su parte, llevaba su propia máscara en la sala del tribunal: la de la indiferencia profesional.

Uno de los abogados de la defensa lanzó una mirada furtiva a la persona acusada y luego apartó la vista con la esperanza de que ninguno de los jurados hubiera visto la repugnancia con que había contemplado a la persona a quien supuestamente tenía que defender.

La persona de la que sospechaba para sus adentros que había

cometido ese acto.

La cámara aumentó el zoom todavía más ofreciendo un primer plano sin piedad.

A esas alturas, incluso Gamache sintió la necesidad de apartar la vista y tuvo que obligarse a mirar para contemplar aquel rostro gigante en la enorme pantalla.

Isabelle Lacoste le entregó la máscara al jefe forense y se volvió hacia Gamache.

—Estás sorprendido.

Él asintió.

Había muchas lesiones, pero la cara todavía era reconocible.

No era un hombre, sino una mujer.

—¿La conoces? —preguntó Lacoste.

—*Oui*: es Katie Evans. Se hospeda en la fonda.

Lacoste se levantó y Gamache hizo otro tanto.

Isabelle recorrió con mirada experimentada toda la despensa y finalmente señaló la puerta.

—Os dejamos con ello —les dijo a la médico forense y a su segundo. Al llegar a la puerta, sin embargo, se detuvo—. Doy por hecho que la causa de la muerte es evidente.

Todos miraron hacia el bate ensangrentado apoyado como casualmente contra una de las estanterías, junto a un tarro de melocotones.

—Te informaremos si encontramos algo más —dijo la doctora Harris—, pero ¿a qué venía eso...? —preguntó señalando el disfraz.

—Creo que estamos a punto de averiguarlo —contestó Lacoste, y siguió a Gamache y a Beauvoir a la sala más grande.

• • •

En la enorme pantalla de la sala del tribunal, la cámara siguió a los altos cargos de la Sûreté mientras salían de la despensa y, antes de enfocar de nuevo el cuerpo, captó al superintendente jefe Gamache volviéndose para mirar hacia el interior.

Tenía una expresión de absoluta perplejidad en la cara.

15

Colocaron una de las mesas largas en el centro del sótano de la iglesia de modo que no estorbara la visión del interior de la despensa.

—¿Quién es Katie Evans? —quiso saber Lacoste.

—Estaba de visita en Three Pines —dijo Gamache—. Es una arquitecta de Montreal. Se alojaba en la fonda con su marido y dos amigos.

Lacoste no tomaba notas: ya se ocuparían más tarde de las declaraciones oficiales; por el momento se limitaba a escuchar atentamente.

—¿Y la máscara y el hábito que lleva? Antes has dicho que era...

—Un cobrador —dijo Gamache. Él y Beauvoir se miraron: ¿por dónde empezar a explicarlo?—. Es una figura proveniente de España, una especie de recaudador de deudas.

—Acabamos de encontrar el cuerpo, ¿cómo sabes eso? —preguntó Lacoste.

—Porque el cobrador ya llevaba aquí un tiempo.

—¿Un tiempo? ¿Cuánto?

—Unos días.

Lacoste enarcó las cejas.

—Vais a tener que explicármelo todo. ¿Esta tal Katie Evans era una recaudadora de morosos? ¿Y llevaba un disfraz?

Gamache y Beauvoir se miraron una vez más: aquello iba a ser más complicado de lo que pensaban, sobre todo porque ellos mismos no tenían ni idea de qué estaba pasando.

—No —contestó Gamache—. No era recaudadora, era

arquitecta.

—Entonces, ¿qué hace con ese disfraz?

Los dos hombres negaron con la cabeza.

Lacoste los miró fijamente sin saber cómo reaccionar.

—Vale, pues volvamos atrás. Explicadme esto desde el principio.

—El cobrador —empezó Gamache— apareció la noche siguiente de Halloween en nuestra fiesta anual de disfraces. En aquel momento no teníamos ni idea de que era un cobrador: nadie sabía quién era ni qué representaba su disfraz. Hubo una sensación general de inquietud, pero nada más... hasta la mañana siguiente, cuando, al despertar, nos lo encontramos en la plaza del pueblo.

—¿Desplomado allí? —preguntó Lacoste—. ¿Borracho?

Gamache negó con la cabeza, buscó en su bolsillo y sacó el móvil. En ese momento, algo cayó al suelo de linóleo.

La servilleta de la comida con Toussaint.

Tanto él como Beauvoir se agacharon para recogerla; Jean-Guy llegó primero y se la tendió a su jefe, aunque alcanzó a leer las palabras escritas con su inconfundible letra.

—*Merci* —dijo Gamache aceptándola.

Luego volvió a doblarla cuidadosamente y se la guardó de nuevo en el bolsillo.

Y empezó a pasar imágenes en el iPhone.

—Tomé esta fotografía el sábado por la mañana; se la mandé a Jean-Guy y le pedí que averiguara lo que pudiera.

Se la mostró a Lacoste.

La inspectora jefe estaba entrenada para no reaccionar ante imágenes, sonidos o palabras; sabía cómo asimilar las cosas sin dejar traslucir emoción alguna. La mayoría de la gente, al observarla, no habría advertido el menor cambio en ella mientras estudiaba la foto.

Pero Gamache sí, al igual que Beauvoir, simplemente porque

la conocían muy bien.

La vieron abrir los ojos un poco más de lo normal, la vieron apretar los labios muy levemente.

Tratándose de una investigadora de homicidios con una formación extraordinaria, era el equivalente a un chillido.

Levantó la vista del móvil y miró de Gamache a Beauvoir, y de nuevo al primero.

—Parece la Muerte —dijo en un tono neutro, casi despreocupado.

—*Oui* —respondió Gamache—, lo mismo pensamos nosotros.

La imagen de aquel personaje era potente, amenazadora, pero también había algo majestuoso en ella: transmitía calma, certeza, inevitabilidad.

El contraste con el bulto arrugado en el suelo de la despensa era absoluto: una se parecía a la Muerte, el otro era su encarnación.

—¿Y qué hiciste? —quiso saber Lacoste.

Gamache se revolvió un poco en la dura silla: era la primera vez que tenía que responder oficialmente a esa pregunta, aunque sospechaba que no sería ni mucho menos la última ocasión.

Y enseguida captó la expectativa de que el superintendente jefe de la Sûreté hubiera hecho algo, lo que fuera, para impedir que aquello ocurriera.

—Hablé con él, le pregunté quién era y qué quería. Pero no me contestó: se limitó a seguir allí plantado, mirando.

—¿Mirando qué?

—Hacia las tiendas, no sé muy bien a cuál de ellas.

—¿Y entonces?

—Entonces nada, simplemente se quedó donde estaba.

—Durante días —intervino Beauvoir.

—*Pardon?* —Lacoste no podía creérselo.

—Se quedó ahí dos días —puntualizó Beauvoir.

—¿Vestido así?

—Bueno, no todo el tiempo —se corrigió Gamache—. Aquella primera noche me quedé despierto para observarlo y en algún momento de la mañana desapareció, pero estaba demasiado oscuro y ni siquiera lo vi marcharse. Me fui a la cama y por la mañana volvía a estar allí.

Lacoste inspiró profundamente y luego miró por encima del hombro el bulto contrahecho en el suelo de la despensa y a la forense arrodillada a su lado, al lado de aquella mujer.

Ahora tenía un aspecto patético, muerta y sin vestigio alguno de la amenaza que transmitía, como un animal que se hubiera hecho un ovillo en un rincón para dejarse morir.

Aunque aquella criatura maltrecha no tenía nada de natural.

—Lo has llamado cobrador —dijo Lacoste—, ¿por qué?

Gamache le habló entonces del cobrador del frac, el recaudador español de morosos que seguía a la gente y la avergonzaba hasta que pagaba sus deudas.

Mientras escuchaba, Lacoste fruncía el ceño, preocupada, y cuando Gamache acabó de explicar, le preguntó:

—¿De modo que el cobrador estaba aquí para avergonzar a alguien y hacerle saldar una deuda?

—No, no exactamente —respondió Gamache—. Eso lo hace el cobrador moderno, pero éste era un personaje más antiguo: el antepasado del otro, el original.

—¿Y?

Gamache se volvió hacia Jean-Guy, que retomó la historia y le contó a Lacoste lo que había averiguado: le habló de la isla y de las víctimas de la peste, de los leprosos, de los bebés con defectos de nacimiento, de las brujas y de la encarnación de la voz de la conciencia que las autoridades crearon sin pretenderlo.

—Algunos cobradores fueron detenidos y torturados para que confesaran quiénes eran y de dónde venían —continuó

Gamache—, pero ninguno de ellos habló. Los que no murieron a manos de los torturadores fueron ejecutados; sin embargo, otros ocuparon su lugar. Finalmente, las autoridades descubrieron de dónde procedían y mandaron soldados a la isla del Cobrador para exterminar a todos sus habitantes.

—¿A todos? —preguntó Lacoste.

El problema de tener imaginación era ser capaz de concebir escenas como ésa: hombres, mujeres, niños...

—Al parecer, algunos consiguieron escapar —prosiguió Gamache—, tal vez ayudados por soldados que se horrorizaban ante lo que les habían ordenado hacer.

«Atormentados por su propia conciencia», pensó.

—Un momento, no me estaréis diciendo que lo que teníais en la plaza del pueblo era alguna clase de vengador de otros tiempos —dijo Lacoste—, de la época medieval...

—¿No lo crees posible? —preguntó Gamache, y sonrió—. *Non* —continuó sin dejarla responder—, no estoy diciendo eso. Lo que digo es que alguien conocía la historia del antiguo cobrador y decidió utilizarla para conseguir lo que quería.

—Y ese alguien era Katie Evans... —puntualizó Lacoste.

Gamache negó con la cabeza.

—No, no pudo haber sido ella: la vi en la panadería y en la librería cuando el cobrador estaba en la plaza del pueblo, y Reine-Marie los vio a ella y a su marido salir hacia Knowlton anoche. Iban a cenar allí.

—Pero si Katie Evans no era el cobrador, ¿entonces quién? ¿Quién estaba en medio de la plaza?

Aquélla era una pregunta imposible de responder, al menos por el momento.

—Si ella no era el cobrador —añadió Lacoste—, tal vez fuera su objetivo, ¿no? Pero ¿por qué su cadáver lleva el disfraz?

Armand y Jean-Guy negaron con la cabeza.

—Quien haya hecho esto, estará lejos a estas alturas —dijo

Beauvoir.

—Me temo que estás en lo cierto —dijo Gamache—. La doctora Harris podrá confirmarlo muy pronto, pero esto tiene que haber ocurrido en algún momento de esta noche. El cobrador no estaba ahí esta mañana cuando he sacado a pasear a *Henri* y a *Gracie*.

—¿A qué hora ha sido eso? —inquirió Lacoste.

—Poco después de las siete.

—¿Y cuándo lo viste por última vez?

Gamache lo pensó un momento.

—Anoche, aunque no sé decirte a qué hora.

—Pero no estaba ahí esta mañana ¿qué creías que le había pasado? —insistió Lacoste.

—Creía que se había marchado porque había conseguido lo que quería.

—Y lo que quería era a Katie Evans... —señaló la inspectora jefe.

—Eso parece.

Lacoste frunció el ceño.

—Me pregunto qué habría hecho ella para merecer algo así...

Gamache miraba al frente, no hacia la despensa, sino al vacío.

—¿Qué pasa? —quiso saber Jean-Guy.

—Que no tiene sentido.

—¿En serio? ¿Un personaje con una capa negra y una máscara no tiene sentido?

Gamache le dirigió una mirada severa y luego se volvió hacia Isabelle Lacoste.

—Un cobrador moderno es un recaudador de deudas, no un asesino, y el cobrador original tampoco era un asesino, sino la voz de la conciencia: no recurría a la violencia ni siquiera cuando lo provocaban, ni siquiera para salvar su propia vida, y éste tampoco lo hizo anoche.

Les contó lo de la turba.

—Y entonces, ¿por qué éste sí ha matado? —preguntó Beauvoir.

Su pregunta no obtuvo otra respuesta que el silencio.

16

Ante la ventana del *bistrot*, Olivier observaba a los agentes de la Sûreté recorrer el camino desde la iglesia.

No estaba solo, el resto del pueblo y la gente de las fincas de la periferia se habían reunido en el local, el punto de confluencia de la comunidad en los buenos y los malos tiempos.

Y quedaba muy claro que éstos no eran buenos.

Observaban en silencio a Armand Gamache, Jean-Guy Beauvoir e Isabelle Lacoste avanzar hacia ellos a través de la fría llovizna de noviembre, que se convertía de vez en cuando en aguanieve.

Olivier y Gabri habían estado repartiendo café y té, zumos y galletas recién hechas de la pastelería de Sarah. Nada de alcohol: no había necesidad de alimentar unas emociones que ya estaban a flor de piel.

Una niebla fina acompañaba a la llovizna, de forma que Three Pines parecía un lugar impracticable.

Las dos chimeneas del local, en extremos opuestos, estaban encendidas, y en ese momento el único sonido, aparte de algunas respiraciones agitadas, era el alegre crepitar de los troncos.

El lugar olía a humo de leña, a café fuerte y a la lana mojada de los abrigos de los que habían salido de casa un poco más tarde y habían tenido que apresurarse bajo la lluvia.

Cualquier otro día, en otras circunstancias, el *bistrot* los habría hecho sentir protegidos, seguros y reconfortados, habría sido un refugio.

Pero ese día no.

Miraban a través de la ventana, hacia el trío que les llevaba malas noticias entre la niebla.

Entonces, Olivier miró a Patrick Evans. Estaba sentado, las piernas ya no lo sostenían.

Lea estaba sentada junto a él cogiéndole la mano, y Matheo, de pie a su lado, le había puesto la mano sobre el hombro.

Pero faltaba alguien, la única persona de su grupo que no estaba allí.

Katie.

Aunque tenían muy claro dónde estaba.

En ese momento, para ellos seguía viva, pero en cuanto los oficiales de la Sûreté llegaran y empezaran a hablar, moriría. Todos sabían que, más allá de lo que hubiera ocurrido, o cómo, el «a quién» no ofrecía la menor duda.

La respiración de Patrick era rápida y superficial, tenía las manos frías y los ojos muy abiertos.

Y esperaba.

—Cuando llegó usted al restaurante, superintendente jefe, ¿tuvo la impresión de que la gente ya lo sabía? —preguntó el fiscal.

—Sí.

—Pero ¿cómo? ¿Se lo había dicho *madame* Gamache?

—No, ella no le dijo nada a nadie.

—¿Cómo lo supieron entonces? Sólo habían visto un puñado de coches patrulla, ¿por qué pensar automáticamente que había sido un asesinato?

«Obviamente, no conoce Three Pines», pensó Gamache.

—Cuando los agentes locales de la Sûreté llegaron y se apostaron en la iglesia y en mi casa, los lugareños supieron de inmediato que había ocurrido algo. Algunos sabían que

madame Evans se había evaporado y, cuando aparecí yo seguido de la inspectora jefe Lacoste... bueno, sus temores se vieron confirmados.

—Ah, por supuesto... qué estúpido por mi parte... —dijo el fiscal volviéndose de nuevo hacia el jurado e intentando parecer humilde—. Por unos instantes he olvidado hasta qué punto lo conocen los lugareños, tanto a usted como su trabajo, incluso a sus compañeros: sin duda ya sabrían que la inspectora jefe Lacoste es ahora la jefa de Homicidios... Y usted también tiene un trato cercanísimo con ellos, ¿verdad, superintendente jefe?

Dijo eso dándole la espalda a Gamache, pero la insinuación era evidente.

La saludable y necesaria línea de separación entre la policía y los sospechosos se había difuminado, si es que no había quedado borrada del todo, y eso, parecía estar sugiriendo el fiscal, era muy poco profesional, quizá incluso sospechoso.

—Es una buena observación —señaló Gamache—, pero esa proximidad también es una gran ventaja: el asesinato bien puede ser un acto calculado, pero no es puro cálculo, ni siquiera puede reducirse a la suma de las pruebas; siempre hay que pensar qué lleva a alguien a cometer un crimen así.

Gamache se dirigía directamente al jurado y sus miembros habían dejado de ver los gestos del fiscal para centrarse en lo que estaba diciendo el superintendente jefe.

Monsieur Zalmanowitz, percibiendo ese cambio, se volvió y miró a Gamache fijamente.

—Lo que hace que alguien se deje llevar por el impulso de matar —continuó Gamache— no es la oportunidad, sino las emociones. —Hablaba en voz baja, como si le estuviera hablando a un buen amigo—. Cuando un ser humano mata a otro, unas veces se debe a un arranque de furia incontrolable, otras responde a una planeación meticulosa y fría... pero ambos

actos tienen en común una emoción fuera de control, y a menudo se trata de algo reprimido, enterrado en lo más hondo, que atormenta a la persona en cuestión.

Los hombres y mujeres del jurado iban asintiendo.

—Todos hemos abrigado resentimientos así —prosiguió Gamache—, y la mayoría de nosotros hemos sentido, por lo menos una vez en la vida, que teníamos verdaderos deseos de matar a alguien, o por lo menos de que muriera. ¿Qué nos detiene?

—¿La conciencia? —susurró una mujer joven en la segunda fila del jurado.

—La conciencia —dijo el superintendente jefe mirándola y notando que sonreía un poquito—, o quizá la cobardía. Algunos creen que son lo mismo, que lo único que nos impide cometer un acto horrible es el miedo a que nos pillen. ¿Qué haríamos, al fin y al cabo, si se nos garantizara que no iban a descubrirnos? Si supiéramos que no habría consecuencias o si no nos importaran... ¿Qué haríamos si creyéramos que el acto está justificado, si creyéramos, como Gandhi, que hay una instancia más alta que cualquier tribunal de justicia?

—Protesto —dijo el fiscal.

—¿Con qué argumento? —preguntó la juez Corriveau.

—Es irrelevante.

—Es su propio testigo, *monsieur* Zalmanowitz —le recordó la juez—, y usted es quien ha hecho la pregunta.

—No he pedido un sermón sobre la naturaleza del asesinato y la conciencia.

—Quizá debería haberlo hecho —zanjó ella, y bajó la vista hacia el reloj incrustado en el estrado de los jueces—. Probablemente es un buen momento para hacer una pausa para la comida. Vuelvan dentro de una hora, por favor.

Se levantó y, entre el barullo de sillas que chirriaban contra en el suelo, le susurró a Gamache:

—Ya le he dado suficiente margen, ándese con ojo.

Él hizo una leve inclinación para mostrar que la había oído y cruzó una mirada con el fiscal, que estaba ante su mesa metiendo papeles airadamente en su maletín.

Cuando la juez ya había salido de la sala y el jurado desfilaba hacia la puerta, *monsieur* Zalmanowitz no pudo contenerse más y se acercó de Gamache a grandes zancadas. El superintendente jefe estaba bajando los peldaños del estrado de los testigos.

—¿De qué demonios iba eso? —exigió saber el fiscal—. ¿Qué coño cree que está haciendo?

Gamache lanzó una mirada al jurado, cuyos últimos miembros salían en fila de la sala y sin duda lo habían oído.

—Aquí no —le dijo al fiscal.

—¡Sí, aquí!

Gamache se volvió y pasó de largo, pero el fiscal alargó la mano y lo agarró del brazo.

—Ah, no, de aquí no se va...

Gamache se liberó de un tirón y se volvió en redondo para encararse a él.

Los periodistas, aún en la sala, los miraban fijamente. Ni los más duchos en las lides judiciales habían visto nunca nada igual.

—¿Por qué está saboteando mi caso? —preguntó Zalmanowitz.

—Aquí no; si quiere hablar, venga conmigo.

Se volvió hacia Beauvoir.

—Por favor, busca un...

—Encontraré un lugar adecuado, *patron* —dijo Beauvoir, y echó a andar con Gamache a pocos pasos de él, sin molestarse en comprobar si el fiscal los seguía.

Monsieur Zalmanowitz, claramente furioso, se los quedó mirando mientras se alejaban.

—Menudo gilipollas —dijo en un susurro, aunque se aseguró

de que los periodistas lo oyeran.

Luego cogió el maletín y los siguió.

Los dos hombres se quedaron solos en un despacho. El fiscal general y el superintendente jefe de la Sûreté: aliados por decreto y por mor de la estructura burocrática, pero no por naturaleza o por elección.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, Gamache se dio la vuelta y echó la llave. Luego se volvió hacia Zalmanowitz.

—¿Comemos algo, Barry?

Señaló una bandeja con bocadillos y bebidas frías que estaba sobre una mesita de café.

Zalmanowitz enarcó las cejas sorprendido y después sonrió, aunque no fue una sonrisa del todo amistosa.

Cogió un *bagel* de St-Viateur con salmón, eneldo y queso cremoso.

—¿Cómo sabías que yo iba a empezar una pelea? —preguntó.

—No lo sabía... —respondió Gamache cogiendo un sándwich de carne ahumada de la exquisita charcutería de Schwartz—, pero, si no la hubieras empezado tú, lo habría hecho yo.

Estaba muerto de hambre, así que dio un buen mordisco a su sándwich y bebió un largo sorbo de té helado.

—Bien —dijo Zalmanowitz tras haberse zampado medio *bagel*—, pues estás jodiendo maravillosamente este caso.

—Yo creo que tú te estás luciendo incluso más.

—*Merci*, lo estoy haciendo lo peor que puedo.

Gamache esbozó una sonrisa tensa y, recostándose en el respaldo del sofá, cruzó las piernas y observó al fiscal.

—Creo que la juez Corriveau empieza a sospechar —dijo.

Zalmanowitz se limpió la boca con una fina servilleta de papel y negó con la cabeza.

—Nunca lo adivinaría: es demasiado escandaloso. Ambos tenemos suerte de tener una pensión asegurada; la vamos a necesitar.

Cogió su vaso helado y lo levantó hacia el superintendente jefe para hacer un brindis.

—Por que acabemos en el Supremo.

Gamache levantó su té.

—Por las naves quemadas.

• • •

Durante la comida en una cafetería cercana, tras haber encontrado un rincón a la sombra en la terraza, Maureen Corriveau se desahogó con su pareja.

—Creo que aquí se está cociendo algo...

—¡No me digas! —repuso Joan claramente divertida—, ¿y tú revuelves el caldero?

—Ojalá —dijo Maureen—, eso por lo menos significaría que sé lo que está ocurriendo.

El semblante de Joan se ensombreció.

—¿Qué quieres decir? ¿Estás perdida? ¿El caso es demasiado para ti?

—No puedo creer que me hayas preguntado eso —respondió Maureen auténticamente dolida—. ¿Crees que no estoy capacitada para un juicio por asesinato?

—Qué va, pero has sido tú quien ha dicho que no tienes ni idea de qué está ocurriendo. Vale, volvamos al principio. ¿Qué te preocupa?

—Al fiscal, que es, para más inri, el fiscal general de la provincia, le ha dado por acorralar al superintendente jefe de la Sûreté en el estrado de los testigos, y justo antes de que se cerrara la puerta para el descanso he oído cómo lo insultaba delante de todo el mundo.

—¿A su propio testigo? Pero eso no tiene sentido...

—Peor incluso: creo que también lo han oído algunos miembros del jurado, lo que podría llevarnos a un juicio nulo. A eso me refería cuando te he dicho que algo se está cociendo: el superintendente jefe y el fiscal tienen la suficiente experiencia como para saber lo que se hacen, y son lo bastante mayorcitos como para mantener sus emociones a raya. Están en el mismo bando, al fin y al cabo. No consigo comprender qué está pasando y por qué. Especialmente en un caso que debería ser muy simple: el mismísimo jefe de la Sûreté fue prácticamente testigo del crimen; su mujer encontró el cuerpo, por el amor de Dios.

Negó con la cabeza y apartó la ensalada.

—A lo mejor simplemente se caen mal —sugirió Joan—. Esas cosas pasan. Son dos elefantes, dos machos alfa: deben de haberse enfrentado muchas veces antes.

Maureen asentía, pero con expresión distraída.

—Ya había oído rumores de que no se llevaban bien; los policías y los fiscales raramente congenian. Pero esto es algo más. No puedo explicarlo. Están pasándose de la raya, una raya que ambos saben que está ahí y que no deben cruzar. Sin embargo... —Subió y bajó la mano por el vaso, húmedo de agua helada.

—¿Qué?

—Es ridículo, pero se me ha pasado por la cabeza mientras venía hacia aquí... Tal vez lo estén haciendo a propósito.

—¿Para dar al traste con el juicio? —preguntó Joan—. O sea, que no sólo se cuece algo, sino que se han conchabado para agriar el caldo.

Maureen soltó una risita.

—Eres toda una poetisa cuando te pones a hacer comparaciones.

—Lo siento, no pretendía burlarme. Es sólo que parece

improbable, ¿no crees? ¿Por qué iban a hacer algo así? Si tienes razón, supone que intentan malograr un juicio por asesinato. Gamache llevó a cabo la detención, el fiscal presentó los cargos... ¿y ahora ambos, que ni siquiera se caen bien, intentan joder el asunto a propósito?

Maureen dijo que no con la cabeza y luego asintió.

—Estoy de acuerdo, es ridículo. Sólo ha sido una ocurrencia.

Se sumió en sus pensamientos mientras Joan miraba a la gente que paseaba por la rue Saint Paul.

Todo el mundo debía de haber empezado su jornada fresco y con buena cara, pero a esas alturas la mayoría se veían marchitos por culpa del calor. Ella misma notaba el sudor en el cuello y las axilas pegajosas.

No le apetecía nada volver a ponerse la toga y sentarse de nuevo en el horno que era la sala del tribunal durante toda la tarde.

Al menos no la estaban cociendo a ella también en el caldero.

—*Monsieur* Gamache ha mencionado a Gandhi esta mañana —comentó—: ha dicho algo sobre una instancia más alta que cualquier tribunal judicial...

Joan tecleó en su iPhone.

—Aquí está. «Hay una instancia superior a todos los tribunales de justicia, y es el tribunal de la conciencia. Desbanca a todos los demás...».

Maureen Corriveau tomó aire y apretó los dientes.

—Me ha dado un escalofrío.

—¿Por qué?

—¿El máximo dirigente de la Sûreté proclamando que su conciencia invalida nuestras leyes? ¿Eso no te asusta?

—No creo que quisiera decir eso —repuso Joan en un intento de calmar a su pareja—. Parece una afirmación genérica, no un credo personal.

—¿No crees que esas palabras acabarán acaparando las noticias: «El mandamás de la Sûreté sigue el dictado de su conciencia, no el de la ley»?

—Mientras no sea «Una juez pierde los papeles el tribunal...».

Maureen se echó a reír y finalmente se levantó.

—Tengo que volver, gracias por la comida.

Pero tras alejarse un paso de la mesa se dio la vuelta.

—¿Tú crees que es así?

—¿Que la conciencia personal invalida nuestras leyes colectivas? —preguntó Joan—. ¿No están nuestras leyes basadas en la buena conciencia, en los Mandamientos?

—¿Como la ley que prohíbe la homosexualidad?

—Hace años de eso —dijo Joan.

—Aún impera en muchos lugares: esa ley es inadmisible desde la conciencia.

—Entonces, ¿estás de acuerdo con *monsieur* Gamache? —preguntó Joan.

—Si estuviera de acuerdo con alguien sería con Gandhi, no con Gamache. Pero ¿puede realmente un juez creer que el tribunal de la conciencia desbanca a todos los demás? Suena a anarquía, ¿no crees?

—Suena a progreso —repuso Joan.

—Suena al final de una carrera prometedora en la magistratura —concluyó Maureen con una sonrisa. Besó a Joan y después volvió a inclinarse hacia ella, le dio otro beso y susurró—: Ése iba por Gandhi.

17

Los dos hombres estaban de nuevo frente a frente y en guardia.

Por su parte, los espectadores, siempre atentos, se inclinaban incluso más en sus asientos, atraídos por el combate que se libraba en el espacio al frente de la sala, convertido en una especie de cuadrilátero de boxeo.

A esas alturas, circulaba entre los presentes una electricidad que la juez Corriveau no agradecía en absoluto: ya hacía suficiente calor y, por lo que a ella concernía, la electricidad y la justicia no casaban bien.

Al menos era capaz de rastrear el origen de las chispas: el evidente antagonismo entre el superintendente y el fiscal.

«Dos elefantes, dos machos alfa», así los había descrito Joan.

A la juez más bien le parecían dos elefantes solitarios que, además, se estaban cagando sobre su primer juicio de asesinato.

Pero no, no.

El fiscal general, *monsieur* Zalmanowitz, era esbelto y se desplazaba con los sinuosos movimientos de una pantera. Recorría de aquí para allá su territorio y, de vez en cuando, se alejaba de la mesa de la defensa, pero sin quitarle la vista de encima al hombre que ocupaba el estrado de los testigos.

Parecía un depredador tanteando a su presa.

¿Y Gamache? Estaba ahí sentado, tan tranquilo, como si estuviera en su casa, como si la silla que ocupaba, el estrado que la rodeaba y la sala entera le pertenecieran. Educado, atento, considerado...

Su calma contrastaba abiertamente con la inquietud del

fiscal.

Sin duda era un hombre paciente, con el criterio suficiente para esperar a que su atacante mostrara un punto débil.

No era un elefante, ni tampoco una pantera: era un depredador alfa, comprendió la juez: estaba en la cumbre de la cadena alimentaria.

La juez Corriveau reflexionó sobre el acecho de *monsieur* Zalmanowitz, cada vez más cerca de Gamache, y a punto estuvo de hacer un gesto para espantarlo.

Tenía ganas de advertirle que la clase de compostura y control que mostraba el superintendente jefe Armand Gamache sólo la poseían aquellos animales que no tenían enemigos naturales: confundir su calma con letargo supondría un error potencialmente mortífero.

«Un depredador alfa que cita a Gandhi...», se maravilló la juez, y se preguntó si eso volvería más peligroso a *monsieur* Gamache, o menos.

Y también si no sería él mismo su único enemigo.

Entonces recordó lo que le había venido a la mente cuando recorría la calle adoquinada para ir a comer con Joan: la posibilidad de que aquellos dos adversarios fueran, en realidad, aliados que sólo fingían estar esperando el momento de saltar al cuello del otro.

Pero ¿qué podía motivar semejante actitud?

Conocía la respuesta, por supuesto. Sólo había una razón por la que actuarían así.

Querían atrapar a un depredador incluso mayor.

Miró a la persona que ocupaba el banquillo de los acusados.

¿Era posible que alguien aparentemente tan frágil y maltrecho pudiera ser completamente distinto?

• • •

—Superintendente jefe —dijo el fiscal—, antes de la pausa para comer nos estaba contando cómo le había comunicado la noticia del asesinato de Katie Evans a su marido. Nos decía que estaba en el restaurante...

—En el *bistrot*, *oui* —respondió Gamache, y observó con satisfacción cómo se irritaba Zalmanowitz ante aquella pequeña corrección.

Por su parte, Barry Zalmanowitz observaba al jefe de la Sûreté, tan cómodamente sentado en el estrado de los testigos, y agradecía que no resultara difícil atacar a aquel hombre.

Pese al almuerzo cordial, no tenía que fingir que odiaba a Gamache porque de hecho lo odiaba, y desde hacía muchos años.

¿Cuántas veces habrían discutido sobre un proceso? En alguna ocasión, él se había negado a presentar cargos contra alguien que Gamache consideraba un asesino argumentando que no había pruebas suficientes o que no eran lo bastante convincentes.

«La culpa es tuya, Gamache», le había dicho.

Y el otro, entonces jefe de Homicidios de la Sûreté, prácticamente lo había tildado de cobarde por no arriesgarse a interponer una acción judicial si había la más mínima posibilidad de perder.

Sí, era una ironía que ese plan dependiese por completo de que todos creyeran que se detestaban mutuamente... porque era cierto.

Mientras se paseaba por la sala y observaba al hombre inmóvil en el estrado de los testigos, sin embargo, no detectaba rencor alguno por parte de Gamache, aunque sí cierto recelo.

La amenaza que se cernía sobre ellos era tan terrible que Gamache se había visto obligado a acudir al único que podía ayudarlo, aunque fuera alguien que no le caía bien y no le daba confianza.

Aquél había sido el encuentro más insólito en toda la carrera de Zalmanowitz.

Él había ido directamente en avión, mientras que Gamache había volado hasta Moncton y recorrido en coche el trayecto hasta Halifax.

Habían quedado en una taberna a orillas del mar; un antro, incluso para los cuestionables estándares de los estibadores y pescadores.

Y allí, frente a unos barcos a punto de zarpar hacia puertos de todo el mundo, el superintendente jefe de la Sûreté le había explicado su plan, aunque muy por encima, sólo las líneas generales.

Cuando hubo acabado, tras haber quedado total y completamente expuesto, Gamache había esperado su respuesta con un levísimo temblor en la mano derecha como único indicio de estrés.

Él, por su parte, se había quedado allí sentado, atónito ante la osadía de aquel hombre, ante la envergadura de su plan y ante su estupidez, rayana en la genialidad, al acudir en busca de ayuda a la persona con menos probabilidades de brindársela sobre la faz de la tierra; y no sólo en busca de ayuda.

—Me estás pidiendo que acabe con mi carrera.

—Puede ser, y lo mismo puede suceder con la mía.

—La tuya apenas ha empezado —le recordó Zalmanowitz—: acabas de volver de la jubilación, llevas un nanosegundo como superintendente jefe. Dudo que sepas siquiera dónde están los lavabos en tu planta. Yo llevo treinta años en la fiscalía y soy quien dirige el puto cotarro, ¿y me pides que lo eche todo por la borda, que me arriesgue a la humillación, en el mejor de los casos, y a acabar entre rejas, en el peor? ¿Quieres que haga peligrar al máximo mi carrera y a mi familia?

—Sí, por favor.

Gamache había parecido muy sincero al decir esto último,

pero luego esbozó una sonrisa y él, durante unos instantes, se preguntó si no se trataría de algún elaborado ardid para librarse de él, para hacer que se autodestruyera. Aquello tenía toda la pinta de ser una treta para convencerlo de hacer algo que, si no era rotundamente ilegal, sin duda era poco ético.

Algo que no sólo provocaría su despido, sino su ruina.

A pesar de todo, al mirar fijamente a los ojos a Gamache, al escudriñar su rostro, comprendió que a aquel hombre se lo podía acusar de muchas cosas, pero no de ser cruel. E intentar hundirlo así habría sido el súmmum de la crueldad.

No, Armand Gamache hablaba en serio.

—Necesito dar un paseo —le dijo él, y cuando Gamache hizo ademán de levantarse, extendió una mano para impedírselo—. A solas.

Había recorrido de arriba abajo el muelle oloroso a pescado y a herrumbre mirando apenas los grandes buques cargueros.

Anduvo de aquí para allá, una y otra vez.

Si aceptaba, no podría contárselo a nadie, ni siquiera a su mujer, hasta que todo hubiese acabado.

Y quién sabe, a lo mejor la gente incluso lo entendería, vería que el porqué se anteponía al cómo.

Pero, por mucho que caminara, no podía huir de la cruda realidad: si aceptaba, si se metía en el ajo con Gamache, sería el fin. Sería víctima del escarnio, y con razón.

Aquello iba totalmente en contra de sus convicciones, de todo lo que defendía, aunque, para ser justos, también iba en contra de todo aquello en lo que creía Armand Gamache.

Tan terrible era la amenaza que ambos tenían que estar dispuestos a comprometer sus más firmes creencias.

¿Lamentaría unirse a Gamache, lamentaría no hacerlo?

¿Qué probabilidades de éxito tenían? Pocas, lo sabía muy bien; sin embargo, si no lo intentaban, las probabilidades se reducirían a cero.

Y Gamache no tenía otras opciones: sólo podía recurrir a él, como bien sabía; por su posición, por el respeto que le tenían sus colegas. Utilizaría todo eso: vaciaría el pozo de la buena voluntad con aquel único acto.

Se detuvo a observar los barcos en el puerto de Halifax y sintió la tonificante brisa marina en su rostro.

A su hijita Charlotte le había encantado bajar hasta el antiguo puerto de Montreal a contemplar los barcos, que observaba con los ojos muy abiertos. Le había preguntado adónde iba y de dónde venía cada uno, y como él, desde luego, no lo sabía, se lo inventó, eligiendo los lugares con nombres más exóticos.

Zanzíbar.

Madagascar.

El Polo Norte.

La Atlántida.

San Helado de Vainilla.

«¡Ése te lo has inventado!», había exclamado Charlotte, y había llorado de risa.

Bueno, se dijo: si había podido inventarse una historia para su hijita, por qué no iba a poder inventarse una para todos los ciudadanos de Quebec.

—Vamos a embarcarnos, anda —susurró.

Había vuelto a la taberna, donde Gamache lo esperaba con dos altas y temblorosas tajadas de merengue de limón, y había tomado asiento frente a él.

Aunque Gamache no había mencionado a Charlotte, él sospechaba que lo sabía, así que ahora casi detestaba al hombre que tenía delante por pedirle aquello, y casi lo quería por la misma razón.

—Lo haré.

Gamache había asentido mirándolo a los ojos.

—Tenemos que actuar deprisa.

Y así lo habían hecho.

Eso había sido meses atrás, en noviembre.

Se presentaron cargos, se celebraron vistas preliminares...

Y ahora estaban en julio y en la segunda jornada del juicio por asesinato.

Era imposible saber si las cosas avanzaban en su favor. Sabían de buen principio que sus posibilidades eran remotas y, aunque ya habían llegado muy lejos, eso no garantizaba nada: el suelo aún podía abrirse bajo sus pies.

En ese caso, caerían juntos, y su único consuelo era que estrangularía a Gamache incluso antes de llegar al fondo.

—¿Cómo se tomó Patrick Evans la noticia de la muerte de su mujer? —le preguntó.

18

—Díganmelo aquí —pidió Patrick Evans con sus amigos cerrando filas tras él.

Aquello no era muy distinto, pensó Gamache, de lo que habían hecho ellos mismos la víspera, cuando habían protegido al cobrador.

—*Non, monsieur* —respondió la inspectora jefe Lacoste con tono amable pero firme—. Acompáñenos, por favor.

Señaló hacia la parte trasera, donde sabía que había una habitación reservada para actos privados... como cumpleaños o investigaciones de homicidios.

—¿Podemos pasar también? —preguntó Lea.

—Sí, por supuesto —contestó Lacoste permitiendo que Matheo y Lea acompañaran a su amigo.

Entraron en la habitación trasera y Beauvoir cerró la puerta.

Allí no había una chimenea que proporcionara calor y alegría. La serie de puertas cristaleras daban a un lóbrego jardín y, más allá, al río Bella Bella, que fluía muy crecido.

El aire exterior parecía haberse congelado formando una densa niebla que casi ocultaba el bosque que había detrás.

Beauvoir encontró los interruptores de la luz, los accionó todos y luego encendió la calefacción para mitigar el frío de la estancia.

Lacoste miró a Patrick Evans y lo vio prepararse para lo peor, al igual que Matheo Bissonette y Lea Roux, como si la inspectora fuera el pelotón de fusilamiento y ellos los reos.

Sin más preámbulos, les comunicó la noticia en voz baja y suave, y en un tono compasivo, pero también con claridad.

—Lo lamento, señor, pero su mujer ha muerto.

Isabelle Lacoste había aprendido tiempo atrás que la simplicidad era lo mejor: una declaración breve y concisa del hecho para que no hubiera dudas ni puerta trasera por la cual pudiera colarse la negación.

No existía un modo dulce de dar esas noticias que rompían el corazón, y hacerlo lentamente no hacía sino volverlo aún más traumático.

Matheo dio un paso hacia su amigo, le posó la mano en el hombro y se lo apretó.

Pese a que Patrick Evans seguramente lo había presentido, la noticia le causó una profunda impresión, o al menos eso parecía.

Se sentó lentamente, abriendo la boca a medida que su cuerpo descendía.

Llamaron a la puerta y Beauvoir la abrió. Era Olivier, con una botella de whisky y varios vasos, además de una caja de pañuelos de papel.

—*Merci* —susurró Jean-Guy, y después de coger la bandeja cerró la puerta de nuevo.

Lacoste acercó una silla para poder sentarse frente a Patrick con las rodillas de ambos casi tocándose.

El marido de Katie tenía el pelo oscuro y lo llevaba corto y en un estilo que se esperaría de alguien mucho mayor. Iba bien afeitado y era apuesto, pero no tenía una personalidad fuerte. Incluso en medio del dolor, había gente de la que emanaba confianza o por lo menos carácter: ese hombre parecía hueco, pálido en todos los sentidos.

—La han encontrado en la iglesia —explicó Lacoste mirándolo a los ojos azules, aunque no estaba muy segura de si Patrick estaba asimilando sus palabras.

—¿Cómo…? —preguntó él.

—La forense tiene que investigarlo, pero parece que la

mataron a golpes.

—Ay, Dios mío...

Patrick bajó la vista y luego la volvió a levantar, pero no la posó en Lacoste.

—¿Cómo ha podido ocurrir algo así? —le preguntó a Matheo.

—No lo sé. —Bissonette negó con la cabeza como si le resultara increíble.

Lea, a su lado, parecía indispuesta, físicamente enferma.

Los labios de Patrick se movían, pero sus palabras se atropellaban en sus ansias por salir o bien no brotaban en absoluto.

La boca no era más que un abismo en aquel hombre ya vacío.

—¿Cuándo vio por última vez a su mujer? —preguntó la inspectora jefe Lacoste.

—Anoche —contestó Patrick—, fuera.

—¿Estaba fuera? —quiso saber Lacoste—. ¿No se fue a la cama con usted?

—Yo creía que llegaría poco después; lo di por hecho y me dormí sin más.

—Pero no lo hizo —dijo Lacoste, y Patrick asintió.

—¿Qué hacía fuera?

—A Katie le gustaba pasear por las noches —intervino Lea.

—¿A qué hora volvieron de la cena? —preguntó Lacoste.

—No lo sé —respondió Patrick.

—Ya habían vuelto cuando salimos de tu casa —le dijo Matheo a Gamache—. Fue sobre las diez, ¿no?

El superintendente jefe se limitó a asentir.

—¿La vieron fuera, mientras paseaba? —quiso saber Lacoste.

Matheo y Lea negaron con la cabeza.

—¿Estaba el cobrador ahí cuando se dirigieron de vuelta a la fonda?

—El cobrador... —repitió Patrick despertando de pronto—.

Madre mía, esto ha sido por el cobrador, ¿no?

Se había vuelto hacia Matheo y luego miró a Lea con los ojos muy abiertos y llenos de pánico.

—No lo sé —contestó ella inclinándose sobre él y abrazándolo con torpeza. Él no le devolvió el gesto.

—¿Cómo ha podido ocurrir algo así? —repitió con la voz amortiguada por el cuerpo de Lea—. No lo entiendo...

Pero su mirada se dirigía a Isabelle Lacoste.

Observándolos, ella se dijo que había muchas cosas que costaba entender, pero antes de que aquello acabara tendría respuestas.

Miró a Beauvoir, que observaba a Patrick Evans con ojos sagaces, y luego a Gamache.

El jefe tenía las manos entrelazadas a la espalda y estaba mirando por la ventana. Un observador menos astuto podría creer que había perdido interés, pero Lacoste, pese a verlo de perfil, captaba su intensa concentración: cómo escuchaba atentamente cada palabra, cada inflexión.

Gamache decía a menudo que las palabras revelaban los pensamientos de la gente, pero que el tono revelaba sus sentimientos.

Ambos eran fundamentales.

Sí, los hechos eran necesarios, pero, francamente, cualquiera podía ser adiestrado para tomar muestras de una mancha de sangre o encontrar un pelo, para investigar una aventura amorosa o un balance bancario que no cuadraba.

Pero, en cuanto a los sentimientos... sólo los muy valientes se internaban en ese terreno tan resbaladizo.

Y eso era lo que exploraba el jefe: sentimientos escurridizos, volátiles, impredecibles y a menudo peligrosos en busca de esa emoción descarnada y salvaje que hubiera conducido al asesinato.

Y le había enseñado a ella a hacer lo mismo.

Gamache desvió entonces la mirada del denso bosque hacia el centro de la habitación, donde estaban Patrick, Matheo y Lea.

Sus ojos castaños y pensativos se posaron en uno de ellos, pero no en Patrick Evans, como podía esperarse, sino en Matheo Bissonette.

—¿Adónde fueron a cenar anoche?

Patrick se encogió de hombros como si ya no tuviera fuerzas para responder.

—Creo que a un restaurante de Knowlton —respondió Matheo—. Le Relais, ¿no?

Pero Patrick no reaccionó.

—¿Se ha sentido preocupado esta mañana cuando no ha visto a su mujer? —preguntó Lacoste.

Patrick despertó de su sopor.

—La verdad es que no: he supuesto que estaría con ella. —Señaló a Lea.

«Ella».

Cada vez hablaba más despacio y con voz más pastosa.

—Y nosotros creíamos que estaba con Patrick —dijo Matheo.

—Hasta la llegada de la policía no nos hemos dado cuenta de que nadie había visto a Katie en todo el día —añadió Lea.

Lacoste se inclinó hacia delante, hacia Patrick Evans.

—¿Se le ocurre quién puede haberle hecho esto a su mujer?

Él la miró como lo haría un niño pequeño.

—No.

—¿No puede darle un respiro? —preguntó Lea—. ¿No ve que está conmocionado?

Le sirvió un whisky, que Patrick apuró de un solo trago.

Lacoste estudió a Patrick unos instantes: a aquel hombre le pasaba algo, sin duda. Parecía envuelto en guata, amortiguado; tal vez por la conmoción, agravada por una languidez natural.

Pero a juzgar por sus pupilas, se trataba de algo más.

—¿Qué puede decirme sobre el cobrador? —preguntó Lacoste.

Patrick la miró fijamente.

—La voz de la conciencia, ¿verdad?

Se volvió para mirar a Matheo, pero tenía la mirada desenfocada y empezaba a bambolearse.

Beauvoir se arrodilló y lo miró a los ojos. Patrick le devolvió la mirada con la boca ligeramente abierta. Tenía los labios brillantes de saliva.

—¿Ha tomado usted algo? —le preguntó Beauvoir hablándole directamente, despacio y con claridad mientras Patrick seguía mirándolo.

—Él ha hecho esto... —respondió con voz gangosa—. Todos sabemos quién ha hecho esto.

—¿Quién? —preguntó Beauvoir.

—Se refiere al cobrador, claro —intervino Matheo inclinándose sobre Patrick—. ¿A quién, si no?

—*Monsieur* Evans, míreme —dijo Lacoste en voz alta y clara —. ¿Qué hacía su mujer en la iglesia?

—Ya nadie va a la iglesia —soltó Patrick con voz casi ininteligible.

Beauvoir se volvió hacia el agente de la Sûreté que estaba tomando notas.

—Haga venir a la doctora Harris, la forense. Deprisa, por favor.

Justo cuando lo decía, Patrick se desplomó hacia un lado. Beauvoir tuvo que cogerlo, lo sostuvo contra el pecho y, con ayuda de Lacoste, lo bajó de la silla al suelo.

—¿Qué ha tomado? —preguntó sin alzar la vista mientras comprobaba las constantes vitales de Patrick.

Gamache se quitó el abrigo, lo enrolló y se lo puso bajo la cabeza.

—Yo le he dado un Orfidal —dijo Lea con los ojos muy

abiertos—. ¿Se encuentra bien?

—¿Cuándo? —quiso saber Beauvoir.

—Justo antes de vuestra llegada: estaba hiperventilando y empezaba a dejarse llevar por el pánico. Quería tranquilizarlo un poco.

—¿Sólo uno? —insistió Beauvoir mirando al hombre inconsciente y luego a sus amigos.

—Uno. —Lea hurgó en el bolso que había dejado caer al suelo y sacó el frasco de píldoras.

—Pero también le ha dado un whisky —intervino Lacoste.

—¡Hostia! —soltó Lea—. Mierda, mierda; lo he hecho sin pensar.

Cuando Sharon Harris llegó, ocupó el sitio de Beauvoir junto al hombre caído.

Todos retrocedieron para dejar que lo examinara.

—¿Quién es? —preguntó ella.

—El marido de Katie Evans, se llama Patrick —contestó Lacoste.

La doctora levantó los ojos para mirarla.

—Creemos —continuó la inspectora— que ha mezclado Orfidal y whisky.

—¿Tienen el frasco? —pidió la doctora Harris.

Lea le tendió el bote de pastillas y ella le quitó la tapa para ponerse unas cuantas en la palma de la mano, luego volvió a meterlas y se lo devolvió a Lea sin hacer ningún comentario.

—Sólo se ha desmayado: probablemente no está habituado a los tranquilizantes y el whisky no ha ayudado. Deberíamos meterlo en la cama. ¿*Monsieur* Evans? —La doctora Harris se inclinó para hablarle al oído—. Patrick, despierte... vamos a llevarlo de vuelta a la cama.

Le pellizcó el lóbulo de la oreja y él parpadeó y abrió los ojos, aunque seguía teniendo la mirada extraviada.

—¿Podemos incorporarlo?

Beauvoir y Matheo levantaron a Patrick, que parecía borracho, y lo sostuvieron en pie. La cabeza le colgaba y no paraba de parpadear. Era evidente que intentaba salir a la superficie, pero no lo conseguía del todo.

La doctora Harris los condujo hasta el exterior entre la gente que abarrotaba el *bistrot*.

Lea hizo ademán de seguirlos, pero Gamache le pidió que se quedara.

—¿Está enganchado a algo? —preguntó escudriñando su rostro.

—No.

—Es el momento de decírnoslo.

—Ya te lo he dicho: Patrick es el más moderado de todos nosotros. Apenas bebe. —Negó con la cabeza—. Esto es culpa mía: he sido una estúpida al darle ese Orfidal.

«Y el whisky», pensó Gamache observándola. Su inquietud parecía genuina.

—¿Va todo bien? —Olivier asomó la cabeza por la puerta con cara de preocupación.

—*Oui*. *Monsieur* Evans está sobrepasado por todo esto —repuso Gamache—, necesita descansar.

—Si puedo hacer algo, sólo tienes que pedirlo.

—*Merci, patron* —contestó Gamache y, cuando Olivier se hubo ido, le indicó un asiento a Lea.

Ella se sentó y Gamache y Lacoste hicieron lo mismo.

—¿Se te ocurre quién habría podido querer hacerle daño a Katie? —preguntó Gamache.

—Francamente no.

A Lacoste no le faltaba buena fe, pero sus alarmas siempre saltaban cuando alguien contestaba «francamente» en un interrogatorio. Sin embargo, Lea Roux parecía sincera, y conmocionada de verdad.

Aunque se dedicaba a la política, y la política era puro

teatro, pensó Lacoste.

Ahora era Lea quien los observaba a ellos. Sus ojos sagaces escudriñaron a los oficiales de alto rango de la Sûreté.

—Creen que el cobrador mató a Katie, ¿verdad? —Paseó la mirada por los agentes.

—También lo creen su marido y el propio *monsieur* Evans... ¿usted no?

—No veo por qué —repuso Lea—, eso supondría que el cobrador estaba aquí por Katie, que ella era su objetivo desde el principio.

—Es posible —repuso Lacoste—. Lo que sabemos es que el personaje del disfraz ha desaparecido y *madame* Evans ha sido asesinada. Parece demasiada coincidencia, ¿no cree?

Lea Roux reflexionó un instante.

—Pero eso no significa que Katie fuera su objetivo, quizá simplemente la atacó porque ella estaba paseando por allí.

—Pero no estaba paseando —dijo Lacoste—, estaba en la iglesia. ¿Por qué?

Lea se reclinó en el asiento, pensando.

—Cuando viajábamos, Katie entraba a menudo en las iglesias: como arquitecta, la fascinaban. Los «arcos botaretes...» —Sonrió—. Me acuerdo de eso porque siempre le tomábamos el pelo con que sólo unos botarates como los arquitectos llamarían así a un simple arbotante.

Se obligó a dejar atrás aquel recuerdo y a volver al presente.

—Pero aquello era en Notre-Dame de París, en Chartres, en Mont-Saint-Michel... no exactamente en una capilla como la de este pueblecito.

Gamache cruzó las piernas y asintió: Santo Tomás no tenía arbotantes, desde luego, aunque como lugar para sentarse a meditar era más agradable que Notre-Dame. Pero, claro, todo dependía de lo que uno anduviera buscando.

—¿Por qué crees que estaba allí, entonces? —quiso saber

Gamache haciéndose eco de lo que había preguntado Lacoste.

Lea negó con la cabeza.

—A lo mejor sólo necesitaba un poco de paz, o quizá hacía frío y entró en busca de refugio. Francamente no lo sé.

Gamache reparó en que Isabelle no había mencionado que Katie había aparecido en el sótano, ni que llevaba puesto el disfraz del cobrador.

Un disfraz enormemente simbólico que representaba el pecado, las deudas pendientes, la falta de escrúpulos y la morosidad, la venganza y el oprobio, que era en sí mismo una acusación.

Y se lo habían puesto a la mujer muerta.

No por equivocación, sino adrede, con un propósito.

Sí, pensó Gamache: había una conexión entre Katie Evans y el cobrador.

La cuestión era si sus amigos sabían cuál.

—Esto es culpa mía... —dijo Lea—. Si anoche no hubiera protegido al cobrador, quizá habría salido huyendo o lo habrían molido a palos, pero por lo menos Katie estaría viva. —Se volvió hacia Gamache—. También es culpa tuya: podrías haber hecho algo, pero te limitaste a hablar con él. No parabas de decir que no hacía nada malo. Bueno, pues ahora lo ha hecho. Si hubieras intervenido, ella seguiría viva.

Gamache no dijo nada porque no había nada que decir: ya había explicado muchas veces que él tenía las manos atadas, aunque, teniendo en cuenta lo ocurrido, sabía que le daría vueltas y más vueltas al asunto, preguntándose si efectivamente era así.

También sabía que la ira de Lea iba en realidad dirigida a quien fuera que había empuñado aquel bate y matado a su amiga: él sólo constituía el blanco que tenía más a mano.

De modo que la dejó seguir sin batirse en retirada, sin defenderse, y cuando ella terminó, guardó silencio.

Tras haber abierto las compuertas de su rabia, de su pena, Lea Roux se había echado a llorar.

—¡Joder! —soltó entonces tratando de recuperar el control, como si llorar por una amiga muerta fuera vergonzoso—. ¿Qué hemos hecho?

—Usted no ha hecho nada malo —intervino Lacoste—, y el superintendente jefe Gamache tampoco. La culpa la tiene quien haya hecho esto.

Lea aceptó el pañuelo de papel que le ofrecía Lacoste y le dio las gracias; se enjugó las lágrimas y se sonó la nariz, pero siguió llorando, aunque más quedamente, con más pena y menos rabia.

—No pueden pensar en serio que el cobrador vino aquí por Katie —dijo finalmente.

—¿Tiene otra teoría? —quiso saber Lacoste.

—No lo sé —admitió ella—. Quizá la mató el cobrador, pero no a propósito. Quizá Katie lo siguió y descubrió quién era, y él la mató.

Gamache asintió despacio: eso también se le había ocurrido a él.

Pero entonces, ¿por qué ponerle el disfraz?

¿Y por qué matarla siquiera, para empezar? Parecía una reacción muy exagerada sólo por verse desenmascarado.

Pero podía significar que ella lo había reconocido.

Gamache volvió a desviar la mirada hacia la niebla que se asentaba al otro lado de la ventana. Lejos de parecerle opresiva, la encontraba tranquilizante; envolvente, pero no asfixiante.

¿Había sido premeditado el asesinato de Katie Evans? ¿Había sido ella el objetivo desde el principio o se trataba del acto impulsivo de alguien a quien habían descubierto y acorralado en el sótano de la iglesia?

—¿De modo que no se le ocurre quién podría haberle

deseado algún mal a su amiga? —volvió a preguntar Lacoste.

—Nadie, que yo sepa. Era arquitecta, construía casas...

—¿Hubo problemas serios con algún proyecto? ¿Un accidente tal vez, un derrumbe?

—No, nunca.

—¿Y su matrimonio con Patrick? ¿Eran felices? —intervino Gamache.

—Creo que sí. Él no quería tener hijos. Seguramente ya habrás notado que él mismo es un poco infantil, pero no por juguetón, sino por lo dependiente que es: necesita que lo mimen y Katie lo hace; nos mima a todos, es muy maternal. Habría sido una madre maravillosa. Es la madrina de mi hijo mayor y nunca se olvida de su cumpleaños. —Bajó la vista hacia el pañuelo de papel retorcido y hecho jirones en sus manos—. Creo que su relación iba bien —siguió—. A mí me costaba creerlo, sobre todo teniendo en cuenta que... —Miró a Lacoste y luego a Gamache.

Ambos guardaron silencio esperando a que acabara la frase.

—... que podría haberse casado con Edouard.

—Vuestro amigo de la facultad, el que se suicidó —recordó Gamache.

—O que se cayó, simplemente —replicó Lea—. Ella al menos necesitaba creer que había sido así, se esforzaba por creerlo. —Suspiró profundamente—. El amor... qué se le va a hacer.

Gamache asintió: qué se le iba a hacer, desde luego.

Beauvoir, Matheo y la doctora Harris volvieron a la habitación trasera tras haber metido a Patrick en la cama.

—Se pondrá bien —aseguró Sharon Harris—, sólo necesita dormir.

—Te acompaño al coche —dijo Gamache poniéndose el abrigo.

En lugar de atravesar el *bistrot* lleno de gente, salieron al patio por las puertas acristaladas hacia la parte trasera de las

tiendas.

En la vecina panadería, vieron a través de la ventana a Anton y Jacqueline hablando.

—La amiga de *monsieur* Evans, ¿no es Lea Roux, la política? —preguntó la forense.

—Sí, en efecto.

—Según dice, le ha dado un Orfidal. Nunca he visto que un adulto sufra un colapso semejante por tomar sólo uno.

—¿Crees que le ha dado más?

—Dos por lo menos. Por supuesto, puede que le dé vergüenza admitirlo, o quizá le haya pasado el frasco para que los tomara él mismo.

—Lo dudo, ¿tú no? ¿Es posible que no se trate de Orfidal, sino de otra cosa?

Sharon Harris se detuvo a pensarlo.

Gamache notó cómo la niebla se le colaba por el cuello de la camisa y le subía por las mangas.

—Podría ser. ¿Sospechas que pueda tratarse de algún fármaco, de un opioide? Sin un análisis de sangre, no puedo estar segura. ¿Hay alguna razón para que lo sospeches?

—La verdad es que no. Es sólo que últimamente los opioides circulan mucho por ahí.

—No tienes ni idea de hasta qué punto —repuso la forense, que a diario veía a víctimas de las drogas en su camilla de acero inoxidable.

Gamache no dijo nada, aunque de hecho tenía más datos que la doctora Harris.

La acompañó hasta el coche, pero Harris se volvió hacia él antes de subir.

—Cuando lo llevamos a la cama, *monsieur* Evans no paraba de repetirnos algo sobre la mala conciencia, ¿es significativo, Armand?

—El disfraz que llevaba la víctima tenía algo que ver con eso.

Gamache no añadió nada más, y ella captó que no iba a sonsacarle más información.

No había tiempo, ni necesidad, de contarle a la doctora Harris lo del cobrador.

Lo que podía sonar a una confesión por parte de Patrick Evans era simplemente, con casi total certeza, una advertencia: aquello era obra de una mala, malísima conciencia.

—Gracias por todo —concluyó Gamache—. ¿Y tu informe?

—En cuanto pueda. Confío en tener algo para ti mañana por la mañana.

Cuando volvió a la habitación trasera del *bistrot*, Armand se encontró a Matheo y Lea sentados frente a Lacoste y Beauvoir con una actitud que no indicaba exactamente una confrontación explícita, pero casi.

Se habían trazado ciertos límites.

Gamache se unió a Lacoste y Beauvoir.

—Hemos dado por hecho que el cobrador mató a Katie —dijo Matheo—, pero a lo mejor no fue así.

—Continúe —pidió la inspectora jefe Lacoste.

—El cobrador vino aquí por alguien, por una persona que había hecho algo terrible. ¿No es posible que ese alguien matara a Katie?

—¿Por qué iba a hacerlo? —preguntó Lacoste—. ¿No habría sido más lógico que matara al tipo del disfraz?

—Quizá lo hizo —sugirió Lea—, y quizá Katie vio cómo ocurría.

—¿Y dónde está el tipo del disfraz? —señaló Lacoste—. ¿Por qué habría querido dejar a la vista el cuerpo de Katie y, en cambio, esconder el de ese hombre?

—A lo mejor no está exactamente escondido —repuso Matheo—. Quizá no lo han encontrado aún.

Lacoste arqueó las cejas. Lo cierto era que, de hecho, ya se había planteado esa posibilidad y había dado orden de llevar a

cabo una batida por los bosques que rodeaban el pueblo.

—¿Qué pueden decirnos sobre *madame* Evans? —preguntó.

—Sobre su infancia no puedo contarles gran cosa —contestó Matheo—. Sé que se crió en Montreal, que tiene una hermana y que sus padres... ¡ay! —Soltó un suspiro al darse cuenta de que habría que comunicárselo a la familia.

—¿Tenéis su dirección? —intervino Gamache.

Anotó lo que le dictó Lea.

—Como ya os contamos anoche —dijo Matheo dirigiéndose a Gamache—, nos conocimos en la universidad. Estudiábamos carreras distintas, pero nos alojábamos en la misma residencia. Un lugar salvaje... ¡madre mía! No puedo creer que sobreviviéramos.

De hecho, no todos sobrevivieron, se dijo Gamache.

—Lejos de casa por primera vez... —prosiguió Matheo—. Éramos muy jóvenes y de pronto nos vimos libres de cualquier control; sin normas, sin límites, y nos entregamos al desenfreno, ¿saben? Katie, sin embargo, siempre mantenía la calma; no es que fuera una mojigata, pero tenía sentido común. Los demás nos habíamos vuelto medio locos.

—Katie era nuestro refugio —corroboró Lea.

Gamache asintió con la cabeza. Tal como lo describían, eran casi exactamente las mismas cualidades que lo habían atraído hacia Reine-Marie.

Una calidez y una estabilidad tácitas. Calma en medio de la vorágine de la juventud, y a veces incluso de la mediana edad.

—Menudas gilipolleces hacíamos entonces —dijo Matheo, todavía rememorando aquellos tiempos—. No teníamos a nadie que nos pusiera freno, era como *El señor de las moscas*.

—Pero ¿quién de vosotros era Ralph y quién Jack? —quiso saber Gamache.

—¿Y quién el desafortunado Piggy? —añadió Matheo.

—No entiendo de qué estáis hablando —intervino Lea.

—Perdón —se disculpó Gamache—. Ha sido un paréntesis, lo siento.

Beauvoir tampoco había captado la referencia, pero sabía una cosa: Gamache nunca daba un rodeo sin un propósito.

Añadió *El señor de las moscas* a la lista de cosas que debía investigar.

—Las drogas abundarían, claro —dijo Gamache.

—Claro, consumíamos bastantes drogas, sobre todo al principio, pero la cosa se fue calmando con el tiempo. Digamos que se fue apagando por sí sola, ya sabes.

Sí, Gamache lo sabía, por experiencia propia y también por sus propios hijos, en especial Daniel, el mayor.

La universidad era una época de formación y no todas las lecciones se impartían en el aula: era un tiempo para experimentar, para sacarle jugo a la vida, para consumir a diestro y siniestro, como la primera vez que uno acude a un bufet; y luego tenían que detenerse dando traspiés, atiborrados y al borde de las náuseas, con dificultades para pagar la cuenta.

Y entonces conseguían librarse de las drogas, del alcohol, del sexo fortuito y de las consecuencias de todo aquello y empezaban a tomar decisiones más sensatas.

Pero algunos nunca conseguían alejarse del bufet.

¿Qué posibilidades había de que los cuatro se hubieran desmadrado y todos ellos hubieran sabido encontrar el camino de vuelta a la civilización?

¿No había acaso una gran probabilidad de que uno de ellos no consiguiera regresar?

Y entonces se acordó: había una quinta persona con ellos.

—Habladnos de Edouard.

—¿Cómo? —replicó Matheo—. ¿Por qué?

—Fue una tragedia —repuso Gamache—, y ese tipo de cosas suelen tener repercusiones.

—Pero no fue culpa de Katie —intervino Lea—. Ni siquiera

estaba allí cuando Edouard cayó. Se había escabullido con Patrick, estaban en su habitación de la residencia. Si alguien tuvo la culpa fue el camello que le vendió las drogas a Edouard.

—¿Y quién era? —quiso saber Lacoste.

—Está de broma, ¿no? —terció Matheo—. Eso pasó hace quince años; me cuesta recordar los nombres de mis profesores y el tipo se esfumó justo después de la muerte de Edouard, en cuanto los polis empezaron a hacer preguntas.

—¿De modo que no saben su nombre? —intervino Beauvoir.

—No. A ver, Edouard murió hace años... su muerte no puede tener nada que ver con la de Katie.

—Te sorprendería saber cuántos asesinatos tienen su origen en el pasado remoto —repuso Gamache—: tienen tiempo para enconarse, para crecer, para volverse deformes y grotescos como aquellos hombres y mujeres abandonados en una isla ante las costas de España, y regresan.

La voz de Gamache se impuso en el silencio de la habitación, en la que sólo se oía el leve tamborileo del aguanieve en los cristales.

—¿Dónde estuvieron anoche? —preguntó Lacoste.

—En casa de los Gamache, cenamos allí —respondió Matheo —, y luego nos fuimos a la cama.

—¿Y no vieron cuándo *madame* Evans salió de la fonda o cuándo volvió?

—*Non*, yo no vi nada —contestó Matheo, y Lea lo secundó con un gesto.

Los agentes de la Sûreté los acompañaron hasta la puerta.

A su regreso, Lacoste y Beauvoir se volvieron hacia Gamache.

—¿Crees que el asesino se largó después de cometer el crimen? —preguntó Lacoste.

—*Non*. Creo que quienquiera que matara a Katie Evans sigue

aquí... y nos está observando.

19

—¿Qué están haciendo ahora? —preguntó Jacqueline.

—Siguen ahí.

Anton estaba en la ventana en saledizo de la panadería de Sarah y observaba la iglesia de Santo Tomás mientras Jacqueline, en la mesa que había tras el mostrador, se dedicaba a trabajar la masa. Casi podría decirse que la aporreaba.

—Se la han llevado —dijo Anton dándose la vuelta en la ventana—, la ambulancia se ha ido.

Había llegado con la noticia de que habían encontrado un cadáver en la iglesia y de que era el de una de las recién llegadas, Katie Evans.

Para entonces, ellos ya lo sabían. Aun así, verlo confirmado les causaba un gran impacto.

Anton trató de sentarse, pero no conseguía estar cómodo, de modo que se paseó nerviosamente por la pequeña panadería intentando que no se le notara.

Al despertarse aquella mañana y ver que el cobrador ya no estaba, había creído que todo iría bien, que no haría falta contarle nada a Gamache, pero ahora…

Habían matado a una mujer y había polis por todas partes.

La cosa estaba peor que nunca.

—Deberíamos habérselo contado —dijo Jacqueline quitándose masa pegajosa de los dedos.

—¿Que sabíamos que era un cobrador? De modo que crees que tiene algo que ver con lo ocurrido.

—Pues claro que tiene que ver —le espetó ella, y entonces, arrancando la masa de la mesa, la arrojó con tanta fuerza que

quedó aplastada, sin aire, sin vida: esa masa ya no subiría—. No puedo creer que seas tan idiota.

Anton la miró como si fuera él quien había sido amasado, aplastado y dejado sin aliento por el golpe.

—Francamente, Anton. Nos contaron lo del cobrador el año pasado, ¿y ahora está aquí? ¿No se te ha ocurrido pensar que a lo mejor ha venido a por nosotros?

—Pero ¿por qué iba a hacer eso? —preguntó él.

—No lo sé. ¿Porque trabajábamos para un loco, quizá?

—Son ellos los que se fueron, no nosotros —repuso Anton—. Además, no sabemos nada.

—Sabemos lo suficiente. Quizá enviara al cobrador como advertencia para que mantuviéramos la boca cerrada.

Pero si el cobrador había venido a por ellos, ¿qué sentido tenía que *madame* Evans hubiera muerto?

La policía no les había contado aún qué había ocurrido exactamente, pero estaba más que claro: *madame* Evans no sólo estaba muerta, a juzgar por la actividad en la iglesia no se trataba de una muerte natural ni de un accidente.

—¿Es demasiado tarde para decir algo? —preguntó él.

—Posiblemente no. —Jacqueline aporreó de nuevo la masa —. Pero la cosa sonará fatal: se preguntarán por qué no lo dijimos antes.

—¿Y por qué no lo hicimos? —preguntó Anton.

Aunque sabía perfectamente por qué.

Recordó a aquel personaje enmascarado mirando hacia el *bistrot*. Mirándolo a él a través de ventanas y paredes en la cocina donde lavaba los platos.

La voz de la conciencia, que amenazaba todo lo que él había construido.

Sí, por eso no había querido contarle nada al tal Gamache, la máxima autoridad de la Sûreté: por si se lo imaginaba, por si acababa descubriendo quién era él.

Ni siquiera Jacqueline lo sabía.

La miró. Sus largos dedos en la masa, en otro tiempo tan sensuales, eran garras que le arrancaban la vida a una *baguette*.

Anton sabía por qué él mismo había querido guardar silencio sobre el cobrador, pero empezaba a preguntarse por qué se había callado ella.

La puerta entre la panadería y el *bistrot* se abrió con tanta fuerza que golpeó con estrépito contra la pared y tanto Jacqueline como Anton dieron un respingo.

Lea Roux entró seguida por Matheo.

—Necesitamos... —empezó a decir Lea, pero se detuvo en seco al ver a Anton.

Se miraron fijamente. Anton los había visto antes, pero sólo un momento. Eran visitantes, no sabía más. Pero ahora tenía la sensación de reconocerlos, por lo menos a ella.

—Conque aquí estás. —Olivier entró tras la pareja y saludó a Lea y a Matheo con un gesto cordial. Ya había hablado con ellos en el *bistrot* y les había dado sus condolencias.

Su atención se centró en el lavaplatos.

—Te he buscado por todas partes. —Su tono era adecuadamente formal y cortés, aunque traslucía una cierta irritación—. Te necesito en la cocina, hay un poco de ajetreo.

Olivier esbozó una sonrisa tensa y quedó claro que, de no estar presentes los demás, habría dicho algo más, y de un modo muy distinto.

—Lo siento —dijo Anton y se apresuró hacia la puerta, pero se detuvo para mirar a Jacqueline—. ¿Estás bien?

Cuando ella asintió, se volvió hacia Lea y Matheo.

—*Désolé*, es terrible.

Era evidente que ella había llorado: tenía los ojos hinchados y enrojecidos.

Anton siguió a Olivier a través del concurrido *bistrot*, lleno de conversaciones sobre el asesinato, y entró en la cocina, llena

del aroma a hierbas y a salsas sustanciosas y reconfortantes y del ruido de cacerolas, sartenes y platos.

Para otros, era una cacofonía, para él, una sinfonía, un aria de ópera incluso: el traqueteo y el estrépito de la creación, del drama, de la tensión; de las rivalidades y las divas; de chefs y sabores que competían; incluso de corazones rotos, de desengaños al deshincharse un suflé o quemarse un guiso.

Pero lo que surgía casi siempre de aquellos ruidos, de aquel magnífico tumulto, era algo maravilloso; hermoso, emocionante y reconfortante.

En cierta ocasión, en Italia, había llorado al probar un helado perfecto, y también se le habían escapado las lágrimas en Renty, Francia, al darle un mordisco a una *baguette*, un pan tan sublime que la gente se desplazaba desde muy lejos para comprarlo.

Sí, para ciertas personas, una cocina suponía una comodidad moderna, incluso un simple quehacer doméstico, pero para unos pocos era su mundo. Un mundo desordenado y maravilloso, pero su mundo, su santuario. Y estaba deseando volver a él para ocultarse y confiar en que la Sûreté no averiguara quién era.

—Vamos —dijo Olivier, que se había quedado en la puerta de vaivén que daba a la cocina—. Hay montones de cosas que hacer: los agentes de la Sûreté van a necesitar bocadillos y bebidas.

—Me ocuparé de ello —dijo Anton.

Olivier se relajó un poco.

—*Merci*.

Cuando volvió a la iglesia, Isabelle Lacoste mandó un agente a Knowlton a hablar con el personal del restaurante para ver si recordaban a los Evans y a otro al pueblo, con una lista de la

gente a la que interrogar.

Invitó al superintendente jefe Gamache a asistir a los interrogatorios, pero él declinó el ofrecimiento.

—A menos que me necesites, Isabelle.

Ella lo pensó un momento.

—Bueno, sería más probable que dijeran la verdad, puesto que los conoces y estás al corriente de casi todos sus movimientos a lo largo de este último día. —Sonrió y se encogió de hombros—. Pero si mienten, ya lo averiguaremos de algún modo.

Gamache sabía muy bien que ese comentario no era tan desenfadado como sonaba.

—Espero que te quedes esta noche y cenes con nosotros, Isabelle. Así a lo mejor podemos comparar notas.

Con él en los interrogatorios, todos se sentirían cohibidos y obligados a decir la verdad; lo cual, había que reconocerlo, resultaba muy útil en una investigación de asesinato.

Pero tal vez no tan útil como una mentira.

Una mentira no convertía necesariamente a alguien en un asesino, pero sí aceleraba el proceso de selección, de separación de lo verídico y de lo falso: a menudo distinguía a quienes no tenían nada que ocultar de quienes guardaban un secreto.

Una mentira era una luz que crecía en intensidad hasta volverse un reflector que acababa por iluminar a la persona que guardaba el mayor secreto, a quien más tenía que ocultar.

Jean-Guy Beauvoir se puso cómodo en el estudio de casa de los Gamache y esperó a que el ordenador se conectara a la red.

Muy pocos lograban encontrar Three Pines, oculto en el valle, y eso incluía a los satélites que proporcionaban cobertura de internet a la mayor parte del planeta. El pueblecito quedaba

al margen de la civilización. La superautopista de la información pasaba zumbando en lo alto y Three Pines era un bache.

Sin embargo, tras haber sido testigo de una brutalidad indescriptible en ciudades grandes y pequeñas, Jean-Guy Beauvoir había llegado a creer que la «civilización» tal vez estaba sobrevalorada... excepto cuando se trataba de la pizza a domicilio, por supuesto.

Pero en Three Pines te podías comprar un libro en la tienda de Myrna, llevártelo al *bistrot* de Olivier y leerlo tranquilamente mientras te tomabas un cremoso *café au lait* y un *croissant* de la panadería de Sarah.

¿Eso compensaba el hecho de no poder disfrutar de un iPhone ni de una pizza a domicilio?

—*Non* —murmuró revolviéndose con impaciencia en la silla y suspirando por una conexión inalámbrica de alta velocidad y una pizza de tamaño familiar con muchos ingredientes.

El sistema de conexión vía telefónica, primitivo, desesperante, ruidoso y poco fiable, había llegado a la fase de los chillidos, como si temiera conectarse con el mundo exterior.

—Sigue siendo mejor de lo que hemos tenido en otros sitios —le recordaba siempre Gamache cuando lo oía refunfuñar por aquel módem antediluviano.

Mientras esperaba, Beauvoir miró por la ventana y vio a los técnicos descargar el equipo de los furgones y llevarlo a Santo Tomás. Se maravilló ante la suerte de Lacoste: la inspectora disponía de un centro de operaciones justo al lado del escenario del crimen; calentito, seco, con agua corriente, nevera y lavabo.

—Y hasta cafetera, por el amor de Dios —musitó.

Isabelle ni siquiera tendría que salir de allí, lo cual, pensaba Beauvoir, era siempre una ventaja.

Aquello estaba a años luz de algunos emplazamientos que él

y su suegro se habían visto obligados a utilizar cuando investigaban asesinatos por todo Quebec.

Las tiendas de campaña, las barcas de pesca con sus bamboleos y bandazos, las casuchas, las cuevas...

Le había hablado a Annie de la letrina que, en cierta ocasión, había sido su cuartel general, pero ella se había negado a creerlo.

—Pregúntaselo a tu padre —le había dicho él.

—No pienso hacerlo. —Annie se había echado a reír con su espontaneidad característica—. Sólo tratas de engañarme. Ya veo, *monsieur*, que pretende usted hacerme caer en la trampa. Voy a verme obligada a presentar cargos.

—¿Vas a castigarme? —había preguntado él con tono de fingida esperanza—. Soy un niño malo, muy malo.

—No, eres un niño tonto, muy tonto, y ahora eres padre, que Dios nos ayude. Tengo un montón de nuevos castigos reservados para ti: le he dado ciruelas pasas a Honoré por primera vez... y le han gustado.

Pero lo que le había contado a Annie era verdad: él y el entonces inspector jefe Gamache habían estado investigando el asesinato en Saguenay de un obseso de las catástrofes, uno de esos preparacionistas tan en boga que aprenden técnicas de supervivencia y almacenan alimentos y agua. Habían encontrado el cuerpo en una cabaña quemada y lo único que quedaba en pie era la letrina.

—Tiene dos agujeros —había puntualizado Gamache, como si eso fuera un lujo.

—Creo que me acomodaré aquí fuera —había dicho él acercando una roca a un tocón de árbol y sacando su cuaderno de notas.

Pero a las dos de la madrugada había empezado a llover y había tenido que llamar a la puerta de la letrina.

—¿Quién es? —había preguntado educadamente Gamache.

Jean-Guy había escudriñado el interior a través de la media luna tallada en la puerta desvencijada.

—Déjame entrar.

—Está abierto, pero primero límpiate los pies.

Se habían pasado un día y medio allí dentro repasando las pruebas entre los restos calcinados y habían interrogado a todos los «vecinos» desperdigados por el bosque, tramperos en su mayoría, o personas igualmente obsesionadas con un futuro apocalíptico. Los investigadores trataban de encontrar a alguien, quien fuera, que admitiera haber conocido a la víctima, pero aquella gente apenas si admitía conocerse a sí misma.

Allí no había ningún tipo de conexión a internet, ni ordenadores portátiles ni acceso a la red vía telefónica, ni teléfonos, por supuesto. Nada de nada, excepto papel higiénico, claro, y los sacos de dormir, el agua, la comida envasada y las cerillas que ellos mismos habían llevado consigo.

Habían forrado las maltrechas paredes de la letrina con notas clavadas con chinchetas y habían trazado diagramas de los vínculos entre los sospechosos. Al cabo, incluso habían conseguido que el lugar resultara casi acogedor.

—¿Y pillasteis al que lo hizo? —había preguntado Annie: la historia había acabado por seducirla y su mente de abogada, aunque a regañadientes, le había revelado finalmente que Jean-Guy decía la verdad.

Lo escuchaba como hipnotizada, al igual que él escuchaba como hipnotizado las historias de su mujer.

—Pues sí. Gracias a la astucia, a agudísimos razonamientos y a un instinto animal...

—Se entregó, ¿no es eso?

—No. —Jean-Guy no había podido evitar sonreír al recordarlo—. Volvió en busca del sistema de filtración de agua que tenía la víctima. Tendrías que haber visto la cara que puso

cuando tu padre y yo salimos tan campantes de la letrina.

Annie se había reído tanto que casi se había hecho pis.

La conexión a internet funcionó por fin y Jean-Guy se volvió y posó las manos sobre el teclado.

Había un buen puñado de prioridades que reclamaban su atención, pero la primera estaba clara.

Le envió un rápido correo electrónico a Annie para ponerla al corriente de lo ocurrido y decirle que se quedaría como mínimo aquella noche, y quizá más, en casa de sus padres.

Mientras escribía, la añoraba terriblemente; a ella y a Honoré, el tacto y el olor de ambos.

«Te echo de menos —le contestó Annie—. Confío en que no sea un caso de dos agujeros».

Aquella expresión se había convertido para ambos en una clave para referirse a una mierda de las gordas.

Luego, Jean-Guy tecleó *El señor de las moscas* y le dio al «intro».

• • •

—¿Clara? —llamó Myrna.

La casita estaba casi en penumbra, sólo había una lámpara encendida en la sala de estar.

Myrna accionó el interruptor y ante ella apareció la alegre cocina... desierta.

Si su amiga se estaba echando un sueñecito, no quería molestarla, aunque sospechaba que, tras el descubrimiento de ese día, todos tendrían dificultades para dormir.

Cuando Armand había vuelto a casa, ellas se habían ido, suponiendo que él y Reine-Marie querrían quedarse a solas.

—¡Madre mía! ¡Me has despertado, pedazo de... ropa!

Myrna dio un brinco hacia atrás y, en cuanto se recuperó del susto, miró hacia el umbral que separaba la cocina de la sala de

estar: allí se hallaba, enmarcada, la vieja poeta chiflada y desaliñada, y su pata, con las plumas en desorden.

—¿«Ropa»?

—Bueno, quería decir «mierda», pero Miguel me ha pedido que sea más educada, de modo que te agradecería que, cada vez que hable contigo, sustituyas toda palabra que te parezca extraña por «mierda».

Myrna inspiró profundamente por la nariz y exhaló por la boca. Empezaba a preocuparle que Ruth se ganara el cielo por esa vía tortuosa y con ayuda de un arcángel tremendamente iluso, si era el caso...

—¿Dónde está Clara?

—¿Cómo coño voy a saberlo, gilipollas de mierda?

—¿Qué palabra te gustaría que sustituyera?

—Mmm, deja que lo piense.

En realidad, Clara sólo podía estar en un sitio: en el lugar donde iba siempre que las cosas se ponían feas.

—Así que estás aquí —dijo Myrna dando unos golpecitos en la puerta del estudio.

La luz estaba encendida, pero no era radiante: sólo había la suficiente para imitar un sol matutino indirecto.

Clara hizo girar su *tabouret*. Tenía un pincel fino en la mano y un retrato en el caballete.

Myrna sólo alcanzaba a ver los bordes de la pintura, pues el cuerpo de Clara tapaba el resto.

Había varios lienzos apoyados contra las paredes del estudio. Debía de haber una docena de retratos, algunos casi acabados; la mayoría no, ni mucho menos.

Parecía una habitación llena de gente abandonada.

Myrna apartó la vista, incapaz de mirarlos a los ojos, temiendo la súplica que pudiera leer en ellos.

—¿Cómo va? —preguntó señalando el caballete con la cabeza.

—Dímelo tú.

Clara se levantó del taburete y se hizo a un lado.

Myrna miró con atención.

Por lo general, Clara pintaba retratos extraordinarios. Algunos rostros sonreían en el lienzo, otros hacían que el espectador se sintiera inexplicablemente melancólico o incómodo.

Algunos provocaban intensos sentimientos de nostalgia sin una razón particular, excepto si considerabas que Clara era una especie de alquimista capaz de convertir emociones, incluso recuerdos, en pintura. Los sentimientos fosilizados se tornaban óleo y luego volvían, enmarcados, a la persona.

Pero esa obra era distinta: no era un retrato en absoluto, o al menos no era el retrato de una persona.

Representaba al cachorrito de Clara, *Leo*, y a su lado se veía a *Gracie*, su hermana de camada; la perrita, o lo que fuera, de los Gamache.

Leo aparecía sentado y con un aspecto reservado, magnífico, hermoso y confiado. Por su parte, *Gracie*, la chiquitina de la camada, estaba plantada junto a él, socarrona, esmirriada y fea, ladeando la cabeza como hacía tantas veces. No miraba al espectador a los ojos, sino más allá, a algo que había detrás.

Myrna estuvo a punto de volverse para ver qué miraba *Gracie*.

Ninguno de los dos perros resultaba adorable ni mono: había algo salvaje en ellos.

Clara había reflejado lo que podrían haber sido esos dos animales si no los hubieran domesticado, si no los hubieran capturado y civilizado. Había pintado lo que, casi sin duda, todavía acechaba en su ADN.

Myrna se encontró tendiendo una mano hacia el lienzo y luego retirándola.

Casi pudo oír el gruñido.

—Lo siento —le dijo a Clara—, no debería haberte molestado. He ido al *bistrot*, pero todos estaban hablando sobre el asesinato. Necesitaba salir de allí y al mismo tiempo no quería estar sola.

—A mí me pasa lo mismo. Pobre Reine-Marie… —repuso Clara uniéndose a Myrna en el maltrecho sofá. Estaban rodeadas de los familiares y reconfortantes olores de la pintura al óleo y los plátanos maduros.

—He intentado sonsacarle algo a Armand —contó Myrna—, pero se ha limitado a mirarme de esa forma tan suya y luego se ha alejado.

Todos conocían esa mirada. La habían visto antes, más veces de lo que parecía posible.

En ella no había censura, ni siquiera la sugerencia de que no deberían preguntar: a Gamache le habría sorprendido que no lo hicieran y a ellos que él respondiera.

Más que otra cosa, en sus ojos había determinación.

Pero en esa ocasión también había rabia y conmoción, aunque él hubiera intentado ocultar ambas cosas.

A Myrna siempre le parecía curioso que un hombre que había perseguido a asesinos durante toda su carrera, y que ahora era la máxima autoridad de la Sûreté, pudiera sentirse tan sorprendido ante un asesinato.

Y sin embargo lo estaba: Myrna había podido verlo.

Tiempo atrás, Gamache había comentado con ella su decisión de no limitarse a volver a la Sûreté, sino aceptar el puesto de mayor responsabilidad.

—¿Crees que serás capaz de cambiar algo? —le había preguntado ella, y entonces había visto cómo se formaba una sonrisa en el rostro de su amigo y cómo aparecían aquellas arruguitas que irradiaban desde sus ojos hacia sus mejillas.

—No pareces muy convencida —había respondido.

—Sólo intento entender por qué lo haces.

—¿Te preguntas si se trata de orgullo desmedido, de arrogancia?

—Me pregunto, Armand, si tu decisión de aceptar el cargo de mayor responsabilidad es fruto de tu ego.

Eso había pasado durante una de las sesiones, para entonces informales, en las que la terapeuta retirada escuchaba al poli retirado y palpaba heridas que otros seguramente ignoraban en busca de una posible infección.

—La atracción que ejerce el poder —había dicho Myrna—. ¿Cómo te suena eso? ¿Familiar?

Lo había dicho sonriendo levemente para suavizar la estocada.

—No me atrae el poder —había respondido él con un tono todavía cálido, pero también firme—. En todo caso, tampoco me echo atrás cuando me lo ofrecen. Todos tenemos aptitudes, cosas que hacemos bien, y resulta que yo soy muy bueno encontrando a criminales.

—Pero para ti supone más que eso, Armand: te preocupa proteger a los inocentes en igual medida que encontrar a los culpables. Es bueno tener una misión en la vida, un propósito, pero obsesionarse no lo es tanto.

Entonces él se había inclinado hacia ella, que había sentido la autoridad que emanaba de aquel hombre. No era dominante ni amenazadora, más bien resultaba increíblemente tranquilizante.

—Esto no es una afición ni un pasatiempo, ni siquiera es un trabajo: si acepto el puesto de superintendente jefe de la Sûreté du Québec, debo comprometerme a fondo. Hay problemas importantes, enormes; tengo que creer que puedo solucionarlos, de otro modo, ¿para qué acometer la tarea?

La había mirado fijamente con una expresión pensativa en sus ojos castaño oscuro. No había indicio alguno de locura en ellos, ni rastros de un ego febril; había poder y certeza.

Al día siguiente, Gamache había aceptado el puesto, y ahora, meses después, estaba de regreso investigando un crimen, un asesinato cometido en el mismísimo umbral de su casa.

Myrna permaneció sentada en el sofá junto a Clara, como quien espera el autobús, y se puso a reflexionar.

Sí, había un motivo para la ira de Armand: ella también estaba indignada. Pero también tenía miedo, y se preguntaba si él lo tendría igualmente.

Miró al suelo, donde *Leo* estaba hecho un ovillo en una alfombra raída con su juguete de morder. Imposible encontrar una imagen más adorable.

Luego miró la pintura que Clara había hecho de *Leo* y de *Gracie*, en la que se reflejaba la ferocidad de la que eran capaces, una ferocidad que quizá ocultaban en su interior, y supo que no era un simple retrato de los cachorros.

—*Bonjour?*

La voz desconocida entró flotando en el estudio. Las dos mujeres se levantaron con esfuerzo del sofá bajo y, al entrar en la cocina, vieron a un joven con el uniforme de la Sûreté.

—No hay timbre —dijo un poco a la defensiva—, aunque sí he llamado con los nudillos.

—No se preocupe, aquí todos entran cuando les parece —repuso Clara—. Ha venido por lo de Katie, ¿no? ¿En qué podemos ayudar?

—Madre mía, ¿Gamache anda contratando fetos ahora?

El agente, que era muy joven, se volvió hacia la criatura alta, flaca y muy vieja que había aparecido en el umbral con un pato entre los brazos.

—La inspectora jefe Lacoste me ha ordenado que fuera en busca de una tal Ruth Zardo —explicó mirando el papel mojado que tenía en la mano—. No la he encontrado en su casa ni en el *bistrot* y alguien me ha dicho que podía estar aquí. Al parecer, debo buscar a una vieja chiflada.

El joven las estudió a las tres. Desde la enorme distancia de sus veinticinco años, todas le parecían viejas y algo chifladas también, pero qué podía esperarse, se dijo. Pobrecitas, ahí encerradas, en ese pueblucho aislado... Quizá debería contarles los dedos y ver si habían escondido los banjos.

—Caca, caca, caca —dijo el ánade mientras las tres viejas seguían allí plantadas mirando fijamente al agente como si el raro fuera él.

Jean-Guy llamó a la librería de Myrna y dejó un mensaje en el contestador preguntando si tenía un ejemplar de *El señor de las moscas*.

Luego volvió a centrarse en la sinopsis que había encontrado en internet.

Se enteró de que la novela trataba sobre unos colegiales varados en una isla desierta. Lejos de las normas y de la autoridad, aquellos chavales felices, sanos y decentes se habían transformado poco a poco en salvajes.

Y pensó en su hijo, Honoré, y en cómo reaccionaría él en una situación así.

Pero, sobre todo, se acordó de lo que había dicho Matheo Bissonette: que su primer año en la Universidad de Montreal había sido como *El señor de las moscas*.

Con el cruel cazador, Jack, el racional y disciplinado Ralph y los «pequeñines», los más jovencitos, conjurando sus miedos, creando bestias donde no las había.

Y Piggy, cuyo único valor para el grupo consistía en que los cristales de sus gafas servían para hacer fuego.

Beauvoir se ajustó sus propias gafas y siguió leyendo, cada vez más tenso a medida que avanzaba.

Leyó sobre la creciente certeza de los chicos de que había una bestia en la isla a la que debían dar caza y matar.

Jean-Guy se quitó las gafas y se frotó los ojos.

Matheo Bissonette había comparado su paso por la universidad con *El señor de las moscas*, pero había sonado como algo divertido, como un juego desenfrenado y loco.

¿Se habían convertido aquellos cuatro amigos, cinco si se contaba a Edouard, en salvajes? ¿Y entonces, en los confines de la universidad, se habían vuelto unos contra otros?

¿Y Three Pines no era una especie de isla?

Y ahora uno de ellos había muerto, y el culpable también había sido uno de ellos.

Y no había rastro de la voz de la conciencia.

Beauvoir inspiró profundamente y se rio entre dientes de su propia imaginación desbocada.

Decidió que, de momento, dejaría en suspenso la información sobre *El señor de las moscas*. Abrió otra ventana de búsqueda y tecleó las palabras que había visto aquella tarde en la servilleta que había caído del bolsillo de Gamache.

«Quememos las naves».

—¿Puedo acompañarte? —preguntó Armand señalando, como si fuera una butaca, el retrete con la tapa bajada.

—Por favor —repuso Reine-Marie mirando la estalactita de espuma que pendía de su brazo mientras cogía la copa de vino tinto que él le ofrecía—. ¿Tú no tomas nada?

—Me temo que aún estoy trabajando —contestó él cruzando las piernas y poniéndose cómodo.

—¿Estás más cerca de saber qué pasó?

—Isabelle está llevando a cabo los interrogatorios. Luego cenará con nosotros: les he pedido a ella y a Jean-Guy que se queden a pasar la noche.

—Debería empezar a prepararlo todo. —Reine-Marie dejó la copa e hizo ademán de salir de la bañera, pero Armand le

indicó con un gesto que se detuviera.

—Olivier nos traerá algo para la cena, y ya me he ocupado de comprobar que las camas estén hechas y de sacar las toallas.

—¿El albergue Gamache está listo para recibir a sus clientes? —preguntó ella deslizándose de nuevo en el agua jabonosa.

El aroma a rosas del baño de espuma se mezclaba con el vapor, y Gamache tuvo la extraña impresión de que la niebla del exterior había entrado en su casa.

Y, como le ocurría cuando caminaba a través de la niebla, experimentó una intensa sensación de bienestar.

—¿Estás bien? —le preguntó a su mujer.

—Esto ayuda —contestó ella. Era evidente que se refería más a la compañía que al baño de burbujas, o incluso al vino.

—¿Quieres que hablemos?

—Fue espantoso, Armand. Había sangre por todas partes...

Reine-Marie intentaba luchar contra el llanto, pero las lágrimas empezaron a surcar sus mejillas. Gamache se arrodilló junto a la bañera y le cogió las manos mientras ella describía, una vez más, lo que había visto.

Necesitaba hablar, y él necesitaba escucharla, consolarla.

—¿Quién la ha matado, Armand? ¿Ha sido el cobrador?

Reine-Marie sabía que no obtendría una respuesta, pero confiaba en que, en la extrema privacidad del cuarto de baño, su esposo podría compartir con ella alguna idea.

—Creo que el cobrador está en el centro de esto, sí. Pero no estoy seguro de si lo ha hecho con sus propias manos.

Ella lo miró a los ojos.

—Tú no podías hacer nada.

—Y eso es exactamente lo que hice: nada. Pero no estoy aquí para hablar de mí, sino para que hablemos de ti.

Le acarició la piel con el pulgar.

—Sí que hiciste algo —continuó Reine-Marie ignorando lo que él acababa de decir—. Lo avisaste. No puedes arrestar a

alguien por plantarse en la plaza de un pueblo... gracias a Dios.

—«Gracias a Dios» —murmuró él.

Sabía que ella tenía razón, pero también notaba cómo le remordía la conciencia, cómo lo acusaba de cumplir con la ley a rajatabla y dejar atrás el sentido común.

Katie Evans estaba muerta, el cobrador había desaparecido y Reine-Marie, en remojo en la bañera, ya se había limpiado la sangre... pero la mancha permanecía.

—A veces la ley es una mierda —soltó él apretándole la mano calentita.

—No lo dices en serio.

—Sí: hay leyes que no deberían respetarse ni cumplirse.

—Pero no puedes ser tú quien lo decida —repuso ella sentándose más erguida para verlo bien—. Eres el jefe supremo de la Sûreté y tienes que respetar la ley aunque te cueste. —Lo miró a los ojos y habló lentamente y con claridad—: No puedes sacar a alguien a patadas de una plaza pública sólo porque no te guste que esté delante de tu casa.

Dicho así resultaba evidente y razonable.

—Lo que no comprendo es cómo supo el asesino dónde estaba la despensa del sótano —continuó Reine-Marie—: casi nadie entra allí.

—¿Y tú por qué lo hiciste?

—Tenía unos farolillos chinos, esas flores de tallo largo, y me preguntaba si allí abajo habría algún jarrón, aunque estuviera desportillado. —Reflexionó durante unos instantes—. ¿Crees que es ahí adonde iba el cobrador cuando desaparecía por la noche?

—Es posible... probable. El informe forense nos proporcionará más datos, pero tiene sentido: es un escondrijo bastante bueno. Tiene cuarto de baño, y cocina, y no hay ventanas en la despensa.

—¿Encontrasteis un arma?

Él la miró confuso.

—¿Qué quieres decir?

Ahora era ella quien parecía confundida.

—¿Sabes con qué mataron a Katie?

—Con el bate, por supuesto —contestó él.

—¿Con un bate?

Armand la observó en silencio y luego abrió los ojos de par en par.

—¿Puedes describir otra vez lo que viste cuando encontraste el cuerpo?

Reine-Marie se sentó más tiesa en la bañera, captando el cambio de tono.

Y volvió a rememorar lo ocurrido.

—Cuando encendí la luz vi algo oscuro, como una sombra, en el rincón: parecía un montón de ropa negra. Y entonces vi la sangre...

Gamache le apretó la mano: mejor no insistir en aquella cuestión.

—¿Qué más había en la despensa? —Detestaba hacer eso, pero era indispensable.

Ella frunció el ceño.

—Tarros de conservas; unos cuantos jarrones, casi todos desconchados o agrietados; unas palmatorias rotas, cosas que no nos atreveríamos a vender ni en un mercadillo de beneficencia.

—¿Algo más? ¿En el suelo? —No podía llegar más lejos: tenía que decírselo ella misma... o no.

Reine-Marie revisó mentalmente la despensa.

—*Non*. ¿Por qué? ¿Qué debería haber visto? ¿Pasé algo por alto?

—*Non*, pero nosotros hemos estado a punto. —Gamache se levantó—. ¿Te importa?

—No, vete.

Él se inclinó y la besó.

—No es culpa tuya —susurró Reine-Marie.

Mientras salía, el superintendente jefe iba pensando en la cantidad de veces que había oído eso de labios de otros.

«No es culpa tuya», aunque casi siempre lo era.

20

—¿Qué estás buscando? —preguntó Gamache deteniéndose en el umbral de su estudio.

—*El señor de los anillos* —contestó Beauvoir.

Cerró la ventana de búsqueda y la página.

—¿*El señor de las moscas*? —preguntó Gamache.

—Eso, eso, *El señor de las moscas*. Acabo de llegar a la parte en la que Frodo y Ralph encuentran el anillo mágico en la cabeza del cerdo, pero no entiendo qué hace el papa en la isla.

—Wikipedia —murmuró Gamache mientras se dirigía hacia la puerta principal—. Yo necesito echarle otro vistazo a la despensa de la iglesia.

—¿Por qué? —preguntó Beauvoir.

—Por algo que acaba de decirme Reine-Marie.

—¿Qué?

Jean-Guy escuchó atentamente mientras Gamache le contaba la conversación.

—¿Estás de broma? —dijo, aunque era evidente que no bromeaba—. Voy contigo.

—La hermana y los padres de *madame* Evans aún no saben lo que ha ocurrido, y sería de gran ayuda echarle un vistazo a la casa del matrimonio Evans en Montreal.

Beauvoir se detuvo y después asintió.

—Iré yo. Tú tienes que quedarte aquí con *madame* Gamache.

—*Merci*, Jean-Guy. Probablemente necesitaremos una orden judicial para entrar en la casa. Sospecho que *monsieur* Evans sigue durmiendo.

—Querrás decir que sigue inconsciente, ¿no? —preguntó

Beauvoir mientas se ponían los abrigos—. Eso no lo ha provocado un solo calmante; estaba completamente ido, fuera de combate.

—La doctora Harris cree que han sido al menos dos, y puede que no fuera Orfidal.

—¿Un opioide?

—No lo sé.

—¿Crees que Lea Roux le dio a propósito más de lo que podría tolerar, o realmente fue un error? —preguntó Beauvoir.

Como Gamache sabía muy bien, ésa era la cuestión.

Los dos hombres recorrieron el sendero del jardín de la casa levantándose el cuello del abrigo para protegerse de la llovizna helada.

—Guárdame algo de cenar —pidió Jean-Guy.

Mientras conducía hacia Montreal, Beauvoir iba reflexionando sobre por qué le había mentido a Gamache cuando éste le había preguntado qué buscaba en el ordenador.

Había estado leyendo sobre *El señor de las moscas*, sí, pero eso había sido antes.

La búsqueda que le había ocultado tenía que ver con la frase que había escrito en la servilleta que se le había caído al suelo.

«Quememos las naves».

Ahora sabía a qué hacía referencia, pero desconocía por qué esa frase, esas palabras, habían impactado tanto al superintendente jefe Gamache como para apuntarlas en una servilleta y guardársela.

Tenía que haber sido durante la hora del almuerzo. ¿Con quién había comido?

Con Toussaint, con Madeleine Toussaint, la nueva jefa de Delitos Graves.

«Quememos las naves».

• • •

Gamache caminaba entre la oscuridad de la tarde. La niebla que se había posado sobre el pueblo suavizaba las luces procedentes de las casas, y daba la sensación de que Three Pines estuviera un poco desenfocado, de que no fuera del todo de este mundo.

Oía el tamborileo del agua que se deslizaba por las hojas y caía en las ramas inferiores; sonaba como la lluvia, pero no lo era: era una falsa lluvia, no del todo real, al igual que muchas otras cosas en ese pueblo, al igual que muchas otras cosas en ese asesinato: un pie en el aquí y el ahora, y el otro en un mundo distinto: el de una encarnación de la conciencia capaz de caminar... y de matar.

El aire olía a tierra, y el frío y la humedad se colaban a través de su abrigo de lona.

Había luces encendidas en la iglesia: podía ver el vitral iluminado y a los chicos del pueblo, los soldados representados allí como si avanzaran eternamente en una batalla ganada tiempo atrás... en una batalla perdida tiempo atrás, avanzando tanto que ya nunca podrían volver.

Al igual que avanzaba él.

Una vez dentro de Santo Tomás, bajó las escaleras que llevaban al sótano.

En uno de los extremos de la sala se había dispuesto una gran mesa para reuniones, y en el centro, mesas más pequeñas. Había varios técnicos instalando líneas telefónicas, ordenadores y otros equipos.

La inspectora jefe Lacoste y un agente estaban precisamente en la mesa de reuniones llevando a cabo un interrogatorio. Gamache cruzó miradas con ella, que asintió casi imperceptiblemente.

—¿Quién anda ahí? —preguntó Ruth volviéndose con rigidez en su asiento.

La vieja poeta parecía pasar por alto lo evidente, pero captar

lo imperceptible.

—Ah, eres tú.

El agente que tomaba notas se levantó y los técnicos de la Sûreté dejaron lo que estaban haciendo para mirar, con los ojos muy abiertos, al superintendente jefe.

Los más jóvenes, incluido el agente que había acompañado a Ruth al centro de operaciones, se limitaron a mirar cómo los veteranos lo saludaban con una inclinación de cabeza,

—*Patron*.

Conocían a Gamache desde los días en que era jefe de Homicidios.

Cuando había acabado con la corrupción con un coste personal enorme.

Y ahora estaba de vuelta, al mando de todo el cotarro.

Cuando aceptó el puesto, había reinado una enorme sensación de alivio.

Se lo podía ver a menudo recorriendo la jefatura de la Sûreté con gente pululando a su alrededor para informarle al vuelo entre reuniones.

Ahora había una sensación de urgencia, de propósito, algo que había hecho falta en aquel lugar durante muchos años.

Pero a veces también se veía al superintendente jefe Gamache solo en los pasillos, en un ascensor o en la cafetería, profundamente inmerso en algún expediente, como si fuera un profesor universitario leyendo un texto oscuro y fascinante.

Era una imagen curiosamente reconfortante para unos agentes que habían estado sumidos en la brutalidad y habían exhibido sus armas con mayor orgullo que sus placas.

Ahí tenían a un hombre que, en vez de un arma, tenía una lectura entre manos, sin la necesidad de demostrar su valentía o de rebajarse a la violencia.

Y habían empezado a considerar la posibilidad de abandonar la actitud fanfarrona que los había caracterizado hasta

entonces, de abandonar el acoso que se entendía como la única manera adecuada de tratar a la población.

Podían volver a comportarse como seres humanos.

El jefe no se escondía, no andaba maquinando ni dividiendo a la gente, estaba siempre a la vista de todos, aunque nadie esperaba verlo en el sótano de la iglesia de aquel pueblecito recóndito.

El GPS les había avisado de que estaban literalmente en medio de la nada, y la voz femenina del aparato les había aconsejado, en el tono que solían usar sus madres, que actualizaran su ubicación.

Gamache les indicó sutilmente que continuaran con lo que estaban haciendo. No había tenido intención de interrumpir, pero empezaba a descubrir que, cuando el jefe aparecía, la interrupción era inevitable.

—*S'il vous plaît*. —Isabelle Lacoste señaló una silla vacía con un deje de desesperación en la voz—. Únete a nosotros, llegas justo a tiempo.

—Hola, Clouseau —saludó Ruth, lo suficientemente alto como para que todos los agentes de la sala la oyeran—. Le estaba diciendo a ésta que yo no maté a esa mujer... —Se inclinó hacia los oficiales de la Sûreté y habló por una comisura de la boca, susurrando como un gánster—. Aunque no puedo poner la mano en el fuego por la pata.

Se reclinó en la silla y les lanzó una mirada elocuente. *Rosa* observaba a los agentes con sus ojillos brillantes.

A esas alturas, todos sabían que, si fuera necesario, *Rosa* cargaría con la culpa para impedir la caída de Ruth, aunque tampoco era que Ruth pudiera caer mucho más bajo...

—Según tengo entendido, has estado en la iglesia esta mañana —dijo Lacoste. Ruth asintió—. ¿Has bajado aquí, al sótano?

—No.

—¿Te ha parecido ver algo distinto en la iglesia? —quiso saber Lacoste.

Ruth lo pensó un momento y luego negó con la cabeza.

—No, todo parecía normal. La iglesia no estaba cerrada con llave, como de costumbre. He encendido las luces y después me he sentado en el banco junto a los chicos.

Todos sabían a qué chicos brillantes y quebradizos se refería.

—¿Ningún ruido extraño? —preguntó Lacoste preparándose para oír una respuesta sarcástica y mordaz.

«¿Como si se estuviera cometiendo un asesinato en el sótano?».

Pero no hubo respuesta. La anciana se limitó a pensar un poco más y después volvió a negar con la cabeza.

—Todo estaba en silencio, como siempre.

Apoyó los codos sobre la mesa, se llevó las manos a la cara y aguantó la mirada fija de Isabelle Lacoste.

—Para entonces ella ya estaba aquí abajo, ¿no es así? Ya estaba muerta.

Lacoste asintió.

—Eso creemos. ¿Conocías la existencia de la despensa para hortalizas?

—Por supuesto: soy una de las encargadas de la iglesia. Antiguamente, durante la Ley Seca, la usaban los contrabandistas que pasaban ron por la frontera, ¿lo sabíais?

Gamache desconocía ese dato, pero explicaba por qué Ruth la consideraba un lugar excepcionalmente sagrado.

Ruth miró la pequeña habitación con suelo de tierra y la cinta policial que impedía el paso.

—Lo de arrebatar otra vida es algo terrible y, en cierto modo, resulta incluso peor hacerlo en una iglesia. Me pregunto por qué eligieron este lugar.

La expresión de su cara marchita era franca: buscaba genuinamente una respuesta.

—Porque aquí nos sentimos seguros —contestó Lacoste—: tenemos la sensación de que Dios, o la decencia, nos protegerán.

—Creo que tienes razón —dijo Ruth—, y a lo mejor Él lo hizo.

—No a Katie Evans —hizo ver Lacoste.

—No, pero quizá nos protegió a nosotros de ella.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la inspectora jefe.

—Mira, yo no la conocía, pero esa encarnación de la conciencia estaba aquí por algún motivo.

—¿Hablas del cobrador? —quiso saber Lacoste—. ¿Crees que el motivo de que estuviera aquí era *madame* Evans?

—Sí, lo creo, y él también.

La mirada de Ruth se posó en Gamache, que se limitó a contemplar aquellos ojos mordaces sin asentir ni siquiera imperceptiblemente.

—¿Crees que el tipo del disfraz la mató por algo que ella había hecho? —preguntó Lacoste.

—Sería absurdo pensar otra cosa: él se ha ido y ella está muerta, lo que significaría que *madame* Evans hizo algo tan horrible que sólo podía pagarlo con su vida y que él estaba aquí para cobrar la deuda. Ahora bien, si ella en efecto hizo algo tan malo o si él simplemente está loco es otra cuestión. Me inclino a creer que alguien que se pone un disfraz como ése no está del todo bien de la cabeza.

Con gran esfuerzo, Lacoste se contuvo para no señalar que Ruth tal vez no fuera la más indicada para determinar quién estaba bien de la cabeza y quién no.

—Pero, si *madame* Evans era el objetivo todo este tiempo, ¿por qué no limitarse a matarla? —preguntó la inspectora—. ¿A qué venía el disfraz?

—¿Nunca has visto una película de terror? —dijo Ruth—. ¿*La noche de Halloween*, por ejemplo?

—¿Y tú? —replicó Lacoste.

—Bueno, no —admitió ella—. En cuanto murió Vincent Price esas pelis perdieron toda su gracia. Pero sé cómo son.

—Bien, pues yo llevo años investigando asesinatos —repuso la inspectora—, y nunca, en el mundo real, he visto a un asesino ponerse un disfraz, llamar la atención y después cometer el asesinato. ¿Tú sí?

Se volvió hacia Gamache, que negó con la cabeza.

—Quizá la idea, en un principio, no era matarla —dijo Ruth —. ¿Para qué se supone que sirve un disfraz como ése? ¿Qué propósito puede tener?

—Humillar —respondió Lacoste.

Ruth negó con la cabeza.

—No, estás pensando en el cobrador moderno, en el recaudador de deudas. Ése sí que se dedica a humillar. Pero ¿el antiguo, el original, qué hacía?

Lacoste pensó en lo que le habían contado sobre aquellos hombres oscuros de tiempos oscuros que perseguían a sus torturadores.

—Aterrorizar —dijo.

Ruth asintió.

El terror era la clave.

Los policías, e incluso la poeta —y probablemente también la pata—, sabían que el terror no radicaba en el acto en sí, sino en la amenaza, en la espera.

La puerta cerrada, el ruido en plena noche, la figura sombría que sólo se vislumbraba a medias...

El acto terrorífico como tal generaba espanto, dolor, pesar, rabia, ansias de venganza, pero el terror en sí lo producía la incertidumbre de lo que iba a ocurrir en el instante siguiente.

Mirar y remirar, esperar llenándose de preguntas... prever, imaginar siempre lo peor.

Los terroristas se alimentaban de las amenazas más que de

los actos en sí: su arma preferida era el miedo. A veces eran lobos solitarios, a veces células organizadas, a veces el terror venía de los gobiernos.

Y la voz de la conciencia no era diferente: unía sus fuerzas con la propia imaginación de la persona, y juntas elaboraban el miedo. Y si tenían éxito, pasaban al nivel siguiente, el del terror.

—No bastaba con matarla —repuso Ruth en voz baja—: tenía que atormentarla primero, hacerle saber que él lo sabía, que había venido a por ella.

—Y ella no podía contárselo a nadie, no podía pedir ayuda —añadió Lacoste—. Si lo que dices es cierto, era un secreto que había guardado durante mucho tiempo.

—Un secreto que literalmente volvió para atormentarla —dijo Ruth.

Gamache escuchaba y se percataba, con cierta diversión, de que Lacoste estaba tratando a Ruth como si fuera una colega, como si la poeta vieja y chiflada estuviera sustituyendo a Beauvoir.

De hecho, Jean-Guy y Ruth tenían mucho en común, aunque Gamache jamás le diría a su yerno que se parecía a una vieja borracha.

A pesar del aparente antagonismo, había cierto entendimiento entre ellos, y afecto, y quizá incluso auténtico cariño. En todo caso, una antigua y peculiar afinidad que ninguno de ellos podría admitir ni evitar.

Gamache se preguntó si Ruth y Jean-Guy habrían estado también conectados, a través de los tiempos, en distintas vidas, como madre e hijo o padre e hija.

Si habrían sido dos patos de la misma parvada.

Isabelle Lacoste se levantó, seguida de Gamache, y le dio las gracias a Ruth, que pareció disgustarse al notar que la echaban. Aferrando a *Rosa* contra el jersey lleno de bolitas, cruzó el

sótano de la iglesia mientras los agentes, tanto novatos como veteranos, le iban abriendo paso.

Lacoste y Gamache volvieron a sentarse luego de que la primera enviara al joven agente en busca de la siguiente persona de la lista.

Reflexionaron.

—Si el cobrador estaba aquí por ella, ¿por qué no se marchó *madame* Evans? —preguntó Lacoste.

—Quizá pensó que si lo hacía llamaría la atención —respondió Gamache—, y quizá sabía que, si la voz de la conciencia podía encontrarla aquí, podría encontrarla en cualquier parte.

—¿Y cómo la encontró aquí?

—Debió de seguirla.

—Sí, tuvo que ser eso... —Lacoste pensó durante unos instantes—. ¿Cómo crees que la atrajo hasta la iglesia?

—Tal vez no la atrajo —repuso Gamache—, tal vez la siguió.

—Continúa.

—Supongamos que ella vino a la iglesia en busca de un poco de paz —dijo Gamache—, creyéndose a salvo.

—Hay otra posibilidad, otro motivo por el que Katie Evans podría haber venido aquí.

—*Oui?*

Gamache esperó mientras Lacoste entornaba los ojos intentando imaginar lo que aquella mujer que ya no aguantaba más pudo haber hecho esa noche, la víspera.

—Quizá quedó en verse con él aquí —dijo Lacoste visualizando mentalmente la escena.

Una mujer aterrorizada, harta y agotada, consciente de que alguien conocía su secreto.

—Supongamos que lo invitó a venir aquí, un lugar discreto donde sabía que nadie los molestaría. ¿No dijo *monsieur* Evans que «ya nadie va a la iglesia»? Quizá ella quería hablar con el

cobrador, quizá incluso quería reparar el daño para que él se rindiera y se marchara.

—Y si eso fallaba —añadió Gamache siguiendo la reflexión de Lacoste—, tendría un plan B.

Un bate.

Lacoste se reclinó en la silla y se dio unos golpecitos en los labios con el bolígrafo, después se inclinó hacia delante.

—Entonces, según esta hipótesis, Katie Evans organiza una reunión aquí, en el sótano de la iglesia, anoche. Tiene la esperanza de darle al cobrador lo que quiere: una amplísima disculpa y de que luego él se marche, pero, por si eso no funcionara, trae consigo un bate... Él se lo arrebata, la mata a golpes y después huye...

—Pero ¿por qué iba a ponerle a ella su disfraz? —preguntó Gamache.

Siempre volvían a lo mismo.

Al disfraz.

¿Por qué llevarlo él siquiera? ¿Por qué demonios el asesino iba a ponerle a su víctima su propio disfraz?

—Y hay otra cosa —dijo Gamache—. No quería interferir en tus interrogatorios, pero mi esposa acaba de contarme algo y tienes que saberlo.

—¿Qué?

—Dice que no vio ningún bate en la despensa cuando encontró el cadáver.

La inspectora jefe Lacoste reflexionó un momento y después le hizo una seña al fotógrafo para que se acercara.

—¿Puedes conseguirnos las fotografías y los vídeos que has tomado del escenario del crimen?

—*Oui, patron* —respondió él, y se alejó hacia un ordenador portátil.

—¿Es posible que no lo viera? —preguntó Lacoste.

—Es posible.

—Pero poco probable, ¿no?

—Si se arrodilló para asegurarse de que Katie Evans estaba muerta, sospecho que también habría visto el bate ensangrentado, ¿no crees? No es una habitación grande.

El fotógrafo volvió a la mesa de reuniones con un portátil.

—Aquí tenéis —dijo.

Las imágenes eran claras.

Reine-Marie Gamache no podía haber pasado por alto el bate apoyado contra la pared: parecía un sangriento signo de exclamación.

Y sin embargo...

Sin embargo, *madame* Gamache no recordaba haberlo visto ahí.

—Eso significa que, probablemente, no estaba ahí cuando encontró el cuerpo —dijo Lacoste.

A Gamache no se le escapó ese «probablemente». Comprendía las dudas de Isabelle.

—Estaba ahí cuando Jean-Guy y yo llegamos una hora y media más tarde.

—*Madame* Gamache cerró la iglesia con llave —señaló Lacoste—, y sólo hay una entrada: la puerta principal. Alguien debe de tener otra llave.

—Estoy seguro de que hay varias llaves circulando por ahí —repuso Gamache—, pero nadie ha entrado ni salido de la iglesia. Myrna estaba de guardia en nuestro porche para asegurarse de ello hasta la llegada de la Sûreté.

—Pero hubo un pequeño lapso de tiempo —señaló Lacoste—, ¿de cuánto?, ¿diez minutos?, entre el momento en que *madame* Gamache cerró la puerta y se fue a casa a llamarte a ti y el momento en que Myrna se plantó en el porche.

—Cierto, pero era a plena luz del día. Que alguien llevara un arma homicida chorreante de sangre a través del pueblo para colocarla allí... Para algo así haría falta tener...

—¿Muchos huevos?
—Y un buen bate —dijo Gamache.

21

El superintendente jefe Gamache llevaba la jornada entera en el estrado de los testigos y era como si hubieran estado asándolo a fuego lento.

Bajo el calor asfixiante de la sala del tribunal del Palais de Justice, no transpirar habría sido sobrehumano; sin embargo, aunque sudaba profusamente, Gamache se esforzaba en no sacar el pañuelo para enjugarse la cara. Sabía que, si lo hacía, todo el mundo interpretaría que estaba nervioso, y estaban llegando a un punto decisivo de su testimonio.

No podía arriesgarse a hacer nada que sugiriera flaqueza o vulnerabilidad.

Aun así, cuando finalmente las gotas de sudor le llegaron a los ojos, no tuvo elección: o se las enjugaba o parecería que estaba llorando.

Oía el zumbido de un pequeño ventilador allí cerca, pero estaba bajo el estrado de la juez Corriveau y la apuntaba sólo a ella. Lo necesitaba más que él: a menos que fuera desnuda bajo la toga, estaría como en un horno.

Pero el sonido de aquel ventilador era una provocación: la promesa de una brisa que quedaba fuera de su alcance.

Una mosca solitaria zumbaba alrededor, aletargada en el aire denso. Los espectadores se abanicaban con las hojas de papel que habían podido encontrar o tomar prestadas, y aunque todos anhelaban una cerveza helada en alguna *brasserie* con aire acondicionado, se negaban a marcharse: la declaración del testigo y el sudor en las piernas los mantenían pegados a sus asientos.

Incluso los hastiados periodistas escuchaban con atención, tomando notas mientras las gotas de sudor caían sobre sus tablets.

Los minutos fueron pasando, la temperatura subió y la mosca siguió zumbando mientras el interrogatorio seguía su curso.

Se había autorizado a los guardias a sentarse junto a las puertas, y a los miembros del jurado a despojarse de cualquier complemento de ropa y quedarse con la justa para preservar el pudor.

Los abogados defensores permanecían sentados, inmóviles, con sus largas togas negras.

El fiscal general, Barry Zalmanowitz, se había quitado la americana que llevaba bajo la toga, pero Gamache sabía que, aun así, debía de sentirse como si estuviera en una sauna.

Él seguía llevando americana y corbata.

Aquello parecía una especie de juego, una competición entre él y el fiscal a ver quién se marchitaba primero. Los espectadores y el jurado miraban fascinados a aquellos dos hombres que se derretían de calor pero se negaban a rendirse a un clima que ambos habían contribuido a crear.

Y sin embargo, aquello era mucho más que un juego.

Gamache se enjugó los ojos y la frente y luego tomó un sorbo del agua que la juez Corriveau le había ofrecido unas horas antes. Estaba tibia.

Y pese a todo, el interrogatorio seguía su curso.

Frente a él, balanceándose levemente, el fiscal espantó a la mosca y se dispuso a continuar.

—Tengo entendido que el bate fue el arma homicida.

—*Oui*.

—¿Éste? —El fiscal cogió un bate de la mesa de pruebas y se lo acercó a Gamache, que lo estudió durante unos instantes.

—*Oui*.

—Lo presento como prueba —declaró Zalmanowitz

mostrándoselo primero a la juez y luego a los letrados de la defensa para luego devolverlo a la mesa de pruebas.

En la galería, a espaldas del fiscal, Jean-Guy Beauvoir se puso aún más tenso. En ningún momento había estado completamente relajado, y ahora permanecía inmóvil y alerta en la sala del tribunal, escuchando, reluciente de sudor.

—Lo encontraron en la despensa, apoyado contra la pared, no muy lejos del cadáver, ¿no es así? —prosiguió el fiscal.

—En efecto.

—Qué curioso, ¿no cree?

Beauvoir se preguntó si la gente sería capaz de oír su respiración. En sus propios oídos resonaba como un fuelle: rápida y rasposa, como avivando sin querer las brasas de su pánico.

Pero quedaba casi ahogada por los latidos de su corazón, que le palpitaba con fuerza en el pecho y en los oídos.

Se acercaban al momento que él más temía. Mirando alrededor pensó, y no por primera vez, que era muy extraño que los hechos más espantosos pudieran parecerles completamente normales a tantas personas.

Ese instante podía cambiarlo todo, podía cambiar el curso de los acontecimientos, las vidas de todos los presentes en la sala y de muchos otros.

Para algunos el cambio sería a mejor, para otros, a mucho peor.

Y no tenían ni idea.

«Respira hondo y suelta el aire despacio», se ordenó.

Ahora lamentaba no haber aprendido a meditar, pero había oído decir que era útil recurrir a un mantra, repetir algo una y otra vez, como un arrullo.

«Mierda, mierda, puta y jodida mierda», se repitió.

No le sirvió de nada.

Empezaba a sentirse un poco mareado.

—¿El asesino no hizo esfuerzo alguno por ocultar el arma homicida? —preguntó el fiscal.

—Al parecer no.

—¿De modo que estaba ahí apoyada, a la vista de todos?

Jean-Guy Beauvoir se puso de pie. Notaba el estómago revuelto, como si estuviera a punto de vomitar. Se agarró a la barandilla de madera para recuperar el equilibrio.

Le dirigieron bufidos y miradas de irritación cuando se movió rápidamente a lo largo de la fila, pisando a alguno por el camino.

—*Pardon... pardon... désolé...* —susurró dejando una estela de muecas y gruñidos tras él.

Una vez en el pasillo, se dirigió hacia las grandes puertas de doble hoja. Estaban cerradas y parecían alejarse cada vez más mientras intentaba acercarse a ellas.

—Superintendente jefe, le he hecho una pregunta.

A espaldas de Jean-Guy sólo hubo silencio.

Tuvo ganas de detenerse, de volverse, de quedarse ahí plantado, a la vista de todos, en el centro del pasillo, en medio del horno que era la sala del tribunal, para que el superintendente jefe pudiera verlo y supiera que no estaba solo, que contaba con su apoyo.

Al margen de lo que decidiera hacer y al margen de lo que optara por responder.

Todos los demás miembros del núcleo duro de la Sûreté sabían que le harían aquella pregunta, pero ninguno se había atrevido a especular qué haría el superintendente jefe Gamache cuando eso ocurriera.

Preferían no saberlo, y Gamache había preferido no decírselo, no comentárselo a ninguno de ellos. Así, cuando le hicieran la pregunta inevitable, esa decisión sería suya y sólo suya.

Pero Jean-Guy sí había querido enterarse.

Se lo había preguntado en una soleada tarde de verano, justo antes de que diera comienzo el juicio, mientras ambos trabajaban en el jardín trasero de la casa de los Gamache en Three Pines.

Las rosas estaban en plena floración y su aroma flotaba en el aire junto con un toque de lavanda, aunque eso Jean-Guy no habría podido identificarlo, desde luego. Pero olía bien: era un olor familiar, nada empalagoso. Le traía recuerdos de los días de ocio de su infancia, de las semanas que pasaba en la casa de sus abuelos, en el campo, lejos de las peleas de sus padres, del acoso de sus hermanos y el mal humor de sus hermanas y sus profesores, de los exámenes y los deberes.

Si la seguridad tuviera un olor, sería ése.

Estaba de rodillas en la hierba, tratando de ensartar una gruesa cuerda en el agujero de un tablón de madera. Él y su suegro pretendían instalar un columpio en la rama de un roble al fondo del jardín.

Honoré estaba con ellos, sentado en la hierba junto a su padre. De vez en cuando, su abuelo lo cogía en brazos y lo meneaba de arriba abajo mientras le hablaba en susurros.

—No te sientas obligado a ayudar, en serio —ironizó Jean-Guy.

—Estoy ayudando —repuso Armand—. ¿A que sí? —le preguntó a Honoré, a quien por supuesto le daba igual.

Gamache empezó a pasearse por el jardín musitándole cosas a su nieto.

—¿Qué le estás susurrando? —quiso saber Jean-Guy—. Madre mía, no me digas que son poemas de Ruth.

—*Non*, es A. A. Milne.

—¿El de *Winnie-the-Pooh*?

Reine-Marie, la *grand-maman*, dormía a Honoré leyéndole las historias de Christopher Robin, Pooh y Piglet en el bosque de los Cien Acres.

—Más o menos. Es un poema suyo —explicó Gamache, se volvió de nuevo hacia el crío en sus brazos y susurró—: «Cuando éramos muy muy pequeños...».

Jean-Guy interrumpió la tarea de introducir la larga cuerda a través del agujero del tablón y miró a su suegro.

—¿Qué piensas decir en el estrado de los testigos?

—¿Sobre qué?

—Ya sabes sobre qué.

El olor a lavanda lo había empujado a preguntárselo. Demasiada calma, demasiado bienestar.

Lo había empujado a ser valiente, temerario.

Se levantó, se enjugó la frente con la manga y cogió su limonada de la mesa. Al ver que su suegro no respondía, dirigió una rápida mirada a la casa. Su esposa, Annie, y la madre de ésta, Reine-Marie, estaban sentadas en el porche trasero con sus propias limonadas, charlando.

Aunque sabía que no podrían oírlo, bajó la voz.

—Sobre lo que hemos descubierto con relación a la despensa y el bate...

Gamache reflexionó unos instantes y luego puso a Honoré en brazos de su padre.

—Les diré la verdad —respondió.

—No puedes hacer eso: lo echarás todo por tierra. Y no me refiero sólo a la posibilidad de conseguir una condena por el asesinato de Katie Evans, sino a la operación entera: ocho meses de trabajo. Lo hemos apostado todo a eso, todo. —Advirtió que Annie lo miraba y comprendió que había levantado un poco la voz. Modulándola de nuevo, añadió en un tono ronco—: Si dices la verdad, sabrán que estamos al corriente y todo habrá acabado. Estamos muy cerca, y si dices la verdad nuestro trabajo se irá al traste.

Era perfectamente consciente de que no tenía derecho a hablarle así a Gamache; al fin y al cabo, él era el arquitecto del

plan.

Notaba la manita de Honoré aferrándole la camiseta, olía los polvos de talco, sentía el contacto de la suavísima piel de su hijo. El efecto era más embriagador aún que el olor de la lavanda.

Sabía por qué su suegro le había devuelto al niño justo en ese momento: para que la mentira que estaba a punto de soltar no manchara al crío, a su nieto.

—Todo saldrá bien, Jean-Guy —dijo Gamache sosteniendo la mirada de su yerno antes de posar los ojos, con mayor dulzura, en Honoré. Luego se inclinó hacia el niño—: «¡En realidad no está / en ningún sitio! / ¡Sino que está / en otro lugar!» ¿No es cierto?

—«Y el ahora ya está aquí —dijo una voz sobre la verja del jardín justo antes de que apareciera la cabeza correspondiente: una cabeza cana y un rostro arrugado, aunque de ojos brillantes—. Y el ser oscuro ha llegado».

—Caramba, si es un *efelante* —se burló Beauvoir mientras señalaba a Ruth para mostrársela a Honoré.

Los dos hombres y el bebé miraron a la vieja poeta.

—Más bien diría que se parece al burro Ígor, ¿no? —dijo Gamache—. Con un poquitín de Pooh.

—Y un tufillo de *popó* —soltó Jean-Guy, y vio cómo Ruth esbozaba una sonrisita torcida.

Los había oído hablar, estaba claro, y ahora los miraba fijamente, como una vieja bruja del bosque de los Cien Acres que guardara secretos como tarros de miel.

Si los dos hombres fingían estar divirtiéndose era por el bien de Honoré. Lo cierto era que aquél era el peor giro posible de los acontecimientos: Ruth era una de las pocas personas capaces de juntar las piezas del rompecabezas, de deducir lo que ellos habían descubierto en el sótano de la iglesia. Al fin y al cabo, si habían decidido emprender aquel camino era por

algo que ella había dicho en el primer interrogatorio tras el asesinato.

Por suerte, aunque sospechara algo no tenía modo de saber por qué era vital que se mantuviera en secreto.

Ruth miró a los dos hombres y luego sus ojos fueron a posarse en el crío al que ella llamaba Ré-Ré, un apodo que, pronunciado por los angloparlantes, sonaba a *Ray-Ray*, como una repetición de «rayo».

Aunque Jean-Guy fingía irritarse al oírlo, en realidad se sentía aliviado de que el mote hubiera empezado a cuajar. A esas alturas, la mayoría de los lugareños de Three Pines llamaban Ray-Ray a su hijo. Honoré sonaba un pelín formal, un poco excesivo para un niño pequeño.

Ray-Ray le quedaba bien, y es que era exactamente eso: un rayo de sol deslumbrante en las vidas de todos ellos. El hecho de que el apodo procediera de la sombría, chiflada y vieja poeta no hacía sino volverlo más perfecto.

—¿De qué estabais hablando? —quiso saber Ruth—. Era algo sobre Katie Evans. El juicio está a punto de empezar, ¿verdad?

—Pues sí —respondió Gamache en un tono desenfadado y amistoso—. Jean-Guy estaba repasando la estrategia.

—Ah —repuso ella—. Me ha parecido que os estabais riendo. ¿Y qué hay que discutir? Vas a decir la verdad, ¿no? —La anciana ladeó la cabeza y a Gamache la sonrisa se le heló en la cara—. Pero tú crees que no debería decirla —le dijo a Beauvoir—. En fin, ¿qué se supone que los demás no deberíamos saber? —Dirigió la vista al cielo como si estuviera perdida en sus pensamientos—. ¿Que detuvisteis a la persona equivocada? No, probablemente no es eso... os creo muy capaces de cometer ese error, pero no, diría que pillasteis a la persona correcta. ¿Será que no tenéis pruebas suficientes para una condena? ¿Me estoy acercando?

—Armand ha dicho que no iba a mentir —puntualizó Jean-

Guy.

—Y yo creo que eso es una mentira como la copa de un pino, ¿a que sí, Ray-Ray? —soltó la anciana poeta con una vocecita infantil, inclinándose hacia el niño—. Vamos a ver, ¿qué podría provocar que tu padre defendiera el perjurio y tu abuelo llegara a cometerlo?

—Ya es suficiente, Ruth —zanjó Gamache.

La anciana volvió a posar su mirada en él como un animal que se afila las garras listo para arrancar la carne del hueso.

—«La verdad nos hará libres». Es así, ¿no? ¿O tú no lo crees, Armand? Yo diría que sí. —Sus penetrantes ojos parecían estar levantando capas de piel—. ¿Lo he entendido bien? ¿Es la libertad lo que te da miedo? ¿La libertad del asesino? ¿Mentirías para conseguir una condena?

—Ruth... —avisó Jean-Guy, pero estaba fuera de un mundo donde sólo habitaban Gamache y Ruth Zardo.

—Cada vez me caes mejor —declaró Ruth mirando fijamente a Gamache—. Sí, esto desde luego es una mejora con respecto a San Armand. Pero llevabas un poco de suciedad en las alas cuando caíste a la tierra, ¿no? ¿O era mierda?

La anciana olisqueó el aire.

—¡Ruth! —exclamó Beauvoir.

—Lo siento, perdona mi lenguaje —dijo dirigiéndose a Ray-Ray antes de volverse otra vez hacia Gamache—. Por lo visto estás a medio camino entre una roca y un montón de *merde*.

—Ruth... —repitió Jean-Guy. El nombre de la anciana había adquirido a esas alturas la inflexión de un juramento y sustituía todos los tacos que tenía ganas de soltarle.

Lo cierto era que ya no contaba con hacerla parar, pero, como siempre llevaba la contraria, la vieja poeta se detuvo y reflexionó durante unos instantes.

—Tal vez el ser oscuro sea eso: ese espectáculo de mierda que llamáis juicio.

—«Todo irá bien» —declaró Gamache, y Ruth sonrió.

—Por lo menos eres bueno mintiendo, eso ayudará.

Entonces su cabeza desapareció detrás de la valla como uno de esos muñecos de resorte de vuelta a su caja.

—Cuando acabemos con esto —dijo Jean-Guy señalando el columpio—, tendremos que construir una valla más alta.

—No es la altura lo que importa —dijo la voz desde el jardín contiguo—, sino el espesor.

Jean-Guy cruzó una mirada con Armand y enarcó las cejas.

Ninguno de los dos dijo más: no había nada que decir, aunque sí mucho que considerar.

Jean-Guy devolvió a Honoré a los brazos de su abuelo en un gesto que fue más que un gesto.

Llegado el momento, ¿mentiría?, se preguntó mientras se inclinaba para retomar la tarea de colgar el columpio.

¿Bajo juramento?

Si lo hacía, estaría cometiendo perjurio, pero si decía la verdad, la investigación entera volaría por los aires, pondría en peligro a muchos agentes e informantes y echaría por tierra su única posibilidad de detener al mayor traficante de Quebec, de paralizar el mercado de la droga, de ganar una guerra que era, en teoría, imposible de ganar.

Creía saber bien lo que haría su suegro.

Aquel día, aquella tarde cálida en la que trabajaban juntos bajo el sol colgando un columpio que estaría en el árbol durante generaciones, un columpio en el que Honoré mecería un día a sus propios hijos, Jean-Guy se había jurado a sí mismo que estaría en la sala del tribunal cuando se planteara aquella pregunta y ésta obtuviera respuesta.

Para que todos lo vieran mostrar su lealtad, al margen de lo que decidiera contestar el superintendente jefe Gamache. Para que éste pudiera verlo, para que pudiera comprobar que no estaba solo.

Pero en lugar de eso, Jean-Guy Beauvoir estaba marchándose de allí. Y no sólo se marchaba, huía.

El guardia se levantó y abrió las puertas.

—Estamos esperando su respuesta, superintendente jefe. Es una pregunta muy simple: díganos si el arma homicida, el bate, estaba ahí, apoyado contra la pared, a plena vista de todos.

Mientras las pesadas puertas se cerraban a espaldas de Beauvoir, algo se escabulló de la sala con él y lo siguió por el pasillo de mármol.

La voz del jefe.

¿Estaba el bate allí, a la vista de cualquiera?, había preguntado el fiscal.

—*Oui*.

Ya estaba hecho.

El superintendente jefe Gamache había cometido perjurio.

Hasta que ocurrió, Jean-Guy no había creído en realidad que fuera a hacerlo, que fuera a mentir bajo juramento, a cometer un suicidio profesional, y peor incluso, a traicionar todas sus convicciones por una condena.

Aunque lo cierto era que tampoco se había imaginado que él mismo abandonaría al jefe y cometería ese acto de traición personal.

Se apoyó contra la pared, notando el mármol frío en la cara arrebolada, cerró los ojos y procuró controlarse.

Tuvo ganas de volver a entrar, pero ya era demasiado tarde.

Inspiró profundamente, se incorporó y echó a andar deprisa pasillo abajo, a través del aire enrarecido, espantando a la mosca que lo había seguido.

Miró atrás por puro instinto, por si algo o alguien lo seguía, pisándole los talones. Pero no había nadie. Los pasillos estaban extrañamente desiertos. No había ni un alma a la vista. Todos los tribunales estaban en plena sesión.

Salió del Palais de Justice por la puerta principal y, plantado

en los vertiginosos escalones bajo el sol abrasador, se enjugó la cara y la enterró durante unos instantes en el pañuelo.

Luego se la frotó a toda prisa, levantó la cabeza e inspiró profundamente.

Notó un cosquilleo en el brazo y, tras propinarse una fuerte palmada, observó cómo la mosca caía al suelo revolviéndose y agitando las alas, que brillaban bajo el sol como delicados fragmentos de vitral.

—Lo siento —susurró.

Había actuado sin pensar y hecho algo que ya no tenía remedio.

Sin embargo, había otra cosa que podía hacer ahora que estaba allí fuera y el jefe seguía dentro, y era asegurarse de que aquella mentira valiera la pena, que les permitiera lograr lo que querían.

La Sûreté, bajo el mando del superintendente jefe Gamache, asestaría un golpe fuerte, rápido y decisivo. El objetivo nunca vería venir la embestida, envuelta como estaba en mentiras y en aparente incompetencia gracias a un asesinato macabro en un pueblecito fronterizo.

Y a una despensa de hortalizas que abrigaba un secreto.

Pero mientras recorría las calles adoquinadas del casco antiguo de Montreal hacia la jefatura de la Sûreté, no podía sacudirse la sensación de que se lo habían jugado todo a aquella única carta, a aquella maniobra, a aquel *coup de grâce* que podía no funcionar.

No había ningún plan alternativo, ningún plan B.

Ni para Gamache, ni para él ni para los demás agentes e informantes.

El superintendente jefe Gamache acababa de prenderles fuego a las naves: ya no había vuelta atrás.

22

Gamache miró hacia las puertas cerradas de la sala del tribunal, volvió a enjugarse la frente y los ojos y centró de nuevo su atención en el fiscal.

Observó a Zalmanowitz y captó algo parecido a un diminuto gesto de reconocimiento.

Ambos sabían lo que acababan de hacer.

Era, en potencia, un paso enorme hacia su objetivo... y casi con total certeza suponía el final para las carreras de ambos. Aun así, en la sala del tribunal todos continuaban abanicándose con papeles, el pequeño ventilador seguía emitiendo su zumbido, los miembros del jurado aún escuchaban a medias, sin ser conscientes de lo que acababan de presenciar, de lo que acababa de ocurrir.

«Todo tranquilo en el frente occidental», pensó Gamache.

—¿De modo que la persona que se sienta en el banquillo de los acusados fue la responsable de que Katie Evans llevara puesto el disfraz?

—Sí.

—¿Fue un acto de venganza?

—Sí.

—Como también lo fue su asesinato.

—Sí.

—¿Y por qué?

—¿A qué se refiere?

—¿A qué venía todo eso? ¿Por qué el disfraz, por qué acosarla y atormentarla, y matarla después en la despensa? Estoy seguro de que habrá oído hablar del concepto de «móvil».

¿No buscó un móvil?

—Ese tono, por favor —intervino la juez Corriveau.

¿De verdad acababa de ver una mirada de complicidad entre esos dos hombres y justo después había escuchado al fiscal soltar una evidente provocación?, pensó la juez. Sus sentidos habían entrado en conflicto.

—Mis disculpas —dijo Zalmanowitz, aunque no sonó arrepentido.

—Sí lo buscamos —repuso Gamache—. Todo lo que usted describe es fidedigno, pero aun así resulta engañoso. Es demasiado fácil perder el norte en una investigación de homicidio, seguir grandes pistas aparentes y pasar por alto los indicios más sutiles y pequeños. Lo que parecía el acoso y posterior asesinato de *madame* Evans sólo nos resultaba macabro porque no lo entendíamos, pero una vez aclarado, todas esas pistas aparentes se desmoronaron: eran la parafernalia de un asesinato, pero el asesinato en sí fue muy simple. La mayoría lo son. Lo cometió un ser humano por motivos humanos.

—¿Y cuáles fueron esos motivos? Y por favor no me recite los siete pecados capitales.

Gamache sonrió y unos riachuelos de sudor surcaron las arrugas de su rostro.

—Pues fue uno de ellos.

—De acuerdo —dijo Zalmanowitz, aparentemente demasiado agotado como para continuar con el enfrentamiento—. ¿Cuál? ¿La codicia? ¿La lujuria? ¿La ira?

Gamache levantó una mano y señaló con el dedo.

De eso se trataba: de ira.

Una ira que se había convertido en un espectro, que había consumido al ser humano que la albergaba y había salido al mundo... a matar.

Todo había comenzado, como era común, de un modo

bastante natural, como las distintas etapas en un proceso de duelo.

Pero, a pesar de que ese proceso tendría que haber conducido a la aceptación, la persona afectada, alimentada por la culpa, se había desviado, se había salido del camino para internarse cada vez más profundamente en el dolor y la furia hasta perderse por completo. Y entonces había encontrado refugio en la venganza, reconfortante y consoladora, y se había calentado ante ese fuego durante años.

La rabia justificada se había convertido en ira y, más tarde, en las ansias de venganza que habían llevado a esa persona a cometer un acto injustificable y a todos adonde estaban ahora: esa infernal sala de un tribunal.

Pero había más, mucho más. Gamache lo sabía y también lo sabía el fiscal, que se moría de calor.

Gamache miró hacia el público esperando, rogando que nadie en la sala del tribunal llegara a imaginarse lo que la policía había descubierto en aquel sótano.

Y lo que él, el superintendente jefe Gamache, acababa de hacer.

Aunque sabía que alguien estaba escuchando con mucha atención cada una de sus palabras... e informando a algún otro.

—Tenemos que hablar —dijo el inspector Beauvoir de pie en el umbral de la oficina en la jefatura de la Sûreté.

—*Bon* —repuso la superintendente Toussaint levantándose de la silla—. La reunión ha terminado —agregó dirigiéndose a los presentes, que se levantaron también.

—Pero...

—Podemos hablar de eso más tarde, François —zanjó ella señalando su tablet y mirando con amabilidad al agente.

—¿Me das tu palabra? —preguntó él, y añadió en voz baja—:

¿Haremos algo?

—Te doy mi palabra.

Toussaint condujo a sus agentes hacia la puerta y Beauvoir se hizo a un lado para dejarlos pasar.

—*Patron* —lo saludaron uno a uno, examinándolo detenidamente mientras pasaban en fila por si captaban alguna pista de por qué estaba ahí.

Y de por qué su propia jefa había puesto fin a la reunión bruscamente para hablar con él.

Sabían que Jean-Guy Beauvoir era el segundo al mando en la Sûreté, y sabían que era un inspector formidable por derecho propio, no simplemente un adjunto al superintendente jefe Gamache.

Le habían ofrecido el ascenso a inspector jefe cuando accedió al puesto, pero lo había rechazado con el argumento de que se sentía satisfecho siendo un simple inspector: estaba orgulloso de ser uno más de la tropa.

Al enterarse, los agentes e inspectores de la Sûreté convirtieron su respeto por aquel hombre en algo cercano a la adoración; de ahí lo de *patron*.

Aunque él no se sentía así en ese momento.

Esos hombres y mujeres, sus compañeros, no tenían ni idea de lo que acababa de hacer y de lo que no había podido hacer. Cuando cada uno de ellos pasaba junto a él y le decía *patron*, le sentaba como un tiro en la entrepierna.

—*Patron* —dijo el último de los inspectores.

Cerró la puerta.

—¿Ya se ha suspendido la sesión del tribunal? —preguntó Toussaint echándole un vistazo al reloj. Aún no eran ni las cuatro. Al ver que Beauvoir no respondía, hizo un gesto señalando una silla—. ¿Cómo va?

Beauvoir se sentó, pero no dijo nada.

—¿Tan mal? —preguntó ella inspirando profundamente,

aunque lo que soltó no fue tanto un suspiro como un signo de agotamiento—. ¿Cómo lo lleva él?

—Está haciendo lo que hay que hacer.

Toussaint bajó la mirada evitando sus ojos.

Luego, asintiendo brevemente, dio un golpecito en su tablet y le dio la vuelta para que él pudiera leer.

—Me ha llegado un informe sobre el cargamento del que hablamos.

—El gordo.

—Sí. Según mi informante, ya ha cruzado la frontera y ha entrado en Estados Unidos. Son ochenta kilos de fentanilo.

—Ya veo. —Beauvoir sintió que el nudo permanente en su estómago crecía y se apretaba—. ¿En el sitio esperado?

—Sí. —La voz de Toussaint sonó dura, casi amarga—. Exactamente donde lo esperábamos. Teníamos vigilada la maldita operación. —Abrió los ojos indignada—. Sí, todo ha ido según lo previsto, sólo que, inesperadamente, no hemos hecho nada. No sé quién se ha sorprendido más, si los traficantes, al ver que todo era tan fácil, o nuestro informante, al ver que no hemos hecho nada pese a que teníamos el mayor cargamento conocido de fentanilo en el punto de mira, a nuestro alcance. —Esbozó una mueca e hizo un ademán despreciativo—. Nos hemos limitado a dejar que entrara en Estados Unidos.

Incluso tras pronunciar esas palabras, casi no podía creer que fueran ciertas.

Beauvoir le sostuvo la mirada con firmeza, pero sin definirse al respecto.

Era lo que habían previsto que ocurriría, lo que tenía que ocurrir, aunque a ninguno de ellos le gustara: un cargamento gigantesco había cruzado la frontera y la Sûreté aparentemente no se había enterado de nada, porque de haberlo sabido sin duda lo habría impedido.

Eso los convencería: ningún narcotraficante podría imaginar que la Sûreté, bajo el mando su nuevo comandante, estaba tendiéndoles una trampa limitándose a fingir incompetencia. Porque ningún cuerpo policial podía ignorar un cargamento de opioides tan enorme.

Era una prueba.

Y para los narcotraficantes, la Sûreté, bajo un superintendente jefe con buenas intenciones pero muy quemado, había fracasado.

El cártel de Quebec podía arrastrar un contenedor de heroína por la rue Saint Catherine de Montreal y los muy idiotas no se darían ni cuenta.

Gamache, Beauvoir, Toussaint y el resto del núcleo duro de la Sûreté llevaban mucho tiempo esperando que ocurriera precisamente eso, pero no les sabía a victoria: no había habido ningún tipo de celebración por parte de los oficiales veteranos, todos se sentían fatal.

No, no había júbilo en ese despacho.

—¿Lo estás rastreando?

—*Non*, el superintendente jefe Gamache nos ordenó que no lo hiciéramos, ¿recuerdas?

Toussaint no podía disimular su sensación de impotencia.

—Nos hemos limitado a quedarnos al margen, ni siquiera hemos avisado a los estadounidenses. Ah, pero no te lo he contado todo: los traficantes han sido lo suficientemente generosos como para dejar varios kilos atrás para el consumo local. También a ésos les hemos perdido el rastro.

—*Merde*.

Beauvoir hizo cálculos. La investigación confidencial que Gamache había ordenado al comienzo de la operación para que todos los implicados tuvieran claras las consecuencias de lo que iban a hacer había revelado que, por cada kilo de cocaína que llegaba a las calles, morían seis personas, y aún más con la

heroína.

Y muchas más con el fentanilo.

Al no hacer nada, iban a matar a centenares de personas, quizá incluso miles.

Más bombas sobre Coventry.

—¿Sabes de qué iba esta reunión? —Toussaint indicó con un gesto las sillas ahora vacías alrededor de la mesa—. No saben lo del cargamento, pero sí saben que no ha habido detenciones significativas relacionadas con el narcotráfico en casi un año. Están que trinan, y no les culpo. Por suerte has llegado antes de que tuviera que inventarme alguna explicación medianamente razonable. Pero circulan rumores, Jean-Guy. Probablemente los habrás oído.

—Los he oído.

—Quieren creer en Gamache, quieren confiar en él, pero no se lo está poniendo fácil. Y no se trata sólo de Gamache, sino de todos nosotros: cada superintendente, cada inspector jefe se enfrenta ahora a una posible rebelión, a un motín... —Hizo una pausa y se lo quedó mirando—. ¿Esto te parece gracioso?

—Sólo me río de la palabra «motín», te estaba imaginando con una pata de palo y un loro.

—Ésos serían los amotinados, más bien. A mí me tocaría quedarme a la deriva en el Pacífico, bebiéndome mi propio pis y comiéndome las uñas. —Levantó las manos para que él pudiera verle las uñas, que de hecho tenía mordisqueadas—. En mi división, hace meses que no ha habido detenciones importantes, ni una. Por lo visto, ya no hay delitos graves. La mayoría de mis agentes han sido destinados a vigilancia comunitaria o a prevención...

—Cosas sin duda importantes.

—Estoy de acuerdo, pero no a costa de ignorar los delitos que efectivamente se cometen: es como decirles a los médicos que repartan vitaminas y se olviden de tratar el cáncer. Tú y yo

sabemos lo que estamos haciendo en realidad, tú y yo sabemos por qué lo estamos haciendo, pero ellos no. Desde la perspectiva de nuestros subordinados, estamos sentados tocándonos las pelotas. Y eso lo dicen los que nos apoyan, ¡si Gamache supiera la mitad de lo que piensan los agentes e inspectores...!

Beauvoir soltó una risotada.

—¿Crees que no lo sabe? Por supuesto que sí. Sabe perfectamente qué andan diciendo y por qué. —Jean-Guy se inclinó hacia ella y bajó la voz obligándola a acercarse a su vez —. Lo dijo con absoluta claridad. Nos lo advirtió, y todos saltamos a bordo emocionados, entusiasmados con la idea de acabar con la red de tráfico de droga más grande de Quebec de un solo golpe devastador, no sólo ganando una escaramuza aquí y allá, o una batalla, sino la guerra como tal. Pero nos avisó de que el precio sería muy alto, ¿te estás quejando ahora que toca pagar?

Toussaint se revolvió un poco en el asiento.

—No lo apoyarán eternamente y lo sabes. Nos estamos quedando sin tiempo.

—¿No lo apoyarán ellos o no lo apoyarás tú?

—Hay ciertos límites...

—¿Quieres abandonar el barco?

Los dos se miraron fijamente. Madeleine Toussaint tenía un rango mayor que Beauvoir, pero era una consecuencia de la decisión de este último, no de su competencia.

En privado, se trataban el uno al otro como lo que eran: iguales.

—¿Cómo podemos limitarnos a mantenernos al margen, Jean-Guy? —preguntó ella entonces, suavizando la voz—. Va en contra de todos mis instintos, de toda mi formación. ¿Cómo podemos permitir que la gente muera cuando podemos salvarla?

—Lo sé —repuso él—, yo también me siento así. Pero si tenemos éxito...

—Sí, sí, todo eso ya lo sé. Es lo que nos llevó a apoyar este plan, pero...

—¿Pero qué ocurre si fracasamos? —completó Beauvoir. Ella asintió—. Pues al menos lo habremos intentado.

—Ahora no estás levantando la moral de las tropas, Jean-Guy. Me estás hablando a mí. Llevo en las trincheras demasiado tiempo como para que me vengas con paños calientes.

—Está bien, te diré lo que ocurrirá: en el escritorio del superintendente jefe Gamache hay una libreta, y en ella ha escrito exactamente lo que cree que pasará si esto falla. ¿Quieres ir a echar un vistazo?

—Ya nos lo ha contado —respondió ella—. Nos dio una idea general tanto de los riesgos como de los beneficios el primer día, en la primera reunión.

—Así es, y lo que dijo era cierto en aquel momento, pero era un pronóstico, una especulación esperanzada. Las cosas se han ido aclarando a medida que han ido transcurriendo las semanas y los meses.

—¿Es peor de lo que pensábamos? —Era evidente que no quería preguntarlo, pero lo hizo de todas formas.

—A medida que hemos aparentado ser más débiles, el crimen organizado, las bandas, los traficantes se han vuelto más fuertes, más atrevidos.

—Ya contábamos con ello.

—*Oui*. Y también con que se volvieran imprudentes: ésa es la grieta que hemos estado buscando.

—Por decirlo de alguna manera —repuso ella esbozando una sonrisa.

Él no sonrió. En vez de eso, su rostro apuesto y ojeroso se tornó incluso más serio.

—Si fracasamos, será incluso peor de lo que nadie pensaba, Madeleine: será la segunda vez que una catástrofe golpea a la Sûreté, y de rebote al gobierno de Quebec. Y habrán sido dos golpes muy seguidos: primero, aquel escándalo de corrupción, y ahora lo que podría verse como incompetencia absoluta...

—... rayana en lo criminal —añadió la superintendente Toussaint, aunque sólo Beauvoir sabía que la situación había sobrepasado ese límite. El último testimonio del superintendente jefe Gamache en el tribunal había supuesto cruzar esa raya.

—Has comparado esto con la lucha contra el cáncer, y tienes razón —dijo Beauvoir—: los opiáceos son como un cáncer. ¿Y sabes cómo tratan los médicos un tumor?

—Por supuesto que lo sé: con quimioterapia.

—Sí, envenenan al paciente, con frecuencia hasta llevarlo al borde de la muerte, antes de poder salvarlo. A veces funciona, a veces no. ¿Quieres saber cuál será la consecuencia si fracasamos, según Gamache?

Toussaint apretó los dientes.

—No, no quiero saberlo —consiguió decir.

Beauvoir asintió.

—No te culpo, pero te diré una cosa: si la cagamos con esto sólo estaremos acelerando algo que ya era inevitable. La guerra contra las drogas se perdió hace años. Cada día llegan a las calles nuevas drogas de diseño. Esta operación es, y en realidad ha sido siempre, nuestra única esperanza, la última baza; sin embargo...

—¿Sí?

—El superintendente jefe también ha escrito en la libreta lo que sucederá si lo logramos.

Beauvoir sonrió.

—Ya casi lo hemos conseguido, Madeleine.

Toussaint miró su tablet y tocó la pantalla con un dedo.

Después se quedó inmóvil.

Parecía estar sopesando sus opciones.

Jean-Guy se había percatado de que no le había preguntado si Gamache había mentido en el estrado de los testigos, aunque todos sabían que aquel mismo día podría verse en ese apuro. Y sabía por qué no se lo había preguntado.

Algún día habría una investigación y ella misma tendría que responder algunas preguntas.

¿Sabía que el superintendente jefe había tenido la intención de mentir?

Y cuando descubrió que había cometido perjurio, ¿se lo informó a sus superiores?

Si no lo preguntaba, podía contestar honestamente que no a ambas cuestiones.

Mejor ignorante que culpable.

Toussaint se estaba distanciando del superintendente jefe Gamache, pero el propio Jean-Guy también lo había hecho, al fin y al cabo.

Al menos, el distanciamiento de ella era simbólico: él se había distanciado literalmente, saliendo por piernas de la sala del tribunal, batiéndose en retirada, huyendo, poniendo distancia entre él mismo y Gamache, entre él mismo y la mentira.

Ni siquiera sabía bien por qué lo había hecho. Habían participado codo con codo en varios tiroteos, habían dado caza y se habían enfrentado a los peores asesinos de Quebec...

¿Y ahora había huido despavorido?

«Y el ahora ya está aquí / y el ser oscuro ha llegado», pensó.

No se dio la vuelta, no le hacía falta: sabía quién estaba ahí, de pie en un rincón de aquel despacho soleado y luminoso, vigilando y observando. Y sabía que, cuando se levantara, iría tras él... para siempre, si era necesario.

El ser oscuro ya estaba ahí, como el demonio en la isla de *El*

señor de las moscas, que uno de los chicos había conjurado a partir del terror y de la nada.

El demonio, el ser oscuro, era él mismo.

Madeleine Toussaint escribió una palabra en un papel copiándola de su tablet.

—Son malas noticias, me temo: otro cargamento.

Beauvoir soltó un suspiro. Sabían que eso iba a ocurrir.

—El inspector que me ha proporcionado esta información...

—¿François Gaugin? Cuando he llegado, he visto que te decía algo. Es un buen tipo.

—Un hombre leal a la Sûreté —dijo Toussaint.

—Pero ¿no necesariamente a quien la lidera?

—Me ha pedido que no se lo mostrara a nadie más, me ha suplicado que le permitiera ocuparse de esto. Quiere llevar a cabo una detención y yo le he dado mi palabra.

Beauvoir la miró a los ojos y asintió: era uno de esos días en que las promesas y los juramentos se rompían.

Ya podía valer la pena, pensó.

—Es un cargamento pequeño, diminuto en comparación con lo que acabamos de rastrear.

Empujó el pedazo de papel sobre la mesa. Estaba revestido de significado más allá de lo que se veía escrito. Era un mal augurio, una advertencia de que, si alguien como el inspector Gaugin no confiaba en ellos, tenían un problema de los gordos.

Era posible que, en su afán de destruir al cártel, el superintendente jefe Gamache destruyera también la propia Sûreté.

Beauvoir se ajustó las gafas y leyó.

—¿Clorocodida? Nunca la había oído mencionar, ¿es una nueva droga?

—Es nueva para nosotros.

«Mierda —pensó él—, otra droga, otra plaga, otra bomba sobre la pobre Coventry».

—Es un derivado de la codeína muy popular en Rusia —iba diciendo Toussaint—. Este cargamento viene de Vladivostok, llegó a Mirabel en un contenedor de matrioskas. Simplemente está esperando en un almacén. —Se inclinó hacia él y su tono fue apremiante—. Podemos confiscarla para devolver el golpe aunque sea mínimamente. Es un cargamento muy pequeño, ni siquiera hará mella en el cártel, pero servirá para levantar la moral de esta división y de otras.

—¿Dices que simplemente está esperando en un almacén? —preguntó Beauvoir.

—*Oui*. ¿Puedo llamar a Gaugin y dar la orden?

—*Non* —replicó él inflexible—, no hagas nada.

—¡Por el amor de Dios! Es algo sin importancia, sólo deja que mi gente haga algunas detenciones. Dales esas migajas, te lo suplico.

—Madeleine, ¿por qué crees que el cargamento está ahí? Sin importar si es grande o pequeño, en circunstancias normales ¿no intentarían que siguiera su camino? ¿A qué están esperando?

Ella hizo una pausa considerando lo que acababa de escuchar.

—¿Lo preguntas porque conoces la respuesta?

—No, pero se me está ocurriendo una idea.

—¿Cuál?

Beauvoir se había quedado muy quieto, pero sus ojos se movían de un lado a otro y tenía la boca entreabierta.

—Cuéntame más sobre la clorocodida.

—Bueno, por lo que sé, es el primer cargamento que entra en Quebec, probablemente el primero que entra en Canadá. No estoy segura con respecto a Estados Unidos, pero, si ha llegado allí, no ha sido en grandes cantidades. Su nombre en las calles es Magia Rusa... o krokodil.

—Entonces ¿esto sería una especie de *amuse-bouche*?

Ella casi sonrió.

—Podría decirse que sí: algo para iniciar a la gente, para abrirles el apetito. Estos traficantes son muy sofisticados.

—También son unos excelentes vendedores —opinó Beauvoir —. Lo digo por ese nombre, krokodil. A los jóvenes les resultará atractivo: suena urbano, provocador.

—También se llama así porque te deja la piel llena de escamas, como la de un cocodrilo.

—Madre mía —soltó él.

Él mismo, mejor que Toussaint, mejor que la mayoría, conocía la desesperación de los yonquis, y hasta qué punto acababan desviándose de la conducta humana normal. Ya se sentían infrahumanos y actuaban como tales, así que, ¿por qué no parecerlo también?

A ellos les daba igual.

Pero a él sí le importaba.

—La cosa empieza así —dijo quitándose las gafas y dando unos golpecitos en el papel, imitando aposta un gesto típico de Gamache—. Traen una pequeña cantidad para poner en marcha el asunto, para crear demanda. Luego, la droga se vuelve mucho más deseable precisamente porque no es fácil conseguirla.

Él conocía bien la rutina.

Los camellos comerciaban con droga, pero también con la naturaleza humana.

—¿Y por qué entonces dejarla en un almacén en Mirabel? —siguió diciendo—. ¿A qué están esperando?

—¿A que el gran cargamento de fentanilo llegue a su destino? —sugirió Toussaint.

—Sí, casi sin duda se trata de eso. Pero ya ha cruzado la frontera. ¿Qué los detiene ahora?

Se miraron fijamente confiando en que el otro diera con la respuesta.

Entonces Beauvoir sonrió. Fue un gesto diminuto, frágil, pero ahí estaba.

—Están esperando a ver qué pasa en el juicio —dijo.

Y el rostro de Madeleine Toussaint se llenó de asombro para luego relajarse y esbozar una sonrisa.

—Dios mío, creo que tienes razón.

Beauvoir se puso en pie e inclinó el papel hacia ella.

—¿Puedo?

Ella se levantó también y, tras titubear un instante, asintió.

Beauvoir dobló el papel y se lo guardó en el bolsillo.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó ella mientras lo seguía hacia la puerta.

—Voy a enseñarle esto al superintendente jefe Gamache en cuanto salga del tribunal.

—¿Y qué hará él?

—No lo sé.

—Presiónalo, Jean-Guy. Hazlo actuar —pidió ella—. Tiene que dar la orden.

—Mira, nadie tiene más que perder con todo esto que él —replicó Beauvoir.

—Eso no es verdad: él no va a perder a un hijo o a una hija por culpa de la adicción, y es muy poco probable que algún drogadicto enloquecido se meta en su casa, o que le peguen un tiro en la calle para robarle dinero y comprar droga. Tú tienes un hijo pequeño...

—Honoré, *oui*.

—Yo tengo uno en la secundaria y dos hijas que pronto irán también al instituto. Nosotros tenemos más en juego. Tenemos mucho que perder, todo. Esto no puede fracasar, Jean-Guy.

—Lo sé.

Y lo sabía, por supuesto.

—Espera. —Toussaint tendió una mano, lo hizo entrar de nuevo en el despacho y cerró la puerta—. ¿Lo ha hecho?

—¿Qué?

—Vas a obligarme a decirlo, ¿no es eso?

—Sí.

—¿Ha cometido perjurio el superintendente jefe Gamache? ¿Ha mentido sobre lo del bate y la puerta oculta en el sótano de la iglesia?

—Sí.

Ella se quedó muy quieta y luego miró el bolsillo donde Jean-Guy se había guardado el papel.

—Entonces quizá tengamos una posibilidad. Pero ¿qué les digo a mis agentes?

—Ya se te ocurrirá algo. Esto ha empezado contigo, Madeleine; no puedes distanciarte, por mucho que te tiente.

—No es justo que me culpes de esto —respondió ella de nuevo a la defensiva.

—No te estoy culpando. Es posible que algún día incluso recibas el premio que mereces. Tú ayudaste al superintendente jefe Gamache a urdir este plan. Él conservó la servilleta de vuestro almuerzo, ¿sabes? Está en su escritorio, debajo de la libreta.

Toussaint asintió. Beauvoir tenía razón: todo eso había empezado meses atrás, en aquella comida, cuando ella había recurrido a un tópico y el superintendente jefe lo había garabateado en el único sitio que tenía disponible.

Era un tópico tan corriente que ella no le había dado muchas vueltas a lo que significaba en realidad y, desde luego, no había previsto lo que significaría para Gamache, ni cómo lo utilizaría.

—«Quememos las naves» —dijo recordando aquel momento en la *brasserie* cuando el superintendente jefe Gamache la había mirado con un brillo en los ojos: la chispa de una idea.

—«Quememos las naves» —repitió Beauvoir—. ¿Sabes de dónde viene eso?

Ella asintió de nuevo: lo había buscado al ver que los días y

los meses transcurrían y las cosas empeoraban en lugar de mejorar, entonces había empezado a preguntarse qué había hecho.

Lo que encontró no le supuso ningún consuelo.

—Lo dijo Hernán Cortés hace quinientos años —contestó—, cuando los españoles desembarcaron en lo que hoy es México.

Beauvoir asintió.

—Cuando llegaron a la playa, Cortés ordenó a sus hombres que quemaran los barcos.

—Para que no hubiera vuelta atrás.

Los dos oficiales de alto rango de la Sûreté permanecieron de pie en la puerta e imaginaron aquel momento. ¿Qué habrían hecho aquellos hombres? ¿Habrían discutido, suplicado, urdido un motín?

¿O habrían obedecido sin rechistar porque estaban programados para cumplir órdenes?

Los conquistadores habían viajado al Nuevo Mundo para conquistarlo. Pocos años después destruirían la gran civilización azteca y, a cambio, obtendrían riquezas inimaginables, sólo que...

La mayor parte de ellos jamás abandonarían aquellas costas.

¿Cómo se habrían sentido en aquella playa? Con aquel continente desconocido ante ellos y habiendo dejado atrás la seguridad de sus hogares y a sus familias. Y viendo, en medio de todo aquello, sus barcos en llamas.

Ni Beauvoir ni Toussaint tenían que esforzarse mucho para imaginar aquella sensación.

Para ellos dos tampoco había vuelta atrás.

Ya olían la madera quemada.

—Te haré saber cómo ha ido la cosa —concluyó Beauvoir dándose unos golpecitos en el bolsillo donde estaba el pedazo de papel.

Al salir de aquel despacho, sintió cómo el ser oscuro lo

seguía hacia la radiante luz del sol.

Madeleine Toussaint cerró la puerta y se dirigió a su escritorio. Tras dejarse caer pesadamente en la silla, oprimió el botón del intercomunicador, le pidió a su ayudante que llamara al inspector Gaugin y esperó mirando por la ventana y preguntándose cómo iba a explicarle lo que acababa de hacer.

Un ser oscuro, como un vestigio carbonizado, se hallaba en un rincón, observándola.

—De hecho, la persona que se sienta hoy en el banquillo fue a su casa a verlo, ¿no es así, superintendente jefe?

—En efecto. Yo estaba en mi casa de Three Pines con mi mujer...

—Reine-Marie Gamache —recordó Zalmanowitz al jurado—. Fue ella quien encontró el cuerpo de Katie Evans unas horas antes.

—Exacto. La inspectora jefe Isabelle Lacoste, jefa de Homicidios, se alojaba con nosotros, al igual que el inspector Beauvoir, mi segundo.

—¿Están presentes ahora en la sala?

—*Non.*

El fiscal general se volvió para mirar hacia la galería y de nuevo hacia Gamache, sorprendido. Cruzaron miradas.

La juez Corriveau lo advirtió, pero se lo guardó para sí misma.

Más que reparar en la complicidad de aquella mirada del fiscal al superintendente jefe, la juez reconoció otra cosa, algo completamente inesperado.

Compasión.

Entornó los ojos, mosqueada; se planteó suspender la sesión por aquel día y llevarse a rastras a aquellos dos hombres a su despacho.

Para obligarlos a contarle la verdad.

Pero era una mujer paciente y sabía que, si les daba espacio y tiempo, finalmente dejarían caer suficientes piezas del rompecabezas como para que ella pudiera entender qué estaba pasando allí en realidad.

—¿Esa visita se produjo durante la cena?

—Lo cierto es que fue después de cenar, bastante tarde.

—¿Le sorprendió lo que le contó?

—Me dejó de una pieza, aunque ya estábamos en camino de averiguarlo por nosotros mismos: los resultados del laboratorio forense apuntaban en esa dirección, y a esas alturas ya estábamos bastante seguros de que el asesinato de *madame* Evans había sido premeditado.

—¿Por qué?

—Por el disfraz de cobrador: revelaba algo que sólo podría haber sabido alguien cercano a la víctima, algún secreto que ella creía haber enterrado.

—Pero ese disfraz, la mera presencia del cobrador, revelaban algo más —señaló Zalmanowitz—. No sólo un secreto, sino una culpabilidad tan terrible que precisaba venganza.

Gamache negó con la cabeza.

—Eso era lo más extraño: los cobradores originales no buscaban venganza, no atacaban físicamente a sus objetivos. Su misión era acusarlos y exponerlos, actuar como una encarnación de la voz de la conciencia.

—¿Y dejar el castigo a una instancia más alta que cualquier tribunal de justicia? —añadió Zalmanowitz.

—¿Una instancia más alta? —intervino la juez Corriveau—. Es la segunda vez que oigo esa expresión en este testimonio, ¿qué significa?

Barry Zalmanowitz puso una cara que sólo se habría esperado de un hombre al que acabaran de dejar desnudo.

—¿*Monsieur* Zalmanowitz? —insistió ella.

La juez sabía que había pescado al fiscal por sus partes más delicadas, unas partes que ella no tenía el menor interés en aferrar, pero que se habían puesto al alcance de su mano.

—Es una cita —aclaró la voz profunda y tranquila del superintendente jefe Gamache.

La juez Corriveau esperó. Conocía la cita, por supuesto: el propio Gamache la había usado antes en el juicio, y Joan la había buscado para ella. Pero que el fiscal la utilizara también significaba que no había sido sólo una ocurrencia fortuita: daba a entender que los dos hombres habían hablado de antemano.

—Uno de ustedes va a tener que contármelo.

—Se trata de algo que dijo Mahatma Gandhi. —Gamache se volvió hacia ella, que advirtió el brillo del sudor en su rostro.

—Adelante —pidió.

—«Hay una instancia superior a todos los tribunales de justicia, y es el tribunal de la conciencia. Desbanca a todos los demás...».

La juez oyó entonces el teclear frenético de los periodistas que se apresuraban a anotar la frase.

—¿Está citándolo o es partidario de ello? —quiso saber.

Porque había parecido que aquellas palabras fueran del propio Gamache. Lo que él mismo pensaba, lo que creía.

Y Maureen Corriveau se había dado cuenta de que esa frase no era sólo una pieza del rompecabezas: era la clave para descifrar todo aquel maldito asunto. Ella había estado presidiendo un tribunal mientras aquellos hombres se habían encontrado en otro completamente distinto: una instancia más alta.

Se sentía indignada y abrumada a la vez, y también bastante asustada por lo que acababa de descubrir... y por lo que aún no sabía.

Al fin y al cabo, ¿qué podía hacer que esos funcionarios públicos de alto rango, ambos bajo el juramento de defender la

ley, estuvieran considerando incumplirla?

O lo hubieran hecho ya.

—Estaba citando —contestó Gamache. En sus ojos había una súplica, pero también una advertencia de que lo dejara correr.

Luego se volvió de nuevo hacia el fiscal, y la juez reflexionó lo que acababa de oír y de ver.

Reflexionó sobre lo que, de hecho, acababan de admitir ante sus narices y lo que ella debería hacer.

—¿De modo que ya sospechaban que a Katie Evans la había matado alguien que la conocía? —preguntó Zalmanowitz recuperando el control y siguiendo adelante: al fin y al cabo ya no había vuelta atrás.

—*Oui*. Estábamos ante un crimen que se había planeado tiempo atrás, de manera que el asesino tenía que conocerla de hacía mucho.

—Y conocerla lo suficiente como para desear su muerte. Eso debió de reducir bastante la lista de sospechosos.

—Pues sí.

23

—Tengo que hacerle unas preguntas —dijo Jean-Guy Beauvoir con voz suave, pero formal y seria.

Había conducido bajo una tormenta de aguanieve hasta Montreal para darle la noticia a Beth, la hermana de Katie. Ahora necesitaba que ella se centrara, no que se hundiera más en la pena. El duelo podía esperar; en ese momento, él necesitaba respuestas.

—¿Mencionó Katie alguna vez a un cobrador vestido de negro?

Beth miró a su marido, sentado junto a ella en el sofá. Del sótano les llegaban las voces de sus hijos, que discutían por un ordenador portátil.

—¿Un qué? No.

—¿Su hermana sabía coser?

Lo miraron como si estuviera chiflado. No podía culparlos: esas preguntas le sonaban disparatadas incluso a él.

—¿Coser? —Beth se esforzó en entender el sentido de la pregunta, pero no lo consiguió.

—Llevaba puesta una especie de capa y nos preguntábamos si la habría hecho ella.

—No, no era mañosa en ese sentido... Cocinar sí sabía —añadió Beth con tono esperanzado, como si eso pudiera ser de ayuda.

Beauvoir sonrió.

—*Merci.*

Y, tras anotar ese dato inútil, vio cómo Beth miraba a su marido y esbozaba una sonrisa tensa.

—¿Usted y su hermana estaban muy unidas?

—Sí. Sólo nos llevábamos un año y medio. Ella... ella era más joven. Yo siempre intentaba protegerla, aunque en realidad ella no lo necesitaba, de modo que bromeábamos con eso. Su casa está a sólo un par de calles de aquí, y papá y mamá viven a un par de manzanas. Ay, Dios...

Una vez más, se volvió hacia su marido, que le rodeó los hombros con el brazo.

—Papá y mamá...

—Yo se lo diré —se ofreció Beauvoir—, pero ayudaría que usted estuviera allí.

—Sí, sí, claro. Ay, por Dios...

—¿Katie y usted se lo contaban todo? —preguntó él.

—Diría que sí. Al menos yo se lo contaba todo.

El marido de Beth arqueó levemente las cejas; muy poquito, pero lo suficiente como para mostrar cierta sorpresa... y cierta incomodidad.

—Lo siento, pero necesito que me cuente cualquier cosa que ella hubiera podido compartir con usted y que pudiera resultar comprometedora.

—¿Qué quiere decir?

—¿Incumplió la ley alguna vez? ¿Hizo algo de lo que se sintiera avergonzada, que intentara ocultarle a todo el mundo? ¿Que alguien pudiera echarle en cara?

—No, claro que no.

—Por favor, piénselo.

Intentó recordar.

Beauvoir observó su cara pálida, el cuerpo rígido en sus intentos de controlar el dolor, de mantener la compostura.

—Katie y yo solíamos cogerle dinero a nuestra madre sin que ella se diera cuenta; algunas monedas: veinticinco, cincuenta centavos. Y una vez copió en un examen de geografía: nunca se le dio bien.

—¿Algo más?

Ella hizo una pausa y luego negó con la cabeza.

—No.

—¿Su matrimonio funcionaba bien?

—Parecía funcionar. Además, Katie y Patrick trabajaban juntos.

Una vez más, su marido, Yvon, se revolvió un poco, y Beauvoir lo miró.

Él se dio cuenta y decidió que tenía que explicarse:

—Patrick nunca nos cayó bien, por lo menos a mí. Me parecía que se aprovechaba de ella.

—¿En qué sentido?

—Katie era claramente el cerebro, la que conseguía que las cosas salieran adelante. Sin embargo, ella siempre se... ay, ¿cómo se dice?

—Se doblegaba —intervino Beth—. No era tanto que se sometiera a Patrick, sino que él conseguía siempre todo lo que quería.

—Es un manipulador —opinó Yvon—. No es santo de nuestra devoción.

—No lo es de casi nadie —volvió a intervenir Beth—, sólo de Katie. Era el único tema delicado con mi hermana, pero la queríamos mucho y ella parecía feliz con él, de modo que lo tolerábamos.

Beauvoir asintió: no era insólito encontrar parejas en las que uno de los miembros parecía el dominante sin serlo. Éste podía ser el caso de Katie, la arquitecta, la triunfadora, quien semejaba tener el control cuando en realidad lo tenía Patrick.

—«La tiranía del débil» —dijo Yvon—. Conoce esa frase, ¿verdad? Pues describe perfectamente a Patrick.

«Tiranía», anotó Beauvoir: era una palabra potente.

—¿Algo más?

Ambos reflexionaron un instante.

Era evidente que Beth, después de la impresión inicial y las lágrimas, trataba con todas sus fuerzas de controlarse y ser de ayuda.

A Beauvoir le caía bien, le caían bien los dos, y sospechaba que también le habría caído bien Katie; excepto, quizá, por lo que fuera que había mantenido en secreto.

Todo el mundo tenía secretos, pero algunos apestaban más que otros.

—Tengo una orden judicial para entrar en casa de Katie, ¿podrían venir conmigo?

Yvon se quedó para cuidar de los niños y Beth y Beauvoir recorrieron en coche la corta distancia hasta la casa de Katie y Patrick.

A solas con ella, Beauvoir le preguntó:

—¿De veras no hay nada más?

Beth guardó silencio en el coche, ante la casa, en la oscuridad y bajo la lluvia fría. La vivienda era más grande, menos modesta que la de Beth; sin embargo, nadie la habría descrito como lujosa. Todas las luces estaban apagadas.

—Por favor, no se lo diga a nadie.

—Eso no puedo prometérselo —repuso Beauvoir—, pero tiene que contármelo.

—Katie se sometió a un aborto. Se quedó embarazada en el instituto y tomó esa decisión. Yo fui con ella.

—¿Se arrepintió más tarde? —quiso saber Beauvoir—. ¿Se sintió avergonzada?

—No, por supuesto que no. Era lo que tenía que hacer en aquel momento. Lamentaba que hubiera sido necesario, pero no se arrepentía de su decisión. Era sólo que nuestros padres no lo habrían entendido... y Katie no quería hacerles daño.

—Le sorprendería lo comprensivos que pueden llegar a ser los padres —repuso Beauvoir—. Y hay algo más, ¿no?

Intuía que era así.

—Bueno... mi marido tampoco lo habría entendido.

—¿Por qué no?

—Era suyo. Salieron durante unas semanas en el instituto y luego rompieron. No creo que él sepa que yo conozco esa historia, y sin duda ignora que Katie se quedó embarazada y decidió abortar. Él y yo no empezamos a salir hasta mucho después del instituto; para entonces, Katie y Patrick ya se habían casado.

—¿Y cómo reaccionaría su marido si lo supiera?

Beth lo pensó.

—No lo sé. Creo que ha pasado el tiempo suficiente para que ya no le afecte y, francamente, cuando estaban en el instituto le habría horrorizado enterarse de que la novia a la que acababa de dejar estaba embarazada. Fue la decisión correcta y Katie no lo lamentaba, pero tampoco se sentía orgullosa, y desde luego no quería ir por ahí proclamándolo a los cuatro vientos. Creo que por eso se marchó a Pittsburgh después de haberse graduado: para empezar de cero.

—¿Y por qué a Pittsburgh? —quiso saber Beauvoir.

—Hizo un curso de verano de artes plásticas en la Universidad Carnegie Mellon. Sin embargo, no tardó en descubrir que lo que quería era ser arquitecta, y de todas formas no podía trasladar su expediente a Pittsburgh, así que volvió y solicitó el ingreso en la Universidad de Montreal.

—¿Cómo describiría a su hermana? Hable con franqueza, es importante.

Beth se enjugó las lágrimas, se sonó la nariz y lo pensó un momento.

—Era buena y maternal. Quizá por eso se sentía atraída por Patrick: si hay alguien que necesite cuidados maternales es él. Aunque no estoy segura de que ella le hiciera un favor: también necesita madurar de una vez por todas.

—¿Y por qué ella y Patrick no tuvieron hijos?

—Bueno, aún hay tiempo, ¿verdad? —respondió Beth sin pensar.

En el coche a oscuras, Beauvoir oyó el tamborileo del aguanieve, el silencio atronador y luego los sollozos.

Esperó hasta que hubieron remitido.

—Su plan, su esperanza, era levantar el negocio y luego tener hijos. No tiene... no tenía ni treinta y cinco, había tiempo de sobra —añadió en un susurro.

Entraron en la casa y Beth encendió las luces.

Fue una sorpresa: por fuera era tan anodina como cualquier otra casa de esa calle, pero habían reformado el interior por completo. Los colores eran suaves, pero no sosos, sino cálidos y tranquilizantes; casi tonos pastel, pero no femeninos hasta ese punto.

Las palabras que la describían eran «alegre» y «acogedora». Había muchas estanterías con libros y armarios perfectamente ordenados, la cocina olía a hierbas y a especias, había una cafetera, una tetera, instrumentos varios, todo en su sitio, pero nada colocado a propósito para dar buena impresión.

Era una cocina que se utilizaba.

Formaba una única estancia con la sala de estar y el techo tenía vigas vistas.

Aquello era un hogar, comprendió Jean-Guy: no le costaba imaginar a su propia familia viviendo allí.

Registraron la casa durante media hora sin encontrar nada que apuntara a un secreto o una doble vida, nada que lo sugiriese siquiera. Había unos cuantos volúmenes de literatura erótica y algunos cigarrillos que Beauvoir olisqueó para asegurarse de que no fueran otra cosa. Olían, y parecían, un poco rancios.

En el dormitorio, cogió una fotografía de encima del tocador y reconoció a cuatro de las personas que aparecían, pero no a la quinta.

—Es del primer curso en la Universidad de Montreal —explicó Beth—. Son amigos de toda la vida. Cuesta creer que conociera a Patrick desde hace tanto tiempo, desde su primera juventud.

—¿Le importa si me la quedo? —preguntó Beauvoir.

Le extendió un recibo. Fue lo único que se llevó.

Se dirigieron despacio a la casa de los padres de Katie y, cuando él estaba a punto de darles la noticia, ella se le adelantó. Beauvoir ya no tenía nada que hacer allí, mientras que a ellos les quedaba un durísimo duelo por delante, así que subió a su coche y se apresuró a llegar a casa para abrazar a Annie y besar a Honoré y leerle un cuento antes de regresar a Three Pines.

24

Patrick Evans se balanceaba adelante y atrás en el sofá de la fonda.

Lo que había sido un frío día de noviembre se había convertido en una gélida noche de noviembre.

—No lo entiendo —repetía sin cesar—, no lo entiendo...

Al principio era una especie de invocación, un conjuro, pero a medida que pasaban las horas y seguía sin comprender las palabras y el balanceo se convirtieron en un susurro primitivo, en un acto mecánico.

Matheo había intentado consolarlo; lo hacía con buena intención, pero su técnica dejaba mucho que desear.

—Aparta —le había dicho Lea—, está triste y apenado, no tiene gases... ¡parece que estés intentando hacerlo eructar!

Había estado dándole palmaditas en la espalda a su amigo mientras repetía: «Todo irá bien, Patrick, todo irá bien...».

—Y por cierto —dijo Lea inclinándose hacia él y bajando la voz—, nada irá bien.

Matheo observó cómo su mujer le cogía la mano a Patrick, que la miró con los ojos todavía nublados por las pastillas y el sueño.

E, igual que en el pasado, sintió una punzada de celos.

¿Qué tenía Patrick que provocaba un sentimiento maternal en todas las mujeres? Fuera lo que fuese, en Matheo sólo provocaba al matón que llevaba dentro: lo único que deseaba era pegarle una patada en el culo de una puta vez sin importar lo que estaba sucediendo.

Sabía que era poco razonable, incluso cruel, pero tenía ganas

de gritarle que se controlara, que se sentara derecho, que hiciera algo además de mecerse y llorar: tenían que hablar, tenían que solucionar todo aquello y él, una vez más, no ayudaba en nada.

Se levantó y fue hasta la chimenea, donde descargó sus frustraciones moviendo bruscamente los troncos con el atizador.

Era como si hubieran vuelto al primer curso de la universidad, era de nuevo como *El señor de las moscas*.

La época en la que todos habían formado una especie de maraña que, en realidad, nunca se habían desenredado del todo.

Aquel primer año, cuando se habían conocido, cuando todo había dado comienzo, cuando se habían producido los acontecimientos que los habían llevado a ese lugar terrible en un paraje precioso.

Gabri apareció en el arco que separaba el comedor de la sala de estar de la fonda con una bandeja con tazas y una tetera.

—He pensado que os gustaría tomar algo. Enseguida tendré lista la cena. Me ha parecido que no querríais ir al *bistrot*.

—*Merci* —respondió Matheo cogiéndole la bandeja para dejarla sobre la mesita junto a los brownies que Lea y él habían comprado en la panadería.

Gabri volvió un minuto más tarde con otra bandeja con vasos y whisky, y la dejó sobre un aparador junto a la chisporroteante chimenea.

Luego, inclinándose sobre el hombre desconsolado, susurró:

—Yo tampoco lo entiendo, pero sé que descubrirán a quien ha hecho esto.

Aquellas palabras, sin embargo, no consolaron a Patrick, que pareció hundirse y retraerse incluso más.

—¿Crees que será así? —musitó.

—Sí, lo creo.

Al incorporarse, Gabri se preguntó si aquel lamento, «no lo entiendo», tenía que ver con algo más que con el asesinato de su mujer.

Y por qué sentía el descabellado deseo de abofetear a aquel hombre.

Volvió a su cocina, se sirvió una copa de vino tinto y se sentó en un taburete junto a la encimera a contemplar la oscuridad a través de la ventana.

Luego se levantó para preparar un pastel de cordero y patatas: tenía que velar por el bienestar de sus huéspedes. Sospechaba que lo que Gamache descubriera no iba a procurarles mucha paz y que, probablemente, tampoco disfrutarían mucho de la comida.

Mientras la cocina se llenaba de los aromas del sofrito de ajo y cebolla y de la carne picada dorándose al fuego, pensó en los cuatro amigos y en el estrecho vínculo que los unía. Ese vínculo, que se traducía en camaradería y confianza, le había parecido evidente desde la primera vez que se alojaron en la fonda, años atrás, y le había parecido maravilloso desde entonces.

Hasta esta última visita.

En esta ocasión había notado desde el principio que algo estaba fuera de lugar, empezando por el momento elegido, a finales de octubre en lugar de en agosto. Resultaba desconcertante: ¿por qué ir cuando hacía frío y el cielo estaba gris y el mundo estaba a punto de dormirse o de morirse?

¿Por qué en esas fechas?

La oscuridad y el frío de noviembre no estaban sólo en el exterior: se habían colado sigilosamente en la fonda junto con esos huéspedes, esos amigos.

Parecían cordiales, pero no tanto como antes; parecían felices, pero no tanto como antes; disfrutaban de estar juntos, pero no tanto como antes. Pasaban menos tiempo juntos y, pese

a las invitaciones, menos tiempo en el *bistrot* con él, Olivier y los demás.

Entonces había llegado el cobrador y el frío se había extendido por todo el pueblo.

Y ahora esto: Katie había muerto, alguien le había quitado la vida.

—Se ha ido —dijo en voz alta con la esperanza de asimilarlo.

Pero allí faltaba algo más que Katie: lo captaba en la sala de estar, era inconfundible.

Todavía formaban un círculo muy unido, muy antiguo, eso era evidente: si las piedras de Stonehenge pudieran respirar, serían esos amigos. Sin embargo, mientras escurría las patatas, Gabri se encontró preguntándose en qué había consistido realmente aquella relación de tantos años, de toda una vida.

¿Habían sido compañeros de armas en las trincheras, protegiéndose mutuamente? ¿Hermanos y hermanas quizá, en la misma habitación? ¿Esposas y maridos, y amantes? ¿Eternos amigos íntimos o algo completamente distinto?

Seguían unidos como siempre, pero había salido a la luz algo que antes permanecía oculto.

Le pareció ver las grandes piedras de Stonehenge inclinándose hacia delante, hacia dentro, como si se atrajeran unas a otras.

Pero la misma fuerza que las impulsaba a juntarse las hacía caer.

Y cuando el polvo se posaba, estaban todas en el suelo, desmoronadas: lo que antaño era majestuoso y digno de contemplar había quedado destruido.

—Se ha marchado ya —musitó Gabri de nuevo al mismo tiempo que vertía nata líquida sobre las humeantes patatas Yukon Gold.

Luego agregó un poco de mantequilla y contempló el resultado.

—Qué diablos...

Acercándose a la nevera, sacó un taco de queso gruyer, cortó unos buenos pedazos y observó cómo se fundían con la mantequilla, la nata y las patatas.

Y se puso a hacer el puré esforzándose al máximo en eliminar cada grumo, balanceándose adelante y atrás mientras repetía:

—No lo entiendo, no lo entiendo...

—¿Cómo es posible que haya pasado esto? —le susurró Matheo a Lea cuando se plantaron ante el fuego para calentarse.

Había sido una mala idea desde el principio, pero por lo menos no había sido idea suya: eso le procuraba cierto consuelo y cierta protección.

Sin embargo, estaba empezando a preocuparse: podían hacer creer que había sido su idea, y muy fácilmente.

No costaría mucho convencer a Gamache de que él había sido el instigador, y a partir de allí sólo había un paso para que pasaran a considerarlo el asesino.

Matheo empezaba a preguntarse si ése habría sido el plan desde el principio: no limitarse a una negación plausible de los hechos, sino achacárselos plausiblemente a alguien.

Pero eso significaría que se trataba de un plan a largo plazo que él ni siquiera había sospechado, y que habría sido necesaria la colaboración de otros, incluida Lea.

¿Era eso posible?

Dejó su vaso sobre la repisa de la chimenea.

—¿Qué pasa? —preguntó Lea. Podía percibir su ansiedad.

—No me sorprendería que acabaran acusando al menos a alguno de nosotros —dijo él bajando la cabeza y la voz.

—¿Del asesinato de Katie?

—De todo. ¿Has pensado en eso?

Lo cierto era que Lea no estaba lejos de llegar a la misma conclusión: que quienquiera que acudiera primero a Gamache tendría la ventaja de darle forma a la historia, de incriminar a los demás.

Se oyó un leve tamborileo en los cristales de la ventana; no era lluvia ni nieve, sino algo a medio camino.

El mundo exterior estaba cambiando, y no lo estaba haciendo a mejor.

Y los agentes de policía estaban ahí fuera, al parecer por todas partes, allí donde ellos mirasen.

Yendo de aquí para allá con sigilo, acechando desde rincones oscuros, abriendo puertas cerradas con llave, arrastrando al exterior cosas que deberían haber permanecido ocultas.

A Matheo y a ella los habían interrogado mientras Patrick dormía. No habían sabido qué decir, de modo que no habían dicho nada.

—Acabarán por descubrirlo. —Señaló con la cabeza a Patrick —. Creí que él iba a contárselo cuando le dieron la noticia.

—Yo también lo pensé, pero creo que estaba aturdido... y encima había tomado Orfidal: eso fue buena idea.

—Sólo una pastilla —dijo ella.

—Claro, ¿quién en su sano juicio le daría más?

Lea captó el tono de amenaza en su voz. No le tenía miedo, la verdad, al menos normalmente no, aunque nada de lo que estaba sucediendo era normal.

—¿Y por qué lo hiciste? —preguntó Matheo.

—No lo hice.

—Yo no soy Gamache, no soy un poli —repuso Matheo—, a mí no puedes mentirme: sabes lo mismo que yo. —Se inclinó más hacia ella—. ¿O sabes más?

—No te atrevas a hacer eso —susurró Lea, o más bien lo siseó.

Tenían más o menos la misma estatura y complexión, y

aunque no pudiera con él físicamente siempre podía superarlo desde el punto de vista intelectual. No es que fuera tonto, pero ella era muy lista, muy astuta, y todos lo sabían, incluida ella misma.

Siempre se las había apañado para controlarlo, sobre todo porque, como bien sabía, a diferencia de Matheo ella era capaz de controlarse a sí misma.

Aunque en ese momento sentía que la situación se le iba de las manos. Todo se les estaba yendo de las manos: era como si hubieran caído en arenas movedizas y estuvieran empezando a hundirse.

Todos le habían mentido a la policía: habían dicho que no sabían nada cuando en realidad lo sabían todo.

—Estamos jodidos —soltó Matheo.

—Katie está muerta ¿y eres tú quien está jodido? —replicó Lea—. Deja ya de mirarte el ombligo, joder. Levanta la cabeza y deja de pensar sólo en ti mismo.

—Como si tú estuvieras pensando en alguien más que en ti misma...

Lea lo miró a los ojos tratando de no darle la satisfacción de comprobar que tenía razón. Ella había descubierto algo sobre sí misma ese día: si sentía que empezaba a hundirse, lo único que le importaba era salvarse a sí misma.

«Que Dios me ayude», pensó. Siempre había creído que sería como los músicos del *Titanic* o como una de esas alemanas que escondían a algún judío en el desván.

Pero ahora sabía que no era así: cuando chocaran contra el iceberg, arrojaría a los niños del bote de salvamento para salvarse ella.

Cuando llamaran en plena noche, señalaría hacia la puerta oculta.

Sí, pensó. Esa noche había muerto algo más que Katie: también la mujer que ella creía ser, que esperaba ser, se había

convertido en un cadáver frío.

Aun así, quizá no era demasiado tarde, quizá su corazón aún latía.

Disponía de un poco de tiempo para pensar.

Matheo tenía razón en una cosa: el primero en acudir tendría ventaja.

Miró el reloj sobre la repisa de la chimenea: eran pasadas las seis. De la cocina le llegaba un olor delicioso.

—Creo que voy a dar un paseo —dijo.

—Ahí fuera llueve o cae aguanieve o lo que sea —repuso Matheo—, ¿o tienes previsto dar un paseo muy corto?

Matheo señaló con la cabeza la casa de los Gamache, justo enfrente de la fonda.

—Tú no vas a ninguna parte y yo tampoco. Seguiremos juntos —dijo Matheo. Al oír su tono, Lea casi notó el sabor de las arenas movedizas.

Él observó atentamente a su mujer. No se hacía ilusiones: siempre lo había sabido, desde el momento en que se habían conocido en la Universidad de Montreal.

Lea era eficiente, era lista y lúcida... y algo más.

Era implacable.

Pero él también, y eso los había conducido hasta donde estaban.

25

—Myrna acaba de llamar —comentó Reine-Marie—. Nos ha invitado a su casa a tomar unas copas y compartir información.

—¿Tiene información?

Armand, sentado en el sofá, la miró por encima de sus gafas de lectura. Estaba rodeado de carpetas, cada una de las cuales contenía un informe resumido de un departamento.

—Bueno, no exactamente: pensaba poner las copas y tú tendrías que poner la información, *mon beau*.

—Entiendo... —repuso él con una sonrisa.

—Al parecer le parecía un intercambio justo, pero le he dicho que no podemos: Isabelle y Jean-Guy llegarán en cualquier momento a cenar.

Gamache miró el reloj: eran poco más de las seis, aunque parecía mucho más tarde: el sol se ponía cada vez más temprano. Se había puesto un jersey en vez de la americana del traje y se había instalado frente a la chimenea a tomar notas.

Se quitó las gafas y dejó a un lado la carpeta.

Las notas no tenían que ver con el caso: Isabelle y su equipo ya estaban a cargo, no necesitaban su ayuda.

Estaba absorto en algo totalmente distinto.

Sobre el sofá podía verse, muy arrugada, la servilleta de la comida con Madeleine Toussaint en la que habían hablado del fracaso de la Sûreté y el resto de las fuerzas policiales frente al tráfico de drogas. De hecho, parecía que la situación empeoraba de un modo inversamente proporcional a los esfuerzos para solucionarla, como las ataduras que se hacen más apretadas cuanto más forcejeas para liberarte.

«Pero supongamos que...».

Clavó la mirada en el fuego, hechizado por su movimiento fluido, casi líquido, y dejó vagar sus pensamientos.

¿Y si uno dejaba de resistirse? Si se dejaba llevar, ¿qué pasaría entonces?

Ya no veía las llamas, por lo menos no las que danzaban en la chimenea.

Volvió a mirar la servilleta.

Era demasiado absurdo, imposible.

Pero habían perdido la guerra y aun así seguían luchando porque tirar la toalla era todavía peor: inconcebible.

No obstante, seguía pensando.

«Supongamos que...».

«Supongamos...».

Lo de tirar la toalla lo habían hecho ya.

Pensó en Honoré, el hijo de Jean-Guy, que apenas tenía unos meses. Si los cárteles tenían tanto poder a esas alturas, ¿cómo serían para cuando tuviera trece o catorce años? Sin duda estarían en el patio del colegio, en las calles, y él, Gamache, tendría más de setenta, se habría jubilado.

Pensó en sus nietas Florence y Zora, que vivían en París e iban a la guardería y al parvulario.

Como si se tratase de una animación del History Channel, vio cómo el mapa de Europa cambiaba de color a medida que la plaga se extendía, cómo traspasaba las fronteras y se acercaba más a sus nietas, cerniéndose sobre ellas.

Era imparable. Cruzaba fronteras, no conocía límites territoriales ni morales: nada impediría que las drogas llegaran al mercado.

Nada.

«Caen cenizas del cielo y todos muertitos al suelo».

Por fin se encontraba en situación de poder hacer algo: era el superintendente jefe de la Sûreté du Québec, pero no había

nada que hacer. Lo habían intentado todo y todo había fracasado.

Excepto...

Contempló una vez más el fuego.

«Quememos las naves».

Volvió a ponerse las gafas y empezó a escribir de nuevo.

Diez minutos después, levantó la mirada y vio a Reine-Marie sentada a su lado con la mano apoyada en el libro abierto que descansaba sobre su regazo. Pero en lugar de leer miraba al frente, y él sabía en qué pensaba, qué sentía, qué veía.

El personaje de negro en la despensa.

Le tomó una mano entre las suyas. Estaba fría.

—Lo siento, no debería estar trabajando.

—Claro que sí, estoy bien.

—¿Incluso GENIAL?

Ella se echó a reír.

—Incluso.

Su vecina, Ruth, le había puesto el título de *Genial* a su último libro de poesía (las siglas de Grillada, Egoísta, Neurótica, Insegura y Alienada). Había vendido unos cincuenta ejemplares, la mayoría a amigos que sabían reconocer la genialidad y la verdad.

Ruth estaba GENIAL, desde luego, y ellos también.

—Llamaré a Myrna a ver si sigue en pie la invitación —dijo él levantándose para ir a su estudio, donde había un teléfono—: a ambos nos vendría bien esa copa y la compañía.

—¿Y qué hacemos con Isabelle y Jean-Guy? —preguntó ella.

—Les dejaremos una nota.

Una vez en el estudio, Gamache metió la servilleta y el cuaderno en el cajón del escritorio y se dispuso a cerrarlo con llave, no por Reine-Marie, Jean-Guy o Isabelle, sino simplemente para que no cayera en manos de la persona equivocada: era un hombre cauto, había aprendido por las

malas que a veces ocurrían cosas inesperadas.

Antes de cerrar el cajón, dio un par de golpecitos sobre la tapa del cuaderno como si tratara de despertar a alguien con delicadeza, un par de golpecitos en el hombro de aquella idea extraña y posiblemente grotesca, a ver si ésta se daba la vuelta.

Y si era el caso, ¿qué aspecto tendría?

¿Sería un monstruo? ¿Un salvador? ¿Ambas cosas?

Cerró el cajón con llave e hizo la llamada.

—Todo organizado —declaró cogiendo el abrigo del perchero junto a la puerta.

La neblina espesa se había convertido en llovizna que, a su vez, se había transformado en aguanieve y más tarde en nieve.

«Es un mundo en constante cambio —pensó—. Hay que adaptarse o morir».

Jean-Guy se recostó de nuevo en la silla, se quitó las gafas y clavó la mirada en la pantalla.

A su regreso de Montreal, le había contado a Lacoste su encuentro con la hermana de Katie y el registro de la casa.

—No he encontrado mayor cosa, pero me he traído esto.

Le enseñó la fotografía.

—¿Este otro muchacho es Edouard, el que murió? —preguntó Lacoste.

—*Oui*.

Se veía increíblemente joven. Era rubio, tenía una gran sonrisa y unos ojos chispeantes. Uno de sus brazos, delgados y bronceados, estaba sobre los hombros de Katie.

Los demás también sonreían, jóvenes y poderosos, aunque ninguno brillaba tanto como Edouard.

—Qué pena —dijo Lacoste en voz baja, y luego guardó silencio mientras estudiaba de cerca la imagen—. Me pregunto cómo se sentiría Patrick...

—¿A qué te refieres?

—Al hecho de que Katie conservara esta vieja foto. Claramente es de cuando Edouard y ella tenían una relación.

Eso era evidente: la conexión entre ambos saltaba a la vista en aquella fotografía.

—Bueno, Patrick ganó —dijo Beauvoir—, y quizá esa foto se lo recordaba. A lo mejor fue él quien quiso conservarla.

—Puede ser.

Se habían ido cada uno a su escritorio en el centro de operaciones y Beauvoir tecleaba una nueva búsqueda.

Se reclinó en la silla y esperó a que apareciera el resultado.

Los agentes a su alrededor estaban ante sus teclados o al teléfono.

Isabelle Lacoste, sentada a su mesa en el centro de la sala, tenía los pies en alto y las piernas cruzadas a la altura de los tobillos, chupaba un boli y leía las notas de los interrogatorios.

El agente al que le había encargado la comprobación había vuelto de Knowlton para informarles de que la víspera se había celebrado la noche del bistec con patatas en el restaurante y la camarera había estado tan ocupada que no habría sabido decir ni si su madre había estado cenando allí la víspera, mucho menos Patrick y Katie.

No había recibo de tarjeta de crédito, así que, si habían estado allí, habían pagado en metálico, lo cual resultaba curioso, pensó Beauvoir: ya no recordaba la última vez que había pagado una comida en metálico.

Volvió a centrarse en su pantalla. Sabía que debería haber pedido permiso a Lacoste antes de instalarse en uno de los escritorios; al fin y al cabo, aquélla no era su investigación. Tenía que acostumbrarse a eso: ya no era el segundo al mando en la división de Homicidios, sino el segundo al mando de toda la Sûreté.

Jean-Guy había decidido actuar como si, pese a no

pertenecer a ninguna división específica, de hecho formara parte de todas ellas. Era lo bastante realista como para admitir que aquélla era una impresión que casi nadie más en la Sûreté compartía, incluido Gamache.

Aun así, hasta que Lacoste lo sacara de allí de una patada, pensaba quedarse. Echaría una mano, lo quisiera ella o no.

De modo que había decidido que aquél era su territorio y se había instalado allí.

Su portátil estaba enchufado al cable de Internet. Allí no había conexión inalámbrica, pero habían instalado una antena de satélite en el campanario de la iglesia y los técnicos de la Sûreté habían conseguido que tuvieran señal.

Como ya no era capaz de quedarse sentado mirando, arrojó las gafas sobre la mesa, se levantó y empezó a caminar en círculo por la habitación. Pensando, pensando.

Andaba con las manos a la espalda y cabeceaba ligeramente a cada paso, era como una meditación en movimiento, aunque él habría rechazado semejante descripción por acertada que fuera.

Había muchas cosas del asesinato de Katie Evans que resultaban un verdadero fastidio: el cobrador, el móvil, el paradero del asesino...

¿Lo había hecho el cobrador o éste era otra víctima? ¿Seguía el asesino en el pueblo? Quizá estaba disfrutando de una cerveza o de un chocolate caliente ante una alegre chimenea, calentito y con su misión cumplida por fin.

Aquéllas eran las preguntas de mayor calado, pero para encontrar respuestas primero tenían que plantearse una serie de cuestiones aparentemente menos relevantes.

Como, por ejemplo: ¿qué había sido del bate?

Jean-Guy todavía albergaba la sospecha de que *madame* Gamache, en su comprensible estado de shock, sencillamente no lo había visto.

La despensa era oscura, y al descubrir el cuerpo, todo lo demás habría podido quedar en un segundo plano.

Ésa le parecía una explicación mucho más plausible que la de que el arma del crimen hubiera desaparecido y reaparecido después, una vez hallado el cuerpo.

Su mente racional, que siempre llevaba las riendas, le decía que eso era absurdo.

Pero las tripas, que en los últimos tiempos le daban guerra y le provocaban ciertas molestias, lo hacían dudar.

Sabía por experiencia que a Reine-Marie Gamache, que había sido responsable de la biblioteca de los Archivos Nacionales de Quebec, no se le pasaba por alto casi nada. Era una mujer tranquila y despierta, nada distraída.

Su instinto le decía que, de haber habido un bate en la despensa, ella lo habría visto.

Los razonamientos y las intuiciones lo tenían hecho un lío.

Dejó de caminar en círculos y se dirigió a la despensa. Se detuvo ante la cinta que delimitaba el escenario del crimen y miró fijamente la pequeña habitación oscura.

Si el asesino se había llevado el bate, ¿por qué no lo había hecho pedazos y quemado? Quizá no le habría resultado fácil en la ciudad, pero ¿en aquel pueblo? Allí todo el mundo tenía chimenea, estufas de leña. Podría haber reducido a cenizas el bate en cuestión de minutos.

¿Por qué devolverlo?

—¿En qué piensas?

Dio un respingo del susto.

—Hostia, Isabelle. —Se llevó la mano al pecho y la miró con intensidad—. Casi me matas.

—Te lo tengo dicho —repuso ella acercándose para que nadie los oyera—: las palabras son peores que las balas.

Beauvoir, que no tenía intención alguna de que lo matara una palabra, por bien dirigida que estuviera, la miró fijamente.

—Le he preguntado a la hermana de *madame* Evans por el cobrador. Es evidente que jamás había oído hablar de nada parecido —dijo.

—Creo que Matheo Bissonette está en el meollo de todo esto: es el único que llegó aquí sabiendo lo que era un cobrador. Sin él, seguiríamos pensando que se trataba simplemente de un hombre ridículo enfundado en un viejo disfraz de Halloween: Darth Vader en la plaza del pueblo.

—Aun así, sigo sin entenderlo. ¿Qué clase de asesino, salvo en los cómics, se disfraza y se pasea en público? ¡En público! —recalcó—. El asesino se dedica a llamar la atención ¿y luego mata a su víctima?

—Pues eso fue lo que hizo —repuso Lacoste—, a no ser que el cobrador no tenga nada que ver con el asesinato.

—¿Qué quieres decir?

—Supongamos que estuviera aquí para atormentar a otra persona. Su cometido era ser la voz de la conciencia, ¿cierto? No un asesino. Pero alguien se aprovechó de eso para matar a Katie Evans...

—Y echarle la culpa al cobrador —concluyó Beauvoir—. Pero eso querría decir que quienquiera que llevara el disfraz también está muerto.

—O está muerto o se asustó y huyó despavorido sabiendo que lo acusarían —dijo Lacoste.

—O que sería el siguiente. ¿Cuándo tendrás el análisis del disfraz?

—Lo he puesto como prioritario, pero ha llegado al laboratorio hace sólo un par de horas.

Beauvoir asintió. Habían pedido muestras de ADN a todos los interrogados y nadie se había negado. Esas muestras podían revelarles muchas cosas. Lo que él de verdad quería saber era quién había llevado el disfraz antes de que se lo pusieran a *madame* Evans, aunque esa persona estuviera ya lejos del

pueblo... y quizá de este mundo.

—He estado revisando los interrogatorios que ha llevado a cabo el equipo esta tarde —dijo Lacoste—. No veo nada de interés: la mayoría de los habitantes de Three Pines no conocían a Katie Evans, y los que sí, como Lea Roux y Matheo Bissonette, no han sabido decir qué podría haber querido ocultar.

—Puede que mientan —sugirió Beauvoir.

—¿Tú crees? —dijo Lacoste fingiendo sorpresa—. Su hermana te habló del aborto, pero no me cuadra que alguien la matara por eso, ¿a ti sí?

—Hay mucho loco suelto —repuso Beauvoir—, pero no. Todavía no hemos encontrado nada en su pasado que explique la presencia del cobrador.

—O sea, que quizá no estaba aquí por ella —insistió Lacoste —. Es posible que viniera por algún otro. Hay dos personas nuevas en el pueblo: Anton Lebrun, que trabaja de lavaplatos en el *bistrot*, y Jacqueline Marcoux.

—La panadera —añadió Beauvoir.

A Isabelle no le sorprendió nada que el hombre de la creciente «intuición» conociera a la mujer que hacía los éclairs.

—Como sabemos, ambos trabajaban para una familia antes de llegar aquí.

—¿Y cómo pasó él a convertirse en lavaplatos y ella en ayudante de panadería? ¿Los despidieron?

—La familia se mudó —explicó Lacoste revisando las notas —. Lo interesante es que tanto Anton como Jacqueline se negaron a contestar preguntas sobre su antiguo jefe: dijeron que no podían, que habían firmado un acuerdo de confidencialidad. Parecían bastante intimidados por aquel individuo, temerosos de que los denunciara. Tuve que recalcarles que una investigación de asesinato tiene prioridad sobre un acuerdo de confidencialidad y que no les preguntaba

qué comía esa familia ni con quién se acostaban, que sólo necesitaba saber su nombre para confirmarlo todo.

—¿Tan reacios se mostraron? —preguntó Beauvoir—. Más que simple preocupación, parece miedo. Suena a intimidación. ¿Qué familia era?

Lacoste resiguió la página con el dedo.

—Él se llama Antonio Ruiz y ella María Celeste.

Beauvoir se había quedado tan quieto como un cazador al oír crujir una ramita.

Antonio Ruiz y María Celeste.

—Y dices que se mudaron —continuó Beauvoir—. ¿Adónde?

—Los trasladaron de vuelta a su país: a España.

Él abrió la boca despacio y de sus labios brotó un:

—Ajá.

—A Barcelona —añadió ella al ver su reacción.

—Podría ser una coincidencia —dijo él—. Tiene que serlo: no veo qué relación puede existir entre ambas cosas.

Pero continuó muy quieto y callado, dejando que la inquietud se apoderase de él.

España: el lugar de procedencia del cobrador y donde más abundaba la versión moderna con frac y sombrero de copa. Aunque últimamente se había visto con mayor frecuencia a la original: la voz de la conciencia.

—¿Admitieron Anton o Jacqueline conocer la existencia de la figura del cobrador? ¿Lo mencionó Ruiz alguna vez?

—Les pregunté al respecto, pero ambos negaron saber nada —repuso Lacoste.

—Este tal Antonio Ruiz, ¿a qué se dedica? —preguntó Beauvoir.

—No quisieron decírmelo.

Beauvoir se enfadó.

—Venga ya, ¿ni siquiera te dijeron eso?

—No sería difícil averiguarlo —repuso Lacoste—: debe de ser

alguna clase de empresario.

—Probablemente —dijo Beauvoir—. En España, los hombres de negocios son sin duda los blancos principales de los cobradores. Ruiz sin duda tenía que saberlo, ya sea porque él mismo hubiera sido su objetivo o porque conociera a gente que lo había sido. En el peor de los casos, los habría visto por la calle.

—O en los periódicos —coincidió Lacoste—: seguramente es de los que leen la prensa económica. ¿Crees que habló del tema y Anton y Jacqueline lo oyeron?

—Es posible. Aun así —admitió Beauvoir—, de eso a asesinar a *madame* Evans hay un buen trecho.

Lacoste asintió: el asesinato a menudo la hacía pensar en Aníbal cruzando los Alpes. ¿Cómo llegaba tan lejos un ser humano? ¿Cómo pasaba de sentirse molesto, herido o enfadado, incluso deseoso de venganza, a arrebatar una vida?

¿Cómo podía una curiosidad de la remota España convertirse en un cuerpo maltrecho y molido a palos en una despensa en Quebec?

Y aun así, ocurría, igual que se cruzan los Alpes.

Sin embargo, como Gamache se encargaba de meterles en la cabeza a los agentes novatos, un asesinato es siempre trágico y casi siempre simple, eran ellos mismos quienes a menudo complicaban las cosas.

Y a un asesino le gustaba que lo hicieran: le gustaba desaparecer en la niebla.

¿Era ésa la respuesta simple a todo aquello?

—Déjame hacer una llamada a la Guardia Civil española —dijo Beauvoir—, a ver si saben algo de Antonio Ruiz.

—Buena idea. —Lacoste volvió a su mesa y se centró de nuevo en la pantalla de su portátil, pero al ver que Beauvoir no se marchaba, giró la silla hacia él.

—¿Hay algo más?

—Creo que sí.

Beauvoir se acercó a su escritorio y regresó con su propio portátil.

—Esto.

—Estamos aquí arriba —la voz de Myrna descendió cantarina por las escaleras y llegó hasta la librería.

Había oído el tintineo de la campanilla de la puerta y unos pasos que subían a la buhardilla.

Clara ya estaba sirviendo una copa de vino tinto para Reine-Marie y un whisky para Gamache.

—Dios mío, qué frío —comentó Reine-Marie mientras sacudía las motitas de nieve de su abrigo y lo dejaba sobre la barandilla—. *Merci*.

Aceptó la copa que le tendía Clara y siguió a sus amigas a la sala de estar.

Myrna indicó con un ademán las butacas que quedaban más cerca de la estufa, mientras que ella y Clara se sentaron enfrente, en el sofá.

—Bueno —dijo Clara poniendo los pies sobre el escabel—. Ya tenéis vuestra copa. Ahora, pagad por ella. Información, por favor.

Gamache dio un sorbo a su whisky y suspiró.

—Isabelle sigue con los interrogatorios —dijo—. A vosotras ya os ha interrogado, ¿verdad?

Las dos mujeres asintieron.

—Me temo que no hemos sido de mucha ayuda —respondió Clara—. Por lo menos yo. No vi nada: no vi ni a Katie ni al cobrador subir hasta allí.

—¿Cómo os pareció que estaba Katie durante esta visita? —preguntó él.

—Yo diría que como siempre —contestó Myrna—. Quizá

algo distraída, pero quizá son imaginaciones mías, teniendo en cuenta lo que ha pasado.

—Venga, Armand —soltó Clara—. Danos algo. No es mera curiosidad, ¿comprendes? Hay un asesino ahí fuera y sinceramente tengo miedo.

—Lo entiendo —contestó Armand—, y ésa es una de las razones por las que estoy aquí. No puedo decir mucho, en parte porque no sabemos gran cosa, pero sí puedo deciros que el asesinato de Katie Evans no parece haber sido fortuito.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Myrna—. ¿Que ella era el objetivo desde el principio? ¿Fue el cobrador quien lo hizo? Tiene que haber sido él.

—Eso parece —repuso Gamache preguntándose si captarían su evasiva.

—Pero ¿por qué jugar con ella? —insistió Clara—. Es increíblemente cruel.

—Por lo que tú nos contaste, los cobradores originales no eran crueles —dijo Myrna—. Eran casi pasivos, como si estuvieran cometiendo un acto de desobediencia civil.

—No sería la primera vez que algo bueno y decente se tuerce para satisfacer otras intenciones ocultas —intervino Reine-Marie.

—Pero aun así, basta con pensar en la actitud del cobrador —terció Clara—: simplemente estuvo ahí de pie dos días seguidos, sin hacerle daño a nadie.

—Hasta que mató a Katie —puntualizó Myrna, aunque luego negó con la cabeza—. Sigue sin tener sentido: si la intención es aterrorizar a alguien, ¿por qué hacerlo mediante una oscura figura española que nadie conoce? Y encima tratándose de una figura no violenta.

Armand asentía. La cosa volvía a centrarse en eso: si los cobradores eran conocidos por algo era por sus extraordinarios actos de valentía.

—No hizo nada malo —añadió Clara—, y sin embargo todos lo odiábamos.

—Vosotras salisteis en su defensa cuando lo amenazaron —recordó Gamache.

—No queríamos que acabase muerto —explicó Myrna—. Pero Clara tiene razón: queríamos que se fuera de aquí, incluido tú, si no me equivoco.

Gamache asintió. Clara no se equivocaba: el cobrador era un extraño, un personaje inesperado que había acudido sin invitación.

Que no se comportaba según las reglas de la normalidad.

Su presencia había sacado a la luz algunas cuestiones incómodas, desagradables, quizá incluso alguna verdad.

—Tenéis razón —admitió—. A pesar de todo, es importante no montarse películas: hay muchas probabilidades de que él asesinara a *madame* Evans.

—Quizá... —empezó Clara, pero se interrumpió.

—Continúa —la animó Myrna—, dilo.

—Quizá ella se lo merecía... Lo siento, es horrible decir una cosa así: nadie se merece eso.

—No —coincidió Reine-Marie—, pero todos sabemos a qué te refieres. Tal vez Katie Evans hizo algo que provocó esta situación.

—Tuvo que ser así —opinó Myrna—. Al menos si lo que nos habéis contado es cierto y el cobrador actuaba como la voz de la conciencia.

—Pero la voz de la conciencia no mata —intervino Clara.

—Por supuesto que sí —repuso Myrna—: para evitar un mal mayor, sí.

—¿De modo que el asesinato está justificado a veces? —preguntó Reine-Marie.

—Si no justificado, por lo menos sí tiene una explicación —declaró Myrna llenando el breve silencio—. Incluso las

atrocidades. Puede que esa explicación no nos guste, pero no se puede negar. Pensad en los nazis, si no. ¿Por qué ocurrió el Holocausto?

—Porque unos líderes ilusos y hambrientos de poder necesitaban un enemigo común —respondió Clara.

—No —dijo Myrna—: ocurrió porque nadie los detuvo, porque no hubo suficiente gente que se enfrentara a ellos lo bastante pronto. ¿Y por qué no lo hicieron?

—¿Por miedo? —preguntó Clara.

—Sí, en parte, y en parte por adoctrinamiento: a su alrededor, alemanes respetables veían a otros exhibir un comportamiento brutal con quienes consideraban forasteros: judíos, gitanos, gays... Se convirtió en lo normal y aceptado; nadie les dijo que lo que estaba ocurriendo estaba mal. De hecho, todo lo contrario.

—No debería haber hecho falta que nadie lo dijera —espetó Reine-Marie.

—Myrna tiene razón —intervino Gamache rompiendo su silencio—. Constantemente vemos situaciones como la que acaba de describir: yo lo vi en la Academia de la Sûreté, lo vi en la brutalidad de la propia Sûreté, lo vemos cuando los matones están al mando: se convierte en parte de la cultura de una institución, de una familia, de un grupo étnico, de un país, se vuelve no sólo algo aceptado, sino esperado, incluso aplaudido.

—Pero lo que describes es una especie de falsa conciencia —opinó Reine-Marie—. Algo que puede parecer «correcto», pero que en realidad no lo es. Nadie con conciencia aceptaría algo así.

—Me pregunto si eso es cierto —dijo Myrna—. Hubo un célebre estudio psicológico, un experimento que se diseñó como respuesta a los nazis que, al ser juzgados, se defendían diciendo que tenían la conciencia limpia, que estaban en guerra

y sólo hacían lo que les mandaban, como hizo Eichmann al ser detenido varios años después del fin del conflicto. La opinión pública se escandalizaba diciendo que ninguna persona normal haría lo que hicieron los nazis, y que ninguna sociedad civilizada se mantendría al margen dejando que ocurriera algo así, de modo que los sociólogos, durante el juicio de Eichmann, pusieron a prueba la cuestión...

—Espera —pidió Clara—. Antes de que nos lo cuentes necesito otra copa. ¿Alguien más?

Gamache se levantó.

—Déjame a mí.

Él y Myrna se llevaron las copas a la cocina para servir más vino.

—¿Tú no quieres? —le preguntó ella señalando el Glenfiddich.

—*Non, merci.* Creo que esta noche todavía me quedan unas horas de trabajo por delante. Ese estudio al que te refieres, ¿era el experimento Milgram de Yale?

—Sí. —Myrna miró en dirección a Reine-Marie y Clara, que charlaban junto a la estufa—. ¿Crees que ellas lo habrían hecho?

—¿La cuestión no sería más bien si lo habríamos hecho tú o yo?

—¿Y la respuesta?

—Quizá lo estamos haciendo ahora mismo sin darnos cuenta —repuso él, y pensó en el cuaderno que había dejado bajo llave en su casa y en lo que barajaba hacer.

Pero él, a diferencia de los nazis, no seguiría órdenes: sería quien las estaría dando.

Centenares, quizá miles de personas podrían morir.

¿Podía justificarlo?

26

Isabelle Lacoste se inclinó sobre el ordenador portátil de Jean-Guy.

Las luces fluorescentes del sótano de la iglesia iluminaban con crudeza la pantalla y el rostro de la inspectora, que se reflejaba en ella.

«¿Desde cuándo me veo tan vieja, tan pálida, tan preocupada?», se dijo.

La fotografía que Beauvoir había estado esperando que se descargara había aparecido por fin y él había llevado su portátil al escritorio de Lacoste y se había sentado a su lado.

Pero no miraba su pantalla: sabía lo que vería allí.

Miraba directamente a Isabelle Lacoste.

Ella apoyó un codo en la mesa y se llevó una de sus cuidadas manos a la cara.

La fotografía en el portátil mostraba a una mujer.

—Ésa no es *madame* Evans —dijo finalmente.

—No, es una foto tomada hace unos dieciocho meses en Pittsburgh. He estado investigando a Katie Evans. Por el momento, parece que era lo que todos dicen: una arquitecta muy prometedora. Hizo su proyecto de fin de carrera sobre casas acristaladas, adaptándolas a climas rigurosos como el nuestro. Y, como ya sabemos, completó sus estudios en la Universidad de Montreal.

—Donde se conocieron todos.

—*Oui*. Pero el verano entre el instituto y la facultad lo pasó haciendo un curso en Carnegie Mellon...

—En Pittsburgh —añadió Lacoste volviendo a mirar la

pantalla.

La fotografía era banal y terrorífica al mismo tiempo. Quizá a causa de la extrema normalidad del noventa por ciento de la imagen y del horror que asomaba apenas en uno de sus bordes.

—*Monsieur* Gamache me pidió que investigara sobre el cobrador hace un par de días, cuando apareció aquí por primera vez. Esto estaba entre las cosas que encontré.

Lacoste tenía razón: la mujer de la pantalla no era Katie Evans, pero era de su misma generación. Treinta y tantos años, bien vestida; una ejecutiva que se dirigía al trabajo o a casa.

Con prisas, como todos los que salían en la foto.

Era un momento cualquiera en una calle abarrotada.

Pero algo había llamado la atención de la mujer, y la foto capturaba ese instante preciso.

Isabelle notó cómo la sangre se le helaba en las venas.

Al contrario que el resto de las personas que se apresuraban a su alrededor, la expresión de la mujer era de pánico y su mirada, como la de los caballos cuando se asustan y están a punto de corcovear o desbocarse.

Ahí, en el borde mismo de la fotografía, en el extremo del ángulo de visión de aquella mujer, estaba un cobrador.

La gente ajetreada y con la cabeza inclinada sobre sus dispositivos electrónicos fluía en torno a esa aparición surgida de un pasado largamente olvidado que recordaba una roca negra en un río.

Y que miraba fijamente.

Aunque la mujer no podía saber de qué se trataba, sí parecía saber que estaba ahí por ella.

—¿Quién es?

—Colleen Simpson, era propietaria de una cadena de guarderías infantiles. Hubo acusaciones de abusos y la llevaron a juicio, pero fue absuelta.

Lacoste asintió. Por supuesto que la habían absuelto; de

haber sido condenada no habría aparecido el cobrador.

—Alguien no creyó en su inocencia —dijo.

—La absolvieron por un tecnicismo jurídico —explicó Beauvoir—: uno de los polis la cagó.

Era el mayor temor de la mayoría de los investigadores: cometer un error y dejar a un depredador libre entre sus presas.

Lacoste volvió a centrarse en la imagen. Había cambiado: el monstruo ya no era el cobrador, sino la mujer bien vestida, tan parecida a los demás transeúntes.

La mirada de Lacoste se dirigió entonces a la despensa, ahora desierta.

—Te estás preguntando si Katie Evans conocía a esta mujer —se arriesgó a decir—, si habrían coincidido en Carnegie Mellon.

—Es una posibilidad remota, pero... —Beauvoir levantó las manos como diciendo «no perdemos nada con intentarlo»—. Si *madame* Evans conocía a esa mujer, es posible que el cobrador fuera a por ambas, primero una y luego la otra.

—Mira a ver qué puedes averiguar.

—*Oui, patron*.

La inspectora jefe Isabelle Lacoste volvió a su propio ordenador para retomar las transcripciones de los interrogatorios de la jornada. Hizo clic en el siguiente y soltó un leve gemido.

Ruth Zardo.

Cerró ese archivo: interrogar a la vieja poeta chiflada ya era bastante horrible, pero tener que volver a leer esa caótica declaración era excesivo incluso para la jefa de Homicidios. Además, ahí no había nada de interés. Abrió la siguiente transcripción y, arrellanándose en la silla, tendió la mano hacia el café.

—Ay, *merde* —dijo entonces con un suspiro y, tras cerrar el segundo documento, volvió a abrir el de Ruth Zardo, sonriendo

un poco ante la idea.

A Ruth desde luego podía tildársela de aparición, y de las chungas.

• • •

Cuando Armand y Myrna volvieron con el vino y más rebanadas de *baguette* para el queso, Clara y Reine-Marie estaban enfrascadas en una conversación.

—Ah, *merci* —dijo Reine-Marie tras coger la copa y un poco de pan.

—¿De qué hablabais? —quiso saber Myrna—. ¿De nazis?

—De Pinocho —contestó Clara.

—Por supuesto. —Myrna se volvió hacia Gamache—. Ya veo que hemos vuelto justo a tiempo para hacer ascender esta conversación por encima del nivel de un parvulario.

—¿Y pretendes hacerlo hablando de los nazis? —preguntó Clara—. Pues ese ascensor tuyo está bajando.

—No, quiero hablaros sobre el experimento —aclaró Myrna —. La defensa de Eichmann consistió en que se limitaba a cumplir órdenes, ¿no?

Las mujeres asintieron con la cabeza. Todos habían oído hablar de eso: era la clásica defensa de lo indefendible.

—El ministerio fiscal y la opinión pública dijeron que eso era absurdo, que cualquier persona decente se habría negado a participar en el Holocausto. Se convirtió en el tema de conversación del momento, tanto en las oficinas, en torno al dispensador de agua, como en fiestas y cócteles. ¿No se negaría a participar cualquier persona con la conciencia limpia? Eso fue lo que el experimento se dispuso a comprobar.

—Pero ¿cómo se puede evaluar una cosa así? —preguntó Reine-Marie.

—Bueno, estoy segura de que estoy olvidando un montón de

detalles, pero lo esencial era que metían al sujeto en una habitación con otras dos personas. Le presentaban a una como el director del experimento, un respetado científico de larga trayectoria, y le explicaban que el objetivo era enseñarle a la tercera persona, a la que llamaban «el alumno», la mejor forma de aprender, asegurándole que se trataba de un experimento valioso para el alumno y la sociedad entera.

Gamache se arrellanó en el asiento, cruzó las piernas y contempló el fuego mientras escuchaba la voz profunda y reconfortante de Myrna: era como oír un cuento de antes de dormir, aunque, en ese caso, más propio de los hermanos Grimm que de A. A. Milne.

—En ese punto, ataban al alumno a una silla —prosiguió Myrna.

—¿Lo ataban? —repitió Reine-Marie.

—Sí. Le explicaban al sujeto del experimento que algunos alumnos intentaban marcharse a la menor dificultad y que, por tanto, los ataban, aunque suavemente, con correas parecidas a los cinturones de seguridad de los coches. Insistían en que, si les habían pagado por estar ahí, tenían derecho a exigirles que completaran el experimento.

Myrna las miró para comprobar si la seguían. Tanto Reine-Marie como Clara asentían: por el momento la cosa les parecía más o menos razonable, si bien un poco rara.

Hasta ese punto, ambas probablemente habrían accedido a seguir.

—Entonces le decían al sujeto que, por cada respuesta equivocada, debía someter al alumno a una pequeña descarga eléctrica.

—Como esas vallas invisibles que les dan una descarga eléctrica a los perros para que aprendan dónde está el límite —comentó Clara.

—Exacto. Se hace constantemente, la llaman «terapia de

aversión» —explicó Myrna—. En el experimento del que estamos hablando, sin embargo, lo que el sujeto no sabía es que tanto el científico como el alumno estaban en el ajo.

—¿No le daban descargas eléctricas? —preguntó Reine-Marie.

—No. Era un actor, sólo fingía recibirlas, pero el caso era que las descargas debían parecer más fuertes cada vez que se equivocaba y, a medida que el experimento avanzaba, debía pretender que estaba cada vez más alterado. En un punto determinado debía quedar claro que las descargas le provocaban un gran dolor, de modo que el sujeto dudara de estar haciendo lo correcto y pidiera la detención del experimento, a lo que el científico debía contestar que era imposible y ordenarle que continuara.

—Me imagino que el sujeto también debía de estar muy alterado a esas alturas —comentó Clara.

—Se esperaba que lo estuviera —repuso Myrna—, pero el científico tenía que tranquilizarlo diciéndole que todos los demás sujetos habían pasado por esa fase y la habían superado sin problemas.

—¿De modo que continuaba? —preguntó Clara.

—Sí, hasta que el alumno lloraba, suplicaba a gritos y forcejeaba para liberarse. Entonces, el científico le pedía al sujeto que le administrara otra descarga, una descarga que obviamente le causaría un dolor atroz, que podía ser incluso mortal, asegurándole que no estaba haciendo nada malo y recordándole que todos los otros sujetos lo habían hecho ya.

Un silencio sólo interrumpido por el crepitar del fuego se apoderó de la librería.

—Y lo hacía —añadió Myrna en voz baja.

Reine-Marie y Clara la miraban fijamente. Ya nadie se acordaba del vino ni tampoco del queso, ni siquiera recordaba la chimenea. La alegre buhardilla en el precioso pueblecito

había dejado paso a aquella habitación aséptica con el científico, el alumno, el sujeto del experimento y la horrible verdad.

—Pero eso pasaría alguna vez y ya está, ¿no? —preguntó Clara.

—No —contestó Myrna—: repitieron el experimento con cientos de sujetos. No todos llegaron hasta el fin, pero la mayoría sí; desde luego, muchos más de los que creerías.

—O desearías —añadió Reine-Marie.

—Sólo cumplían órdenes —dijo Clara volviéndose hacia Reine-Marie—: ¿Tú le habrías dado esa última descarga?

—Si me lo hubieras preguntado hace cinco minutos, te habría dicho que no, desde luego. —Soltó un suspiro—. Pero ahora no estoy tan segura.

Gamache asintió. Era terrible reconocer algo así, pero también muy valiente. El primer paso, de hecho, para no llegar a hacerlo.

Enfrentarse al monstruo sabiendo que no sólo reside en unos pocos seres malvados, que no estamos hablando de «ellos», sino de «nosotros».

Ése había sido uno de los muchos horrores de los juicios de Núremberg y del juicio de Eichmann, algo que prácticamente se había olvidado más tarde.

La banalidad del mal.

No se trataba del loco que echaba espuma por la boca, sino de nosotros y nuestra conciencia.

—«Dame un silbidito y siempre tu conciencia mandará» —canturreó Clara con su vocecita, y sus palabras flotaron hacia el fuego—. Eso decía Pepito Grillo, pero no es tan fácil, al fin y al cabo.

—¿Por qué hablabais de Pinocho? —quiso saber Gamache.

Empezaba a sospechar que ahí había algo más que la mera descripción del ritual nocturno de Reine-Marie de leerle un

cuento a Honoré.

—¡Es una tontería...! —contestó ella—. Sobre todo ahora, después de lo que hemos estado comentando. Da igual.

—No, en serio —insistió él.

Reine-Marie miró a Clara, que arqueó las cejas y dijo:

—Adelante —lo que le granjeó un «mil gracias» de su amiga.

—¿Recordáis por qué Pinocho no era un niño de verdad? —les preguntó Reine-Marie a Myrna y a su marido.

—¿Porque estaba hecho de madera? —sugirió Myrna.

—Bueno, eso no ayudaba —admitió Reine-Marie—, pero lo que de verdad le impedía ser humano era que no tenía conciencia. En la película, Pepito Grillo interpretaba ese papel: le enseñaba a diferenciar el bien del mal.

—Pepito Grillo hacía de cobrador —añadió Clara—, un cobrador que cantaba y bailaba, pero un cobrador al fin y al cabo.

—Hay una diferencia entre tener una conciencia laxa o mal encauzada y no tener ninguna en absoluto —comentó Gamache.

—¿Sabéis qué dicen los psicólogos de alguien que no tiene conciencia? —preguntó Myrna.

—¿Que padece un trastorno de personalidad antisocial? —sugirió Reine-Marie.

—Menuda sabihonda —bromeó Myrna—. Vale, sí, oficialmente, pero extraoficialmente a alguien así lo llamamos «psicópata».

—No estarás sugiriendo que Pinocho es un psicópata, ¿no? —dijo Reine-Marie, y se volvió hacia su marido—. Quizá tendríamos que escoger otro cuento para Ray-Ray.

—Me consta que la parte en que Pinocho se cargaba a los habitantes del pueblo no sale en la película. Me habría encantado escuchar lo que cantaba Pepito Grillo en esa escena —comentó Clara.

—Veréis, ése es el problema —dijo Myrna—: estamos acostumbrados a la versión cinematográfica de los psicópatas, a los claramente chiflados, pero la mayor parte de ellos son muy listos, tienen que serlo; deben saber imitar la conducta normal, saber fingir que se preocupan por los demás cuando en realidad no sienten nada, excepto tal vez rabia y una continua y abrumadora sensación de que tienen derecho a todo y el mundo ha sido injusto con ellos. Consiguen lo que quieren mediante la manipulación, sobre todo; la mayoría ni siquiera tienen que recurrir a la violencia.

—Todos manipulamos a veces —opinó Armand—. Es posible que no nos demos cuenta, pero lo hacemos.

Señaló el vino: el señuelo que Myrna había usado para hacerlos acudir. Myrna levantó su copa dando a entender que tenía razón, pero sin remordimiento alguno.

—A diferencia de casi todos nosotros, que tendemos a ser transparentes, rara vez es posible captar la verdadera naturaleza de un psicópata —continuó Myrna—. Es un maestro del engaño: la gente confía en él, cree en él, incluso le tienen aprecio. De hecho, su mayor talento es convencer a los demás de que su punto de vista es legítimo y correcto aunque todas las pruebas señalen en otra dirección, como hace Yago, el personaje de Shakespeare que convence a Otelo de que su esposa lo engaña. Es una especie de magia.

—Vale, pues ahora hay algo que me confunde —dijo Clara—. ¿El psicópata es el cobrador o lo era Katie Evans?

Miraron a Gamache, que levantó las manos.

—Ojalá pudiera decíroslo.

Lo que él empezaba a sospechar era que aquel crimen no se circunscribía a un círculo tan cerrado, que no era sólo cosa del cobrador y Katie Evans. Era posible que hubiese una tercera persona que los hubiera manipulado a ambos.

Y que ahora estaba manipulando a los investigadores.

Lo que significaba que había alguien en el pueblo que, de hecho, no era del todo humano, aunque pudiera parecerlo.

27

El mazo de la juez cayó con tanta fuerza que varios espectadores brincaron en sus asientos.

Algunos estaban dormitando, vencidos por el letargo inducido por el calor extremo.

Pero la mayoría habían resistido las ganas de echarse una siesta porque querían saber qué iba a decir el superintendente jefe a continuación. Y qué haría el fiscal.

Para los espectadores, era como un duelo de ingenio: ataque, parada, contraataque, *touché*.

Pero para la juez Corriveau, que estaba más cerca y veía cosas que los demás no, aquello había dejado de ser un combate para convertirse en una carrera de relevos, con un hombre pasándole el testigo al otro.

Cargaban con el muerto por turnos.

No se caían bien, lo sabía: había sido evidente desde el principio. Y no fingían, era un sentimiento genuino. Así que lo que fuera que estuviese pasando allí iba más allá de la amistad y la enemistad.

Y ahora sabía que incluso podría ir más allá de aquel juicio.

Ya había tenido suficiente.

—Se levanta la sesión por hoy —declaró—, continuaremos mañana a las ocho... —Hubo quejas entre los espectadores por la hora propuesta, así que Corriveau añadió—: Antes de que apriete el calor.

Aquello parecía tener sentido y, cuando la juez se puso en pie y los demás la imitaron, hubo algunos gestos de asentimiento, aunque a regañadientes.

—Caballeros —dijo ella entonces, dirigiéndose a Gamache y a Zalmanowitz—, los necesito en mi despacho.

—Sí, su señoría —respondieron ambos inclinándose levemente mientras ella salía.

—Mierda —susurró Zalmanowitz cuando por fin se sentó y se enjugó el sudor de la cara. Levantó la mirada y vio a Gamache ahí de pie, esperando—. Lo siento, la he cagado.

—Esto podría venirnos bien —aseguró Gamache.

—Ya. —El fiscal embutió sus papeles en el maletín—. Unos años en la cárcel son justo las vacaciones que necesito. Había pensado en una comunidad de jubilados en Arizona, pero así de paso podré reciclarme. Me pregunto si ofrecen clases de idiomas en prisión: siempre he querido aprender italiano. —Levantó la mirada—. ¿No te parecería irónico que acabásemos en la cárcel por culpa de Gandhi?

El superintendente jefe Gamache sonrió, pero levemente y con los labios tensos.

—No has hecho nada incorrecto —dijo—, soy yo quien ha cometido perjurio.

—Y yo te lo he permitido. Sabía la verdad y no te he recriminado que mintieras, lo que me convierte en cómplice. Ambos sabemos que es así, y me temo que ella lo sabe también. Quizá no conoce los detalles, pero se huele algo.

Metió más papeles en el maletín y, al levantar la cabeza, vio a Gamache con la mirada fija en la sala del tribunal, ahora desierta.

Aunque no estaba del todo vacía: había un hombre allí.

Jean-Guy Beauvoir levantó la mano y lo saludó tímidamente.

Había acudido a toda prisa al Palais de Justice con las noticias de Toussaint, pero ahora que estaba allí no sabía muy bien qué hacer.

Entre ambos se había abierto un abismo, una vida entera de confianza, cercanía y amistad se había derrumbado por culpa

de un acto bien simple: él había abandonado la sala, incapaz de presenciar cómo Gamache traicionaba todo aquello en lo que había creído.

Armand Gamache se había metido derecho en la boca del lobo y él había salido huyendo.

—Ah, ahí está el fugado —masculló Zalmanowitz.

Gamache se volvió hacia él y le recriminó esas palabras con la mirada.

—Jean-Guy Beauvoir ha estado a mi lado en situaciones que te costaría imaginar.

—Pero hoy no.

Eso de retorcer el puñal era cruel y Zalmanowitz debía de saberlo, pero era cierto: no era el día, ni el momento, para andar huyendo de actos incómodos. Se sentía cansado, tenía calor y la juez estaba a punto de arrojarlo a la hoguera.

Y Barry Zalmanowitz no estaba precisamente en un lecho de rosas.

—Caballeros. —Un ujier apareció junto a la puerta—. La juez Corriveau los está esperando.

El fiscal general soltó un suspiro, recogió su hinchado maletín y, tras enjugarse una vez más el sudor de la cara, se metió el pañuelo empapado en el bolsillo y se dirigió hacia el despacho de la juez como un condenado dirigiéndose al cadalso.

Pero el superintendente jefe Gamache no se movió. Al parecer estaba atrapado entre Beauvoir y la juez.

Vaciló y se volvió hacia el ujier.

—Estaré con ustedes dentro de unos segundos.

—Por favor, *monsieur* —insistió el ujier.

—Dentro de unos segundos, *s'il vous plaît* —repitió él.

Luego volvió la espalda a la puerta y se acercó a Beauvoir.

Detrás de él, Barry Zalmanowitz se detuvo y esperó, tratando de ignorar la creciente exasperación en la cara del ujier.

«¡Qué diablos! —pensó dejando el maletín en el suelo—. ¿Acaso pueden empeorar mucho más las cosas?».

Una acusación de desacato sólo añadiría un par de meses más a la sentencia, sería una oportunidad para aprenderse el participio pasado en italiano.

—*Parlato, amato* —masculló mientras observaba cómo Gamache se acercaba a Beauvoir.

«Sí —pensó—. Tengo mucho que aprender...».

—*Patron* —dijo Beauvoir.

Brusco, directo: un agente cualquiera informando a su superior.

«No ha pasado nada fuera de lo normal —se repetía Beauvoir —. No ha pasado nada fuera de lo normal, no ha cambiado nada...».

—Jean-Guy —lo saludó Gamache.

Veía aquel rostro tan familiar, pero también el muro que Jean-Guy había levantado. No era de piedra ni de madera, sino de metal brillante y liso, sin asidero posible, sin una sola fisura o grieta, absolutamente imposible de escalar.

Era una estrategia que Beauvoir ya había dejado de usar. De hecho, hacía muchos años que no lo veía actuar de esa forma.

Y sabía perfectamente que no valía la pena intentar derribar aquel muro porque era inexpugnable. Más que una protección, era la prisión de un buen hombre que ni mucho menos quería ocultarse de él, sino más bien de sí mismo.

Jean-Guy Beauvoir se había encerrado allí dentro con sus propios demonios.

—Acabo de reunirme con la superintendente Toussaint —dijo —, por eso he salido.

Gamache lo miró a los ojos, pero no dijo nada.

—Tal como pensábamos —continuó Beauvoir tartamudeando un poco al ver aquella mirada fija; cuando logró recomponerse, adoptó un tono formal—, el envío de fentanilo ha cruzado la

frontera.

—¿Por donde esperábamos?

—Exactamente por donde esperábamos —contestó Beauvoir —. Nuestros informantes lo han visto.

—¿Y la DEA?

—Ellos no saben nada. Siguiendo tus instrucciones, hemos dejado pasar el cargamento y ahora no tenemos ni idea de dónde está.

No sabía por qué había añadido ese último comentario, salvo por un deseo infantil de infligir dolor, para recalcar que lo que había hecho Gamache era mucho peor, sin ningún tipo de duda, que la falta que él pudiera haber cometido.

Creía que ya había dejado atrás esos ataques infantiles, pero por lo visto no era así: habían vuelto renovados y más insidiosos que nunca. Se preparó para el contraataque casi deseando una respuesta contundente que justificara su actitud.

Esperaba oír unas palabras astutas y afiladas.

Pero no hubo más que silencio.

«Una mirada —pensó Beauvoir, rogó Beauvoir—. Una miradita asesina, un gesto de soberbia; algo, lo que sea». Pero no hubo nada, tan sólo aquellos ojos pensativos, casi amables.

—Eso lo esperábamos —siguió diciendo Beauvoir—, pero ha ocurrido algo imprevisto.

—Continúa —dijo Gamache.

—No se lo llevaron todo: dejaron parte del fentanilo para venderlo aquí.

Ahora sí que hubo una reacción: los ojos del superintendente jefe Gamache se abrieron de par en par.

—¿Cuánto?

—Por lo menos diez kilos. También les hemos perdido la pista.

«No lo digas —pensó Beauvoir—. No hace falta decirlo...».

Pero lo dijo:

—Como esperabas.

Gamache se puso tenso e inspiró en silencio ante aquella nueva estocada.

—Por supuesto —susurró, y se dejó caer en uno de los bancos del público.

Hizo cálculos: según el informe que había encargado, cada kilo de fentanilo podía causar por lo menos cincuenta muertes. No costaba mucho hacer la cuenta.

Habían dejado pasar setenta kilos de fentanilo hacia Estados Unidos.

Y condenado a muerte a tres mil personas... por lo menos.

Y en Quebec, más de quinientas personas iban a morir por lo que él había decidido hacer, o dejar de hacer.

Muertes que él mismo había consentido.

—*Monsieur* —volvió a llamar el ujier.

Gamache se volvió hacia él y el rostro del hombre cambió de inmediato de oficioso a temeroso. No había sido él quien lo había asustado, sino lo que vio en su cara.

Zalmanowitz lo notó también, y adivinó lo que acababan de decirle.

Se sintió a la vez mareado y exultante, aliviado y horrorizado: algo había ocurrido, algo había cambiado.

¿Era posible que el plan estuviera funcionando? Que Dios los ayudara.

—*Merci.* —Gamache se puso en pie—. Tengo que irme, la juez nos ha convocado a *monsieur* Zalmanowitz y a mí. No tardaremos mucho.

A Beauvoir no le costó imaginar sobre qué hablarían.

—Hay algo más —dijo.

—*Oui?*

—Hemos localizado un pequeño cargamento de una nueva droga en un almacén en Mirabel: llegó en avión hace dos días con un envío de matrioskas.

Beauvoir se sacó el papel del bolsillo y se lo tendió a Gamache mientras éste se ponía las gafas de leer.

—¿El mismo cártel? —preguntó sin levantar la mirada.

—*Oui*.

El jefe todavía llevaba puesta la americana, y Beauvoir vio que el cuello de su camisa blanca estaba empapado en sudor.

—Clorocodida —leyó Gamache, y alzó los ojos buscando los de Beauvoir.

—Es un derivado de la codeína. En las calles se la conoce como krokodil. Es popular en Rusia, pero, hasta donde sabemos, aquí todavía no. De hecho, éste parece ser el primer envío. Es una droga potente... y muy tóxica.

—¿Y está en un almacén, sin más, desde hace dos días? —preguntó Gamache.

—*Oui*.

—Dos días... —repitió Gamache por lo bajo, y aguzó la mirada como si estuviera mirando un objeto muy lejano—. ¿Sería posible...?

Entonces, mientras Beauvoir lo miraba, cerró los ojos, agachó la cabeza y dejó caer los hombros. ¿Era una nueva carga para él o un alivio?

Alargó una mano temblorosa y se aferró al banco que tenía enfrente como para sostenerse. A Jean-Guy le pareció por un momento que estaba a punto de desmayarse de calor y de estrés, pero entonces soltó un largo suspiro.

Cerró la mano en un puño, arrugando el papel, y levantó la mirada.

—Tengo que ver a la juez —dijo quitándose las gafas y llevándose un pañuelo a los ojos para enjugarse el sudor, al menos eso pensó Beauvoir—. Te mandaré un mensaje cuando salga. Convoca una reunión en la sala de la jefatura.

—¿Con quiénes?

—Con todo el mundo. —Gamache le devolvió la hoja de

papel y caminó hacia Zalmanowitz y el ujier, pero volvió a detenerse y se dio la vuelta—. ¿Sabes lo que significa eso? —Señaló la hoja de papel que Beauvoir tenía en la mano—. Significa que tenemos una posibilidad.

Beauvoir sintió el familiar vuelco en el estómago y un subidón de adrenalina.

Gamache asintió con la cabeza.

—Muy pronto sabremos si es verdad.

Se dirigió a la puerta que el ujier del juzgado mantenía abierta.

—*Patron* —musitó Beauvoir.

Pero lo dijo bajito y Gamache ya estaba lejos.

Y probablemente, como bien sabía, era demasiado tarde.

La juez Corriveau se reclinó en la silla y miró a los dos hombres.

Había estado los últimos cinco minutos a solas en su despacho y, tras limpiarse las axilas con un paño húmedo y echarse agua en el rostro, había elaborado una estrategia.

Decidió que se dejaría puesta la toga para recordarles que no estaban en presencia de una mujer, ni siquiera de una persona, sino de un cargo, de un símbolo.

De la Justicia.

La toga le confería poder y protección, y además ocultaba las manchas de sudor y las gotas de agua que le habían salpicado la blusa.

El siguiente punto de la estrategia que había que poner en acción, o más bien en «inacción», era hacerlos permanecer de pie.

Por desgracia, el ventilador que había hecho instalar en su despacho era giratorio y cuando apuntaba hacia ella hacía que su toga se hinchara y ondeara, lo que no contribuía a la imagen

de dignidad que habría querido proyectar. Para colmo, la brisa le alborotaba el pelo y tenía que apartárselo constantemente de los ojos y la boca.

Los dos hombres permanecían quietos con el pelo ondeándoles ligeramente cuando el airecillo se dirigía hacia ellos.

La juez se levantó, apagó el ventilador, se quitó la toga, se peinó con los dedos y señaló con un gesto las dos sillas que había ante su mesa.

—Siéntense.

Gamache y Zalmanowitz obedecieron.

—Veamos —dijo ella—. Aquí estamos a solas y, por lo que sé, no hay micrófonos ocultos. —Los miró enarcando las cejas inquisitivamente.

Los dos hombres intercambiaron miradas y se encogieron de hombros: si los había, no los habían instalado ellos.

—Bien.

La juez se quedó en silencio un momento: todos los discursos que había urdido, los argumentos ingeniosos, la ira justificada convertida en frases concisas quedaron en nada cuando se vio frente a Barry Zalmanowitz y Armand Gamache.

Dos hombres que habían servido a la justicia mucho más tiempo que ella. Que habían servido a la provincia de Quebec, que habían servido a sus conciencias. Y a menudo, corriendo un gran riesgo y pagando un alto precio.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó mirándolos a los ojos con tranquilidad, y como ninguno de los dos dijo nada, añadió —: Pueden contármelo.

El ambiente en la habitación era denso, húmedo, opresivo; los segundos pasaban.

Zalmanowitz abrió la boca e intentó hablar, argumentar, pero sin conseguir emitir sonido alguno... luego miró a su derecha, hacia Gamache...

Y enseguida se arrepintió. Con aquel gesto instintivo había revelado algo de vital importancia que no podía haberle pasado inadvertido a la astuta juez: que aquello que estaba ocurriendo, fuera lo que fuese, había sido idea del superintendente jefe Gamache.

Éste, por su parte, se miró las manos, cruzadas en el regazo, y se concedió un instante para poner en orden sus pensamientos. Había muchas maneras de gestionar mal aquel asunto, y quizá ninguna de hacerlo bien.

No se atrevía a mirar el reloj, ni siquiera el pequeño reloj de sobremesa que había sobre el escritorio de la juez, pero era consciente del trascurrir del tiempo, de que los agentes estarían llegando a la sala de reuniones en la jefatura de la Sûreté, de que las matrioskas y lo que albergaban en su interior aguardaban en la bodega de Mirabel... o quizá ya no.

Al leer el trozo de papel que le había dado Jean-Guy, recordó el objetivo por el que habían trabajado tanto: lanzar el anzuelo para que el cártel cometiera un error grave, fatídico.

—Más de quince mil personas mueren en Canadá cada año por la venta ilegal de drogas —empezó Gamache volviendo a mirar a la juez a los ojos. Hablaba con voz tranquila y sosegada, como si tuviera todo el tiempo del mundo—. El dato es de hace una década, y sólo contempla las muertes que nos constan: es casi seguro que son muchas más. No disponemos de datos más recientes, pero sabemos que el consumo de opioides, heroína, cocaína, fentanilo, entre otros, se ha disparado, y probablemente también las muertes. Sin embargo, no hay nada que impida que esas drogas circulen por las calles, nada que impida la muerte de gente mayoritariamente joven, y eso por no hablar de los otros delitos relacionados con las drogas.

Los ojos de la juez Corriveau expresaron una leve sorpresa.

Gamache se inclinó un poco hacia delante y bajó la voz, como invitándola a escuchar una confidencia.

—Perdimos la guerra contra las drogas hace años y ahora nos limitamos a repetir protocolos porque no sabemos qué otra cosa hacer.

Esta última frase no sorprendió a la juez.

Sabía que Gamache tenía razón: habían perdido; lo comprobaba prácticamente a diario cuando trabajaba en el bufete, y también ahora, en el juzgado y en los pasillos del gran Palais, veía un desfile de jóvenes detenidos por múltiples acusaciones. Y ésos eran los que tenían suerte: seguían vivos, al menos por el momento.

En realidad, en su mayoría eran víctimas. Los auténticos responsables seguían libres, comían en restaurantes de lujo y vivían en grandes casas situadas en barrios respetables.

Lo que Gamache acababa de decir era cierto y estremecedor, pero...

—¿Qué tiene que ver eso con el juicio que nos ocupa?

—Sabemos que el crimen organizado está detrás del tráfico de drogas —contestó Gamache.

—Los cárteles —añadió Zalmanowitz, con la sensación de que debía participar de algún modo.

—Gracias, *monsieur* Zalmanowitz —dijo la juez Corriveau.

—Según creíamos, por acuerdo de varios capos Quebec se dividía en distintas zonas, cada una controlada por una organización distinta —continuó Zalmanowitz ignorando la mueca de disgusto de la juez—, pero lo cierto es que hay una organización que domina a todas las otras y nosotros no hemos podido hacer nada para detenerla, por más que hemos empuñado el pico.

—Yo no hablaría tanto de un pico como de la probóscide de un mosquito que intenta picar a un elefante —intervino Gamache—. Y tampoco ha ayudado que muchos altos cargos de la Sûreté estuvieran a sueldo de los cárteles.

Lo dijo sin ironía y a ninguno de los tres se le ocurrió sonreír.

—Pero ahora está usted al mando —dijo Corriveau.

Aquello sí que hizo sonreír a Gamache.

—Me halaga que crea que eso puede ayudar, y desde luego lo estoy intentando —respondió sosteniéndole la mirada—. Sin embargo, cuando empecé en el puesto, hace casi un año, llegué a la conclusión de que no había nada que yo pudiera hacer.

—¿Nada? —preguntó ella—. Pero acaba de decir que gran parte de los delitos en Quebec tienen su origen en el tráfico de drogas, no sólo la violencia entre bandas, sino la violencia doméstica, las agresiones sexuales los hurtos, los robos a mano armada, las palizas, los asesinatos... Si no se puede terminar con el tráfico de drogas...

—No es que no podamos terminar con el tráfico —la interrumpió Gamache—, sino que ni siquiera podemos hacer que se mantenga estable: va en aumento y, aunque cueste creerlo, hemos sobrepasado ya el punto de inflexión. La gente aún puede hacer su vida con cierta normalidad, pero...

—Superintendente jefe, ¿está diciendo que no sólo el consumo de drogas está fuera de control, sino que todos los delitos están a punto de aumentar?

—Y de agravarse —intervino el fiscal.

—Gracias, *monsieur* Zalmanowitz. —La juez se volvió de nuevo hacia Gamache.

—Dice que se dio cuenta de que no podía hacer nada, nada que surtiera efecto, al menos, pero eso no es del todo cierto, ¿verdad? Está haciendo algo, y tiene que ver con este juicio.

—El señor fiscal tiene razón —repuso Gamache—: hay un cártel que domina a los otros. Tardamos mucho en darnos cuenta, creíamos que estaban enfrentados entre sí y que nos harían parte del trabajo, pero al fijarnos mejor descubrimos que todo era una farsa: las demás organizaciones son satélites que orbitan alrededor de la principal, protegiéndola y actuando como señuelos...

—Protectores y señuelos del mayor cártel de todos —comentó la juez.

—*Non*, ésa ha sido su jugada maestra y también nuestro error —repuso Gamache—. Por eso hemos tardado tanto en identificarlo. En realidad, se trata de uno de los cárteles más pequeños. En apariencia era sólo uno más, y ni siquiera muy eficiente: parecía estático y estancado, no crecía ni se diversificaba como los otros, era tan pequeño que no parecía merecer nuestros esfuerzos. Buscábamos exactamente lo que usted ha dicho, una organización grande y poderosa: cometimos el error de equiparar tamaño con poder.

La juez reflexionó un momento.

—Es como una bomba nuclear, ¿no? —concluyó.

—Sí: más pequeña que un coche, pero puede borrar del mapa una ciudad entera —repuso Gamache.

—Y lo hizo; dos ciudades, en realidad —intervino el fiscal.

—Gracias, *monsieur* Zalmanowitz. —Ella era más menuda que ambos hombres, pero también podía borrarlos del mapa y quizá acabaría haciéndolo—. Pero al final lo descubrieron, ¿no? —dijo volviéndose hacia Gamache.

—*Oui*. Nos ha tomado tiempo. Sabíamos que no contábamos con los medios ni con los agentes suficientes para ir a por todos los cárteles, a por todos los delitos: tuvimos que centrarnos, encontrar el núcleo. Pero estábamos errando el camino y buscando en el sitio equivocado: buscábamos un gran sindicato del crimen organizado en Montreal.

La juez asintió, era una conjetura razonable.

—¿Y dónde lo encontraron?

—¿Adónde van a parar la mayor parte de las drogas? —repuso Gamache negando con la cabeza.

—¿A Montreal? —preguntó la juez Corriveau.

—La mercancía destinada a la provincia de Quebec sí, desde luego —coincidió Gamache—, pero esta provincia no es el

consumidor principal. Para nosotros supone un problema enorme y sin duda trágico, pero según los estándares de los cárteles es una minucia: no somos más que una autopista; hay paquetes que se caen del camión y se quedan aquí, pero la gran mayoría se dirigen a la frontera.

—A Estados Unidos, un mercado enorme —comprendió la juez.

—De cientos de millones de personas. Las cantidades de opioides que se consumen, la cantidad de dinero que eso implica y el sufrimiento y los delitos que acarrea son casi incalculables.

—Pero ¿no es verdad que casi toda la droga ilegal entra en Estados Unidos a través de México? —inquirió ella.

—Antes sí, pero no últimamente —dijo Gamache—. Dadas las inspecciones en la frontera mexicana, y que toda la atención de la DEA está puesta en México, el capo del cártel canadiense vio una oportunidad.

—Introducir la mercancía por donde nadie mira... —dijo ella en voz baja, como si hablara consigo misma.

—El país con las fronteras más extensas y desprotegidas del mundo —añadió Gamache—: miles de kilómetros de bosque sin vigilancia y sin testigos. Quienes contrabandeaban con ron durante la Ley Seca lo sabían bien: se hicieron grandes fortunas en Canadá introduciendo alcohol ilegal en Estados Unidos.

La juez Corriveau sabía que era cierto, y también que muchas familias importantes podrían rastrear el origen de su riqueza hasta aquellos tiempos... si tuvieran interés en hacerlo.

Primero fueron los llamados *robber barons*: los magnates sin escrúpulos, y después llegaron los contrabandistas de ron.

Canadá tenía una espléndida reputación en cuanto a la ley y el orden siempre y cuando no mirases debajo de la mesa.

—¿Y cómo han descubierto todo eso? —quiso saber ella.

Gamache abrió la boca para responder, pero necesitó unos

instantes para ordenar sus pensamientos.

—El predominio de ese pequeño cártel se debe a su invisibilidad, y cuando alguien lo detecta, como hicimos nosotros, el capo lo sustituye por otro que tampoco sea muy importante. Es una estructura simple y austera que ha sobrevivido durante años; cuidadosamente construida y prácticamente transparente.

—¿Como una casa de cristal, superintendente jefe? —preguntó la juez.

Esta vez, Gamache no sonrió.

—Sí: está ahí, pero no del todo, y es prácticamente inexpugnable. Por encima de todo, es capaz de disimularse, y no tras una cortina de humo de cigarro en algún antro grasiento, ni en una finca fortificada, sino a plena luz del día: nadie puede ver lo que es en realidad.

—El diablo entre nosotros —añadió Zalmanowitz.

Corriveau le dirigió una mirada de reprobación, desdeñando aquel comentario romántico e inútil, pero entonces se acordó de la fotografía que habían mostrado en el juicio ampliada al doble del tamaño real: un personaje enmascarado que acechaba desde el centro de la preciosa plaza ajardinada de Three Pines...

«El diablo entre nosotros...». Quizá, al fin y al cabo, no era un comentario tan ridículo.

Guardó silencio durante unos instantes, luego frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Todavía no me han explicado cómo descubrieron al cártel y a quien sea que lo dirige, y tampoco qué tiene que ver todo eso con este juicio... —De repente, una expresión de sorpresa le iluminó la cara—. ¡La persona que se sienta en el banquillo! ¿Me están diciendo que esa persona dirige el cártel? —Los pensamientos se agolpaban en su cabeza—. Pero no está acusada de narcotráfico, sino del asesinato de Katie Evans. ¿Es

consciente de que ustedes saben lo otro? Un momento...

¿Qué hacían aquellos dos hombres, el jefe de la policía y el fiscal general, juntos en eso, fuera lo que fuera?

Sin duda, la idea, el plan, provenía del superintendente jefe Gamache, ¿por qué había decidido implicar al fiscal? ¿Para qué necesitaba a Barry Zalmanowitz?

Además, si la persona que se sentaba en el banquillo de los acusados encabezaba realmente un cártel, ¿qué interés podía tener el superintendente jefe de la Sûreté en ocultarlo? Sin duda, detener a un capo del narcotráfico tendría que ser motivo de celebración, sobre todo ahora que el gobierno, la prensa y ciertos miembros de la propia Sûreté acusaban a la institución de incompetencia.

La Sûreté se había convertido en una vergüenza nacional y esa detención supondría una vindicación, una victoria que había que gritar a los cuatro vientos.

Pero en vez de eso, sólo había esa extraña conspiración silenciosa entre dos hombres que ni siquiera se soportaban.

¿Por qué?

Porque...

La juez Corriveau aminoró el ritmo desenfrenado de sus pensamientos y se decidió a tomar el camino de la lógica.

El superintendente jefe Gamache necesitaba la ayuda del fiscal general de Quebec, su connivencia.

Y sólo había una cosa que el fiscal podía poner sobre la mesa.

Los cargos.

—No quiere que esa persona sepa que la han identificado... —dijo entonces la juez—, así que se han sacado de la manga esos cargos para ganar tiempo. —Clavó una mirada indignada en Gamache—. Usted, superintendente jefe, ha detenido a propósito a la persona equivocada por el asesinato de Katie Evans para sacarla de las calles mientras reúne pruebas. —Sus

ojos se movieron hacia Zalmanowitz—. Y usted, señor fiscal, está procesando a alguien por un asesinato que sabe que no ha cometido. —Los miró fijamente—. Lo que significa que la persona que mató a Katie Evans sigue ahí fuera.

Entornó los ojos, estudiándolos.

El fiscal general, pese a ser eficaz como letrado de la acusación, nunca se ganaría la vida como jugador profesional de póker: parpadeó.

Entonces ella se volvió de nuevo hacia Gamache, quien, muy al contrario, podría haber amasado una fortuna en los circuitos profesionales de jugadores de cartas.

—No... —murmuró la juez—. Eso no es todo, ¿verdad? Hay algo que se me escapa: tienen que contármelo ahora mismo.

Gamache permaneció en silencio.

—Ha entrado aquí sabiendo que tendría que contármelo, superintendente jefe. Basta ya de gilipolleces: tengo calor, estoy cansada y, ahora, también asustada. No es una combinación agradable ni para mí ni para ustedes.

Gamache asintió con firmeza y miró hacia la jarra de agua, con el hielo ya fundido, que reposaba en una bandeja sobre el aparador.

—¿Le importa?

—Para nada.

Gamache se levantó y sirvió un gran vaso de agua para cada uno antes de volver a su silla y apurar el suyo de un solo trago. Estaba muerto de sed, pero además aprovechó para consultar su reloj sin que los otros dos se dieran cuenta.

Eran las cuatro y cuarto: la sesión se había levantado temprano. Echó un vistazo al exterior: el sol todavía estaba alto en el cielo.

Mientras fuera de día, el nuevo cargamento seguiría en Quebec, pero sabía que, a medida que el sol se aproximara al horizonte, los opioides se acercarían a la frontera.

Aun así, tenía tiempo; el tiempo justo.

—El día en que encontraron el cuerpo de Katie Evans en la despensa yo estaba en Montreal, comiendo con la superintendente Toussaint, la jefa de Delitos Graves.

—La conozco —dijo la juez.

—Yo era nuevo en mi puesto y ella en el suyo —continuó Gamache—. Estábamos comentando nuestras notas, el caos que acabábamos de heredar. Ambos sabíamos, por supuesto, que la cuestión de las drogas estaba fuera de control, incluso, francamente, fuera de nuestro control, así que empezamos a barajar algunas posibilidades de actuación, pero ninguna de ellas nos pareció útil ni eficaz. Coincidimos en que debíamos probar algo nuevo, algo atrevido e inesperado. Entonces, la superintendente Toussaint citó un tópico: «Quememos las naves».

Miró a la juez Corriveau para ver si aquella frase significaba algo para ella.

Ella escuchaba con atención; la frase le sonaba, pero no entendía por qué era relevante.

—Significa hacer algo que no tiene marcha atrás —aclaró él.

—Sé lo que significa, *monsieur* Gamache.

Aun así, él dejó que la frase calara. Todo el mundo sabía lo que quería decir, pero ¿conocían realmente su significado?

En beneficio de la juez, tuvo que reconocer que ella se lo estaba planteando con seriedad, intentando ir más allá del cliché, más allá de las palabras, hasta lo que implicaba un acto así.

—Explíquese —pidió ella.

—Perseguir todos los delitos en todas partes no estaba funcionando, era evidente. Entonces, ¿qué podíamos hacer?

Ella no dijo nada: era una pregunta para la que no tenía respuesta, y Gamache tampoco esperaba que la respondiera.

—Centrarnos —siguió él—, especializarnos. Pensé en escoger

dos o tres ámbitos que estuvieran especialmente fuera de control y focalizar nuestra actuación en ellos. Pero eso habría supuesto una estrategia mediocre: habría sido como quemar la mitad de nuestras naves; debíamos quemarlas todas.

—¿Y eso significa...?

—Que escogimos, o escogí, un solo ámbito: decidí centrarme en el foco del que, como usted ha dicho, surgen la mayoría de los demás delitos. Centrarme en el manantial, en las drogas.

—¿Y qué es lo que ha hecho? —preguntó ella casi por lo bajo.

—Ordené que todos nuestros esfuerzos, todos nuestros recursos, se centrasen en encontrar la fuente y destruirla.

—¿Todos?

—Prácticamente todos —contestó él.

—Pero eso implica que... —Los pensamientos volvieron a agolparse en la cabeza de la juez Corriveau—... Que los demás departamentos han quedado vaciados de contenido, inutilizados.

—Básicamente, *oui*.

Ella lo miró atónita.

—¿Eso ha hecho, a sabiendas del coste humano?

Gamache no se movió.

—¿Y el tráfico de drogas se ha detenido?

—Ha crecido durante el último año tal como yo había previsto —contestó Gamache—. Nosotros permitimos que ocurriera.

—¡¿Permitieron que ocurriera?! —repitió ella intentando contenerse. Luego respiró profundamente un par de veces, alzando las manos ante sí como para protegerse de la información que estaba recibiendo. Finalmente, las apretó con fuerza una contra otra y se inclinó hacia delante.

—¿Por qué? —preguntó luchando para no subir la voz.

—Porque el cártel tenía que creer que éramos incompetentes,

que no éramos eficaces, que no representábamos la menor amenaza para ellos. Había que provocarlos para que se envalentonaran. El cártel invisible, tan protegido y oculto, tenía que saber con absoluta certidumbre que era seguro asomar la cabeza. Tenían que volverse descuidados porque sólo entonces serían vulnerables.

—Y para conseguir eso, ¿les ha permitido hacer lo que les ha venido en gana?

—En realidad no hemos estado de brazos cruzados —replicó él—, hemos trabajado muy duro con informantes y agentes encubiertos, monitorizando las redes, siguiendo cargamentos, descubriendo rutas y rutinas. A medida que transcurría el año, se han vuelto cada vez más atrevidos, y los cargamentos, más y más grandes...

—Lo dice como si estuviéramos hablando de flores y porcelana —ironizó ella—. Esos cargamentos eran de droga, algunos supongo que bastante voluminosos.

—*Oui*.

—¿Y se han limitado a dejarlos pasar?

—*Oui*.

Aquello quedó suspendido en el ambiente de por sí enrarecido.

La juez Corriveau entornó los ojos y apretó los labios, los nudillos se le pusieron blancos.

—Ha empezado citando unas estadísticas, *monsieur* Gamache: decenas de miles de personas, mayoritariamente jóvenes, mueren cada año por culpa del tráfico de drogas. ¿Cuántas de esas muertes pueden atribuírsele a usted?

—Espere... —empezó Barry Zalmanowitz antes de quedar silenciado por los ojos de la juez.

Ella se volvió de nuevo hacia Gamache, él le sostuvo la mirada.

Luego asintió muy despacio y pensó en el cuaderno que tenía

en su escritorio y en las notas que había empezado a tomar la noche en la que hallaron el cuerpo de Katie Evans.

Aquella noche de noviembre, mientras se calentaba ante el alegre fuego en su casa de Three Pines. Fuera caía aguanieve, Reine-Marie estaba a su lado, y *Henri* y *Gracie* dormían ovillados en la alfombra.

Escribió sobre el horror que estaba por llegar, sobre las consecuencias de lo que se estaba planteando.

Hacía una pausa de vez en cuando, resistiéndose a subestimar lo que sucedería realmente si seguía adelante con aquello, si de verdad utilizaba la mayoría de los recursos de la Sûreté para centrarse en un único delito.

Si intentaba ganar la guerra en una única batalla.

—Durante el último año, desde que tomé posesión del cargo y di esa orden —le dijo a la juez—, se habrán cometido miles de delitos, y sí, habrá habido muertes, miles más que en la carnicería habitual, y esas muertes se pueden atribuir a mi decisión, como acaba de decir, y no sólo las ocurridas en Quebec, sino también las del otro lado de la frontera, por los cargamentos que dejamos que cruzaran.

—Debería ordenar que lo detuviesen inmediatamente, aquí mismo —le espetó la juez mirando la puerta cerrada. Al otro lado se encontraban el ujier y los agentes de los juzgados; si los llamaba, entrarían.

Y se llevarían a ese hombre, y lo acusarían de asesinato.

Porque ése era, en definitiva, el delito que había cometido.

Un crimen premeditado, deliberado.

—Si esto funciona... —empezó a decir Zalmanowitz.

—¿Y si no? —interrumpió Corriveau—. Se han dedicado a cuidar y a alimentar a un monstruo de pesadilla durante todo un año y luego lo han soltado.

—*Non* —replicó Gamache—: el monstruo estaba suelto, y crecía y arrasaba con cuanto encontraba en su camino, y la

cosa iba de mal en peor: habría devorado la provincia de Quebec y no podíamos hacer nada para detenerlo. En el transcurso de este último año hemos estado preparando una trampa y, callada y cautelosamente, hemos guiado al monstruo hacia ella.

Se inclinó hacia delante en la silla.

—Puede detenerme; probablemente debería hacerlo, pero debe saber una cosa: si lo hace, estará echando por tierra nuestra única posibilidad. —Levantó el dedo índice y luego volvió a bajarlo y cerró el puño. Cuando empezó a hablar otra vez, midió sus palabras—: Supone un riesgo enorme, eso se lo concedo, y hay muchas probabilidades de que todo esto fracase, pero debe saber que no teníamos elección, que yo no tenía elección. Habíamos perdido. Y tenga por seguro que soy perfectamente consciente del precio que otros han pagado por mi decisión.

—Pero si funciona... —Zalmanowitz intentó intervenir de nuevo, pero esta vez hizo una pausa voluntariamente, esperando la interrupción de la juez, y se llevó una sorpresa cuando ella lo dejó continuar—. Si funciona —siguió—, el cártel quedará destruido, el tráfico de droga quedará inutilizado, si no borrado del mapa: habremos ganado la guerra.

La juez Corriveau se volvió hacia el fiscal general. Hasta ahora había rechazado sus intervenciones, dejándolo al margen en aquel interrogatorio, pero ahora lo veía con otros ojos.

Tenía razón.

Y sólo eso: le importaba tanto su provincia, se preocupaba tanto por los hombres, mujeres y niños nacidos y por nacer en ella que estaba dispuesto a sacrificar su carrera, quizá incluso su libertad.

Y eso era más de lo que ella había hecho nunca.

Zalmanowitz se revolvía en el asiento, incómodo, hasta que

notó que la expresión de los ojos de la juez había cambiado: ahora era muchísimo menos dura, casi amable.

Entonces, Corriveau se volvió hacia Gamache y le pareció ver los titulares despiadados de los periódicos y a los presentadores del programa de televisión *Enquête* oliendo sangre y haciéndole preguntas incisivas e insinuaciones al superintendente jefe en un intento de hacerle perder los estribos.

El nuevo jefe de la Sûreté se había metido en camisa de once varas, era un incompetente, dirían; quizá no fuera una mala persona, pero chocheaba; o quizá sí era una mala persona: al fin y al cabo había permitido que el crimen proliferara; quizá, como sus predecesores, él también estaba en el ajo.

Gamache tenía que haber esperado eso precisamente, confiado en que ocurriera: había dado forma a esa imagen de sí mismo y de la Sûreté porque el cártel debía creer que él, personalmente, no constituía la menor amenaza.

Todo el mundo debía pensar que Quebec se había convertido en Dodge City y que el sheriff Dillon se estaba echando una siestecita.

Pero Gamache no estaba dormido, ni mucho menos, sino esperando y esperando, y reuniendo fuerzas en silencio.

Y no sólo él, comprendió la juez: era imposible que el superintendente jefe hiciera todo eso sin la connivencia de al menos unos cuantos agentes de alto rango, un pequeño grupo de hombres y mujeres.

Un grupo minúsculo, pero lleno de determinación.

—¿Y ha averiguado ya quién es el cabecilla del cártel? —La juez Corriveau le clavó los ojos—. Por supuesto que sí, ¿verdad? ¿Es la persona que se sienta en el banquillo? —Reflexionó unos instantes y luego negó con la cabeza—. No, eso no tiene sentido: esa persona acudió a usted y prácticamente confesó el crimen... a menos que usted no dijera la verdad...

Miró al superintendente jefe y luego a Zalmanowitz.

—No —dijo Gamache—: la persona que se sienta en el banquillo de los acusados fue quien asesinó a Katie Evans.

Barry Zalmanowitz consiguió no mirar al que era su cómplice en aquella conspiración, aunque estaba muy sorprendido.

Era otra mentira, pero a esas alturas quizá no importaba ya: había un montón de mierda volando en el aire. ¿Por qué habría mentido Gamache respecto a eso? Se acordó de la conversación en susurros que había tenido lugar unos minutos antes entre Gamache y su segundo.

Y de que Gamache se había dejado caer en el banco agachando la cabeza.

El fin no estaba cerca: ya había llegado. El diablo estaba entre ellos.

Ahora todo dependía de la juez Corriveau, quien, intuía Zalmanowitz, debía de ser consciente de que le estaban mintiendo, y no sólo allí, en su despacho, sino en la sala del tribunal. El perjurio era un delito gravísimo, la perversión de la justicia, y nadie lo sabía mejor que ellos tres. Qué más daba ya la amenaza de detener a Gamache por asesinato, una acusación que no tendría mucho recorrido.

Pero el perjurio sí que perduraría.

Siguieron sentados en silencio mientras Maureen Corriveau pensaba y decidía qué hacer: ¿detenerlos? ¿Declarar nulo el juicio? ¿Liberar a la persona acusada de homicidio? Debería hacer todas esas cosas, como los tres sabían bien.

Pero la juez seguía inmóvil. Se oía su respiración, parecida a la de alguien que acabase de subir un empinado tramo de escaleras.

—Necesito tiempo para reflexionar sobre lo que me han contado —dijo finalmente. Se puso en pie y ellos la imitaron—. Les comunicaré mi decisión antes de retomar el juicio mañana las ocho. Creo que ya imaginan cuál puede ser mi decisión,

estén preparados.

—Sí, señoría —respondió Gamache—, gracias por escucharnos.

Ella le dio un leve apretón de manos y luego miró al fiscal para incluirlo también a él.

—Lo siento —susurró Zalmanowitz.

Cuando se cerró la puerta, Gamache miró la hora y echó a andar a toda prisa pasillo abajo con Zalmanowitz luchando por seguir el ritmo de sus largas zancadas.

—No ha sonado nada prometedor —comentó el fiscal—. Va a ir a por nosotros, ¿verdad?

—Creo que sí —contestó Gamache—. No le queda otra opción: nos lo hemos buscado con plena conciencia. Lo que no habríamos podido imaginar es que la juez Corriveau haría lo que acaba de hacer.

—¿Llevarnos a juicio? —preguntó Zalmanowitz.

—No. —Gamache se detuvo y se volvió hacia el fiscal—. Dejarnos marchar. —Le tendió la mano—. Aquí es donde nos separamos.

—¿Puedo ir contigo?

—Ya has hecho más que suficiente, Barry. Pase lo que pase, va a caerte encima una paletada de desprecio, y por parte de gente que te importa: compañeros de trabajo, amigos; quizá hasta de tu familia. Espero que sepas, en el fondo de tu corazón, que has hecho lo correcto.

Zalmanowitz esbozó una media sonrisa.

—Lo sé. Puede que me resulte difícil darles explicaciones a los demás, pero por lo menos no tendré que dárselas a mi sucia y apestosa conciencia.

Aceptó la mano que le tendía Gamache.

—Va a ser esta noche, ¿verdad? —Al ver que Gamache no respondía, apretó con más fuerza durante un instante y añadió —: Buena suerte. *Merde*.

—Gracias, *monsieur* Zalmanowitz —dijo Gamache imitando sorprendentemente bien a la juez Corriveau. Y con su propia voz, agregó—: *Merci*.

En su despacho, Maureen Corriveau se sentó de nuevo y miró al frente: sabía muy bien lo que acababa de hacer.

Lo que habían confesado Gamache y Zalmanowitz era injustificable: subvertir la justicia, y en el mismísimo Palais de Justice. Pero quizá existía, como decía Gandhi, una instancia más alta que ninguna otra.

Lo que Gandhi no había mencionado, pese a que habría sido útil, era que no sólo la instancia era más alta, sino también el precio que había que pagar: tan alto que costaba contemplarlo en toda su extensión.

Pensó en los cobradores originales que habían ardido en la hoguera por reclamar justicia.

¿Acaso era el cobrador que había aparecido en el pueblo de Three Pines una caricatura, una parodia de aquel acto de valor, o era la encarnación de esa valentía?

¿Eran el policía y el fiscal una caricatura o un ejemplo de lo que debería ser la ciudadanía?

¿Realmente importaba? Su trabajo no era escribir las leyes, sino hacerlas valer, pero, al hacerlo, ¿estaba manteniendo a raya a los justicieros y el caos o sólo cumpliendo órdenes?

—Dios mío... —dijo en un susurro—. ¿Por qué es tan difícil saberlo?

—¿Ha terminado por hoy, señoría? —El ujier había llamado a la puerta y asomaba la cabeza.

—Todavía no —contestó ella—. ¿Cuál es su plan para esta noche?

—Compraremos hamburguesas y cervezas y encenderemos los aspersores para los niños. Por cierto, si oye golpes y gritos

es que están arreglando el aire acondicionado.

—Perfecto —respondió ella con una sonrisa.

«Perfecto», pensó al oír cómo se cerraba la puerta con un chasquido.

Se reclinó en la silla y trató de encontrarle algún sentido a lo que acababa de pasar, a lo que acababan de contarle el superintendente jefe y el fiscal general.

Tenía la sensación de que las mentiras pululaban a su alrededor como si fueran duendes, cerniéndose sobre todo aquello que le resultaba familiar y confortable.

La ley, los juzgados, el orden, la justicia...

Miró fijamente el reloj de mesa sobre el escritorio: un regalo de la gente del bufete cuando había accedido a la judicatura.

Las manecillas señalaban casi las cinco. Le había dado a Gamache hasta la mañana siguiente: quince horas.

¿Era suficiente, demasiado? El próximo día a aquella hora, ¿estarían todos bajo arresto? ¿Seguirían con vida?

Cuando saliera esa tarde de los juzgados y regresara a casa para reunirse con Joan, ¿la seguiría un cobrador por el largo y sofocante pasillo por haber hecho demasiado; por haber hecho demasiado poco?

Ojalá no los hubiera invitado a su despacho, pensó. Ojalá no los hubiera obligado a que le contaran la verdad, las mentiras. Le habría gustado poder ocultarse tras una feliz ignorancia, volver a casa con hamburguesas y cerveza.

Sólo había dos preguntas a la que el superintendente jefe no había respondido: quién era en realidad la persona que se sentaba en el banquillo y qué tenía que ver todo aquello con el asesinato de Katie Evans.

En todo caso, sabía que no tardaría en averiguarlo.

28

Estaban en la buhardilla de la librería de Myrna cuando oyeron un portazo en la planta baja y vieron aparecer a Jean-Guy, que subía las escaleras refunfuñando y sacudiéndose la nieve del abrigo y las botas.

Lo seguía Isabelle Lacoste negando con la cabeza: era como si cada noviembre fuera una sorpresa para Beauvoir, menudo investigador estaba hecho.

—Ahí fuera hace un tiempo horrible —declaró él mientras ambos se quitaban los abrigos.

Myrna sonrió. Por mucho que Gamache tuviera dos hijos biológicos, estos dos también eran sus hijos, siempre lo habían sido y siempre lo serían.

Al menos eso era lo que ella pensaba.

—¿Cómo ha ido en Montreal? —preguntó Gamache levantándose del sofá.

—Misión cumplida —respondió Beauvoir dando a entender que no quería hablar de la visita a la hermana y los padres de Katie—. Te contaré más en la cena. Porque hay cena, ¿no?

—Le he pedido a Olivier que nos trajera un estofado —repuso el superintendente jefe—, voy a ver cómo va la cosa.

Beauvoir se zampó una rebanada de baguette con queso brie y pera madura, farfulló algo parecido a «ya voy yo» y, cogiendo el abrigo, desapareció.

Isabelle se sirvió una copa de vino tinto y se apretujó en el sofá entre Clara y Myrna.

—¿Un día largo? —preguntó esta última.

—Y todavía no ha terminado. Me alegro de que estéis aquí —

les dijo a los Gamache—, porque iba a venir igualmente.

—¿De verdad? —preguntó Clara—. ¿Por qué?

—Necesito hablar con alguien que conociera a *madame* Evans y a sus amigos, a ver si puedo conseguir más información. He estado repasando los interrogatorios, pero no hay nada que llame particularmente la atención y... en fin... cómo no voy a pensar que tengo un problema si lo único interesante lo ha dicho Ruth.

—¿En serio? —dijo Gamache, que había estado presente durante la mayor parte del interrogatorio y no recordaba que hubiera dicho nada útil.

—Bueno, he dicho «interesante» no «pertinente». —Se volvió hacia Reine-Marie—. ¿Sabías que los contrabandistas de ron usaban la iglesia como bodega durante la Ley Seca?

—¿En serio? —replicó Reine-Marie.

—¿Estás segura? —añadió Clara—. Jamás lo había escuchado.

—Yo sí lo sabía —intervino Myrna—, Ruth me lo contó.

—Venga ya —soltó Clara—, ¿cuándo? ¿Mientras le fregabas los platos?

Por lo que tenían entendido, Ruth seguía sin saber cómo se llamaba Myrna y a qué se dedicaba, más allá de la sospecha de que llevaba una biblioteca y era la criada de alguien.

—Me lo dijo de manera indirecta —admitió Myrna.

Teniendo en cuenta que Ruth no era famosa por su sutileza, todos la miraron con escepticismo.

Recé por ser buena, fuerte y sabia,
por mi pan cotidiano y la condonación
de los pecados que, según ellos, arrastro desde la cuna,
y por una antigua culpa heredada.

—¿Es de Ruth? —preguntó Reine-Marie cuando Myrna acabó

de recitar el poema—. No lo reconozco.

—No está publicado —explicó Myrna—: lo encontré en uno de sus cuadernos cuando estaba...

De nuevo la miraron fijamente.

—¿Cuando estabas qué? —quiso saber Clara—. ¿Fisgoneando?

—Algo peor —admitió Myrna—: las mañanas de los miércoles voy a limpiarle la casa.

Eso provocó una explosión de carcajadas, aunque enseguida dejaron de reír ante la expresión tímida e incómoda de Myrna.

—Espera un momento —dijo Clara—. ¿Lo dices en serio? ¿Vas a su casa cada semana y...?

—En realidad, cada dos semanas.

—¿A limpiar?

—Es una anciana que vive sola y necesita ayuda —dijo Myrna—. Nosotras también nos encontraremos en esa situación un día u otro.

—Sí, ¿y sabes qué? —terció Clara—. Ruth seguirá viva: es indestructible; lo sé, lo he comprobado. Nos enterrará a todos.

—Pero incluso para alguien con una mente tan ágil como la tuya, *ma belle* —comentó Reine-Marie—, vincular esos versos con la Ley Seca es un salto muy grande, ¿no? ¿Cómo llegaste a esa conclusión?

—Le pregunté sobre el poema: quería saber qué significaba para ella. Eso fue hace un par de años...

—¿Tanto tiempo llevas limpiando en su casa? —preguntó Clara entre perpleja y molesta porque su amiga no se lo había contado. Entonces se le ocurrió algo y soltó de golpe—: ¿Qué hiciste, di?

—¿Qué hice de qué?

—Tienes que haber hecho algo terrible en esta vida, o en una vida anterior, para tener que ponerte ese cilicio.

—No, no es una penitencia. A lo mejor soy una santa. —Miró

al vacío con los ojos húmedos y una expresión beatífica en el rostro—. Santa Myrna...

—... de los Éclairs —bromeó Clara.

—Pues yo sería la primera en ir a la iglesia dedicada a esa santa —repuso Reine-Marie.

—Bueno, ¿qué estabas diciendo? —Isabelle trajo la conversación de vuelta a la Tierra, aunque estaba de acuerdo con Reine-Marie.

—Por curioso que parezca, de eso hablamos Ruth y yo: de la iglesia —continuó Myrna—. Me contó que de niña iba a Santo Tomás y rezaba por ser normal, por encajar.

—La hechicería habría sido más efectiva... —comentó Clara.

Gamache recordó lo que Ruth les había contado la tarde anterior sobre su primo y el accidente en el hielo.

«... una antigua culpa heredada».

—El sacristán, que la tenía medio adoptada, le contó la historia de la iglesia de Santo Tomás —explicó Myrna.

—Lo que explica que supiera lo de la Ley Seca —dijo Isabelle —. Yo había supuesto que ella misma era contrabandista de ron.

Myrna se echó a reír.

—Me encantaría investigar un poco sobre ese tema para los archivos —dijo Reine-Marie—. No es ni mucho menos la única iglesia fronteriza que se utilizó para esos fines; de hecho, las iglesias eran uno de los sitios predilectos de los contrabandistas.

—Eran lugares seguros, supongo —opinó Clara—, ¿quién allanaría la casa del Señor?

—En cierto modo, esos viejos tiempos nos resultan fascinantes —siguió Reine-Marie—: nos hacen pensar en licorerías clandestinas y en los gendarmes incompetentes del cine mudo, pero en realidad fueron años salvajes. Hubo quienes hicieron fortuna, pero sólo los más despiadados. Es posible que

la Ley Seca no creara a la mafia, pero dio pie a su escalada y a su poder.

Gamache escuchaba consciente de que su mujer tenía razón: el tráfico de drogas actual tenía como ancestros a los contrabandistas de casi cien años atrás. Los sindicatos del crimen, con su mentalidad y sus métodos, se habían creado en aquel momento.

—Habéis registrado Santo Tomás —le dijo a Lacoste—, ¿habéis encontrado algo que respalde lo que dice Ruth?

—Dudo que la iglesia guardara registros de las cajas de licor que entraban y salían del sótano —intervino Reine-Marie.

—Cierto —se limitó a decir Gamache.

Pensaba en botellas... y en bates entrando y saliendo del sótano.

Beauvoir se acercó a la reluciente barra de madera, tomó asiento y llamó a Olivier.

—¿Está listo el estofado que ha pedido el jefe?

—Lo comprobaré en la cocina: Anton se encarga de eso.

—¿El lavaplatos?

—El mismo.

Aquello no pintaba bien, pero tenía tanta hambre que le daba igual si el guiso se había hecho con trapos viejos y la porquería del desagüe.

—¿Puedo tomar un chocolate caliente mientras espero?

—*Bien sûr* —dijo Olivier, y entró en la cocina.

Beauvoir examinó el *bistrot*. Estaba abarrotado y, como era de prever, todas las conversaciones versaban sobre un único tema: el hallazgo del cadáver de Katie Evans hacía sólo unas horas.

Recorrió la sala con la mirada buscando al marido y a los amigos de la víctima pero, naturalmente, se habían refugiado

en la fonda.

Vio un sillón libre en un rincón tranquilo y fue a sentarse.

Un par de minutos más tarde le llevaron el chocolate caliente con un montón de nata recién montada encima y una brillante y rosada guinda al marrasquino.

—Creía que esto era para un niño —dijo una voz desconocida y Beauvoir levantó la vista.

Anton estaba ahí de pie con un delantal a rayas azules y blancas.

—El estofado está a punto de salir del horno, danos unos cinco minutos.

—Aquí estaré, tomándome mi cóctel —Beauvoir cogió la guinda.

—Gracias. —Anton titubeó y se quedó mirando el chocolate caliente—. ¿No quieres nada más fuerte?

—*Non* —respondió Beauvoir, metiéndose la guinda en la boca.

Anton se quedó esperando un momento más, pero al ver que Beauvoir no seguía dándole conversación, se marchó.

Unos minutos más tarde, los dos hombres caminaban por la plaza con la capa de nieve helada crujiendo bajo sus pies. Avanzaban con cuidado: si resbalaban, la cena acabaría en el suelo. Beauvoir en particular se movía despacio con el valioso cargamento, fragante y cálido, en sus manos enguantadas.

—Bueno. —Isabelle se volvió hacia Myrna, que le sacaba una cabeza incluso sentada—. Dejemos ya el tema de la Ley Seca. He venido a preguntarte por los amigos de *madame* Evans, tus amigos. He repasado los interrogatorios, pero quería hablar con alguien que los conociera bien.

—Los conozco desde hace tiempo, especialmente a Lea —contestó Myrna—, pero no puedo decir que los conozca bien.

Sólo los veo una vez al año, como todos los que estamos aquí.

En cuanto dijo esto último, Myrna se sintió un poco culpable: se podía interpretar que estaba renegando de esos amigos, intentando distanciarse de ellos; pero era la pura verdad: no los conocía bien, y cabía la posibilidad de que a uno de ellos al menos no lo conociera en absoluto.

—Pero conoces a Lea Roux desde que tenía cuatro años.

—Sí, ¿y tú crees que puede haberse convertido en una asesina?

—No creo que nadie pretenda culparte —intervino Clara.

—También los asesinos fueron niños alguna vez —dijo Isabelle.

—Incluso Eichmann —añadió la pintora.

—¿Eichmann? —preguntó Isabelle.

—El criminal de guerra nazi —explicó Clara.

Isabelle la miró fijamente un instante sin acabar de entender por qué mencionaba a un criminal de guerra nazi.

—Sí, incluso Eichmann fue un niño alguna vez —coincidió, perpleja pero decidida a que no la pillaran de nuevo con el pie cambiado y se volvió de nuevo hacia Myrna—. Permíteme empezar con una pregunta sencilla: suelen venir en verano, ¿tienes alguna idea de por qué cambiaron la fecha del viaje?

—Se lo pregunté a Lea y dijo que había sido complicado coordinar las agendas de todos, que este año ésas eran las únicas fechas posibles.

—¿Fue una decisión de última hora? —preguntó Isabelle.

Myrna lo pensó y negó con la cabeza.

—No: Lea me escribió en mayo para decir que vendrían por Halloween.

Isabelle asintió.

—¿Mencionó a Katie en algún momento?

Myrna se revolvió un poco: a nadie le gustaba dar detalles sobre conversaciones que en principio eran privadas, pero sabía

que en este caso no se trataba de un mero cotilleo, sino de una investigación de asesinato.

—Habló de todos ellos, no de Katie en particular.

—¿Crees que Katie le caía bien?

—Bueno, al principio no, a ninguno. Como escuchamos anoche, creo que todos se sentían obligados a solidarizarse con el amigo en común que acabó muriendo, Edouard.

—¿Le echaban la culpa a Katie de lo que le ocurrió? —preguntó Isabelle.

—Yo diría que en parte sí, al menos al principio: Katie dejó a Edouard por Patrick y Edouard se suicidó poco después. Todos querrían creer que fue un accidente, que perdió el equilibrio y se cayó de la azotea, pero Lea dice que en realidad ninguno de ellos se lo traga: piensan que saltó, iba muy colocado. —Hizo una pausa y negó con la cabeza—. Yo dudo que realmente quisiera suicidarse, me parece más probable que se sintiera momentáneamente desconsolado y que las drogas lo impulsaran a hacer lo que hizo... las malditas drogas...

Un poco más allá, junto al fuego, Gamache inspiró tan hondo que Reine-Marie se volvió a mirarlo: era el tipo de inhalación que uno hace justo antes de tirarse de cabeza al agua fría.

—A quien realmente culparon fue al camello, pero nadie consiguió encontrarlo después de la muerte de Edouard —explicó Myrna—. Por lo visto, puso pies en polvorosa.

—Lea nos contó anoche que la familia intentó buscarlo —intervino Clara—, incluso contrataron a un detective privado, pero el tipo se había esfumado.

Lacoste se volvió hacia Gamache.

—¿Eso no te parece raro?

—¿Qué parte?

—Bueno, lo de desaparecer siempre suena fácil, pero ambos sabemos que no lo es, y un buen detective debería haber sido capaz de seguirle la pista.

Gamache asintió: tenía razón.

—Quizá no era tan buen detective —sugirió Myrna.

—Y quizá no fueron las drogas y tampoco un accidente —añadió Reine-Marie, y se dirigió a su esposo—. Tal vez lo empujaron. Anoche te lo estabas planteando, ¿no es así?

—Siempre me planteo esas cosas —contestó él con una sonrisa, pero no consiguió engañarla.

Gamache seguía dándole vueltas al asunto.

Sí: era trágicamente fácil imaginar a un joven desesperado y vulnerable subiendo a una azotea y saltando al vacío en plena fiesta.

Pero igual de fácil imaginar a alguien dándole un pequeño empujón en medio del baile, las risas y el caos de una juerga.

—Tenemos que ponernos en contacto con la familia de ese joven —dijo Lacoste—. ¿Cómo se llamaba? ¿Edouard qué?

—Valcourt —respondió Gamache—. Y me parece una buena idea.

—Pero eso no explica el asesinato de Katie Evans —repuso Reine-Marie.

—*Non* —concedió Isabelle, y se volvió de nuevo hacia Myrna —. ¿Alguno de ellos habló de Katie, de algo que ella hubiera hecho y que pudiera explicar...?

—¿... su asesinato? —preguntó Myrna.

—Y la presencia del cobrador: si realmente estaba aquí por ella, tiene que haber un motivo, aunque sea algo ocurrido hace mucho tiempo.

—A lo mejor no estaba aquí por ella, ¿lo habéis pensado? —intervino Clara—. El único motivo por el que todos creemos que puede ser así es porque la mataron.

—Un indicio bastante claro —opinó Myrna.

Miró a Gamache, pero él no se mostró de acuerdo... ni lo negó.

No podía quitarse de encima la sensación de que aquello era

mucho más simple de lo que parecía, y que todo lo que estaban comentando no hacía sino enturbiar las aguas.

Algo había sucedido, quizá mucho tiempo atrás, que se había convertido en un móvil, algo que había conducido a alguien a matar a Katie Evans.

«... una antigua culpa heredada...».

• • •

—¡Atrás, bicho! —exclamó Jean-Guy tratando de cruzar el umbral de los Gamache pese a la oposición de la diminuta *Gracie*.

—¿Qué es eso? —preguntó Anton en un susurro para no ofender a la criatura—. He visto a *monsieur* y a *madame* Gamache paseándolo junto al perro. —Miró a *Henri*, que estaba plantado un poco más atrás, moviendo la cola tan furiosamente que su cuerpo entero se retorcía—. Ése es un pastor alemán, sin duda. —Aun así, miró fijamente a *Henri* unos instantes: más que orejas, parecía llevar insertadas un par de antenas parabólicas. Luego se volvió de nuevo hacia *Gracie* y preguntó en voz aún más baja—: ¿Es un cerdito?

—No tenemos ni idea de lo que es, si un cachorro de doguillo, un cerdito o una comadreja, aunque estamos bastante convencidos de que es hembra —explicó Jean-Guy mientras llevaban la comida a la cocina.

—Bueno, «busca el progreso, no la perfección» —dijo Anton.

Jean-Guy estaba encendiendo el horno, pero registró la frase.

Anton echó un vistazo a su alrededor mientras desenvolvía la comida y se fijó en la encimera de madera desgastada y en los estantes con platos y vasos.

Al fondo de la cocina, junto a las ventanas que daban a la plaza del pueblo, había dos sillones, uno a cada lado de una estufa de leña; libros, periódicos y revistas se amontonaban en

las mesitas laterales. En aquel espacio no reinaba el caos, pero tampoco el orden.

La estancia era tranquila y acogedora, al igual que la sala de estar que acababan de cruzar.

Tras arrojar un tronco pequeño a la estufa de leña para reavivar las brasas, Beauvoir se unió a Anton.

—Acabas de citar una frase —dijo sacando las servilletas e intentando no pisar a *Gracie*, que seguía por ahí debajo.

—¿Sí? —Anton rodeó la mesa de pino hasta llegar a él y se puso a doblar pulcramente las servilletas.

—«Busca el progreso, no la perfección»: conozco la cita. —Beauvoir se detuvo y miró a Anton—. ¿Eres un Amigo de Bill?

—Yo me he preguntado lo mismo sobre ti —contestó Anton con una sonrisa—. ¿Chocolate caliente en un *bistrot*, cuando todos los demás están tomando vino o whisky? Llevo seis años sobrio, ¿y tú?

—Dos años y tres meses.

—Bien hecho. ¿Alcohol?

—Y drogas —respondió Beauvoir—: calmantes.

No solía hablar de eso con nadie, excepto con otros miembros de la asociación y con gente próxima, como Annie, por supuesto, y los Gamache.

«Amigo de Bill» era una expresión en clave para identificar a un miembro de Alcohólicos Anónimos, una asociación de la que el tal Anton claramente formaba parte. Era como tropezar de forma inesperada con un miembro de su tribu.

De pie en la cálida cocina, con el aguanieve arreciando contra las ventanas, los dos hombres comprendieron que, pese a no saber nada el uno del otro, en realidad se conocían mejor que la mayoría de la gente sobre la faz de la tierra.

—Yo también tenía un problema con las drogas —explicó Anton—, con los fármacos: casi me matan. Tenía un pie en la tumba y el otro en una piel de plátano, por así decirlo. Acabé

sometiéndome a tratamiento y finalmente conseguí dejar las drogas, pero entonces empecé a beber: parecía una decisión sensata.

Jean-Guy se echó a reír; desde luego, era la lógica del adicto.

—Pero al final dejé también el alcohol —añadió Anton metiendo el estofado en el horno para que se mantuviera caliente.

—¿Tienes un momento? —preguntó Beauvoir señalando las butacas junto a la estufa.

Uno de los problemas de las investigaciones era que te veías obligado a alejarte de tus padrinos y de las reuniones, y siempre resultaba útil hablar con otro miembro, con alguien que conociera el terreno por el que te había tocado transitar.

—¿Cuándo empezaste? —preguntó Beauvoir tomando asiento. Se puso a *Gracie* en el regazo y la envolvió en su jersey para mantenerla calentita.

—¿Con las drogas? En el instituto ya consumía un poco, pero fue en la universidad cuando la cosa se salió realmente de madre. No estoy seguro de haber tenido nunca madera para la educación superior, pero las drogas sin duda precipitaron lo inevitable.

—¿Te expulsaron?

—Me largué justo antes de que eso ocurriera. —Anton negó con la cabeza—. Ya sabes, hay chicos que saben manejarlo, pero para otros, como yo, es como si te metieran nitroglicerina en el cuerpo.

—¿Llegaste a traficar? —preguntó Beauvoir.

Anton empezó a mordisquearse las uñas.

—No voy a detenerte —dijo Jean-Guy con una sonrisa—. Además, debe de hacer años de eso.

—No tantos —protestó Anton, y luego también sonrió—. Sí, trafiqué un poco, aunque menos que otros. Acabé tomándome yo mismo casi toda la droga que pasaba por mis manos. Fue un

gran error, menuda tormenta de mierda. Que me hubieran expulsado se convirtió en la menor de mis preocupaciones, ¿sabes qué le hace un proveedor a un camello que se vuelve yonqui?

—Sí, lo he visto.

—Pues yo también: he ahí el verdadero motivo por el que me fui. Salí huyendo, me escondí y me dediqué a meterme toda la mierda que pude y a vivir en la puta Babia confiando en que nadie me encontrara.

—¿Y cómo conseguiste dejarlo?

—Mi familia me mandó a desintoxicación, estaban muy hartos.

Miró hacia el fuego y puso sus pies enfundados en calcetines sobre el escabel, no sin antes coger un libro que había encima.

Lo abrió y lo hojeó, luego soltó un bufido y miró a Beauvoir.

—¿Has leído esto?

Jean-Guy lanzó un suspiro.

—Pues sí.

—¿No eres fan de su obra?

—¿Entre tú y yo? —Se inclinó hacia Anton—. Sí que lo soy, pero no se lo digas a nadie.

Anton volvió a mirar el libro y leyó en voz alta:

Tras recorrer a diario el camino recto que va
de la escuela al infierno de la farsa familiar
si aparece otra senda ¿a dónde irá
montando su bicicleta el pobre escolar?

Beauvoir sonrió: conocía esos versos y sabía cómo podía aparecer una senda nueva, nada recta, ante uno mismo.

—Ruth Zardo —dijo acunando a *Gracie* como si fuera Honoré. Le suponía un consuelo sentir su cuerpecito, el pequeño corazón latiendo junto al suyo.

—*Oui*, *madame* Zardo —dijo Anton cerrando el libro y observando la contraportada, donde la foto de la autora parecía algo que hubiese visto cuando vivía en la puta Babia—. Quién iba a pensar que una chiflada de ochenta tacos conocería tan bien el corazón de un chico.

—El dolor es universal —le recordó Beauvoir.

Anton asintió.

—Como ella sabe muy bien.

—Y también sabe provocar dolor —añadió Jean-Guy, y Anton se echó a reír a carcajadas, francamente divertido.

—¿De modo que tu familia te mandó a desintoxicación? —preguntó Beauvoir.

Anton volvió a poner el libro sobre el escabel.

—Sí. Los odié por eso durante mucho tiempo, pero fueran cuales fuesen sus razones me hicieron un gran favor. Finalmente acabé liberándome de las drogas y el alcohol, aunque también ocurrió otra cosa: después del tratamiento, tuve que ir a un centro de reinserción social donde nos turnábamos para hacer las tareas domésticas y, cuando me tocó cocinar, descubrí que me encantaba. No lo supe hasta entonces: en la facultad sólo comía macarrones con queso precocinados. Fue alucinante descubrir esa pasión, y encima era legal.

Esbozó una sonrisa.

La cocina se estaba llenando de una muestra de la pasión de Anton: los sutiles aromas del estofado que les había preparado —a ajo, cebolla, hierbas, champiñones levemente almizclados y ternera— se mezclaban con la fragancia de la leña de arce en el fuego.

Si los Gamache e Isabelle no volvían pronto de casa de Myrna, pensó Beauvoir, empezaría sin ellos.

—¿Fue así como te hiciste cocinero? —le preguntó a Anton.

—*Oui*. No conseguí trabajo en un restaurante, pero sí con aquella familia.

—¿No les importó tu historial?

—No les conté nada: si haces las cosas bien y cobras en metálico, la gente no hace preguntas.

—¿Y qué tal era trabajar para los Ruiz?

—No estaba mal, aunque él era un poco raro; muy reservado, como si tuviera entre manos secretos de Estado.

—¿Y los tenía?

Anton soltó un resoplido de desprecio.

—Por favor... su trabajo consistía en supervisar fábricas de juguetes baratos. Imitaciones, probablemente.

Se interrumpió y miró a Beauvoir.

—No debería estar contándote esto: firmé un acuerdo de confidencialidad.

—¿Lo dices por los juguetes y la cocina? ¿No puedes hablar de eso? Allí conociste a Jacqueline, ¿verdad?

—Sí.

—Y os hicisteis amigos.

—Bueno, no nos quedó otra: no había nadie más.

—¿Y más que amigos? —quiso saber Jean-Guy.

Anton se echó a reír.

—¿Por qué todo el mundo piensa eso? No, para mí es más una hermana que otra cosa. Y es una gran repostera, ¿has probado sus brownies? Madre mía...

«Pobre Jacqueline», pensó Beauvoir. Y se preguntó si ella era consciente de que lo único que él adoraba de ella eran sus brownies, aunque al parecer le gustaban muchísimo.

—Estábamos más a gusto cuando *monsieur* Ruiz se marchaba, era todo más relajado.

—¿Viajaba mucho?

—Sí, por suerte: su territorio cubría toda Norteamérica y parte de América Central. Creo que consiguió ese trabajo porque hablaba español. Desde luego, no sería por su personalidad arrebatadora.

—Era español, ¿verdad?

—Sí.

Beauvoir observó a Anton. El fuego chisporroteaba y la estufa de hierro colado irradiaba un suave calor que los envolvía a ambos en una sensación de bienestar, de seguridad, en su propio pequeño mundo.

Él seguía acunando a *Gracie*, que roncaba arrebujada entre sus brazos. Mientras esperaba a que el otro hablara, se puso a dar golpecitos con los dedos, contando para sí: dos, tres...

... siete, ocho...

Y decidió que Anton necesitaba ayuda, un empujoncito.

—Sabías de qué se trataba, ¿verdad? —dijo—. Reconociste al personaje de la plaza del pueblo de tus tiempos con aquella familia, sabías que era un cobrador.

Anton apretó los labios.

—Le prometí a Jacqueline que no diría nada: quería decíroslo ella misma, pero los dos tenemos miedo. —Bajó tanto la voz que habría resultado cómico de no haber mostrado tanta desesperación en sus ojos—. No tienes ni idea de cómo era ese hombre.

—¿Ruiz? ¿Le tienes miedo? Pero ahora ha vuelto a España, ¿no?

—Ya, bueno...

—¿Quién es?

Anton miró alrededor.

—No está aquí —le aseguró Beauvoir.

—No lo buscaba a él, sino un ordenador. *Monsieur* Gamache debe de tener uno.

—Sí, en el estudio.

Beauvoir dejó con cuidado a *Gracie* en el hueco de la panza de *Henri*, que dormía hecho un ovillo delante del fuego.

—Sígueme.

Los dos cruzaron la cocina hasta la sala de estar y de allí

fueron al estudio.

Jean-Guy encendió el ordenador y, mientras Anton esperaba en la puerta, se aseguró de que no hubiera nada privado o peliagudo a la vista.

Abrió una nueva ventana del buscador y le hizo señas a Anton para que se acercara.

Él tomó asiento, tecleó algo y luego hizo clic en un enlace.

Finalmente, echó atrás la silla para que Beauvoir pudiera ver mejor.

En la pantalla podía verse un reportaje de un informativo español: una multitud increpaba a un hombre en la escalinata de lo que parecía la entrada de un juzgado.

—¿Ése es Antonio Ruiz? —preguntó Beauvoir.

—No, ése es su abogado. El señor Ruiz está en segundo plano, ahí.

Señaló a un hombre elegante vestido con un traje de buen corte. Tendría cuarenta y tantos años, quizá cincuenta y pocos. Se lo veía satisfecho y confiado.

—¿Qué están diciendo?

—No lo sé, pero puedo imaginarlo. El señor Ruiz fue detenido por blanqueo de dinero. La compañía entera para la que trabajaba fue objeto de una investigación, pero acabaron exonerándolos.

—Se fueron de rositas.

—No sólo eso: el veredicto ordenaba una disculpa pública. —Anton miró fijamente la pantalla—. Alguien le dio un toque a alguien.

Beauvoir apretó los labios: donde había dinero sucio, había crimen organizado, y donde estaba implicado un sindicato del crimen, había drogas, un montón de drogas.

Se preguntó si Anton sabría eso también.

El reportaje continuó. El abogado respondía a unas preguntas y finalmente, indicando con gestos a los periodistas que se

apartaran, asía del brazo a Ruiz y lo guiaba a través del gentío.

Y la noticia llegaba a su fin.

—¿Lo has visto? —preguntó Anton.

—¿Qué?

Anton volvió a reproducir el vídeo y apretó el botón de pausa.

Justo cuando la imagen empezaba a disolverse, cuando la pantalla estaba a punto de fundirse a negro, en lo alto de la escalinata del juzgado aparecía aquel personaje de negro.

—Un cobrador —susurró Beauvoir.

Y no era de los que usaban sombrero de copa y frac, al estilo de Fred Astaire.

Aquél era uno que actuaba como la voz de la conciencia.

—¿Cómo encontraste esto? —quiso saber Beauvoir.

—Alguien de España fue a cenar —explicó Anton—, un colega del señor Ruiz. Yo estaba sirviendo la mesa y el hombre utilizó la palabra «cobrador» antes de que Ruiz lo obligara a cerrar el pico. El tipo se puso tan pálido que decidí investigar un poco... y me encontré con ese vídeo.

—¿Se lo contaste a Jacqueline?

—Sí.

—¿Qué fue de Ruiz? ¿Realmente volvió a España con su familia?

—Eso nos dijeron, pero la verdad es que no lo sé ni me importa. —Suspiró—. Te diré una cosa: cuando ese cobrador apareció por aquí, estuve a punto de mearme encima, me dio un susto de muerte.

—¿Creíste que había venido a por ti?

Anton abrió la boca y luego volvió a cerrarla negando con la cabeza.

—Creí que lo había mandado Ruiz para meternos miedo, o algo peor.

—Pero ¿por qué iba a querer asustaros? ¿Sabéis algo sobre

él?

—No.

—¿Sobre el asesinato de Katie Evans entonces? Anton, si sabes algo tienes que contármelo.

—No sé nada, te lo aseguro.

—Pero hay algo más, ¿verdad? —insistió Jean-Guy—. Tienes que contármelo.

—¿Quedará entre nosotros?

—Depende de lo que sea, ya lo sabes. ¿Tiene que ver con Antonio Ruiz?

—Prométeme que no se lo dirás a nadie.

—No puedo hacer eso. Venga, Anton, cuéntamelo. Sé que quieres hacerlo.

Myrna negaba con la cabeza.

—Ojalá hubiera conocido mejor a Katie y pudiera ayudaros un poco más. Lo que sí os digo es que esos amigos se quieren de verdad, su amistad no es fingida, y no puedo imaginar que uno de ellos haya podido matar a Katie. Era una mujer brillante y generosa, la mamá gallina del grupo. Ya no era la chica alocada de antaño: todos nos hacemos mayores.

«No todos», pensó Gamache. Algunos, como Edouard, caían por el camino y ya no volvían a levantarse: nunca se hacían mayores.

Sus pensamientos abandonaron la cálida buhardilla y el murmullo de la conversación y cruzaron la gélida plaza del pueblo, a través de la nieve y el hielo, hasta su propia casa, hasta el cuaderno que había en su escritorio y las notas escritas allí en tinta negra como el carbón.

Su diario de la peste.

«Caen cenizas del cielo y todos muertitos al suelo».

—¿Y el cobrador? —La voz de Clara penetró en el

pensamiento errante de Gamache y lo trajo de vuelta a la buhardilla—. ¿Quién diablos era? ¿Cómo encaja en todo esto?

—Bueno, es evidente que no era ninguno de ellos —respondió Isabelle—. Ni siquiera alguien del pueblo: no faltaba nadie.

—¿Y quién era entonces? —preguntó Reine-Marie.

—Hay un par de posibilidades más —dijo Lacoste—. Es posible que el cobrador hubiera seguido a *madame* Evans hasta aquí con la intención de ajustar alguna antigua cuenta; o tal vez lo contrató alguien de aquí, alguien que sabía que Matheo Bissonette había escrito un artículo sobre el fenómeno del cobrador y lo reconocería.

—Hay una explicación más sencilla, por supuesto —intervino Reine-Marie.

—Que el propio Matheo Bissonette contratara al cobrador —se adelantó Isabelle— y que después les contara a todos qué era un cobrador, incluida *madame* Evans. Sí, hemos pensado en eso también. Para que funcionara, ella tenía que saber qué significaba aquel personaje. Aunque eso no explica el motivo por el cual él, o quien fuera, cometió el asesinato.

Todos miraron a Myrna.

—Yo desconozco el motivo: Lea no acudió a mí para contarme que Matheo tenía planeado matar a Katie. Al menos que yo recuerde.

—A lo mejor no era así —intervino Gamache—: a lo mejor el cobrador sólo estaba ahí para avergonzarla y el asesinato nunca formó parte del plan, pero alguien vio la oportunidad y la aprovechó. Y tienes razón —añadió dirigiéndose a Clara—: es posible que el objetivo del cobrador fuera alguien completamente distinto. ¿Me disculpáis?

Se levantó y se volvió hacia Reine-Marie, que también se estaba poniendo en pie con cierta expresión de sorpresa en la cara ante la repentina necesidad de marcharse de su marido.

—¿Querréis decirle a Jean-Guy que se reúna con nosotros en el centro de operaciones, por favor? Isabelle, ¿puedes venir conmigo?

Se despidieron de Myrna y Clara.

—Madre mía —soltó Clara mirando a través de la ventana—, cualquiera diría que le han pegado una patada en el culo. ¿Será que por fin hemos dicho algo útil?

—Si ha sido así, no se me ocurre qué puede ser.

—A lo mejor es que se nos ha acabado el queso... —Clara se volvió para comprobarlo, pero aún quedaba bastante.

Las dos mujeres observaron entonces desde el calor de la buhardilla cómo Gamache, Reine-Marie e Isabelle se detenían en la plaza del pueblo, más o menos en el mismo sitio donde el cobrador había montado guardia.

Hacía una noche espantosa, con una mezcla de nieve, perdigones de hielo y lluvia gélida: un tiempo de mil demonios.

Luego Isabelle se encaminó hacia la fonda, Gamache agachó la cabeza y echó a andar en medio de la nieve y Reine-Marie se dirigió a su casa, que para entonces no era más que un leve resplandor entre la nevisca.

—Me vuelvo a mi estudio —anunció Clara.

—¿A acabar tu cuadro? —preguntó Myrna.

—Ya está acabado, voy a empezar uno nuevo.

—Clara —empezó Myrna—, tu exposición está a la vuelta de la esquina y sólo quería...

Abrió y cerró la boca sin decir más.

—Eres una buena amiga —dijo Clara—, y sé que lo dices por mi bien, pero así sólo consigues perturbarme, hacerme dudar de mí misma. —Asió las grandes manos de Myrna—. Por favor, no digas nada más. Confía en mí: sé reconocer cuándo algo está acabado y cuándo no lo está.

Myrna la acompañó a las escaleras y oyó el tintineo de la campanilla cuando Clara salió.

Se preguntó si no estaría en lo cierto: algunas cosas podían parecer acabadas, completas, pero en realidad estaban por acabar.

• • •

El superintendente jefe Gamache se detuvo en los escalones que conducían a la iglesia.

Entonces, en vez de apresurarse a entrar, dobló la esquina del edificio.

Una vez en la parte de atrás, donde nadie podía verlo, encendió la linterna de su móvil y examinó el suelo.

La nieve estaba intacta, sin huellas de ningún tipo. Tampoco esperaba encontrarlas: la nieve que había ido cayendo habría borrado todas las huellas de la noche anterior y el equipo de Lacoste ya debía de haber examinado el sitio más temprano.

Aunque no habían encontrado lo que él estaba buscando.

Recorrió la pared trasera de la iglesia con el haz de la lámpara y distinguió un listón blanco y desgastado.

Se acercó un poco más, retrocedió guiñando un ojo mientras la nieve le golpeaba la cara y luego se volvió hacia el bosque oscuro.

Los huéspedes de la fonda acababan de sentarse a cenar cuando llegó Isabelle Lacoste.

—Lamento interrumpir —dijo, aunque no le parecía que interrumpiera gran cosa.

El pastel de cordero y patatas, que olía de maravilla, permanecía prácticamente intacto en los platos.

—¿Quiere acompañarnos? —ofreció Matheo—. Hay de sobra.

Isabelle no se dejó engañar: era una invitación muy poco sincera. Se preguntó qué pasaría si aceptaba.

Había sido un día horrible para ellos, o por lo menos para la mayoría.

La miraban fijamente, y la inspectora jefe Lacoste hacía lo propio pensando que entre ellos había a un asesino y que sólo faltaba descubrir quién era.

—*Merci*, pero tengo que pedirles un pequeño favor. Se trata de algo que debemos investigar para poder descartarlo. —Se volvió hacia Patrick—. Tengo entendido que se ha mantenido en contacto con la familia de Edouard Valcourt, ¿es así?

—Sí.

—Pues me gustaría hablar con ellos. Necesito que me dé su dirección, su número de teléfono o cualquier otro dato de contacto.

—Pero ¿por qué? —preguntó Lea.

Lacoste se volvió hacia ella y sonrió.

—Se me olvidaba que usted presentó un proyecto de ley con su nombre. También debe de haber estado en contacto con la familia, ¿tiene forma de localizarlos?

—Sí, por supuesto —respondió Lea—. No tengo esos datos conmigo, pero puedo hablar con mi ayudante en la Asamblea General y pedirle que se los busque. Usted nos dio su correo electrónico, ¿no es así?

Lacoste asintió: después de interrogarlos, le había dado una tarjeta a cada uno.

—*Merci*, pero me gustaría contactar con ellos esta misma noche. —Se volvió de nuevo hacia Patrick—. ¿Tiene sus datos en la agenda del teléfono?

—Diría que los eliminé cuando me cambié de móvil —contestó él.

—¿Para qué quiere hablar con los Valcourt? —volvió a preguntar Lea—. No creerá que tienen algo que ver con la muerte de Katie, ¿verdad?

—No —le aseguró Lacoste—. No, no lo creo, pero sí tenemos

que indagar en el pasado de *madame* Evans. Queremos aclarar algunos detalles relacionados con la muerte de su amigo Edouard.

—No hay nada que aclarar —intervino Matheo—: estaba colocado y se cayó de la azotea. Katie no tuvo nada que ver. Ni siquiera estaba allí, y Patrick tampoco. —Se volvió hacia Patrick, pero éste se limitó a seguir mirando fijamente.

Matheo contuvo el abrumador impulso de soltarle una bofetada y borrarle de la cara aquella patética expresión de perrito indefenso.

—No tengo ningún problema en darle su teléfono y su dirección —dijo Lea—, pero tendrá que esperar a mañana por la mañana, ¿le parece bien?

—Si no puede conseguirlos antes, sí.

Lacoste los dejó con su cena y salió de nuevo al exterior, donde reinaban la nieve y la oscuridad.

No había conseguido los datos de los Valcourt, pero sí otra cosa: la certeza de que Lea estaba en el centro de lo ocurrido, fuera lo que fuese: era ella quien estaba al mando.

Y entonces recordó una recomendación que se hacía a los agentes del Mossad y que le había parecido simplemente abominable y malvada hasta que se la habían explicado mejor.

A los agentes israelíes se los instruía para que, si encontraban resistencia durante un ataque, mataran a las mujeres primero.

Porque si una mujer llega tan lejos como para empuñar un arma, será siempre la más entregada a la causa y la que más se resistirá a rendirse.

«Matad a las mujeres primero».

Esa advertencia simple y directa le seguía pareciendo abominable y malvada, pero, aunque detestaba tener que admitirlo, se basaba en una teoría casi sin duda acertada.

Gamache dio unos pasos sobre la nieve internándose en el bosque, aunque no demasiado. Luego se volvió en redondo para mirar hacia la pared trasera de la iglesia y, justo cuando lo hacía, las luces se encendieron iluminando el terreno a su alrededor. Los copos de nieve resplandecieron como cristales atrapados en los rayos de luz. Permaneció allí de pie unos instantes, contemplando el espectáculo, miró una vez más hacia el bosque sombrío y finalmente volvió sobre sus pasos, subió los peldaños y entró en la acogedora iglesia, donde Jean-Guy sacudía sus guantes contra el abrigo.

—Reine-Marie me ha dicho que querías verme aquí. —Le rugió el estómago y se llevó una mano a la barriga al tiempo que le lanzaba al jefe una mirada de reproche: en ese momento podrían estar cenando en lugar de estar metidos en aquella iglesia helada—. ¿Qué hacías ahí atrás? ¿Qué andabas buscando?

—A los contrabandistas de ron.

—Se iban por allí. —Jean-Guy señaló hacia el cementerio.

Gamache se volvió en esa dirección con el ceño fruncido, pensando. La nieve derretida le goteaba por el cuero cabelludo y le corría por la cara y la nuca como si el esfuerzo de pensar la estuviera fundiendo. Mientras se encaminaba escaleras abajo hacia el centro de operaciones, un hilillo se abrió camino por el cuello de la camisa y le bajó por el espinazo. Sacudió los hombros al notar la incómoda sensación.

29

El sudor corría por la nuca del superintendente jefe Gamache y le empapaba el cuello.

Notaba la camisa humedecida y pegada al cuerpo, así que se plantó justo debajo del potente aire acondicionado de la jefatura de la Sûreté.

Le habría gustado disponer de tiempo para darse una ducha rápida y ponerse una camisa limpia, pero eso tendría que esperar hasta después de la reunión.

Los agentes se habían puesto en pie al entrar él en la sala, así que les indicó con un gesto que tomaran asiento, ocupó su lugar en la cabecera de la mesa y dedicó unos momentos a mirar uno por uno a aquellos hombres y mujeres de todas las edades y rangos que llevaban casi un año asistiendo a esas reuniones como mínimo una vez por semana.

Recordaba las entrevistas privadas que había mantenido con ellos cuando estaba decidiendo quiénes serían los miembros de aquel grupo selecto. Entre miles de agentes, había escogido a unos pocos por su inteligencia, su determinación y su capacidad de trabajar en equipo, de liderar y de obedecer al mismo tiempo.

Los había escogido por su valentía, su audacia y su lealtad no a él mismo ni a la Sûreté, ni siquiera a Quebec, sino a los quebequeses, por su disposición a proteger a la población incluso si esto suponía pagar un alto precio.

Había elegido a los más prometedores y les había pedido algo que posiblemente, probablemente o casi seguro, arruinaría sus carreras, y ellos habían accedido.

Aunque, había que admitirlo, no sin mostrar cierta reticencia en ocasiones, cuando el objetivo a largo plazo quedaba oscurecido por las necesidades inmediatas, por la formación o la moral de los agentes: quedarse al margen, no hacer nada mientras se cometían delitos, era algo muy desmoralizador.

Pero se habían mantenido unidos hasta el final.

Durante casi un año, todos habían contribuido a poner en marcha aquel plan tan bien urdido, tan meticuloso y secreto como el cártel al que trataban de derribar.

«Una casa de cristal», así era como la juez Corriveau había definido al cártel: transparente, invisible.

Era una buena definición, y él y sus agentes se habían vuelto también transparentes e invisibles.

Un buen cazador aprendía de su presa, y él había aprendido del cártel a ser indetectable.

A aparentar debilidad cuando en realidad estaba reuniendo fuerzas.

Pero, para ambas partes, había llegado el momento de exponerse. Para cuando esa noche llegara a su fin, uno de los dos bandos saldría victorioso y el otro quedaría hecho añicos.

Cogió un pañuelo de papel y se enjugó el sudor del rostro sin importarle lo que pudieran pensar los demás.

—Contadme lo que sabéis.

Su mirada se paseó por la mesa y fue a posarse en la superintendente Toussaint, que parecía incómoda.

—Por lo visto estábamos equivocados, *patron*.

—¿Sí? ¿Con respecto a qué?

Conocía la importancia de aparentar tranquilidad y firmeza aunque el corazón empezaba a palpitarle con fuerza.

—Sobre las matrioskas. Ahora sabemos que había dos cargamentos, el que contenía el krokodil y otro que no era más que un señuelo.

—¿Y?

—El primero salió de Mirabel anoche, en cuanto el enorme envío de fentanilo hubo cruzado la frontera.

—¿Y la ha cruzado también? —quiso saber Gamache. Su tono seguía siendo sereno, aunque todo su plan dependía de la respuesta a esa pregunta.

Dio la impresión de que la sala entera se estaba inclinando hacia el borde de un acantilado.

—Creemos que no, creemos que está en una zona de espera.

—¿Que lo creéis? —soltó Beauvoir tratando de parecer tranquilo, aunque con menor fortuna que el superintendente jefe.

—Sí —confirmó Toussaint con cierta tensión en la voz—, lo creemos. —Se volvió de nuevo hacia Gamache—. Según nuestro informante, el cargamento sigue en Quebec, y hay indicios de que eso es cierto.

—Vamos a ver, ¿estamos hablando del mismo informante que nos dijo hace unas horas que esa mierda, el krokodil, seguía en el almacén? —quiso saber Beauvoir.

—Pues sí: cometió un error. —El tono de la superintendente Toussaint se había tornado gélido—. Sabes bien que esas cosas pasan. Pero volvió para confirmarlo, corriendo un gran riesgo personal, y luego se puso de nuevo en contacto conmigo.

Toussaint y Beauvoir se miraron fijamente.

—¿No tenemos forma de asegurarnos? —preguntó Gamache.

—No sin exponernos demasiado —respondió Toussaint.

—De manera que en realidad no sabemos dónde está la droga —dijo Beauvoir—, sólo que ya no está en el almacén.

—Correcto.

—Pero has dicho que había otros indicios —intervino Gamache—, ¿a qué te referías?

—El capo del sindicato del crimen de la costa Este de Estados Unidos está en Burlington, Vermont.

Los agentes se miraron entre sí y luego a Gamache.

—Podría estar allí por varias razones —añadió Toussaint—, no sabemos si...

—Yendo en coche, de allí a la frontera canadiense hay un trayecto muy corto —interrumpió Beauvoir más nervioso que irritado—: una de esas razones podría ser recibir el envío.

—Pues sí —aceptó Toussaint, y agregó—: y también podría ser que nuestra trampa haya resultado más efectiva de lo que nos habíamos atrevido a imaginar.

—Continúa —pidió Gamache. Estaba pensando lo mismo, pero Toussaint había tenido más tiempo para considerarlo y necesitaba conocer su opinión.

—Creo que el capo del sindicato de la costa Este está en Vermont por algo más que una tarrina de helado Ben & Jerry's, y algo más que el krokodil...

Gamache asintió despacio, asimilando aquella información, tratando de impedir que la euforia le nublara el juicio, tratando de no precipitarse sacando una conclusión a la que deseaba llegar desesperadamente.

Le tocó a Beauvoir decir lo que él estaba pensando, lo que todos estaban pensando.

—Han organizado un encuentro para llevar a cabo el intercambio —lo dijo en voz baja, casi en susurros—: el capo del cártel de Quebec y el de la costa Este estadounidense estarán juntos en el mismo sitio.

—Joder —soltaron varios agentes al unísono.

—Pero ¿a qué lado de la frontera? —preguntó uno de ellos —. ¿El estadounidense se atreverá a entrar en Quebec?

—¿Qué se lo impide? —preguntó otro—. La Sûreté no, eso seguro.

La frase provocó una oleada de risas rayanas en la histeria.

El superintendente jefe Gamache se sentía tan aliviado como ellos, pero se mostraba precavido: solía ser en esa fase cuando se cometían errores.

Justo cuando estaban convencidos de haberlos atraído a una trampa, podían ser los cárteles quienes les estaban lanzando un señuelo: si algo habían aprendido sobre ellos era que no andaban cortos de inteligencia. Podían ser invisibles, pero eso no significaba que no vieran lo que sucedía a su alrededor.

Dejó que la celebración siguiera su curso: en los últimos meses había habido muy pocos motivos de alegría, ¿por qué no permitirles disfrutar del momento? El entusiasmo se fue apagando solo.

—¿Puedes explicarnos mejor lo que estás pensando, Madeleine? —pidió Gamache.

—Éste es el primer cargamento de krokodil que cruza la frontera. Se trata de una droga que parece destinada a volverse importante, a convertirse en un negocio muy lucrativo. Es barato fabricarla y se vende con facilidad, sobre todo porque la gente siempre está buscando nuevas formas de colocarse.

—Te deja la piel toda llena de escamas —intervino uno de los agentes leyendo un informe.

—Exacto, y el cerebro hecho puré, y acaba matándote muy pronto —añadió Toussaint—, pero ¿cuándo ha detenido eso a un yonqui? No estamos hablando de gente razonable que toma decisiones sensatas. —Se volvió de nuevo hacia Gamache—. ¿Quieres saber lo que pienso? Pues que van a encontrarse para repartirse el territorio: las fronteras son para los políticos, no para los traficantes de drogas. Pero también creo que se reúnen para calibrarse mutuamente, lo que indicaría cuán poderoso se ha vuelto el cártel de Quebec. ¿De otro modo, por qué iba a viajar el capo del mayor sindicato del crimen de Estados Unidos a los bosques de Vermont?

—¿Crees que se siente amenazado? —quiso saber Beauvoir.

—Es posible.

—¿Crees que ha venido a matar al capo del cártel de Quebec? —preguntó otro agente.

Toussaint lo pensó un momento.

—No. No dudo que quisiera hacerlo, pero además de traficantes también son hombres de negocios, y no es una buena idea matar a tu proveedor a menos que no tengas otra opción. Diría que lo que quieren es llegar a un entendimiento.

—El capo del cártel de Quebec es lo bastante listo para imaginarse todo eso —comentó Beauvoir.

—*Oui*, desde luego —corroboró Toussaint—, y también para estar dispuesto a golpear primero.

—Será un *tête-à-tête* diabólico —comentó un agente.

—Creo que ha llegado el momento de hablar con la DEA —dijo Toussaint—: las cosas pueden descontrolarse muy rápido en ese encuentro, vamos a necesitar ayuda.

—¿Cuándo crees que va a producirse? —preguntó Gamache.

—Esta noche, sin duda, probablemente poco después de que oscurezca. Querrán dejar el tema zanjado antes de medianoche.

—¿Y crees que lo harán en el paso fronterizo? —preguntó Beauvoir.

—Sí: para ellos debería de ser el sitio más seguro; no en vano les hemos hecho ver en varias ocasiones que no tenemos ni idea de que lo están utilizando. El sindicato estadounidense recibirá el krokodil, el cártel de Quebec, el dinero, y, por lo que parece, los cabecillas de ambos sindicatos iniciarán el proceso para llegar a un nuevo entendimiento.

Todos miraron el reloj de pared a excepción de Gamache: él era consciente de la hora y también de la locura que suponía verse obligados a tomar una decisión casi en pleno ataque de pánico.

—No vamos a decírselo a la DEA —afirmó con voz firme.

Se produjo un gran revuelo y todo el mundo empezó a plantear sus objeciones a la vez. De nuevo, Gamache dejó que la excitación perdiera fuelle por sí sola y cuando se hizo el silencio continuó:

—Si les contamos que los capos de dos de los mayores sindicatos del crimen en Norteamérica van a reunirse esta noche y que va a producirse una operación de tráfico de drogas, ¿qué creéis que harán? —Dejó que lo pensaran, pero sólo brevemente—. Se movilizarán —dijo respondiendo a su propia pregunta—. Estarían obligados, igual que nosotros si recibiéramos esa clase de información. Y aunque estuvieran dispuestos a dejarnos llevar la iniciativa, habría tanta actividad que los sindicatos descubrirían el pastel. No. Ambos métodos entrañan sus riesgos, pero mi decisión sigue siendo la misma: vamos a hacer esto solos. Nos ceñiremos al plan que nos ha traído hasta aquí.

—Pero, *patron*, ¿qué ocurre si el encuentro se produce al otro lado de la frontera, donde no tenemos jurisdicción?

—Podríamos perderlos a ambos —intervino algún otro.

—Eso dejádmelo a mí —respondió Gamache—, esta noche limitaos a centraros en vuestra tarea, yo me centraré en la mía.

«No va a permitir que los perdamos», comprendió Jean-Guy. De un modo u otro, el capo de uno de los cárteles, o los de ambos, serían llevados ante la justicia aunque Armand Gamache tuviera que arrastrarlos del pelo hasta cruzar la frontera.

—¿La inspectora jefe Lacoste está sobre el terreno? —preguntó Gamache.

—Está siguiendo de cerca al capo del cártel de Quebec y nos comunicará cualquier movimiento —contestó Toussaint.

—*Bon*. Inspector Beauvoir, ¿ya tienes los planos tácticos?

—Sí. —Jean-Guy señaló los mapas del servicio de cartografía, en los que había señalado dónde se ubicaría cada uno de los agentes y cuál sería el objetivo en cada caso; unos mapas que todos los presentes en aquella sala conocían bien.

Sus vidas y las de sus camaradas dependerían de que cada uno supiera exactamente lo que se esperaba de él.

Formarían una pequeña fuerza para que cada agente estuviera perfectamente emplazado y cada movimiento fuera preciso.

Ya hacía semanas que habían alertado y puesto al día al equipo táctico, aunque sin revelarles el objetivo.

En todo caso, contaban con dos grandes ventajas: la primera, que tras varios meses de seguimiento sabían exactamente por dónde cruzarían la frontera las drogas, y la segunda, que habían hecho creer a los sindicatos del crimen que la Sûreté estaba en Babia y era completamente inútil.

Y también, como sabía Beauvoir, con otra ventaja más modesta, menos obvia: la motivación; la desesperación, incluso. Estaban contra la pared: aquello tenía que funcionar.

Pero ahora, un elemento más venía a sumarse a la ecuación: el capo del sindicato del crimen en la costa Este también estaría allí. Eso podía suponer un enorme golpe de suerte, pero también era una nueva fuente de incertidumbre.

La recompensa se había vuelto inconcebiblemente mayor, pero había mucho más en juego y los riesgos también habían aumentado proporcionalmente.

Señaló los mapas.

—Es posible que ya no nos sirvan —advirtió.

—El capo estadounidense podría cambiar el punto de entrega —intervino Toussaint—: cabe la posibilidad de que hayan optado por otro.

Gamache notó cómo aumentaba la tensión y captó también los colosales esfuerzos de los agentes para mantener la ansiedad bajo control.

—Puede que hayan optado por otro o puede que no: no podemos saberlo. Lo único que nos queda es seguir adelante con lo que tenemos y prepararnos por si tenemos que improvisar. *D'accord?*

—*D'accord, patron* —contestaron todos al unísono.

Gamache reflexionó unos instantes mientras repasaba la estrategia plasmada en los mapas. Y luego se volvió hacia Beauvoir.

—¿Crees que hay una forma mejor de hacer esto?

Beauvoir había estado repasando los mapas, pese a que a esas alturas los tenía grabados con tinta indeleble en el cerebro.

—Habrá que hacer algunos ajustes —respondió—. Teniendo en cuenta que el capo del sindicato estará allí, sin duda habrá más seguridad y estarán más alertas, pero... —Lo pensó un momento—. Creo que el plan sigue siendo sólido... siempre y cuando no haya más cambios.

—¿Tu informante está con ellos? —le preguntó Gamache a Toussaint.

Ella se limitó a asentir.

—*Bon* —concluyó el superintendente jefe poniéndose en pie. Todos los presentes se levantaron con él—. Tal vez tendremos que hacer cambios sobre la marcha... pero bueno, no sería la primera vez, ¿no?

Eso arrancó carcajadas y gestos de asentimiento, aunque los miembros más veteranos del equipo ya no se rieron tanto.

—Estaré en mi despacho. Si alguno de vosotros me necesita, ya lo sabéis.

En cuanto el superintendente jefe salió de la sala, Beauvoir se inclinó sobre los mapas en los que había trabajado en casa durante meses esperando a que llegara ese día.

Muchas noches, Honoré se había despertado y él le había dado el biberón y lo había tranquilizado para que Annie no tuviera que levantarse. Pero incluso mientras mecía suavemente a su hijo seguía estudiando minuciosamente los mapas y murmurando planes de ataque.

Pensando cómo dar caza a los criminales, cómo arrestarlos y cómo acabar con ellos si era necesario.

Aquello no era exactamente *Winnie-the-Pooh*, ni *Pinocho*, no

era el cuento que habría querido contarle a su hijo para dormirlo, pero, si tenían éxito, las posibilidades de Ray-Ray de crecer sano y salvo aumentarían de forma exponencial: su hijo nunca tendría que descubrir qué ocurría cuando aparecía otra senda distinta del camino recto.

—Muy bien. —Todos los agentes miraron a Beauvoir—. Manos a la obra.

Volvió a echar un vistazo al gran reloj colgado en la pared del fondo.

Eran las seis menos veinte.

Luego miró hacia la puerta cerrada. Tenía que hablar con Gamache antes de que llegara la noche, antes de que pasara lo que tuviera que pasar: no podían quedar asuntos pendientes entre ellos.

Gamache se aflojó la corbata, se sacó la camisa húmeda de los pantalones para cambiársela y abrió el cajón del escritorio donde guardaba las camisas limpias.

Pero entonces vaciló y, en lugar de coger una, se hurgó en el bolsillo y encontró la llave que abría el cajón superior... donde estaban el cuaderno y la servilleta.

Hacía mucho tiempo, meses de hecho, que no veía ninguna de las dos cosas.

Mucho tiempo atrás, muchas vidas atrás, había escrito esas palabras en una servilleta arrugada.

¿Cuántas personas habían muerto desde entonces por culpa de esas palabras, por culpa de él?

Había hecho la vista gorda ante las drogas y la violencia. Sabía perfectamente lo que estaba ocurriendo porque recibía informes todos los días; había calculado el número de vidas destrozadas, de vidas perdidas por su culpa, por lo que él había permitido que ocurriera.

Y aun así no había actuado.

Pero esa noche sí lo haría.

Dejó la servilleta a un lado, abrió el cuaderno y se obligó a leer lo que había escrito, lo que había puesto en marcha aquella fría noche de noviembre con *Henri* y *Gracie* ovillados junto al fuego y Reine-Marie sentada a su lado en el sofá.

Aquella noche, mientras contemplaba aquel fuego, se había planteado hacer lo inconcebible.

Se preguntó si Cortés, habría hecho lo mismo mientras navegaba entre Cuba y la futura Veracruz. ¿Cuándo se le habría ocurrido la idea de quemar las naves? ¿Había previsto las consecuencias? ¿Podía imaginar siquiera que la guerra con los aztecas terminaría borrando del mapa a toda una civilización?

Y entonces Gamache se preguntó si, cuando los conquistadores se plantaron en la playa y el aire se llenó de humo, otra criatura habría desembarcado con ellos.

¿Habrían reparado los conquistadores en que los seguía un personaje oscuro, un testigo terrible de unos actos terribles?

Pero, por supuesto, pasarían cientos de años antes de que aquellos actos se consideraran terribles: entretanto, Cortés siguió siendo un héroe para todos menos para los aztecas.

En momentos de mayor sosiego, en los últimos años de su vida, cuando su propia muerte se acercaba, ¿había llegado Cortés a preguntarse qué había hecho? ¿Había entrado la duda a hurtadillas en su dormitorio? ¿Había un cobrador eternamente joven plantado a los pies de su lecho?

¿Y Churchill? ¿Se despertó acaso con una punzada de duda la noche del bombardeo de Coventry o la noche en la que llovieron bombas sobre la gran ciudad de Dresde en represalia por algo que no era culpa de sus habitantes?

Gamache cogió un bolígrafo y empezó a escribir en una nueva página en blanco.

Escribió sobre el enorme cargamento de drogas que había

dejado pasar a través de la frontera la noche anterior, cuando podría haberlo detenido.

Escribió sobre las vidas que se perderían a causa de esa decisión. Su Coventry. Su Dresde.

Escribió sobre Barry Zalmanowitz y su carrera hecha añicos. Escribió sobre la juez Corriveau y la reprimenda oficial de la que sería objeto por haberlos dejado marchar en lugar de hacerlos detener, como correspondía de acuerdo con la ley.

Escribió sobre los hombres, mujeres y niños que habían sido víctimas de las órdenes que había dado: que se redujeran al mínimo los esfuerzos por arrestar a los delincuentes y se destinaran todos los recursos al objetivo principal, siempre dando la impresión de una absoluta incompetencia.

Armand Gamache puso todo eso por escrito sin dejarse nada, y cuando hubo acabado con lo que ya había ocurrido, siguió adelante con lo que estaba a punto de ocurrir esa misma noche.

Y cuando por fin acabó, Gamache dejó el bolígrafo, cerró el cuaderno y luego puso con cuidado la servilleta encima.

Después entró en el cuarto de baño y se dio una ducha para librarse del polvo y de la suciedad, y le pareció que el agua sabía a salado: por el sudor y por algo más que le surcaba el rostro.

—*Patron?*

Beauvoir se asomó al despacho del superintendente jefe. Estaba desierto, pero se oía la ducha.

Se quedó ahí plantado sin saber muy bien qué hacer, si entrar o marcharse.

No quería ver a su jefe, a su suegro, saliendo de la ducha envuelto en una toalla... o algo peor.

Pero tampoco podía irse sin decir lo que tenía que decir.

Así que entró en el despacho y cerró la puerta. Estaba a

punto de sentarse cuando vio el cuaderno sobre el escritorio.

Sintió curiosidad. Seguía oyendo el ruido de la ducha, pero se acercó y, envalentonado, abrió el cuaderno y empezó a leer hasta que dejó de oírla. Entonces cerró rápidamente el cuaderno, volvió a poner encima la servilleta y se sentó en la silla frente al escritorio.

El jefe salió vestido con ropa limpia y frotándose el pelo con una toalla.

Se detuvo al instante al ver a Beauvoir, que se había levantado de un brinco de la silla.

—Jean-Guy.

—*Patron*. —Estaba ahí plantado con los hombros rígidos—. Siento haberme marchado hoy de la sala del tribunal. —Su tono era formal, como si estuviera transmitiendo un informe o recitando un papel ensayado—. Ha sido imperdonable.

Y entonces la formalidad se resquebrajó y por fin relajó los hombros.

—Ni siquiera sé por qué lo hice: he pasado por cosas peores, pero sencillamente…

Gamache seguía ahí de pie, escuchando, esperando a que Jean-Guy acabara la frase. No lo reprendió, pero tampoco le dijo que no pasaba nada.

Se limitó a conceder a Jean-Guy el espacio que necesitaba para decir lo que precisaba decir con sus propias palabras y en el momento que consideraba oportuno.

—Tuve miedo.

Ahí estaba, un hombre adulto, un agente de alto rango de la Sûreté du Québec, admitiendo haber tenido miedo. Sabía que hacía falta valor para reconocer algo así.

—¿De qué? —preguntó.

—Tuve miedo de ponerme a gritar: «¡No lo hagas!». Sabía que aún podíamos volver atrás… se había trazado una línea, pero aún había que cruzarla; sabía que, si mentías

descaradamente en el juicio, si cometías perjurio, ya no podríamos retroceder, sería algo que no podría deshacerse nunca, y también que en realidad no teníamos elección, pero no podía quedarme a verlo.

Gamache asintió asimilando aquellas palabras antes de hablar.

—Creo que hay algo más.

—Es posible —admitió Beauvoir tremendamente incómodo bajo aquella mirada.

—Creo que hoy me has perdido un poco el respeto, creo que pensabas que no me atrevería a mentir bajo juramento. Supone incumplir todas las leyes en las que tú y yo creemos, me convierte en un hipócrita.

¿Era así?, se preguntó Beauvoir, porque la pura verdad era que no podía explicárselo ni a sí mismo. Ni siquiera su afirmación de que no era capaz de ver cómo Gamache echaba por tierra su carrera justificaba su marcha: el superintendente jefe nunca había puesto su carrera por delante.

¿Por qué lo había hecho, entonces? ¿Por qué se había marchado?

Entonces comprendió que Gamache tenía razón: se había ido porque no podía ser testigo de su caída en desgracia, porque no podía soportar que alguien que había sido siempre un mentor, un ejemplo, alguien que siempre había actuado de acuerdo con sus principios, que había defendido la ley cuando casi todos los demás la retorcían para inclinarla en su beneficio, acabara manchado.

Pero ese día el superintendente jefe no sólo había retorcido la ley, sino que la había partido en dos.

Jamás había creído que aquel hombre, precisamente aquel hombre, mentiría bajo juramento en un juicio por la razón que fuera; pensaba que, llegado el momento, acabarían encontrando otra solución: la policía montada aparecería

milagrosamente y todo se arreglaría.

Pero eso no había ocurrido, y Armand Gamache había cometido perjurio.

Gamache observó a Jean-Guy y entendió que había dado en el blanco. Habría preferido que no fuera así, había confiado en equivocarse, pero ahora veía que había una víctima más, otro cadáver entre las ruinas: el respeto que Jean-Guy sentía por él.

No era el peor de los cadáveres, desde luego, pero el dolor que causaba no podía negarse: a los ojos de Jean-Guy, se había convertido en un corrupto, no muy distinto de tantos otros altos cargos de la Sûreté que habían jurado respetar y defender la ley y que habían faltado a su juramento.

Que los demás hubieran violado la ley para amasar fortunas y él para doblegar a los cárteles de la droga no era relevante en realidad; al cabo, había demostrado ser igual que los otros.

La corrupción empieza por un acto mínimo, con frecuencia justificable: una mentirijilla, una ley menor que se viola en aras de un bien mayor, pero luego se extiende como un virus.

—Detesto tener que decirte esto, Jean-Guy, pero crucé esa línea la primera vez que ordené que nos mantuviéramos al margen y no lleváramos a cabo ni una sola detención. Me pagan por respetar y defender la ley; hice ese juramento y se me encomendó esa tarea, pero decidí no cumplirlo. Hoy, en el juzgado, me he limitado a permitir que esas transgresiones sean verificables.

—¿Lo sabe la juez Corriveau? ¿Por eso os hizo acudir a su despacho?

—Lo sospecha: preguntó si el verdadero asesino seguía ahí fuera.

—¿Y qué le dijiste?

—Le aseguré que la persona que estaba en el banquillo de los acusados era culpable, pero no sé si coló. Va a tomarse esta noche para pensar y decidirá qué hacer con *monsieur*

Zalmanowitz y conmigo por la mañana.

—Pero os ha dejado marchar —repuso Beauvoir consciente de lo que de verdad importaba.

Frunció el ceño mientras consideraba lo que el jefe acababa de decir. Sentía una opresión en el pecho, pero entonces se le ocurrió algo.

—Si tú cruzaste esa línea cuando impartiste las órdenes, entonces yo la crucé contigo al seguirlas.

Gamache sabía que era cierto, por supuesto, pero había preferido no decir nada: esa noche ya iba a ser lo bastante larga, lo bastante dura, como para que Jean-Guy tuviera otro motivo de preocupación.

Pero su yerno había llegado a esa conclusión por sí mismo y él notaba algo insólito en su mirada: lejos de suponerle una carga mayor, parecía menos afligido.

—Soy tan culpable como tú —declaró con el rostro iluminado, ahora que la pesadumbre se desvanecía.

Y Gamache comprendió que el problema no era tanto que hubiera caído en desgracia a ojos de su yerno como que se hubiera abierto un abismo entre ambos. Pero ahora al menos estaban juntos en la letrina.

—Ambos estamos con la mierda hasta el cuello... —Jean-Guy se sentía casi mareado de puro alivio.

—Hasta aquí. —Gamache levantó la mano por encima de la cabeza; luego fue al baño a peinarse y volvió a salir apretándose el nudo de la corbata—. ¿Todo a punto?

—*Oui*. Isabelle no ha llamado todavía, pero tenemos que marcharnos ya. Los demás están reuniendo al resto del equipo. Tengo tu chaleco antibalas.

—*Merci*.

Gamache fue hasta su escritorio, abrió otro cajón con la llave, sacó la pistolera con el arma y se la ciñó al cinturón antes de ponerse la americana, un poco arrugada pero seca al

fin y al cabo.

El furgón de asalto acudiría al lugar por separado y, cuando oscureciera, los agentes ocuparían sus posiciones.

Y esperarían.

Se planteó volver a meter el cuaderno y la servilleta en el cajón y echar la llave, pero comprendió que no tenía importancia y que, si ocurría algo y todo se iba al garete, el cuaderno ayudaría a los investigadores a entender lo ocurrido, aunque no a justificarlo.

Los dos hombres recorrieron el largo pasillo hasta los ascensores.

El superintendente jefe se sentía incómodo con la pistola en la cadera, tan ajena a él. Detestaba las armas de fuego: sólo servían para matar, y él ya había visto suficientes muertes en su vida, en varias vidas.

—Debería haberme quedado contigo en la sala del tribunal —afirmó Jean-Guy mientras apretaba el botón para bajar. Luego se volvió hacia Gamache—. ¿Todo bien entre nosotros?

—Nunca ha dejado de estarlo, Jean-Guy. —El ascensor llegó y entraron—. ¿Te he contado alguna vez cómo fue mi primer allanamiento?

—Creo que no. Ay, no habrás escrito un poema al respecto, ¿no?

—Una epopeya en verso —respondió Gamache aclarándose la garganta, luego sonrió—. *Non*, la cosa es más prosaica. Yo era agente raso, pero no exactamente un novato: ya llevaba un par de años en la Sûreté. Andábamos tras una pandilla callejera armada hasta los dientes e íbamos a asaltar su búnker.

Hablaba con las manos sujetas a la espalda y mirando los números sobre la puerta del ascensor.

—Me desvanecí.

—*Pardon?*

—En cuanto sonaron los primeros disparos, me desmayé.

Recuperé la consciencia con las bofetadas de un médico.

—*Pardon?* —repitió Beauvoir volviéndose hacia él, que seguía mirando los números.

—Lo atribuí a un golpe de calor. Por el pesado equipo, la espera, el sol de justicia... pero no fue un golpe de calor, sino puro pánico: estaba tan aterrorizado que me desmayé. —Hizo una pausa—. Aunque lo de «desvanecerse» suena un poco mejor.

Se volvió entonces hacia Jean-Guy, que lo miraba incrédulo.

—Sólo Reine-Marie sabía esta historia.

Jean-Guy seguía mirándolo boquiabierto.

—Ese episodio me obligó a ser más duro conmigo mismo —continuó Gamache—; tuve que plantearme si servía para esto o mis miedos me ganarían siempre la partida y pondrían en peligro a quienes me rodeaban, pero me encantaba mi trabajo, creía en él, y comprendí que no podía tener miedo si quería cumplir con mi deber, de modo que me empeñé en superar mis temores.

—¿Y lo has conseguido?

—Creo que ya sabes la respuesta.

Jean-Guy la sabía, en efecto.

El miedo nunca desaparecía del todo, ni siquiera para el superintendente jefe.

Cuando el ascensor llegaba a la planta baja, Beauvoir recordó las predicciones escritas en el cuaderno y la servilleta tan cuidadosamente dispuesta encima.

El nombre del restaurante estaba impreso en alegres letras rojas en la parte superior.

Sans Souci: «Sin Preocupaciones».

Y debajo, escrito a mano en tinta negra: «Quememos las naves».

Salió del ascensor detrás de Gamache.

En realidad, como bien sabía, no se trataba de tener menos

miedo, sino de tener más valor.

30

El interior del *bistrot* de Three Pines estaba fresco y tranquilo en comparación con el vibrante calor de la terraza, donde los clientes se relajaban y bebían limonada y cerveza.

Isabelle Lacoste se quitó las gafas de sol y esperó a que sus ojos se adaptaran a la luz. Había diversas razones por las que prefería estar dentro.

—Me encantaría tomarme una copa —le dijo a Olivier mientras cruzaba el local hacia la larga barra de madera—. Un gin-tonic, me parece. Mira, pónmelo doble: no estoy de servicio.

—¿Un día largo? —preguntó Olivier mientras servía Tanqueray sobre los cubitos de hielo.

Isabelle, ya en la barra, alargó el brazo y asintió mientras abría uno de los tarros de chucherías y sacaba una pipa de regaliz. Mordisqueó primero las supuestas brasas de caramelo rojo, como le habían enseñado a hacer sus hijos, que a su vez lo habían aprendido de *monsieur* Gamache.

—¿Cómo va el juicio? —preguntó Olivier.

Lacoste hizo girar una mano: «*Comme ci, comme ça*».

Olivier negó con la cabeza mientras cortaba el limón, cuyo fresco aroma pendió momentáneamente en el aire.

—Es muy triste —comentó señalando con el cuchillo la capilla de Santo Tomás—, pero al menos, en lo que a Katie se refiere, por fin se ha hecho justicia.

Isabelle se dio la vuelta y miró a través de la ventana del *bistrot*, más allá de los clientes que se freían en la sartén del patio dando sorbos a sus bebidas frías, más allá de los niños

que jugaban en el vívido verdor de la plaza, corriendo alrededor de los tres pinos gigantescos como si los árboles fueran compañeros de juegos, más allá de las casitas de piedra, ladrillo y listones de madera, con sus perpetuos arriates de espuelas de caballero azules, rosas de Damasco, malvas y lavanda, unos arriates plantados por los bisabuelos y cuidados con mimo desde entonces.

Su mirada dejó atrás el antiguo pueblecito para posarse en la colina donde se alzaba la pequeña iglesia de listones de madera blanca: el escenario del asesinato de Katie Evans... y de tantas otras cosas.

Todas esas cosas llegarían a un punto crítico esa misma noche.

«Justicia», pensó. Unos meses atrás conocía perfectamente el significado de esa palabra, ahora ya no estaba tan segura.

—¿Quiénes son? —le preguntó a Olivier.

Había dos hombres, uno más joven, otro algo mayor, disfrutando en silencio de una comida ante la chimenea apagada; Anton estaba hablando con ellos, tal vez describiéndoles el menú que había preparado.

Anton se volvió a mirarla y la saludó con un gesto, ella le respondió sonriendo y levantando el vaso.

—No lo sé —contestó Olivier—, me parece que sólo están de paso. No se alojan en la fonda. Ya conoces a Gabri: con un grupo de huéspedes tiene más que suficiente.

—¿De modo que hay alguien hospedado en la fonda? —preguntó ella olisqueando la refrescante bebida a base de ginebra, tónica y limón.

—*Oui*: han venido Lea y Matheo.

—¿En serio? ¿Y han dicho por qué? —Lacoste intentó parecer despreocupada para que Olivier no advirtiera que la cabeza le iba a cien por hora.

—No se lo he preguntado, pero probablemente tendrá algo

que ver con el juicio. Todo el mundo ha leído en los diarios que le están haciendo pasar un mal rato a Armand, es posible que Lea y Matheo quieran hablar con él, parecen bastante tensos.

Sí, pensó Lacoste. Era una posible explicación.

En torno a ella flotaba el murmullo de las conversaciones: muchos clientes habían decidido que hacía demasiado calor en la terraza y se habían refugiado en el fresco interior. Charlaban, pero se oían pocas risas: el juicio se vivía con gran intensidad en el pueblo, pese a ocurrir lejos de allí. Algunos lugareños incluso iban a tener que comparecer como testigos; por suerte, los investigadores habían convencido al fiscal de que no hiciera subir a Ruth Zardo al estrado.

La propia Lacoste estaba llamada a testificar al día siguiente, aunque sabía que nunca llegaría a hacerlo, no después de la noche que se avecinaba.

No había estado en la sesión del juicio de ese día, de modo que no había oído la declaración de Gamache, pero le había llegado información tanto por parte de colegas como a través de las noticias.

Había oído hablar de la creciente acritud entre el fiscal y el superintendente jefe, tan visible que ambos habían sido invitados a acudir al despacho de la juez.

¿Qué había ocurrido allí? ¿Qué había dicho Gamache?

¿Le había contado a la juez lo ocurrido realmente aquella noche de noviembre, cuando había vuelto al sótano de Santo Tomás?

¿Le había contado a la juez el secreto que había tratado de ocultar tan desesperadamente que se había visto obligado a cometer perjurio?

Todo había empezado con un comentario hecho al azar por una anciana poeta chiflada.

Un comentario que se había transformado, ante unas copas en la buhardilla de Myrna, en una sospecha que a su vez había

dado paso a la acción.

• • •

Al llegar al sótano de la iglesia, Gamache se quitó el abrigo cubierto de nieve y lo arrojó sobre una silla, luego cruzó la estancia en dirección a la despensa seguido de Beauvoir.

—¿Puedes conseguir un kit de recolección de muestras y dos pares de guantes, por favor?

Mientras Jean-Guy iba a buscar lo que le había pedido, él encendió las lámparas industriales instaladas ese día por los técnicos y se quedó de pie en el umbral de la despensa.

Todos los escenarios de un crimen quedaban revestidos de cierta solemnidad, de una atmósfera grave que a menudo no cuadraba con el entorno, y los asesinatos que ocurrían en lugares alegres resultaban especialmente horribles.

Aquella pequeña habitación sin ventanas y con suelo de tierra apisonada, llena de estantes a punto de ceder al peso de conservas olvidadas y llena de telarañas tejidas por arañas muertas mucho tiempo atrás, nunca iba a ser un sitio alegre. Se supone que una despensa debe ser un lugar frío, pero la muerte violenta de Katie Evans volvía aquélla directamente gélida.

Ni siquiera a un investigador de homicidios avezado le apetecería estar mucho tiempo en un sitio así.

Observó la zona del suelo donde habían encontrado el cuerpo maltrecho de Katie Evans vestido con el disfraz del cobrador. El antiguo jefe de homicidios de la Sûreté nunca olvidaba que su trabajo no era un empleo cualquiera, ni tampoco un rompecabezas o un ejercicio para la razón y el intelecto.

Una mujer joven había exhalado allí su último aliento, tendida en el suelo de tierra de un sótano oscuro y frío en vez de morir en su cama a los noventa años, rodeada por sus seres queridos, como tal vez ella misma había esperado.

—Reine-Marie no vio el bate cuando encontró el cuerpo de Katie Evans, pero estaba aquí cuando llegó Lacoste, lo que significa que alguien volvió a traerlo después sin que nadie lo viera. Éste es el muro trasero de la iglesia. —Se acercó—. De modo que tiene que estar por aquí.

—¿El qué?

Gamache se volvió hacia Beauvoir.

—Durante la Ley Seca, esta iglesia era un punto de entrada y salida del alcohol de contrabando, y no lo sacaban por la puerta principal.

Beauvoir abrió los ojos de par en par cuando entendió a qué se refería.

—Hostia.

Ambos empezaron a examinar cuidadosamente los estantes.

—Ya lo tengo —anunció Jean-Guy.

—Espera —dijo Gamache, cogió una cámara del equipo forense y grabó el momento en que el inspector Beauvoir deslizaba hacia fuera un estante y luego hacía presión sobre él.

Se abrió una pequeña puerta empotrada en la parte baja del muro.

Beauvoir se puso de rodillas para mirar a través y una ráfaga de nieve le dio en la cara. Entornando los ojos, vio el bosque a sólo unos pasos de distancia.

El trayecto desde aquel bosque hasta la frontera con Estados Unidos era muy corto: el sueño de un contrabandista.

—De modo que el bate salió por aquí y luego volvió a entrar —dijo Beauvoir.

Gamache apagó la cámara de vídeo y se la tendió a Jean-Guy, que procedió a documentar lo que habían encontrado.

—Es perfecta —musitó Gamache mientras paseaba la vista por la despensa sin ventanas.

Para el cobrador y para el asesinato.

—*Patron?*

Era la voz de Lacoste desde el centro de operaciones.

—Estamos aquí dentro —contestó Jean-Guy.

—Voy a encender el ordenador para descargar los correos electrónicos —dijo ella—, enseguida estoy con vosotros.

Gamache miró hacia el estante y pudo ver cómo se cerraba la pequeña puerta. El estante volvió pulcramente y sin ruido a su sitio.

Se inclinó para examinar de cerca las bisagras.

En el centro de operaciones, Lacoste se quitó el abrigo y abrió un correo electrónico, pero oyó un ruido y miró hacia las escaleras.

En el silencio de la iglesia, las pisadas en los peldaños producían un inquietante tamborileo.

Pum, pum, pum, pum... como el corazón de alguien que se acercara.

Y entonces apareció Beauvoir.

Isabelle abrió los ojos de par en par y dio un respingo tan cómico que Jean-Guy soltó una carcajada.

—*Désolé* —dijo.

Gamache, en el umbral de la despensa, levantó las manos para indicar que no tenía nada que ver con aquello.

—Jean-Guy estaba aquí hace un momento —fue cuanto dijo.

—Y ahora estoy aquí —añadió Beauvoir.

Lacoste miró a Gamache y luego a Beauvoir, y después se levantó y se acercó al segundo.

—Dime cómo has hecho eso.

—Te lo enseñaré. —La guio desde el centro de operaciones hasta Gamache y la despensa.

—Ha sido el jefe quien lo ha adivinado.

—Aunque yo no he tenido nada que ver con... —Gamache hizo girar un dedo señalando a Beauvoir.

Lacoste no tenía claro que eso fuera cierto: si había dos hombres hechos para la confabulación, eran esos dos; eran

auténticos confabuladores.

—Vaya, vaya —dijo ella cuando le mostraron la puerta secreta—. ¿Habéis tomado muestras?

Beauvoir asintió y señaló el kit de recolección.

Isabelle salió de nuevo al centro de operaciones seguida de Gamache y Beauvoir, y una vez allí se volvió hacia ellos.

—Esa puerta la hicieron los contrabandistas de los que nos habló Myrna.

—Exacto —repuso Gamache.

—Y la usó el asesino.

—Y el cobrador —añadió Gamache.

—Es probable que sean la misma persona —opinó Lacoste—, pero ¿cómo averiguó que había una puerta oculta? Ni siquiera lo sabías tú; no lo sabía nadie, excepto Ruth y Myrna.

—Ellas tampoco sabían lo de la puerta —señaló Gamache—, sólo conocían la anécdota sobre la Ley Seca, nada más.

—Una de las dos se lo habrá contado a alguien —repuso Lacoste—, y esa persona ató cabos y encontró la puerta, pero ¿por qué andaría alguien buscando una puerta oculta en el sótano de una iglesia?

Gamache se estaba preguntando lo mismo.

A veces, la gente tropezaba por casualidad con esas cosas, como les pasaba a los que llegaban accidentalmente a Three Pines, pero lo normal era, más bien, encontrar lo que uno andaba buscando, y buscarlo por necesidad: la necesidad propiciaba los descubrimientos.

Y Gamache empezaba a intuir cuál podía haber sido esa necesidad.

Cuando la Ley Seca se había abolido, esas puertas secretas se habían abandonado y olvidado, y quienes las habían hecho llevaban mucho tiempo muertos. Sin embargo, sus fortunas habían permanecido, al igual que esas habitaciones con puertas secretas que estaban cerca de la frontera esperando a que

surgiera alguna nueva necesidad.

La frontera era porosa, siempre lo había sido, y lo que ahora se filtraba por ahí era mucho más potente y lucrativo que el alcohol.

Beauvoir se dirigió a su mesa para leer los correos electrónicos.

—Antonio Ruiz está de vuelta en España —informó—, la Guardia Civil acaba de confirmarlo.

Se levantó y fue a sentarse a la mesa de reuniones para mostrarles la fotografía que había cogido de la casa de los Evans.

Gamache la examinó. Reconocía aquellos rostros sonrientes, por supuesto, aunque eran más jóvenes, más felices.

Se fijó en Edouard, el fantasma, la sombra radiante que seguía a sus amigos.

Jean-Guy le explicó la conversación que había mantenido con la hermana de Katie.

—Sigue sin haber nada que justifique la presencia de un cobrador —opinó Gamache, y volvió a contemplar la imagen. Esta vez, sin embargo, en vez de centrarse en la cara de Edouard, se fijó en su brazo apoyado en los hombros de Katie —. Me pregunto por qué conservaría Katie esta foto; por lo que parece, aún estaban juntos.

—Y yo me pregunto por qué Patrick no se lo impidió —añadió Jean-Guy—. Seguro que tenían otras fotografías de todos juntos, otras imágenes menos...

—¿Íntimas? —Gamache asintió con la cabeza.

«¿Por qué ésta precisamente?», se preguntó.

—He hablado con Anton, el lavaplatos, hace un momento, mientras íbamos a tu casa con la cena —dijo Beauvoir—. Ha admitido que estaba al corriente de lo del cobrador.

—¿Y por qué conocía al personaje? —quiso saber Lacoste.

—Porque a Antonio Ruiz lo había seguido uno en España.

Beauvoir les habló del vídeo y les contó lo que le había dicho Anton.

—¿Blanqueo de dinero? —preguntó Gamache.

Eso significaba casi sin duda crimen organizado; mafias, juego, drogas...

—¿Y Jacqueline lo sabía también? —preguntó Lacoste.

—*Oui*. Le hizo prometer a Anton que no diría nada porque la gente empezaría a hacer preguntas y se verían obligados a hablar de Ruiz —explicó Beauvoir—. Parecen tenerle miedo, y no sólo por el acuerdo de confidencialidad.

—Si Ruiz tiene vínculos con el crimen organizado, es normal que le tengan miedo —opinó Gamache.

—Anton me ha dicho algo más —continuó Beauvoir—: llegó a creer que el cobrador estaba aquí por él.

—Eso no es exactamente una novedad: todos los habitantes del pueblo creyeron que el cobrador estaba aquí por ellos, yo incluido —repuso Gamache.

—Pero Anton tenía un buen motivo. —Beauvoir se inclinó sobre la mesa para acercarse a ellos—. Conocía a Katie Evans.

—¿Desde cuándo? —quiso saber Lacoste.

—Desde hace años. Los conocía a todos. Al principio no estaba muy seguro: sólo los había visto de lejos porque trabaja en la cocina, pero cuando los oyó hablar de la Universidad de Montreal, lo supo a ciencia cierta. Él estudiaba allí en la misma época que ellos, y cuando apareció el cobrador creyó que se había metido en un buen lío: que lo habían mandado ellos cuatro para cobrarse su deuda.

—¿Qué deuda? —preguntó Lacoste, pero un segundo después levantó la mano—. Espera, no me lo digas.

Reflexionó unos instantes y luego apoyó los codos sobre la mesa y se llevó las manos a la cara.

—Fue él quien le vendió las drogas a Edouard —dijo en un susurro.

Y Beauvoir asintió.

—Cuando Edouard murió y empezaron a hacer preguntas, salió huyendo. Acabó en desintoxicación.

—¿Y *madame* Evans y los demás reconocieron a Anton? —quiso saber Gamache.

—Si fue así, no se lo dijeron —contestó Beauvoir.

—Ni a nosotros —añadió Lacoste—. ¿Y por qué iban a mantenerlo en secreto?

—Quizá no se dieron cuenta de quién era —sugirió Beauvoir.

Gamache se los quedó mirando.

—Resulta increíble, ¿no creéis? Estamos en un pueblecito diminuto, casi desconocido, y aparecen nada menos que las únicas cuatro personas sobre la faz de la tierra que pueden vincular a Anton con aquella muerte.

Lacoste y Beauvoir asintieron: las coincidencias no eran inusuales en las investigaciones de homicidios, al igual que no lo eran en la vida, pero sería estúpido no hacerse preguntas.

—Tenemos que volver a la fonda y comprobar si reconocieron a Anton —dijo Lacoste.

—Aunque eso no implicaría que fueran responsables de la presencia del cobrador —advirtió Gamache—: una cosa así no se improvisa de un día para otro, y *madame* Evans y los demás sólo podrían haber reconocido a Anton hace pocos días.

—¿Y cómo encajaría en todo esto el asesinato de Katie Evans? —preguntó Lacoste.

El cobrador, la voz de la conciencia, había hecho que Anton se angustiara y revelara el secreto sobre su papel en la muerte de Edouard quince años antes, pero era posible que alguien de allí tuviera un secreto incluso mayor y más repugnante.

Lacoste miró hacia la despensa.

—Tenemos que sellar la puerta oculta para que nadie pueda utilizarla.

Gamache, sumido en sus pensamientos, los vio encaminarse

hacia el otro extremo de la habitación.

—Esperad —exclamó poniéndose en pie—, creo que deberíamos dejarla como está.

—Pero quienquiera que la haya usado podría volver... —repuso Lacoste.

—¿Y hacer qué? —preguntó Gamache uniéndose a ellos en el umbral de la despensa.

—Bueno... —empezó Lacoste, pero reflexionó un momento y no se le ocurrió ningún daño que un intruso pudiera hacerles.

Tenían todas las muestras, todas las fotografías.

—Podría robar los ordenadores —dijo Beauvoir.

—Tienen contraseña —repuso Gamache—. Además, si el asesino vuelve, lo más seguro es que no se lleve nada: ¿creéis que se arriesgaría, por ejemplo, a que lo encontraran con unos portátiles robados a la Sûreté?

Había conocido a asesinos tan estúpidos como para hacer algo así, pero por desgracia no abundaban.

—Al menos cojamos nuestras notas y borremos la pizarra —sugirió Lacoste señalando la pared donde habían garabateado organigramas, listas de sospechosos y algunas ideas.

—No, dejad eso también.

—Pero entonces sabrá en qué punto estamos —insistió Beauvoir.

—Y descubrirá que estamos perdidos —repuso Gamache.

—No estamos perdidos.

—No, pero él no podrá saberlo si lee vuestros informes o ve eso, ¿verdad? —Gamache señaló la pizarra.

—*Non* —admitió ella.

—Lo de parecer perdidos tiene su lado bueno —dijo Gamache casi para sí mismo—. Parecer incompetentes, incluso dar la impresión de que hemos tirado la toalla, tiene el efecto de relajar a los criminales, de hacerlos bajar sus defensas; los induce a confiarse. —Los miró con expresión pensativa—. Y

entonces cometen errores.

—No estarás sugiriendo que tiremos la toalla, ¿verdad, *patron*? —preguntó Lacoste.

—Todo lo contrario —contestó él distraído.

En efecto, parecía estar devanándose los sesos, ensimismado.

Beauvoir y Lacoste se miraron con cara de interrogación.

Gamache se volvió hacia ellos.

—Creo que no deberíamos revelarle a nadie lo que hemos encontrado esta noche. Estoy convencido, de hecho. No le contaremos a nadie lo de la puerta secreta, ni siquiera a los demás miembros del equipo.

—*Pardon?* —preguntaron Lacoste y Beauvoir al unísono: ocultar una prueba valiosa a su propio equipo era algo que no tenía precedentes.

—Sólo por ahora —insistió Gamache—. Concededme esta noche; necesito tiempo.

—Voy a poner una cámara ahí arriba, en el rincón —dijo Beauvoir—. Así, si alguien entra por lo menos veremos quién es.

Mientras él colocaba la cámara, Lacoste continuó leyendo correos electrónicos.

—Los del laboratorio dicen que no tendremos los resultados del disfraz de cobrador hasta mañana por la mañana. Por lo visto, contiene múltiples muestras de ADN.

—Probablemente era alquilado —dijo Beauvoir desde la despensa—. Vete a saber cuándo lo lavaron por última vez. —Su tono transmitía el desagrado de un hombre sumamente pulcro.

—Pero sí tenemos los resultados del bate —anunció Lacoste.

Lo dijo despacio, mientras leía.

Gamache estaba de pie tras ella y su mirada experta seleccionaba las líneas pertinentes entre toda la jerga científica.

Lacoste se volvió en su silla y alzó la vista hacia él.

—¿Qué opinas de esto? —preguntó.

—¿De qué? —quiso saber Jean-Guy, que ya cruzaba a grandes zancadas el centro de operaciones hacia ellos.

Leyó en silencio y luego él también se enderezó con el ceño fruncido.

—Todavía no es suficiente para llevar a cabo una detención —dijo Lacoste—, pero al menos sabemos quién empuñó el arma homicida y quién, con toda probabilidad, mató a Katie Evans.

El ADN encontrado correspondía claramente a Katie Evans y a una persona distinta: el asesino, pero había más.

—¿Y qué opináis de esto? —preguntó Gamache señalando una línea del informe.

—Es apenas un rastro —repuso Lacoste—: según el laboratorio se trata de algo probablemente fortuito.

Lacoste tenía razón: los técnicos, expertos en ese campo, concluían que había una minúscula muestra de ADN proveniente de una tercera persona que, sin embargo, no tenía por qué haber participado en el asesinato, sino simplemente haber tenido contacto con el asesino.

—A mí me parece más que un rastro —dijo Gamache—, pero, en fin, la pregunta importante sigue siendo: ¿por qué devolver el bate al escenario del crimen después de habérselo llevado? —preguntó Gamache—. Suponía un riesgo enorme.

Ese asunto los tenía obsesionados a los tres.

Se les ocurrían varias razones que habrían podido impulsar al asesino a hacer algo así: tal vez había sido presa del pánico, o simplemente se había distraído cuando se lo llevó, como esa gente que sale de una tienda sin haber pagado algo simplemente por despiste.

Y cuando reparó en su descuido y en que ese bate lo incriminaba lo devolvió.

Pero ¿por qué no limitarse a quemarlo o hacerlo desaparecer

de algún modo, por qué correr el riesgo de devolverlo?

Esta última pregunta sólo tenía una respuesta razonable: el asesino quería que encontraran el bate.

—Quería manipular los resultados —dijo Beauvoir—: sembrar rastros de ADN de otra persona.

—Es posible —opinó Gamache—. De ser el caso, podría resultarnos útil permitir que el auténtico asesino crea que nos ha engañado.

—¿Más incompetencia, *patron*? —preguntó Beauvoir con una sonrisa. Empezaba a tener la angustiosa sensación de que su fingida incompetencia podía convertirse en mucho más que eso: en incompetencia real. Las decisiones que estaban tomando podían conducirlos en la dirección equivocada y el asesino salir impune—. Necesitamos más pruebas —añadió.

Gamache asintió: no bastaba con descubrir quién había matado a Katie Evans, tenían que ser capaces de probarlo.

—Ha sido un día largo —concluyó—. Deberíamos comer algo.

Esa afirmación, por lo menos, no la cuestionó nadie.

Anton no había mentido respecto a sus dotes como chef.

El estofado de carne con toques de ajo, hierbas aromáticas y las suculentas setas que el propio Anton había recogido y secado era francamente magnífico.

—¿Sabe Olivier lo que vale este cocinero? —preguntó Reine-Marie.

Había estado tratando de poner al mal tiempo buena cara, aunque era evidente que estaba agotada física y emocionalmente.

—Creo que no —contestó Armand, que recogía los platos mientras Jean-Guy sacaba el postre.

—*Panna cotta* con *coulis* de frambuesa —leyó Beauvoir de la

nota sujeta a los tarritos individuales—. Anton me contó que aprendió a cocinar mientras se encontraba en desintoxicación; es evidente que yo estuve en la clínica equivocada.

—Qué va —respondió Gamache—, nos encantan tus colgadores para plantas de macramé.

—Pues qué bien, porque ya se acerca la Navidad.

—Vamos —le dijo Gamache a Reine-Marie, que tenía grandes ojeras y dormitaba por momentos—. Hora de irse a la cama. Te guardaremos el postre.

—Estoy bien —se quejó ella.

—Ya, ya.

Todos se levantaron y empezaron a despedirse, pero antes de acompañar a su mujer al piso de arriba, Gamache se llevó a un aparte a Isabelle y Jean-Guy.

—Llamad a Myrna y a Ruth y preguntadles a quién más le contaron la historia de la Ley Seca. Y a ver qué conseguís averiguar sobre Anton.

El chef lavaplatos había admitido muchas cosas; entre otras, que conocía tanto al cobrador como a la víctima.

¿Era esa confesión el acto de un hombre inocente deseoso de limpiar su conciencia o la estrategia de un asesino que no quiere ser descubierto?

—Denme un momento y luego iremos todos a la fonda.

—*Oui, patron*.

Reine-Marie se quedó dormida en cuanto puso la cabeza en la almohada. Él la arropó y la besó con delicadeza para no despertarla; luego, dejó una infusión sobre la mesita de noche: sabía que el aroma a manzanilla la tranquilizaría.

Mientras bajaba por las escaleras, oyó a Jean-Guy al teléfono:

—Escúchame, vieja arpía, es una pregunta muy simple.

Y luego la áspera respuesta de Ruth:

—¿Me llamas en plena noche para hacerme preguntas sobre la Ley Seca, tonto del culo? ¿No es un poco tarde en todos los

sentidos?

—Son las nueve y media, y necesito saberlo.

—Estamos en 2017 y la Ley Seca ya se ha revocado, ¿o no te habías enterado, palurdo?

—No te llamo para que me des una lección de historia...

La conversación, si podía llamarse así, continuó mientras Gamache se dirigía a su estudio, donde vio a Lacoste sentada ante su ordenador. Estaba buscando el nombre de Anton en la base de datos de la Sûreté.

—Eso llevará un buen rato. Voy a sacar a *Henri* y a *Gracie* a dar un paseo, ¿te apetece un poco de aire fresco? —preguntó el superintendente jefe mientras una nueva oleada de tacos llegaba flotando desde la habitación contigua.

—Buena idea.

Una vez fuera, miraron hacia la fonda. Las luces aún estaban encendidas.

Echaron a andar con las cabezas gachas contra el viento mientras los perros jugaban y hacían sus necesidades ajenos a la cortina de aguanieve.

—*Patron*, con respecto a la despensa, ¿por qué quieres que...?

Pero Gamache la silenció levantando una mano.

—¡Pero si estamos solos! —exclamó ella para hacerse oír sobre el viento.

Sin decir palabra, él señaló hacia las tiendas.

En la buhardilla de Myrna, situada sobre la librería, se había encendido una luz. Jean-Guy debía de haber pasado a la siguiente persona de la lista; sin duda sería una conversación más agradable.

Pero no era eso lo que señalaba Gamache.

Las ventanas con parteluces del *bistrot*, donde los últimos clientes charlaban y tomaban postre y café, estaban iluminadas y, por delante, una figura se recortaba contra la luz. Era imposible saber si era un hombre o una mujer.

La vieron pasar de largo.

Hacia la casa de los Gamache.

Gamache cogió a *Gracie* y se encaminó a toda prisa hacia allí. *Henri* pasó de largo corriendo, derecho hacia la figura oscura, que había llegado al porche y que se detuvo en seco al encontrarse con el pastor alemán: no debía de haber advertido que éste meneaba alegremente la cola y llevaba una pelota en la boca o simplemente no quería correr riesgos.

Gamache llegó unos instantes después y, asiendo del brazo al visitante, lo volvió de cara a la luz.

Tras un segundo de vacilación, le preguntó:

—¿Tienes algo que contarnos?

—Sí —contestó Jacqueline—, he venido a confesar.

Olivier estaba preparando una jarra de sangría en la barra, pero Lacoste dejó de prestarle atención y se puso a mirar hacia una de las ventanas.

Lea Roux, con vestido floreado y sandalias, y Matheo Bissonette, con pantalones de pinzas y camisa clara, bajaban por los anchos peldaños del porche de la fonda y se encaminaban hacia allí.

—¿Esperabais su visita?

—*Non*. Han llamado esta misma tarde, acaban de llegar.

Los dos clientes junto a la chimenea, un hombre joven y otro algo mayor, estaban mirando de nuevo a Isabelle: Anton probablemente les había contado que era la jefa de Homicidios de la Sûreté, eso siempre atraía las miradas de la gente.

Una vez más, Lacoste levantó su gin-tonic, esta vez hacia ellos, y después de que los dos hombres imitaran su gesto a modo de saludo, dio un sorbo a su bebida confiando en que no advirtieran, desde el otro extremo del local, que el líquido no pasaba de sus labios.

Pero Olivier sí lo vio y frunció el ceño, aunque no dijo nada.

Lacoste se volvió de nuevo hacia las ventanas, se apoyó contra la barra y contempló, como quien no quiere la cosa, los bonitos jardines en plena floración.

La expresión de su rostro era plácida, incluso levemente ausente, pero la cabeza le iba a cien por hora.

Cuando Olivier fue a llevar la sangría a una mesa, ella se inclinó sobre la barra y cogió otra pipa de regaliz del frasco. El mayor de los dos hombres la vio hacerlo y enarcó las cejas.

Lacoste esbozó una sonrisa traviesa y se llevó un dedo a los labios como pidiendo complicidad; el tipo sonrió también y asintió con la cabeza.

Luego ella se alejó en dirección a los lavabos ocultando cuidadosamente en la mano el teléfono inalámbrico que había cogido de detrás de la barra.

31

Gamache y Beauvoir ya estaban a más de medio camino de su destino y seguían sin tener noticias de Lacoste.

Pero habían recibido un mensaje de texto de la superintendente Toussaint.

El equipo necesario estaba ya en el furgón, el grupo de asalto estaba listo…

«Si no hay contraorden —había escrito Toussaint—, saldremos de Montreal dentro de diez minutos y estaremos en nuestros puestos antes de que oscurezca».

«*Merde*», tecleó Gamache: era el equivalente quebequés de «buena suerte» y una señal interna de la Sûreté de que todo marchaba según lo previsto.

«*Merde*», contestó ella, y ahí acabó la conversación.

No volverían a comunicarse hasta que el operativo se pusiera en marcha.

Gamache miró el reloj del salpicadero: las seis y media. A las ocho y media ya habría oscurecido. La superintendente Toussaint lo había programado a la perfección.

—¿Qué estará reteniendo a Lacoste? —preguntó Jean-Guy.

—No lo sé.

Gamache llamó a casa y dejó que el teléfono sonara hasta que oyó la voz de Reine-Marie en el contestador.

Dejó un mensaje risueño diciendo que él y Jean-Guy iban de camino a Three Pines.

—¿No contesta? —preguntó Jean-Guy—. Probablemente estará en casa de Clara o de Myrna.

—Probablemente.

Una vez en el lavabo, Lacoste cerró con pestillo y le dio al botón verde esperando que la señal del viejo inalámbrico llegara hasta allí.

Oyó el tono de marcación y se apresuró a teclear el número.

—¿Jefe? —susurró cuando Gamache contestó al primer timbrazo.

—Isabelle, ¿dónde estabas?

—No he podido escabullirme hasta ahora. Estoy en el *bistrot*. Él está aquí.

—¿Quién?

—El jefe del cártel. Aquí, en Three Pines.

—Eso ya lo sabemos —oyó decir a Beauvoir a través del altavoz—. Para eso estás ahí, para tenerlo controlado.

—No, me refiero al jefe del cártel estadounidense.

Gamache y Beauvoir se miraron.

—¿Estás segura? —preguntó Gamache.

Viniendo de cualquier otro, y en otras circunstancias, Lacoste se habría mosqueado al ver que dudaban de ella, pero entendía la necesidad del jefe de tenerlo clarísimo.

—Sí. —Su voz era tan insistente que sonó como un siseo.

—Hostia —soltó Beauvoir—, ¿te ha reconocido?

—No lo sé. El hombre que está con él, su guardaespaldas o consejero, no paraba de mirarme. Creo que Anton les ha dicho que soy de la Sûreté.

—De puta madre —gruñó Beauvoir.

—Pero me he asegurado de pedir una copa y hasta lo he saludado.

—¿Has saludado al capo de un cártel? —preguntó Beauvoir.

—Bueno, tampoco es que lo haya saludado blandiendo la pistola. Quería que supiera que lo había visto y que pensara que no tenía ni idea de quién era. Sólo ha sido un gesto amistoso; a lo mejor has oído hablar de esa clase de gestos.

Gamache asintió con la cabeza. Poca gente tenía la presencia

de ánimo y el aplomo de Lacoste. Era exactamente lo que había que hacer. Y si el cártel de Estados Unidos tenía dudas de la incompetencia de la Sûreté, estaba claro que eso las disiparía: una oficial de alto rango que no reconocía a uno de los mayores criminales de Norteamérica.

—¿Qué deberíamos hacer? —preguntó Lacoste en susurros.

La manija de la puerta se sacudió: alguien quería entrar.

—¡Un momentito! —canturreó ella y la manija dejó de moverse.

—¿Cuántos son? —quiso saber Gamache.

—¿Los estadounidenses? Sólo los dos del *bistrot*, el capo del cártel y un tipo mayor. —Lacoste bajó aún más la voz—. Ése es el que me miraba con más insistencia. Fuera no hay nadie más, al menos que yo haya visto...

Sí, pensó Gamache. Era como en Canadá: con los nuevos opioides, la nueva economía sumergida y las nuevas tecnologías, se estaba produciendo un cambio en el liderazgo: el tráfico de drogas se había convertido en un juego de gente joven.

Y, como él sabía por experiencia, pocas personas eran más despiadadas que los jóvenes, ya fueran hombres o mujeres. Todavía no acusaban el cansancio ni estaban asqueados por el derramamiento de sangre. De hecho, parecían deleitarse en él; secuestrando, torturando y devolviendo a sus adversarios en trozos.

Era su propia y grotesca adicción.

Nadie era inmune: policías, jueces, fiscales... hijos, madres, padres... todos eran blancos perfectos para esos carniceros.

Libres del peso de la conciencia, eran todopoderosos, inmortales; no eran padrinos, sino dioses.

Si esa noche la incursión de la Sûreté no funcionaba, se armaría un cirio de mil demonios. Y lo pagarían con sangre: la suya y la de sus familias.

Gamache no se hacía ilusiones respecto de lo que estaba en juego.

—Cuando lleguéis, podremos arrestarlos, estoy segura —dijo Lacoste—. ¿Cuánto os falta?

—Veinte minutos —contestó Beauvoir pisando el acelerador —, tal vez quince.

—¿Qué queréis que haga?

Gamache se apresuró a repasar mentalmente las posibilidades.

Había contado con enfrentarse a ellos en el bosque aquella noche, no en el *bistrot*.

Pero en cierto sentido aquello era mejor: significaba que Toussaint tenía razón, que los cárteles habían mordido el anzuelo y estaban tan convencidos de que la Sûreté no representaba ninguna amenaza que habían salido al descubierto.

Era raro, casi insólito, que el capo de un sindicato del crimen estuviera en el lugar donde se cometería un delito: solían enviar a sus lugartenientes, que para eso estaban.

Y que en ese lugar no estuviera sólo un capo, sino dos, era directamente insólito.

Sí, eso era mucho mejor de lo que se habían atrevido a esperar.

Y al mismo tiempo era peor.

Su plan se basaba en un encuentro en el bosque, rodeados de árboles; no en el *bistrot*, rodeados de amigos y familiares.

—No podemos arrestarlos todavía —dijo con tono tranquilo y sereno—. El problema sigue siendo que no tenemos pruebas contra ninguno de los dos. Con sus soldados es diferente, pero ellos se aseguran de estar limpios; tenemos que pescarlos haciendo algo ilegal, y comer en el *bistrot* no lo es.

—Mierda, mierda, puta y jodida mierda —soltó Beauvoir por lo bajo. Una vez más, aquel mantra no consiguió calmarlo.

El jefe tenía razón.

La operación entera dependía de que los pillaran con las manos en la masa, y eso significaba interceptarlos en el punto preciso por el que el krokodil cruzaría la frontera. Hasta que eso ocurriese, no tenían ninguna prueba definitiva contra los capos de los cárteles.

Estaban juntos, sí, pero en el lugar equivocado.

Si el intercambio tenía lugar en el bosque mientras los jefes de los cárteles mantenían una agradable charla en el *bistrot*, habrían fracasado, los habrían perdido... habrían perdido.

Beauvoir miraba a Gamache con los ojos muy abiertos y una expresión inquisitiva.

Lacoste esperaba al otro lado de la línea. La oyeron respirar, y luego otra vez el traqueteo de la manija.

—¿Hola? —preguntó un hombre en inglés.

—*Tabernac!* —susurró ella—. Creo que es el guardaespaldas.

»¡Ya casi estoy! —canturreó alegremente.

Gamache sabía que, en cuanto hubiese colgado, no podrían contactar de nuevo con ella. Sus órdenes tenían que ser claras, definitivas, y tenía que darlas de inmediato.

Tenía una sola bala en la recámara.

—Otra cosa... —Lacoste hablaba en un tono tan bajo que apenas la oían—. *Madame* Gamache está aquí también, con Annie y Honoré.

Gamache palideció intensamente y miró a Beauvoir, cuyas manos aferraban con fuerza el volante.

El motor del coche rugió cuando pisó el acelerador a fondo.

—Tienen que salir de ahí —dijo Jean-Guy.

—No, espera —terció Gamache—. Espera...

Dejaron pasar unos segundos.

—Estaremos ahí dentro de quince minutos...

—Diez —corrigió Beauvoir.

—Siéntate con ellos y haz que se queden donde están. Invita

a Ruth a acompañaros.

—No puedes estar hablando en serio —soltó Beauvoir.

Lacoste tiró de la cadena para que el guardaespaldas no oyera a Beauvoir, que había levantado la voz al otro lado de la línea.

—Honoré —estaba diciendo, como si Gamache no hubiera asimilado ese dato. Luego repitió más bajito—: Honoré... —y añadió en un susurro—: y Annie... —Era como si su mundo se hubiera reducido a esos dos nombres.

«Y Reine-Marie», pensó Gamache.

—Tienen que quedarse, están a salvo: esos tipos están ahí para parlamentar, no para liarse a tiros.

—¿Y eso cómo lo sabemos? —preguntó Beauvoir con un tono extrañamente agudo—. No sería la primera vez que un *parlez* se transforma en un baño de sangre.

—*Non*: si uno de ellos, o ambos, tuvieran eso en mente, ahora estarían en los bosques con sus soldados, no en el *bistrot*. Son brutales, pero no estúpidos.

Aparentaba una seguridad que estaba lejos de sentir, pero sabía que un líder no podía permitirse revelar sus propias emociones: no podía exigirles valor a otros mientras él temblaba de miedo.

—Si no hemos visto venir esto —repuso Beauvoir—, probablemente tampoco veremos venir lo siguiente, sea lo que sea. Podrían hacer el intercambio allí mismo, en el *bistrot*, delante de todo el mundo. Hemos sido nosotros quienes los hemos convencido de que sería seguro, nosotros hemos provocado esta situación.

—Es cierto —susurró Lacoste, que había abierto el grifo—. ¿Qué hago entonces? Quizá tendría que arrestarlos, o al menos intentarlo; pero en un local lleno de gente...

«Honoré —pensó Gamache—, Annie, Reine-Marie...».

No sólo de «gente».

Beauvoir pisó aún más a fondo el acelerador. Iban a ciento cuarenta kilómetros por hora. Habían salido de la autopista y transitaban por carreteras secundarias, que no estaban hechas para correr. El coche avanzaba rebotando violentamente en los baches.

Pero Gamache no le pidió que redujera la velocidad; de hecho, tenía que contenerse para no gritarle que se diera prisa, que corriera más.

—Haz que Ruth vaya al *bistrot* —repitió en voz baja— y ve a sentarte con Reine-Marie y Annie. El capo del cártel estadounidense probablemente no sabrá quiénes son, pero el canadiense sí. Nunca creerían que pudiéramos ponerlas en peligro.

Se hizo el silencio.

Tampoco ellos podían creerlo, especialmente Gamache.

Pero no tenían elección: hacer que Isabelle se llevara de allí a Reine-Marie, Annie y Honoré sin duda pondría en guardia al cártel, que debía de estar alerta ante cualquier movimiento fuera de lo corriente.

Por mucha confianza que tuvieran en que no corrían peligro, estarían atentos: era un instinto animal, y esos tipos eran animales.

—¿Estás seguro? —susurró Lacoste.

Viniendo de cualquier otro, y en otras circunstancias, a Gamache le habría mosqueado que se cuestionaran sus órdenes, pero entendía que Lacoste debía tenerlo clarísimo.

—*Oui*.

—Vale —contestó ella y, justo antes de colgar, dijo una última palabra—: *Merde*.

Pero esa vez no indicaba que todo iba bien, sino todo lo contrario.

«*Merde*», coincidió él.

Lacoste se metió el inalámbrico en el bolsillo y abrió la

puerta.

—*Désolé* —le dijo al mayor de los tipos, que la observaba con atención—. Perdón, son esos días del mes.

Se llevó una mano al vientre y él retrocedió de inmediato sin dejarla decir más.

Sólo por si las moscas, Isabelle murmuró:

—Retortijones.

• • •

En cuanto Lacoste hubo colgado, Gamache llamó a Toussaint y la puso al día. Se produjo un largo silencio.

—*Bon* —respondió por fin con tono enérgico, sin mostrar miedo—. ¿Qué hacemos? ¿Quieres que vayamos al pueblo?

—No, id a la frontera: nos ceñiremos al plan. La clorocodida tiene que cruzar a Estados Unidos pase lo que pase, y lo único que sabemos con seguridad es dónde ocurrirá. ¿Tu informante está vigilando la iglesia?

—Sí. Por lo menos nos enteraremos cuando trasladen la droga, pero ¿y si no utilizan la ruta establecida? —preguntó Toussaint.

—Entonces estaréis en el bosque para nada, y Beauvoir, Lacoste y yo nos ocuparemos del asunto.

Lo dijo con tranquilidad, como si estuviera hablando de reparar una valla.

Se hizo el silencio otra vez.

—Todas las operaciones incluyen el factor suerte —le recordó Gamache—, pero estamos juntos en esto, y eso es una gran ventaja.

—Y ya hemos quemado las naves, *patron*: esto va a funcionar porque tiene que funcionar. —Toussaint rio bajito y deseó que ésa fuera en efecto la ecuación—. Buena suerte —añadió entonces, bien porque se olvidó de decir *merde* o porque no

quería que ésa pudiera ser la última palabra que se dijeran el uno al otro.

—*Oui*. Buena suerte para ti también, Madeleine.

Cuando Lacoste volvió, Matheo y Lea estaban sentados a una mesa en el rincón del fondo; lejos de los demás, pero cerca de los dos estadounidenses.

Devolvió el teléfono a su sitio con cuidado y asegurándose de que nadie la viera, y luego fue a la cocina a saludar a Anton... y a avisarlo.

—*Bonjour* —la saludó él—. Te hacía en la ciudad.

—Y estaba allí, pero me apetecía escapar aunque fuera unas horas. Demasiado calor para mí, y no soy la única.

—Seguro que no —contestó él volviendo al trabajo, pero al ver que ella no decía nada más, alzó la vista.

—Matheo y Lea están aquí, y quizá también Patrick, aunque no lo he visto.

Anton dejó el cuchillo.

—¿Por qué han venido?

—No lo sé, pero he pensado que debía avisarte.

Aquello no era del todo cierto: ella tenía bastante claro qué hacían Matheo y Lea en el *bistrot*, y no quería que Anton se involucrara.

—*Merci*. —Dijo él desanimado, e inspiró profundamente—. Dentro de unos días tendré que prestar declaración. Me horroriza pensarlo. Tengo entendido que se han puesto muy duros con *monsieur* Gamache.

—Bueno, siempre lo son.

—¿Incluso el fiscal y la juez? ¿No están en el mismo bando?

—En los juicios pasan cosas curiosas —repuso ella intentando que lo ocurrido en la sala del tribunal pareciera normal—. Mañana me toca a mí.

—¿Dónde se han sentado? —quiso saber Anton—. Para evitar acercarme.

—En el rincón del fondo.

—¿Cerca de los dos estadounidenses?

—¿Los conoces?

—No los había visto nunca, pero parece que a uno de ellos le gusta cocinar: me ha pedido la receta de la sopa.

Indicó un cuenco con la cabeza.

Lacoste bajó la vista hacia un cuaderno abierto por una página con el encabezado: *Gazpacho de sandía con menta y mango*.

Le entraron ganas de comerse el papel.

—He visto que Ruth no anda por aquí, ¿te importa si la llamo?

—Faltaría más. Es posible que sea la primera vez que le suena el teléfono; me pregunto si sabrá cómo contestar.

Isabelle sonrió consciente de que el joven chef y la vieja poeta habían entablado una especie de amistad que se basaba en que él le daba comida gratis y ella problemas, y en que ambos sabían qué pasaba cuando aparecía un camino distinto del camino recto.

Lacoste fue hasta el teléfono colgado en la pared y marcó el número de Ruth. Tras unos diez timbrazos, durante los que imaginó a la vieja poeta registrando su casa en busca de lo que fuera que sonaba, la anciana contestó:

—¡Hola! —dijo a grito pelado a través del auricular.

—Ruth, soy Isabelle Lacoste. Estamos en el *bistrot* tomando unas co...

—Voy para allá —exclamó Ruth, y colgó.

Lacoste se dio la vuelta y vio a Anton sonriendo: era evidente que la había oído, él y quizá todo Quebec.

Volvió al comedor del *bistrot*. Clara y Myrna se habían unido a Reine-Marie y Annie. Isabelle las saludó y tomó asiento.

Les daba la espalda a los dos hombres y a Matheo y Lea, aunque distinguía sus reflejos distorsionados en el cristal emplomado de la ventana.

—¿No se sientan con vosotras? —preguntó señalando con la cabeza a Matheo y Lea.

—Creo que están evitándonos.

—Claro, es por mí —entendió Lacoste.

Por supuesto, sabía que la evitaban por el juicio. Matheo y Lea eran testigos de la acusación, igual que ella, pero al contrario que ella lo eran a regañadientes.

Lacoste sabía cuál sería la primera pregunta que les haría el fiscal, y sospechaba que ellos también lo sabían: sería más o menos la misma pregunta que el superintendente jefe Gamache les había hecho aquella noche de noviembre cuando se abrían paso hacia la fonda a través de la fina nevada.

—¿Qué hora es? —preguntó un Gabri medio grogui al oír que golpeaban la puerta—. ¿Alguien se habrá dejado la llave?

—¿Qué llave? —repuso Olivier levantándose—. Todos los huéspedes están en la cama.

—¿Es la una y media? —Gabri, que se había espabilado, bajó las piernas de la cama y tendió la mano hacia su bata—. Ha pasado algo... algo malo. Toma, coge esto.

Le tendió a Olivier un grueso listón de madera.

—¿Para qué?

—Es nuestro seguro antirrobo.

—Los ladrones no llaman a la puerta.

—¿Quieres arriesgarte?

Caminaban sin hacer ruido para no despertar a los huéspedes, aunque dudaban mucho que cualquiera de ellos pudiera dormir, en especial Patrick, que parecía estar exhausto y totalmente despierto a la vez cuando sus amigos lo habían

acompañado a la cama.

Olivier y Gabri encendieron la luz del porche y escudriñaron a través de la ventana, luego se apresuraron a abrir la puerta principal.

Patrick oyó que golpeaban a la puerta.

Que lo despertaran a uno a esas horas de la noche nunca podía suponer nada bueno, aunque él no estaba durmiendo.

Gabri le había ofrecido otra habitación, pero él había querido volver a la que había compartido con Katie, donde estaban la ropa, las joyas y los artículos de tocador de su mujer.

Todo ello catalogado y fotografiado por la brigada de Homicidios y devuelto al sitio exacto donde Katie lo había dejado antes de salir.

Su bolso estaba en la silla; sus gafas de lectura, en la mesita de noche, encima del libro que había estado leyendo.

Patrick se había metido en la cama y desde ahí había oído crujir el suelo de la vieja fonda, y cómo se acostaban los demás, y había esperado a que todos los sonidos humanos se extinguieran para quedarse a solas con Katie, para cerrar los ojos y fingir que ella estaba ahí, a su lado, respirando suavemente sin hacer ruido.

Percibía su aroma en el aire, ¿cómo era posible que no estuviera, que se hubiera ido?

No se había ido, se apresuró a decirse para no tirarse por la ventana. Katie estaba ahí, a su lado, respirando tan suavemente que ni la oía.

Y entonces, en plena noche, se oyeron aquellos golpes en la puerta principal, y luego los golpecitos en la puerta de su habitación.

—¿Patrick?

—*Oui?*

—¿Puedes bajar, por favor? —pidió Gabri.

Patrick, Lea y Matheo entraron en la sala de estar y se detuvieron en seco.

Frente a ellos se encontraban el superintendente jefe Gamache, la inspectora jefe Lacoste, el inspector Beauvoir...

... y Jacqueline, la panadera.

Gabri removió las brasas de la chimenea y echó un par de troncos de abedul que prendieron y crepitaron, ahogando momentáneamente el ruido del aguanieve contra las ventanas.

—¿Qué está pasando ahí fuera? —susurró Olivier cuando Gabri se unió a él en la cocina.

—Se están mirando unos a otros. —Gabri sacó el *brioche* y encendió el horno mientras Olivier preparaba café—. ¿Qué hace aquí Jacqueline?

—Será que sabe algo —contestó Olivier—, que ha visto algo.

—Pero ¿por qué quieren hablar con Patrick y los demás en plena noche? —preguntó Gabri—. ¿Qué es tan importante que no podía esperar?

Había una sola cosa que no podría esperar hasta la mañana, y ambos sabían cuál.

• • •

—¿Nos sentamos? —preguntó Gamache señalando las butacas y el sofá.

Beauvoir se quedó de pie, apostado junto a la chimenea; y no por casualidad, puesto que así bloqueaba cualquier intento de escapar por la puerta. No era probable que alguno de ellos intentara huir, pero la gente arrinconada hacía cosas desesperadas.

Hasta el momento sólo Lea había abierto la boca.

«Finalmente», había susurrado en cuanto había entrado. Parecía dirigirse a los policías, pero en realidad miraba fijamente a Jacqueline.

Lacoste tomó la palabra:

—Jacqueline ha acudido a nosotros esta noche con una historia extraordinaria. —Le echó un vistazo a la panadera, que estaba sentada muy tiesa y observaba desafiante a los demás—. Extraordinaria para nosotros, desde luego, quizá no tanto para vosotros.

«Extraordinaria», pensó Gamache, aunque después de escucharla le había parecido absolutamente obvia. Estaba claro que la visita de Jacqueline, al igual que la confesión de Anton a Jean-Guy ese mismo día, había sido preventiva: no pensaba revelarles nada que no hubiesen descubierto ellos mismos tarde o temprano.

—¿Os lo ha contado todo? —preguntó Matheo.

—Ha confesado, sí —repuso Lacoste.

—¿El asesinato? —preguntó Patrick mirando horrorizado a la panadera—. ¿Tú mataste a Katie?

—Nos ha contado lo del cobrador —aclaró Lacoste—, y ahora os toca a vosotros decirnos todo lo que sepáis.

Se miraron unos a otros y entonces, cómo no, fue Lea quien habló:

—Jacqueline se puso en contacto con nosotros y nos planteó la idea. —Lea se volvió hacia su marido, que asintió—. Trabajaba para aquel tipo español y había oído hablar del cobrador. Al principio nos pareció que estaba de broma: sonaba ridículo... ¿un tío se pone a mirar a alguien y eso basta para...?

—Nadie la tomó en serio —corroboró Matheo—. *Désolé*, pero sabes que es la verdad —añadió dirigiéndose a Jacqueline, que asintió con un breve gesto de la cabeza.

»Eso sí: me dio la idea del reportaje sobre el cobrador del frac —continuó Matheo— y, cuando la llamé para agradecerle

la pista, me aclaró que no estaba pensando en ese cobrador, sino en el original.

—Fue entonces cuando nos mandó una serie de enlaces a páginas de internet de España —intervino Lea—. El cobrador original era muy distinto, era aterrador.

—Sin embargo —intervino Lacoste—, cuando hablasteis por primera vez del asunto con *monsieur* Gamache le dijisteis que el único dato que teníais del original era aquella fotografía antigua, que se sabía muy poco de esa figura.

—Y es la verdad —admitió Matheo—, aunque...

—No queríamos dártelo todo masticado —zanjó Lea con franqueza dirigiéndose a Gamache—. Sabíamos que lo investigaríais y averiguaríais lo necesario, y que os comprometeríais más si llegabais a saberlo por vuestros propios medios.

Jean-Guy apenas podía contener su indignación: a nadie le gustaba que lo manipularan, y Lea Roux lo había hecho a la perfección. Era evidente que tenía mucha experiencia en esos menesteres; incluso se preguntó hasta qué punto estaría intentando manipularlos en ese momento.

Gamache, en cambio, no parecía molesto ni enfadado con Lea; más bien se mostraba pensativo, aunque no le quitaba los ojos de encima.

—Fue entonces cuando empezamos a considerar seriamente lo que nos había sugerido Jacqueline —continuó Matheo—. Lo habíamos probado todo, ¿qué podíamos perder?

—Organizarnos nos llevó más tiempo del que creíamos —prosiguió Lea—. Para empezar, teníamos que encontrar un disfraz... ¿no os ha contado Jacqueline todo esto?

Miró a la panadera, sentada en el sofá entre Gamache y Lacoste, pálida y circunspecta.

—Sí, pero necesitamos oírlo de vuestros labios —contestó Lacoste—. ¿De dónde salió el disfraz?

—Finalmente, la propia Jacqueline lo hizo —respondió Lea —. Ese fue otro momento de duda: parecía todo tan estúpido... Fue Katie quien nos convenció: ella era la que tenía una amistad más íntima con Edouard y quería que el culpable pagara por lo que había hecho.

—¿Incluso al cabo de tanto tiempo? —preguntó Lacoste—. Edouard murió hace casi quince años.

—Ver cómo tu mejor amigo se tira de una azotea no es algo que pueda olvidarse —intervino Matheo—, sobre todo cuando el culpable no ha pagado por ello, cuando ni siquiera se ha disculpado...

—¿Era eso lo que queríais, una disculpa? —quiso saber Gamache.

Se miraron unos a otros. Parecía que ni siquiera hubieran llegado a hablar de lo que querían, de lo que considerarían suficiente.

—Creo que sí —contestó Lea—. Lo putearíamos un poco, le daríamos un susto y luego seguiríamos con nuestras vidas, ¿qué otra cosa podíamos hacer?

—Habláis de un culpable —dijo Lacoste—, ¿a quién os referís?

—¿No os lo ha contado ella? —preguntó Matheo.

—Bueno, ya sabes, necesito saberlo por vosotros.

—Nos referimos a Anton —aclaró Lea—. Le habíamos rogado que dejara de venderle drogas a Edouard y él se comprometió con nosotros, pero el muy cabrón nos traicionó: siguió pasándole más drogas, y cada vez más fuertes.

—No nos dimos cuenta —añadió Matheo— hasta que...

Su mirada se dirigía a Lacoste, pero en realidad estaba viendo el salto al vacío de su amigo.

No había sido un accidente: Edouard se había plantado en la cornisa en mitad de la fiesta mientras Katie, la mujer a la que amaba, y su amigo Patrick estaban haciendo el amor en una

habitación de la residencia de estudiantes.

Estaba rodeado de juventud y libertad, de sexo y amor, pero sentía como si estuviera atrapado en la isla de *El señor de las moscas* y la Bestia lo corroyera por dentro.

Había extendido los brazos lentamente, casi con magnificencia, y, ante la atónita mirada de Matheo y de Lea, que estaban demasiado lejos para hacer nada, se había arrojado al vacío.

Beauvoir cerró los ojos. Aunque no había conocido a Edouard, conocía esa desesperación, y la bendita liberación que suponían las drogas, y sabía cuán fácil era confundir caer con volar.

Edouard abandonó aquella cornisa y la isla, y a sus amigos y familia, pero ellos nunca lo abandonaron a él.

Lea miró a Jacqueline, que había permanecido en silencio todo el rato.

—Lo mató Anton —le dijo a la panadera—: fue su mano la que empujó por la espalda a Edouard, lo supimos todos desde el primer momento.

Jacqueline miró a Lea a los ojos y asintió con la cabeza.

—Los polis nos dijeron que la muerte de Edouard se había considerado un accidente —continuó Matheo— y que, incluso si consiguieran encontrar a Anton, no podrían acusarlo de asesinato, sino de tráfico de drogas, un delito menos grave al fin y al cabo. Para colmo, siendo un universitario sin antecedentes penales lo más seguro es que se retiraran los cargos o se anulara la sentencia.

—La familia de Edouard contrató a un detective privado para que buscara a Anton —prosiguió Lea—. Tardó mucho en encontrarlo: él había ido dando tumbos por ahí antes de ingresar a un centro de desintoxicación, y después consiguió aquel empleo con la familia española por el que cobraba en metálico; pero acabó por dar con él.

Jean-Guy asintió.

Anton se lo había contado: se hacía llamar Lebrun, aunque su verdadero apellido era Boucher: «Carnicero».

Un buen nombre para un asesino, había pensado Beauvoir. Sabía que era absurdo sospechar de alguien por su apellido, pero...

—Fue entonces cuando Jacqueline se puso en contacto con nosotros —explicó Lea mirando a la mujer sentada con rigidez en el sofá—. Nos contó que habían encontrado a Anton y que la familia española en cuestión andaba buscando a alguien que cuidara de los niños y les enseñara francés.

—Quería dar nuestros nombres como referencias —explicó Matheo—. Accedimos y, cuando la esposa de Ruiz nos llamó, respondimos por ella.

Beauvoir se preguntó quién habría respondido por Anton.

Era una cuestión inquietante: el único detalle que no le había parecido verosímil en el relato de Anton. Lo había admitido todo, había confesado sus pecados y dado muestras de remordimiento, pero quedaba ese pequeño detalle: cómo era posible que aquella familia, y en concreto Antonio Ruiz, no hubiera buscado referencias de Anton antes de contratarlo, como al parecer sí había hecho con Jacqueline.

Antonio Ruiz, un hombre suspicaz, quizá incluso paranoico, había contratado a un perfecto extraño para que atendiera a su familia... viviendo en su casa.

«¿Por qué haría una cosa así? —se preguntó Beauvoir—. ¿Por qué no haría ni una sola llamada?».

—¿Y qué pasó entonces? —quiso saber Lacoste.

—Jacqueline consiguió el trabajo y unos meses después oyó hablar del cobrador y volvió a ponerse en contacto con nosotros —continuó Lea—. Al cabo, terminó por convencernos: sólo quedaba ocuparse de los detalles, de cuándo y dónde actuaría el cobrador.

—No podíamos hacer que apareciera ante la casa de la familia española —explicó Matheo—: Ruiz creería que estaba allí por él y probablemente le pegaría un tiro.

—Cuando la familia se trasladó de vuelta a España creímos que nuestro plan había fracasado definitivamente —prosiguió Lea—, pero Anton se quedó en el país, en vez de irse con ellos, y poco después consiguió un empleo aquí como lavaplatos. Nosotros ya habíamos estado varias veces en Three Pines y nos pareció el lugar perfecto. Incluso te teníamos a ti.

—¿A mí? —preguntó Gamache.

—Teníamos que asegurarnos de que el cobrador estaría a salvo, de que nadie lo atacaría —explicó Matheo.

—Y sabíamos que tú no permitirías que eso ocurriera —dijo Lea.

—¿Así que me engañasteis? —preguntó Gamache.

—Lo que hicimos fue confiar en ti —afirmó Lea—, en que defenderías la ley por muy perturbadora que te resultara la situación.

Gamache inspiró profundamente: más manipulación. Pero, lejos de resultarle molesta, la charla era reveladora: desde luego, decía mucho de Lea Roux y de su capacidad para la estrategia.

Había recorrido un largo camino desde la ley Edouard, propuesta en sus inicios como joven servidora pública recién elegida.

—Jacqueline consiguió un empleo en la panadería y entonces nuestro plan volvió a activarse.

—¿Y cuál era ese plan? —quiso saber Lacoste.

—Era muy simple —contestó Lea—: el cobrador aparecería aquí y le daría un susto de muerte a Anton.

—¿Y eso era todo? —insistió Lacoste—. ¿Sólo pretendíais asustarlo?

Matheo estuvo a punto de contestar, pero cerró la boca y

miró a Lea, luego a Patrick y finalmente a Jacqueline.

Parecían confusos ante aquella pregunta, y Lacoste creía saber por qué.

Lo que había empezado como una manera de forzar una disculpa se había convertido en algo totalmente distinto.

¿Cuántas veces lo que empieza como un acto noble no termina torciéndose, corrompiéndose y cobrando vida propia?

En este caso se había convertido en un personaje de capa negra... y luego en un cadáver que yacía en un sótano.

La cuestión era cómo habían llegado a eso, y Lacoste pretendía obtener la respuesta esa misma noche.

—Eso pasó en primavera —continuó Lea—: íbamos a celebrar nuestro encuentro anual aquí, en verano, y todo encajaría a la perfección, excepto por...

—... por la luz del día —completó Matheo.

Al oírlo, Gamache soltó un pequeño gruñido.

La luz del día.

Ésa era la respuesta a muchas preguntas.

A por qué la reunión se había trasladado a finales de octubre, a por qué el cobrador había podido permanecer allí plantado todo el día...

Era porque los días se iban acortando y oscurecía antes.

En verano, el sol brillaba durante muchas horas y el calor era implacable y despiadado: nadie habría aguantado estar mucho tiempo de pie a cielo abierto.

Pero, a finales de octubre y principios de noviembre, los días eran más cortos y más frescos.

Y el cobrador podría escabullirse al caer la noche.

La luz del día: así de simple.

Como la mayoría de los crímenes.

Y ahora estaban acercándose a ese crimen en concreto.

—Myrna dice que os contó lo de la iglesia y la Ley Seca —le dijo Beauvoir a Lea, que asintió.

—Sí, lo hizo en mi primera visita, antes de que empezásemos a venir aquí juntos. Incluso llegó a enseñarme la pequeña habitación del sótano: la despensa para hortalizas. Me acordé cuando intentábamos resolver los problemas logísticos del asunto.

—Allí se alojaba el cobrador —intervino Lacoste—. ¿Quién es? ¿Alguien a quien contratasteis? ¿Qué ha sido de él?

Esa pregunta pareció confundir a Lea y a sus amigos.

Lea se volvió hacia Jacqueline.

—¿No se lo has contado?

—Les he dicho que yo era la responsable de la presencia del cobrador, que todo es obra mía.

—¿Y no pensaste que se lo imaginarían? —intervino Matheo.

—¿Que nos imaginaríamos qué? —preguntó Lacoste—. ¿Dónde está el cobrador?

—Lo estáis viendo.

Los agentes de la Sûreté miraron fijamente a Matheo, que señaló a Patrick, a Lea y finalmente a sí mismo.

—Nosotros éramos el cobrador —declaró.

Gamache cerró los ojos y agachó la cabeza durante unos instantes.

Al igual que en la isla de los enfermos y los condenados, el cobrador de Three Pines no era una sola persona: era una idea, una conciencia comunitaria.

Todos eran el cobrador.

—¿Y Katie? —preguntó.

—Ella hizo de cobrador ayer —explicó Lea—; sin embargo, cuando anoche estuvieron a punto de agredirla decidimos dejar el asunto: todo esto se estaba convirtiendo en algo demasiado peligroso. En cuanto terminara su turno nos iríamos a casa, al margen de que hubiéramos conseguido o no quebrantar a Anton, pero por supuesto...

Esos amigos habían sido muy ingenuos, pensó Gamache:

habían creído que podrían amenazar a alguien sin consecuencias, y al llevar al cobrador a Three Pines habían inquietado a más de uno.

Era posible que no hubieran investigado lo suficiente sobre los cobradores originales: aunque éstos habían acusado públicamente a sus torturadores de delitos morales, no habían sido los poderosos de la época quienes habían acabado pagando, sino ellos mismos: los propios cobradores.

Como le había ocurrido a Katie.

Miró a Lacoste y a Beauvoir. Todos estaban pensando lo mismo.

En el bate había rastros del ADN de tres personas: de Katie Evans, de Jacqueline —una cantidad muy pequeña, casi sin duda fortuita— y de Anton Boucher.

El ADN de Anton.

En lo esencial, el bate contaba la misma historia que aquellos amigos.

Anton Boucher se había venido abajo. La noche anterior, bajo el manto de aguanieve y la oscuridad, había seguido al cobrador de vuelta a la iglesia y la despensa y allí lo había matado a golpes sin quitarle la máscara, sin saber en ningún momento a quién acababa de asesinar.

Aunque eso, en sí mismo, resultaba extraño: ¿no habría querido saber Anton quién le había estado siguiendo el rastro de una manera tan implacable?

—¿Y cómo entrabais y salíais de la despensa? —preguntó Gamache.

—Por la puerta, desde luego —contestó Matheo.

Gamache asintió: ahí tenía que andarse con pies de plomo.

—¿No teníais miedo de que os vieran?

—¿Quién mira en esa dirección cuando ya ha caído la noche? —preguntó Matheo—. Y ya nadie va a la iglesia. Nos pareció el sitio más seguro, mucho más que si el cobrador reservaba una

habitación en la fonda.

—Allí nos quitábamos el disfraz —explicó Lea— y lo dejábamos para el siguiente turno. Si alguien nos descubría, sencillamente lo admitiríamos todo. Fuera como fuese, Anton acabaría pagando el pato y no habríamos hecho nada ilegal.

—O ni siquiera inmoral —añadió Matheo.

—Hasta anoche —les recordó Gamache.

—Pero nosotros no matamos a Katie —dijo Lea—. Está claro, ¿no?

—Sí que lo hicimos —intervino Jacqueline—: si no hubiéramos montado lo del cobrador, ella seguiría viva; si yo no hubiera querido que Anton pagara por lo que hizo, ella seguiría viva. Conozco a Anton mejor que nadie, sé que tiene muy mal genio y que se vuelve despiadado si no consigue lo que quiere, pero nunca creí que fuera violento, no hasta ese punto. —Miró a Patrick—. Lo siento mucho. Debí saber que Anton atacaría. Mató a Katie y yo tengo la culpa.

—¿Y por qué la mató? —quiso saber Gamache.

—Bueno, él no sabía que era Katie —contestó Matheo—: quería acabar con el cobrador, que claramente estaba al corriente de su secreto.

—¿Y ese secreto cuál era? —preguntó Gamache.

—Su participación en la muerte de Edouard, por supuesto —respondió Lea.

Gamache asintió... y acto seguido empezó a negar con la cabeza.

—No tiene sentido. Os reconoció, ¿no? Sabía que erais los amigos de Edouard. Si sospechaba que estabais detrás del disfraz de cobrador, debería haber sabido que matar a uno no implicaba eliminar a los otros tres.

—Además —intervino Beauvoir—, me lo contó todo.

—¿Todo? —preguntó Lea.

—*Oui*, lo de la venta de drogas y la muerte de Edouard. Si

estaba dispuesto a admitirlo, ¿por qué iba a matar para ocultarlo?

Gamache se volvió hacia Jacqueline.

—La única persona a la que no reconoció fue a ti. No te conocía de antes; de la universidad no, por lo menos: tu hermano no te habría dejado acompañarlo a comprar droga, sabía cómo te sentías.

Jacqueline, la hermana de Edouard, asintió con la cabeza.

—Voy a tener que detenerte —le dijo Gamache, y ella volvió a asentir.

—¿Por lo del cobrador? —preguntó.

—Por el asesinato de Katie Evans.

—Pero eso es absurdo —intervino Lea—. Sabéis que la mató Anton. Si os lo ha contado todo esta tarde ha sido para salvar el culo. Es posible que no nos haya reconocido hasta esta misma tarde, después del asesinato, cuando esperábamos en el *bistrot*, y sólo ha admitido lo de Edouard porque sabía que ibais a averiguarlo de todas formas.

—¿Crees que intenta manipularnos? —preguntó Gamache clavándole la mirada.

—Es muy listo —coincidió Matheo—. Por el amor de Dios, no os dejéis engañar. No tenéis ni idea de cómo es. No es lo que parece.

—¿Y vosotros sí? —espetó Gamache.

Lea Roux lo miró fijamente a los ojos y no le gustó lo que vio en ellos.

—Lo siento —dijo él poniéndose en pie—. Creo que no teníais mala intención, que todo esto empezó siendo bastante inocente: nadie sufriría ningún daño, ni siquiera Anton, sólo queríais que se hiciera justicia con Edouard, queríais que el traficante supiera que estabais al corriente de sus actos, pero no os disteis cuenta de que os estaban utilizando: no visteis lo que estaba ocurriendo en realidad.

—¿Y tú sí? —preguntó Lea.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Patrick mientras los agentes de la Sûreté se llevaban a Jacqueline—. ¿Qué significa esto? ¿Fue ella quien mató a Katie? No lo entiendo...

Una vez fuera del *bistrot*, el superintendente jefe Gamache se volvió hacia Jacqueline.

—Tendrás que buscar buenos argumentos en tu defensa.

—¿Qué estás diciendo? No pensarás detenerme de verdad.

—Pues sí: por el asesinato de Katie Evans.

Incluso Lacoste y Beauvoir parecieron sorprendidos, aunque ni mucho menos tanto como la propia Jacqueline.

—Pero tú sabes que lo hizo Anton, sabes que yo no maté a Katie, ¿y aun así vas a arrestarme? ¿Por qué? —Entonces, el pánico que sentía pareció disiparse—. Ya lo entiendo: vas a detenerme porque no tienes pruebas suficientes para condenarlo a él. Quieres que Anton crea que se ha salido con la suya. Ahora me toca a mí ser el cobrador, plantarme y defender mis convicciones sin importar los riesgos, ¿es eso lo que me estás pidiendo?

—¿Tienes la conciencia limpia? —preguntó él.

—Sí.

Le creyó, y tuvo la sensación de que quizá fuera él mismo quien no tenía la conciencia limpia.

La inspectora jefe Lacoste estaba sentada en el *bistrot* de espaldas a Matheo Bissonette y Lea Roux, evitando sus miradas acusadoras y llenas de rabia. Era consciente de que les parecía insoportable que se estuviera juzgando a una inocente a sabiendas de que lo era.

Sí, resultaba imposible ignorar la ira que escondían aquellos ojos.

Pero también les daba la espalda porque necesitaba

concentrarse en el estadounidense y su lugarteniente, sentados allí, a la vista de todo el mundo, tan confiados.

¿Había venido el primero para un *parlez* amistoso? ¿Para dividirse el territorio con su homólogo quebequés, ahora que la Sûreté había quedado fuera de la ecuación? ¿Para celebrar el lanzamiento de su nuevo producto, el krokodil?

¿O había venido a reclamar su parte? Quizá pensara que era estúpido compartir, cuando podía quedárselo todo.

¿Se trataba de una reunión de *confrères* o del inicio de una lucha intestina brutal, breve y sangrienta?

Si era el caso, ellas estaban sentadas en medio de un campo de batalla.

Miró a *madame* Gamache, a Annie y a Honoré, y se percató de algo que el superintendente jefe Gamache debía de haber comprendido en cuanto ella le había dicho que el capo del cártel estadounidense estaba en Three Pines.

Si la batalla se libraba en aquel pueblecito fronterizo, quienquiera que saliera victorioso infligiría un castigo ejemplar a los lugareños, sobre todo a *monsieur* Gamache y a su familia.

Destruirían Three Pines para que los habitantes de otros pueblos fronterizos no tuvieran la menor duda de qué les ocurriría si no les seguían el juego. El imperio de los cárteles no se nutría de la lealtad y el afecto, sino que se imponía mediante el terror.

Notó que un hilillo de sudor le bajaba lentamente por la columna.

32

—¿Qué haces? —preguntó Beauvoir.

Lo que estaba haciendo Gamache era evidente, pero Jean-Guy preguntaba, en realidad, por qué lo hacía.

Mientras el coche desaceleraba hasta alcanzar una velocidad razonable y descendía hacia el pueblo de Three Pines, el superintendente jefe se retorció en el asiento y se quitó la pistola automática, que descargó y luego guardó, con su funda de cuero, en la guantera.

—A ti pueden verte con un arma —explicó mientras cerraba el compartimento y se metía la llave en el bolsillo de los pantalones—, a mí, no: Reine-Marie y Annie se darían cuenta y se harían preguntas, y eso no nos lo podemos permitir.

El sol aún estaba alto en el cielo, aunque su resplandor implacable se había suavizado un poco. El pueblo nunca había tenido un aspecto tan bonito, tan pacífico; los jardines estaban en pleno apogeo y los niños, que ya habían cenado, jugaban en la plaza ajardinada, exprimiendo hasta el último momento de aquel día perfecto.

—¿Y qué pasa si el intercambio se hace en el *bistrot* y tú estás ahí con una cuchara en la mano?

—Espero que al menos sea un tenedor —bromeó Gamache, pero Beauvoir no sonrió.

—Tengo esto —añadió mirando de nuevo a Jean-Guy con semblante serio.

Le mostró, en la palma de la mano, lo que había sacado de la guantera en sustitución de la pistola: parecía un pedazo de madera, pero Jean-Guy Beauvoir sabía que era una navaja

suiza para cazadores, diseñada para destripar animales.

La mirada de Jean-Guy fue de la mano firme de Gamache a sus ojos, también firmes.

Disparar a una persona era un acto terrible que nunca podías, ni debías, olvidar, como él sabía demasiado bien, pero acuchillar a alguien, hundir la hoja de un cuchillo o una navaja en el cuerpo de una persona, era una cosa completamente distinta.

Él nunca se había planteado hacer algo así.

Pero Gamache lo haría de ser necesario.

—Genial —dijo Ruth cuando ambos entraron como si tal cosa en el *bistrot*—. Aquí llegan Rocky y Bubu.

Gamache miró a Beauvoir y negó con la cabeza con gesto de exasperación.

—¿No eran Rocky y Bullwinkle? —preguntó Gabri dejando una cerveza ante Clara mientras Beauvoir besaba a Annie y cogía a Honoré en brazos.

—El alce y la ardilla —dijo Clara asintiendo, y dio un largo trago de la Farnham Blonde bien fría.

—Éstos son Yogui y Bubu —añadió Reine-Marie saludando a Armand con un abrazo.

—*Et tu, Brute?* —preguntó Gamache, y Reine-Marie se echó a reír.

—Honoré —susurró Jean-Guy en la oreja del pequeño, y olió su aroma: una combinación del olor de su madre y talco para bebé.

Después de escuchar el comentario de Ruth, había entendido por qué el superintendente jefe había pedido que la vieja poeta estuviera ahí cuando llegaran: para que pudiera burlarse de ellos públicamente. Era un detalle minúsculo y revelador, como las suaves pinceladas y brochazos de los retratos de Clara,

hechos con toda la intención para lograr un efecto concreto.

Para quienes estaban habituados a oírlos, los insultos de Ruth eran un simple ritual, una especie de tarjeta de visita, pero para los extraños debían de sonar como una burla dirigida a dos personas tan incompetentes que incluso una anciana podía verlo, y no sólo eso, sino que además se sentía autorizada a mostrar su desprecio.

La actitud de Ruth confirmaba la imagen de Gamache como hombre amigable, cálido y despreocupado, un hombre blando preparado para encajar insultos en un pequeño restaurante rural, no para el duro y despiadado trabajo de un policía.

Beauvoir distinguió a Matheo Bissonette y a Lea Roux sentados en un rincón, escuchando. Lea esbozaba una sonrisa tan tensa que sus labios habían desaparecido: parecía una víbora.

Los visitantes estadounidenses los miraban con descaro, ni siquiera se molestaban en fingir desinterés.

Sabían quién era Gamache, por supuesto.

Era un momento crítico.

¿Se levantarían y se irían temiendo que la Sûreté hubiera interferido torpemente en sus planes?

¿Sacarían sus armas en el *bistrot* y abrirían fuego sobre los agentes de la Sûreté y el resto de los presentes? No sería la primera vez, ni mucho menos, que el cártel hacía algo semejante.

Pero los dos hombres se limitaron a seguir allí sentados como si estuvieran viendo un programa de entrevistas no muy interesante.

—No sabía que estarías aquí —le dijo Jean-Guy a Annie, sorprendido y aliviado de que su voz sonara tan natural.

—Te he enviado un mensaje de texto —respondió ella—: hemos venido para escapar del calor de la ciudad.

Aunque allí, en el campo, las cosas no estaban mucho mejor:

había una humedad terrible. Daba la impresión de que todo el mundo empezaría a derretirse si la temperatura subía aunque fuera un grado. No corría la menor brisa, la gente se peleaba por la sombra y rezaba por que el sol se ocultara de una vez.

Los únicos que no parecían agobiados eran los niños, que habían formado un corro alrededor de dos que se peleaban por una pelota.

El *bistrot* se estaba llenando; la mayor parte de las mesas ya estaban ocupadas.

Gamache se acercó a la mesa de los dos estadounidenses. Se oyó un ligero chirrido cuando el mayor de los dos echó ligeramente atrás su silla y se puso una mano en el regazo.

A Jean-Guy se le erizó el vello de los brazos y la nuca como si una brisa de noviembre se hubiera colado en la sala, pero tenía a Honoré en brazos y no podía hacer nada aunque el tipo sacara una pistola y le pegara un tiro al jefe.

Se dio la vuelta, y, protegiendo a Honoré con su cuerpo, se situó delante de Annie.

Mientras los demás retomaban la conversación sobre la exposición de Clara en el Museo de Bellas Artes de Montreal, para la que faltaba menos de una semana, Ruth observaba a Jean-Guy llena de curiosidad.

Gamache les sonrió a los dos hombres.

—¿Me permiten? —preguntó en francés, pero al ver que no respondían añadió—: *Anglais?*

—Sí.

—¿Están ocupadas estas sillas?

—No, son todas suyas.

Asió por el respaldo dos sillas de pino vacías y entonces vaciló observando a los hombres.

—Me suenan ustedes de algo, ¿nos conocemos?

Al otro lado de la sala, Beauvoir creyó que iba a desmayarse. Había devuelto a Honoré a los brazos de Annie y estaba

preparado para desenfundar el arma si era necesario.

La conversación sobre la exposición continuaba a su alrededor; no entendía una palabra, pero hacía lo posible por aparentar que la estaba siguiendo.

Vio que Isabelle Lacoste, sentada junto a Clara, tenía una sonrisa congelada en el rostro, pero había metido la mano derecha debajo de la mesa.

Entretanto, Gamache seguía charlando amistosamente con el capo del cártel.

El corazón de Beauvoir latía tan fuerte que apenas podía oír lo que decían los hombres.

«Si ellos no lo matan —pensó—, lo haré yo».

—Yo creo que no —dijo el más joven—, sólo estamos de visita.

—Ah —respondió Gamache, cuyo inglés tenía un ligero acento británico—, pues tienen suerte: no muchos encuentran este pueblo ni este *bistrot*. Y hay un chef nuevo. Prueben la trucha a la plancha, es una maravilla.

—Acabamos de comer —explicó el joven—. Estaba todo buenísimo. Volveremos, desde luego.

—Eso espero —concluyó Gamache—, gracias por las sillas.

Saludó inclinando un poco la cabeza y se llevó las sillas. Le acercó una a Beauvoir y dejó la otra junto a Reine-Marie.

—Parecen simpáticos —comentó Jean-Guy clavando una mirada furibunda en Gamache mientras se sentaba.

—Son estadounidenses: siempre son simpáticos.

Gamache se quitó la chaqueta y la puso cuidadosamente doblada sobre el respaldo de la silla, dejando bien claro, para quien quisiera verlo, que no llevaba un arma encima.

Iba desarmado, no sabía a quién acababa de recomendarle un plato y, por supuesto, también ignoraba lo que estaba a punto de suceder.

Otro manchón para su imagen.

—¿Qué quieres tomar, *patron*? —preguntó Olivier—. ¿Un whisky?

—Uy, no, hace demasiado calor, *mon vieux*. —Se aflojó la corbata—. Me tomaré una cerveza, la que tengas de barril.

—¿Tú quieres limonada? Está recién hecha —le dijo Olivier a Jean-Guy.

—Perfecto, *merci*.

—Bueno, ¿y cómo va el juicio? —preguntó Ruth—. ¿Ya has mentido?

—Por supuesto —contestó Gamache.

El problema con Ruth, pensó, era la imposibilidad de controlarla. Por suerte, la mayoría de la gente creía que hablaba en broma o que estaba loca.

Era como una de esas cajas sorpresa de las que de pronto salta un muñeco con un resorte. En su caso, la que aparecía inopinadamente era la vieja chiflada que habitaba en su interior.

Más allá de Ruth, al otro lado de la ventana, los niños habían parado de bailar en corro, se habían dejado caer al suelo y rodaban entre risas.

«Caen cenizas del cielo, y todos muertitos al suelo».

La pelea por la pelota había concluido: un niño la hacía rebotar sobre la rodilla mientras el otro, con surcos de lágrimas en las mejillas sucias, cogía su bicicleta y se alejaba pedaleando.

si aparece otra senda ¿a dónde irá
montando su bicicleta el pobre escolar?

Gamache podía ver a los estadounidenses reflejados en el cristal de la ventana y la imagen fantasmal del hombre joven se superponía a la del chico de la bicicleta como en una imagen de antes y después.

Era allí adonde iba a dar el chico de la bicicleta que abandonaba el camino recto, pensó Gamache.

Luego volvió a centrarse en los niños. «Marchaos —les suplicó en silencio—. Marchaos a casa...».

Pero los niños continuaron jugando y el de la bicicleta continuó pedaleando con sus piernas delgadas hasta que desapareció del reflejo dejando solo al hombre fantasmal.

Gamache se reclinó en la silla y soltó un largo suspiro de satisfacción. Era puro teatro, aunque intentó no exagerarlo demasiado. Tuvo buen cuidado de no escudriñar el bosque que rodeaba el pueblo en busca de un soldado de la mafia.

Sabía que incluso sus ojos podían delatarlo y sospechaba que los visitantes estaban examinando minuciosamente cada uno de sus gestos y registrando y valorando cada una de sus palabras. De momento parecían confiados, pero no bajarían la guardia.

No podía permitirse dar un paso en falso.

—¿Cenamos aquí? —preguntó—. Me muero de hambre.

—Bueno, yo tengo que darle el biberón a Honoré y luego será hora de su baño —se excusó Annie levantándose.

—Y yo debería ir volviendo a la ciudad —dijo Lacoste—, aunque no me apetezca mucho lo de mañana.

—Ah, no he tenido ocasión de decírtelo, pero la juez nos ha citado muy temprano: a las ocho.

—¡¿A las ocho de la mañana?! —preguntó Isabelle en un tono que hizo reír a Myrna y a Clara.

—Lo siento —repuso él—, pero quiere avanzar todo lo posible antes de que apriete el calor.

—Entonces sí que tengo que salir pitando. ¿Pasarás la noche aquí?

—Probablemente. Aún no lo he decidido —contestó Gamache.

—¿Quieres que te ayude? —le preguntó Jean-Guy a Annie levantándose también.

—Ya voy yo —intervino Reine-Marie—. Vosotros dos quedaos aquí y disfrutad de vuestras bebidas. La cena estará lista en tres cuartos de hora: salmón a la parrilla. ¿Os apuntáis? —les preguntó a Myrna y a Clara.

—Suena bien —respondió Myrna—, a menos que Clara quiera meterse en el estudio para acabar todos esos cuadros.

—Ja, ja —soltó Clara, aunque era obvio que empezaba a estar harta de que la chincharan con eso—. Lo de cenar suena genial, te echaremos una mano.

Gamache abrazó a Reine-Marie. «No demasiado fuerte», pensó concentrado en no cometer errores. Cerró los ojos un instante y percibió su aroma: olía a rosas antiguas y a Honoré.

Jean-Guy se despidió de su mujer y su hijito con sendos besos.

Tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no susurrarle a Annie que cogiera a Honoré y regresara a Montreal, pero sabía que, si lo hacía, los capos del cártel sospecharían y ésa podría ser la chispa que haría que acabaran todos muertos.

Sólo Ruth y *Rosa* permanecieron en su sitio. Mientras la anciana se bebía su whisky, *Rosa* se levantó y avanzó por encima de la mesa hasta Beauvoir, que soltó un gruñido cuando la pata saltó a su regazo y se acomodó allí.

Gamache dio un largo trago a su cerveza y miró por la ventana. Lacoste se alejaba con el coche y Reine-Marie y las demás estaban a unos pasos de la casa.

Entonces su esposa se detuvo y, agachándose, arrancó de su jardín un hierbajo que enseguida le enseñó a Myrna, quien se puso a aplaudir. Aquello se había convertido en una broma recurrente desde sus primeros días en el pueblo, cuando Reine-Marie y él habían «escardado» el jardín... sólo para descubrir más tarde que habían dejado las malas hierbas y arrancado la mayoría de las plantas perennes.

Desde entonces, Myrna se había convertido en su gurú de la

jardinería.

Gamache sonrió mientras las observaba.

—Veo que la política esa y su marido han vuelto —dijo Ruth —. Ella ha venido a mi casa esta tarde.

—¿De verdad? —preguntó Jean-Guy—. ¿Para qué?

Anton había salido de la cocina y estaba hablando con los estadounidenses.

Dejó algo sobre la mesa: un papel con algo escrito.

—Para contarme que me van a nombrar *chevalier* de la Orden Nacional de Quebec.

—Eso es fantástico, Ruth —dijo Armand—. *Félicitations*.

El joven cabecilla del cártel le estaba indicando con gestos a Anton que se uniera a ellos. El chef pareció sorprendido y negó con la cabeza, dando a entender que tenía trabajo en la cocina, pero una mirada bastó para hacer que se lo pensara mejor y tomara asiento.

—¿Seguro que te van a nombrar *chevalier*? —preguntó Jean-Guy—. ¿No será *cheval*? Porque ya estás a medio camino de eso.

Gamache notó que Matheo y Lea, al fondo de la sala, también observaban atentamente la mesa de Anton y los estadounidenses. Lea se volvió hacia Matheo y le dijo algo; él negó con la cabeza.

Después, Lea miró directamente a los ojos a Gamache; lo hizo tan deprisa que a él no le dio tiempo de bajar la vista. Supo que, si lo hacía, parecería lo que en efecto era: un intento de esconder algo.

En vez de eso, le sostuvo la mirada y sonrió.

Ella no le devolvió la sonrisa.

Jean-Guy y Ruth estaban intercambiando insultos, aunque los ojos legañosos de la vieja poeta no miraban a Jean-Guy, sino a Gamache.

Éste, arrellanado en la silla con las piernas cruzadas, parecía

oír sin escuchar las voces a su alrededor y estar disfrutando de una cerveza helada tras una dura jornada en el estrado de los testigos, aparentemente satisfecho consigo mismo y con el mundo.

Pero ni Ruth ni Beauvoir se creían esa actitud: lo conocían demasiado bien.

Gamache irradiaba algo.

¿Era rabia?, se preguntó Beauvoir. Desde luego no era miedo.

Entonces comprendió con cierta sorpresa que, de hecho, era una calma extrema.

Parecía el centro de gravedad de la habitación.

Fuera cual fuese el resultado, los bombardeos cesarían esa noche, la guerra llegaría a su fin esa misma noche.

33

Lacoste circuló por la antigua pista forestal y se detuvo más o menos a un kilómetro del pueblo. Aquel camino llevaba años sin utilizarse y el sotobosque se había convertido en pura maleza. Las ramas de los árboles rozaban y arañaban su vehículo, pero también lo ocultaban.

Lacoste abrió el maletero y se puso el equipo de asalto, las pesadas botas y el casco con cámara. Se ajustó las cintas de velcro de las fundas perneras y puso en su lugar las pistolas automáticas y los cargadores de repuesto. Sus manos volaban sobre aquel material conocido, encajando, tirando, revisando y volviendo a revisar.

Había llamado a su marido a Montreal y luego había hablado con los niños. Les dio las buenas noches y les dijo que los quería.

A esa edad les daba vergüenza decirlo ellos también, de modo que no lo hicieron.

Cuando su marido volvió a ponerse al teléfono, Isabelle le dijo que tenía que trabajar hasta tarde, pero que estaría de vuelta en casa antes de que se diera cuenta.

—¿Todavía tenemos *Pinocho*? —le preguntó.

—¿El libro? Puede ser. ¿Por qué?

—¿Crees que a los niños les gustaría leerlo esta noche?

—¿A nuestros hijos? Son un poco mayores ya, ¿no crees? Seguro que preferirán ver *The Walking Dead*.

—No se lo permitas —pidió ella, y lo oyó reírse.

—Te esperaré despierto —le prometió él. No servía de nada que se negara: Robert siempre la esperaba despierto.

—Te quiero.

—Yo también te quiero —respondió ella. Pronunció aquellas palabras con claridad, con plena conciencia.

Luego colgó, cogió su fusil de asalto, guardó su teléfono personal en la guantera y se metió en uno de los bolsillos de la cartuchera el teléfono de la Sûreté, que había vibrado en cuanto había llegado a la cima de la ladera.

Había un único mensaje, de Toussaint.

Estaban en sus posiciones.

Lacoste contestó.

«G y B en el *bistrot*, yo llegando a mi posición».

Mientras se abría camino por el bosque, notó otra vibración.

«Paquete fuera de la iglesia, camino del pueblo».

Ella tecleó deprisa: «¿Pueblo? Confirma».

«Pueblo».

Se volvió y miró hacia Three Pines, pero sólo vio árboles y más árboles.

—Madre mía... —susurró, y permaneció inmóvil un momento mientras las opciones disponibles cruzaban su mente a toda velocidad.

Entonces se dio la vuelta y echó a correr en dirección contraria a la frontera.

Hacia el pueblo.

Al llegar al camino de tierra, se detuvo para asegurarse de que estaba despejado; luego lo cruzó, volvió a internarse en el bosque y echó a correr ladera abajo aferrando el fusil de asalto contra el pecho.

Pasó con sigilo ante la vieja escuela y, encorvada, llegó a la parte trasera de la casa de Ruth. Le llegaron voces del jardín de los Gamache: Reine-Marie, Myrna y Clara estaban charlando. Alguien dijo algo y las tres rieron.

Ella se alejó, cruzó a la carrera Old Stage Road y volvió a internarse en el bosque, al otro lado. Pasando por detrás de la

fonda, rodeó la esquina y se detuvo a recobrar el aliento, tratando de distinguir si algún miembro del cártel estaba haciendo la ronda.

Observó las casas, la calle principal, el parque... a los niños que jugaban.

—Marchaos a casa —imploró, aunque nadie podía oírla—. Marchaos a casa...

Y justo en ese momento vio cerrarse la puerta del *bistrot*.

Gamache observó a dos hombres robustos entrar en el *bistrot*, cada uno cargado con una caja de embalaje. Las dejaron en el suelo al lado del capo del cártel estadounidense.

Anton se puso en pie bruscamente cuando el capo les hizo una señal con la cabeza.

Uno se situó detrás de él; el otro, detrás de Anton.

Otros clientes del *bistrot* miraban la escena sin tapujos. Las cajas iban rotuladas en inglés y en cirílico, y en los sellos se leía: «Matrioskas». Interesante, pero no lo suficiente como para malograr las bebidas y la conversación, que se retomaron rápidamente.

Lo que la mayoría no veía eran las manchas y las gotas rojas que salpicaban aquellas palabras.

Isabelle Lacoste abrió con cuidado la puerta interior que conectaba la librería con el *bistrot*.

A través del resquicio, vio a Gamache reclinarse en la silla, relajado; tenía una cerveza en la mano. Entretanto, a un lado, el capo del cártel estadounidense le indicaba con un gesto a Anton que volviera a sentarse.

Aquél era un Anton distinto.

Ya no era el lavaplatos, ya no era el chef.

A esas alturas, pensó Lacoste, ya debía de haberse percatado de que aquello no era un *tête-à-tête* amistoso para repartirse el territorio, que era una toma hostil del poder. Si no por otra cosa, podía deducirlo por las salpicaduras rojas en las cajas de matrioskas: era cuanto quedaba de sus propios mensajeros.

Lacoste quitó con cuidado el seguro de su fusil de asalto.

Olivier pasó por delante de ella y se quedó de pie junto a la mesa, en su línea de visión, en su línea de tiro. Con el rabillo del ojo, percibió que Beauvoir empezaba a levantarse de la mesa.

Los soldados lo miraron. Lacoste levantó el fusil y, a través de la mira, vio cómo los hombres esbozaban unas sonrisas burlonas.

Observaban a Jean-Guy quitarse un pato del regazo y pasárselo a una mujer tan vieja que parecía momificada.

Aquello era como tender una emboscada en el hotel de los líos de los hermanos Marx.

Ruth aferró a *Rosa* contra el pecho y se levantó.

—Vale, pues que te follen a ti también, tonto del culo —le soltó a Beauvoir a voz en grito.

Aquello provocó carcajadas entre los sicarios, aunque dejaron de reír cuando Ruth los fulminó con su mirada de «que os follen a vosotros también».

—Por Dios —susurró Isabelle al ver a la anciana renqueando hacia los dos hombretones—, sal de ahí.

Ahora era Ruth quien le bloqueaba cualquier posible blanco.

—Venga ya, Ruth —intervino Gamache poniéndose en pie para apartarla hacia un lado—. Deja a estos pobres hombres en paz. Están intentando cenar, y a lo mejor tú deberías hacer lo mismo. Te acompañaremos. —Le dio un ligero empujón hacia la puerta—. ¿Olivier? La cuenta, por favor.

—Claro, *patron* —repuso Olivier y caminó hacia la barra.

—¿Jean-Guy? —dijo Gamache, y le indicó con una mirada

que debía hacerse cargo de Ruth.

El joven capo estadounidense observaba la situación con la sonrisa congelada en la cara. O bien Yogui y Bubu no tenían ni idea de lo que estaba ocurriendo, o lo sabían perfectamente y salían por piernas cediéndoles la pista de baile y el territorio a ellos.

Parecía algo confundido por aquel giro de los acontecimientos, pero claramente no estaba alarmado.

Se habría alarmado si hubiera dejado de mirar a Gamache y se hubiera fijado en la expresión de Anton.

Ahora era salvaje, feroz. No parecía un animal acorralado, sino una bestia con las garras clavadas en una pobre criatura a la que está a punto de destripar.

Lacoste, que observaba desde la librería, tenía el blanco a tiro gracias al jefe, pero la expresión de Anton la perturbaba. ¿Qué estaría pensando? Parecía claro que lo superaban en número y carecía de margen de maniobra, pero quizá no era así, quizá...

Lo entendió un segundo demasiado tarde.

—*Bonjour* —oyó susurrar a un hombre y notó la presión del cañón de una pistola detrás de la oreja.

Anton no estaba solo: tenía a su propio esbirro cerca, cómo no.

Y ahora la encañonaba con su arma mientras le quitaba el fusil de las manos.

Y también entendió que estaba muerta.

Gamache oyó un ruido a su izquierda y, cuando se volvió para mirar, vio que empujaban a Isabelle Lacoste por la puerta que daba a la librería de Myrna. Detrás de ella había un hombre que la apuntaba con una pistola.

Reconoció a aquel hombre de inmediato: era Marchand, el

que había intentado agredir al cobrador empuñando un atizador. Había supuesto que era el típico camorrista borracho, pero ahora entendía que se había equivocado: Marchand era el gorila de Anton, un soldado del cártel.

Todo esto ocurrió en un instante.

Era como si el mundo se hubiera detenido. Todo se volvió muy claro, muy vívido... y muy lento.

Antes de que Lacoste hubiera cruzado siquiera el umbral, Gamache se puso en movimiento.

La única ventaja de estar muerta, comprendió Isabelle, era que no tenía nada que perder.

En cuanto sintió el empujón, plantó los pies en el suelo y arremetió hacia atrás contra su captor.

Beauvoir iba sólo un milisegundo por detrás.

Vio cómo Gamache se lanzaba contra uno de los esbirros del capo estadounidense.

Vio a Lacoste arremeter de espaldas contra el hombre que la encañonaba y cómo quedaban suspendidos a medio vuelo, a media caída, o al menos eso fue lo que registraron sus ojos.

Se llevó una mano a la pistolera y se lanzó él también.

Gamache embistió.

Todos los demás en el *bistrot*, incluidos Anton y el jefe del cártel estadounidense, apenas estaban asimilando la irrupción de Lacoste con aquel tipo detrás.

Los había sorprendido.

La sorpresa sólo duró un instante, pero era todo lo que Gamache necesitaba.

No podía ver qué hacían Beauvoir y Lacoste, aunque la había visto afianzar los pies y había adivinado sus intenciones.

Toda su concentración estaba puesta en uno de los esbirros del capo estadounidense, el que estaba más cerca. El hombretón volvió la cara y su rostro se crispó.

Nunca se habría imaginado que un hombre mayor, dormido en sus laureles y rebosante de cerveza actuara con semejante rapidez... y con tanta contundencia.

Apenas tuvo tiempo de llevar la mano al arma cuando Gamache arremetió y lo empujó contra Anton haciendo que los dos perdieran pie.

Anton dejó escapar un gruñido cuando los otros dos le aterrizaron encima.

Gamache levantó el antebrazo hasta el cuello del esbirro, le empujó la cabeza hacia atrás y, sin vacilar, sacó la navaja de caza del bolsillo, abrió la hoja... y la hundió.

Sonaron disparos.

¡Pum, pum, pum! El ruido era ensordecedor. No era el sonido de una pistola, sino las detonaciones de un fusil de asalto y de armas automáticas. Volaban astillas de madera, la gente gritaba; se volcaban sillas y mesas, se rompían cristales...

Gamache se puso encima del guardaespaldas moribundo tratando de alcanzar su arma, que todavía llevaba enfundada en la pistolera. Anton forcejeaba y se retorcía intentando salir de debajo del cuerpo de aquel gorila.

Jean-Guy Beauvoir embistió contra la mesa desparramando cristal y loza, krokodil y traficantes.

En unos segundos se había desatado el caos: gritos, chillidos, disparos...

Ya no veía a Gamache, aunque sí alcanzó a ver, como en el destello de una luz estroboscópica, cómo se desplomaba Lacoste.

Y luego todo se movió muy deprisa, como si pasaran fotogramas a toda velocidad. A diferencia del jefe, él no era un hombre robusto, pero contaba con el factor sorpresa y lo aprovechó.

Aterrizó y rodó sobre sí mismo, y entonces, desenfundando el arma, le disparó al segundo guardaespaldas en el pecho justo cuando el tipo lo apuntaba con su pistola.

• • •

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Annie palideciendo.

—Disparos —contestó Myrna—. En el *bistrot*.

Se miraron unas a otras durante un instante que pareció durar una eternidad y entonces Reine-Marie se levantó y apremió a Annie, que le estaba dando el biberón a Honoré, a abandonar el patio trasero y entrar en la casa.

Myrna y Clara entraron corriendo con ellas.

—Llama a emergencias —le dijo Reine-Marie a su hija— y cierra la puerta con llave cuando salgamos.

—Yo voy con vosotras.

—Tienes que cuidar de Ray-Ray.

—¿Armand tiene algún arma en casa? —preguntó Clara con los ojos como platos y las manos temblorosas, pero con voz firme.

—*Non*. —Reine-Marie miró alrededor y cogió el atizador de la chimenea.

Myrna y Clara siguieron su ejemplo. La primera se hizo con una especie de hacha y la otra tuvo que conformarse con el cepillo de limpiar las cenizas.

—Joder —murmuró por lo bajo.

Los disparos continuaban y los perros se habían puesto a ladrar. Mientras Annie estaba al teléfono, hablando a gritos con la operadora de emergencias, las otras tres salieron de la casa con el corazón desbocado y echaron a correr sendero abajo hacia la calle.

—Ay, Dios mío... —iba diciendo Myrna.

Media docena de niños yacían sobre la hierba, aparentemente muertos.

Pero entonces empezaron a moverse y a ponerse en pie. Miraban fijamente hacia el *bistrot*, boquiabiertos y con los brazos en jarras.

—¡Venid aquí! —gritó Clara haciéndoles señas de que se acercaran, y cuando echaron a correr hacia ella, fue a su encuentro. Unos lloraban y otros no, pero todos comprendían que el lugar más seguro del mundo no lo era tanto, después de todo.

Clara los guio sendero arriba hasta donde estaba Annie, que les hacía gestos frenéticos desde la puerta para que entraran. Justo en ese momento, las ventanas del *bistrot* estallaron a causa de los disparos.

Sin vacilar, Reine-Marie, Myrna y Clara echaron a correr... hacia allí.

Ruth reptaba por el suelo hacia *Rosa*, que estaba bajo una mesa volcada y parecía más pasmada de lo habitual.

Piedra, ladrillo y yeso habían saltado por los aires, y el polvo resultante había vuelto el aire casi irrespirable.

Llegó hasta *Rosa* y se hizo un ovillo en torno a ella para protegerla.

Sólo entonces vio a Isabelle Lacoste tendida en el suelo con los ojos abiertos, mirando al vacío.

Gamache asió la culata de la pistola del hombre moribundo, pero antes de que pudiera sacarla de un tirón de la funda, una bota le aterrizó en la cara y lo dejó grogui.

El mundo se volvió blanco y borroso.

Le cayó otro golpe.

Anton se debatía como un loco, se meneaba y retorcía, furibundo y desesperado, y pateaba a Gamache en la cabeza, los hombros, los brazos mientras éste intentaba defenderse con un brazo y sacar de su funda la pistola del esbirro muerto.

Por fin la alcanzó y la extrajo de un tirón.

Sin soltarla, rodó sobre sí mismo y le dio tres tiros a bocajarro a Marchand, que estaba a sólo unos pasos y empuñaba el fusil de Isabelle.

El tipo puso cara de asombro y luego cayó al suelo, muerto.

Gamache se volvió de nuevo, justo a tiempo para ver cómo Anton desaparecía por la puerta trasera del *bistrot*.

—*Patron* —dijo Jean-Guy cuando Gamache se agarró a su brazo para ponerse en pie.

—Anton se ha escapado —susurró Gamache trastabillando un poco mientras se dirigía a la puerta trasera del *bistrot*, que había quedado abierta.

—*Oui*, y el estadounidense y su lugarteniente han salido corriendo tras él —explicó Beauvoir.

Entonces, Gamache oyó por fin el tumulto del *bistrot*.

Vio a Lacoste en el suelo y a Ruth a su lado, cogiéndole la mano y susurrándole.

Vio a Gabri arrodillado junto a Olivier.

Los clientes, que unos momentos antes estaban tomando copas, lloraban, se abrazaban unos a otros y gritaban pidiendo auxilio.

Pero él no podía quedarse.

—¡Armand! —exclamó Reine-Marie cuando llegó al *bistrot* acompañada de Myrna y Clara.

Pero era demasiado tarde: él ya no estaba allí.

—Tú intenta atrapar a Anton —gritó Gamache—, yo iré a por el estadounidense.

—¡Son dos! —exclamó Beauvoir a sus espaldas.

No supo si el jefe lo había oído y tampoco tuvo tiempo de comprobarlo.

Los hombres de los cárteles les llevaban la delantera, pero él y el jefe tenían la ventaja de estar familiarizados con el terreno.

Conocían los bosques, los senderos y la ruta hasta la frontera, en parte porque los habían recorrido varias veces, como medida de precaución, y en parte porque se habían pasado muchísimas horas en casa de los Gamache estudiando minuciosamente los detallados mapas topográficos.

Habían hablado con cazadores y excursionistas, geólogos y campistas, gente que iba a cortar leña o a pescar en el río.

En los ocho meses anteriores, tras descubrir la puerta secreta en la despensa de hortalizas y haber comprendido su significado, se habían asegurado de conocer al dedillo cada palmo del terreno.

Los traficantes de drogas no habían hecho lo mismo: simplemente habían buscado la ruta más directa a través del bosque, desde el escondrijo de época de la Ley Seca hasta la frontera, y se habían limitado a ella.

«Estamos estudiando la situación», contestaba Gamache con una ecuanimidad que rayaba en la idiotez cuando los periodistas le plantaban cámaras y micrófonos en la cara y le hacían preguntas insidiosas sobre las cifras cada vez mayores de delitos.

Y por absurdo que pareciera, era la verdad; aunque no toda

la verdad.

En efecto, estaban estudiando la situación, sólo que no era la misma situación a la que se referían los periodistas.

Había ordenado que se llevara a cabo una investigación discreta de todos los graneros, cabañas, escuelas e iglesias utilizados por los contrabandistas casi cien años atrás a lo largo de la frontera con Estados Unidos, una empalizada llena de agujeros que nunca se habían tapado.

Los investigadores descubrieron que el sindicato del crimen de Quebec había utilizado todos aquellos escondrijos sin excepción, pero ninguno en mayor medida que la iglesia de Santo Tomás en el tranquilo y olvidado pueblecito de Three Pines.

Desde allí podían alcanzar la frontera con facilidad y, desde allí, el jefe podía controlarlo todo mientras trabajaba en la cocina del *bistrot*, primero como lavaplatos y después como chef.

Anton había aprendido de su padre y de su tío, y había sido aprendiz del mejor amigo y confidente de su padre, Antonio Ruiz, cuyo nombre llevaba, hasta que estuvo preparado para coger él mismo las riendas.

Gamache podía oír a los traficantes corriendo enloquecidamente por el bosque, Anton huyendo para poder reagruparse con los suyos, los otros dos intentando darle caza para quedarse con su territorio.

Y él y Beauvoir tenían que detenerlos a ambos, de otro modo habría un baño de sangre.

No podían fallar.

Vio cómo Jean-Guy, un poco por delante de él, se desviaba bruscamente hacia el este y, entonces, se desvió hacia el oeste.

Necesitaban acosar a sus presas y conducirlas a donde esperaban Toussaint y la unidad de asalto.

Madeleine Toussaint y su equipo se acercaban al *bistrot* empuñando las armas. Avanzaban deprisa, pero con cautela, inseguros de lo que iban a encontrarse.

Que el krokodil se dirigiera al pueblo había supuesto una sorpresa para ella; sin embargo sabía que, aunque el intercambio se llevara a cabo allí, los traficantes aún tendrían que llevar la droga al otro lado de la frontera, así que les había ordenado a sus agentes que siguieran en sus puestos, que se ciñeran al plan.

Hasta que había oído los disparos; entonces había cambiado de estrategia y ordenado una incursión en el pueblo para ayudar a los que estaban allí abajo.

Incluso a la carrera, les llevó un tiempo precioso llegar.

Descendieron por las laderas a toda prisa y resbalando, y cuando llegaron al bosque que rodeaba el pueblo notaron que los disparos se intensificaban.

Luego, de pronto, se interrumpieron y reinó el silencio.

Entonces oyeron gemidos, chillidos, gritos de auxilio...

Y después incluso esos gritos cesaron.

Por fin entraron en Three Pines avanzando en formación, encorvados y empuñando las armas, escudriñando las casas, las ventanas, los jardines...

A un lado de la plaza vieron bicicletas en el suelo, y una pelota.

Pero no había rastro de gente, no había perros ni gatos... ni siquiera pájaros.

Y entonces, una mujer salió del *bistrot* con un atizador en la mano. A sus espaldas, Toussaint captó el sonido familiar e inconfundible de los fusiles de asalto que se levantaban y apuntaban.

Alzó un puño: «Alto».

Era *madame* Gamache: corría hacia ellos pidiendo ayuda.

Toussaint les indicó por señas a sus hombres que aseguraran

la zona mientras ella se acercaba a *madame* Gamache.

—¿Hay objetivos dentro? —preguntó.

—¿Objetivos? No lo sé —respondió Reine-Marie—, lo que hay son heridos y algunos muertos, me parece. Hemos llamado pidiendo auxilio.

—Quédese aquí —ordenó Toussaint y entró en el *bistrot* seguida de su equipo con las armas preparadas.

Pero Reine-Marie no se quedó allí, sino que entró corriendo tras ellos.

Vieron mesas y sillas volcadas, y Toussaint notó el peculiar olor de la pólvora...

Pero lo que nunca olvidaría fue lo que oyó.

Nada.

Reinaba un silencio casi absoluto, y todos los ojos, muy abiertos, estaban mirándola.

—Tiene que ayudar a Armand —dijo Reine-Marie rompiendo el silencio.

—¿Dónde está?

Toussaint recorrió el local con la mirada. Vio a Lacoste en el suelo flanqueada por una anciana y otras dos mujeres, una de ellas aferraba un cepillo para la chimenea, la otra abrazaba un pato.

Pero el superintendente jefe no estaba allí, y Beauvoir tampoco.

No estaban muertos, y tampoco los cabecillas de los cárteles.

—Han salido por ahí, hacia el bosque —dijo *madame* Gamache señalando hacia la puerta trasera del *bistrot*.

—¿Cuántos eran? —preguntó Toussaint apremiándola.

—No... no lo sé.

—Tres.

Quien había hablado era un hombre rubio y esbelto que llevaba un trapo de cocina muy prieto alrededor del brazo y se apoyaba contra otro tipo grandullón. Su voz era débil, pero

clara.

—Anton y dos más —añadió Olivier.

Toussaint ordenó a su equipo que abandonara el *bistrot*.

Pero en lugar de salir por la puerta trasera, los hizo volver por donde habían venido.

Dejaron atrás la iglesia y ascendieron por la colina, internándose en el bosque que los llevaría directos a la frontera con Vermont.

Mientras corría, Toussaint iba pensando que, si ella fuera Gamache, intentaría conducir a los miembros del cártel hacia la frontera, donde sabía que los esperaba la unidad de asalto de la Sûreté, que podría acabar con la faena.

Sólo que la unidad ya no estaba allí: no se habían ceñido al plan.

«Mierda, mierda, mierda».

A Gamache le ardían los pulmones y notaba el sabor de la sangre en la boca, pero no aflojó la marcha, se obligó a seguir corriendo tan rápido como podía.

Distinguía al estadounidense y a su lugarteniente a través de los árboles, todavía por delante de él.

«Estupendo», pensó. No tardarían en encontrarse cara a cara con Toussaint, que los estaría esperando.

Pero mientras corría se le ocurrió una cosa.

¿Qué habría hecho él si supiera que la clorocodida se dirigía hacia el pueblo y luego oyera disparos?

«Santo cielo», pensó. Dejaría de ceñirse al plan. Se vería obligado a hacerlo. Conduciría a su equipo hacia Three Pines para echar una mano allí.

Abandonaría la frontera.

Toussaint no estaría allí, pero sí los sicarios de ambos cárteles.

Sin embargo, estaba claro que ya era demasiado tarde para detenerse: había que seguir adelante, hasta el final.

Anton reconocía esa parte del bosque.

Sabía que la frontera quedaba un poco más adelante y que allí lo esperaban los suyos, armados y preparados para todo.

Gamache lo había sorprendido: era evidente que sabía desde hacía mucho quién era él y qué estaba haciendo allí, y era probable que también supiera lo de la puerta secreta en la despensa.

Los estadounidenses le pisaban los talones; los oía avanzar como una estampida a través del bosque. Apretó el paso.

Pero entonces volvió a aflojarlo.

Se le había ocurrido algo.

No estaba corriendo hacia la frontera, lo estaban empujando hacia allí.

Aún no alcanzaba a distinguir a ninguno sus hombres, pero sabía que estaban allí.

No obstante, ahora también tenía claro que Gamache debía de haber apostado a una unidad de asalto de la Sûreté en la frontera. Daba igual si había muerto en la refriega, lo tendría todo planeado.

Y los estadounidenses también estarían allí.

Estaba corriendo hacia una trampa.

Se detuvo. Tendría que librar batalla ahí mismo, en el bosque. Se dio la vuelta y apuntó con la pistola hacia la zona del bosque de la que oía brotar pasos.

Y disparó.

• • •

Una bala le rozó la pierna a Jean-Guy, que cayó al suelo.

Se quedó tumbado unos instantes, encajando lo que había pasado, lo que estaba pasando.

Por alguna razón, Anton se había detenido y había decidido pasar a la acción. Seguía disparando, aunque las balas impactaban ahora más lejos.

Él se levantó y avanzó lentamente, ignorando el dolor de su pierna.

El objetivo no había cambiado: para ganar la guerra, debían hacer una cosa.

Acabar con los líderes.

Anton se había escondido detrás de un árbol y, desde ahí, siguió disparando.

Jean-Guy dio un rodeo y fue acercándose aprovechando el ruido ensordecedor de los disparos.

Entonces levantó su propia arma y se la puso a Anton detrás de la oreja.

Los soldados de los cárteles, que esperaban a sus jefes en la frontera, oyeron los disparos y se apresuraron a empuñar las armas.

Los canadienses apuntaron sin vacilar a los estadounidenses, que, con idéntica determinación, les apuntaron a ellos.

Fue como si echaran un pulso... hasta que uno de los más jóvenes se dejó llevar por el pánico...

Y entonces se desató el caos.

Toussaint comprendió lo que estaba pasando y ordenó a su unidad que se interpusiera entre los cárteles enfrentados porque sospechaba que Gamache y Beauvoir andaban a la caza de los cabecillas.

Quizá no podría ayudarlos directamente, pero por lo menos

podía impedir que cualquier sicario superviviente acudiera en ayuda de su correspondiente líder.

El capo del cártel estadounidense oyó los disparos un poco más adelante y se imaginó lo que estaba ocurriendo.

Su lugarteniente había muerto, abatido en el primer intercambio de disparos que se había producido en el bosque, y ya no disponía de ayuda: tendría que abrirse paso por sí mismo hasta el otro lado de la frontera. Se echó a correr como alma que lleva el diablo. Corrió y corrió a través del bosque hacia Vermont, donde estaría a salvo.

Entonces oyó ruido a sus espaldas: alguien lo perseguía.

Ya alcanzaba a ver el mojón que señalaba la frontera.

Llegó hasta allí y cruzó al otro lado.

Gamache se dio cuenta de que el estadounidense lo estaba dejando atrás: era más joven y más rápido, se le estaba escapando.

Vio cómo cruzaba la frontera, pero no se detuvo, no vaciló e hizo lo mismo: siguió corriendo detrás de aquel hombre y de pronto lo vio detenerse, darse la vuelta y levantar el arma.

Quiso frenar, pero resbaló.

Y luego cayó a plomo.

El estadounidense se detuvo, se dio la vuelta y vio una figura oscura que se acercaba a través del bosque. No distinguió sus facciones, no era más que una silueta.

Alzó el arma y abrió fuego.

• • •

Gamache se puso de rodillas como pudo. Las balas impactaban en los árboles, sólo unos milímetros por encima de su cabeza.

Levantó la pistola, apuntó...

... y disparó.

34

Armand Gamache y Maureen Corriveau tomaron asiento uno junto al otro en el despacho.

El silencio era tal que podían oír el tictac del reloj de sobremesa.

Eran poco más de las ocho de la mañana, justo una semana después de los acontecimientos de la frontera.

Un hombre ligeramente mayor que Gamache estaba sentado ante ellos, detrás del escritorio. Miró primero a la juez y después al jefe de la Sûreté.

El rostro de Gamache estaba lleno de contusiones y magulladuras, aunque ya estaba menos inflamado.

—¿Cómo está la inspectora jefe Lacoste? —preguntó el primer ministro de Quebec.

—Pronto tendremos noticias —respondió Gamache—. Está en coma inducido. La bala le dañó el cerebro, pero no sabemos hasta qué punto.

—Lo siento —dijo el ministro—. ¿Y la gente de Three Pines? Porque así se llama el pueblo, ¿no es cierto?

—*Oui*.

—Es curioso, pero nunca había oído hablar de ese lugar. Me gustaría ir a visitarlo en cuanto se aclare todo este asunto.

—Creo que a los habitantes del pueblo les encantaría, señor. Están... estamos intentando volver a la normalidad.

Decidió utilizar esa palabra aunque Three Pines no tenía nada de normal ni en sus mejores momentos, mucho menos después de lo ocurrido, pero era cierto que en el pueblo reinaba una extraña paz.

Él nunca había sentido tan intensamente como ahora que aquél era su hogar, y nunca como ahora había sentido tan intensamente que los lugareños eran su familia.

—Sé que hubo heridos —dijo el ministro.

—Olivier Brulé, el dueño del *bistrot*, recibió un disparo en el brazo, pero su compañero actuó rápidamente y detuvo la hemorragia. Otros resultaron con heridas menores por cristales o astillas, y han salido ya del hospital. La herida más grave fue la de la inspectora jefe Lacoste.

—Armand, le pedí hace unos meses que me contara qué estaba ocurriendo y usted se negó a hacerlo; me pidió que confiara en usted, cosa que hice. —El primer ministro se quedó en silencio un momento y enseguida continuó—: Quiero que sepa que me alegra haberlo hecho.

Armand asintió a modo de agradecimiento.

—Pero creo que ha llegado el momento de que me cuente todos los detalles.

Cuando Gamache acabó de contárselo, el primer ministro lo miró fijamente.

Había leído los informes, por supuesto, y no sólo los que habían aparecido en los medios, sino también los confidenciales, que se apilaban en ese mismo momento sobre su escritorio.

Y había visto el vídeo de la cámara del casco de Lacoste; su punto de vista, incluso cuando la habían herido.

El vídeo lo había dejado lívido: no creía que pudiera volver a mirar a Gamache sin recordarlo abalanzándose y arremetiendo contra aquellos dos tipos...

Sacando un cuchillo.

Sin recordar lo que ese hombre pensativo y tranquilo, incluso bondadoso, era capaz de hacer, lo que había hecho.

—Lamento tener que hacerle estas preguntas.

—Lo entiendo.

—¿Estaba al otro lado de la frontera cuando mató al estadounidense?

—En el bosque no es fácil saber dónde está exactamente la frontera. Hay que confiar en un mojón que colocaron allí los contrabandistas de ron de la época de la Ley Seca, que no creo que se preocuparan por ser precisos, pero creo que sí, que crucé la frontera.

El primer ministro de Quebec negó ligeramente con la cabeza y esbozó una sonrisa algo amarga.

—¿Y ahora decide contármelo?

Se abstuvo de añadir que Gamache, de hecho, había traspasado varios límites además de la frontera. Tantos que no valía la pena contarlos ni preocuparse por ellos. No obstante, los departamentos de Justicia de ambos países pensaban muy diferente.

—¿Lo hizo siendo consciente de que no tenía jurisdicción en esa zona?

—La verdad es que no pensé ni por un momento en si tenía jurisdicción o no, pero de todas formas habría hecho lo mismo.

—No me lo está poniendo fácil, Armand.

Gamache se quedó callado, aunque simpatizaba con el primer ministro y sabía que, al fin y al cabo, sólo intentaba ayudar.

Había arrastrado el cuerpo del líder del cártel paso a paso, inclinándose hacia delante, en dirección al mojón antiguo y descolorido que se alzaba en el bosque, hacia Quebec, hacia casa.

Los disparos que provenían de cerca de allí habían cesado y oyó a Jean-Guy llamándolo.

Todo había terminado.

Pero no se sentía contento, estaba demasiado impresionado.

Cuando se sintió seguro de que estaba de nuevo en Quebec, se dejó caer de rodillas, exhausto.

Así que, cuando Beauvoir lo encontró por fin, vio a un hombre cubierto de sangre que parecía estar rezando sobre el cuerpo que él mismo había convertido en un cadáver.

Entre ambos arrastraron al estadounidense hasta el lugar en que Toussaint estaba restableciendo el orden.

Jean-Guy tenía una herida en la pierna, pero era leve y se la vendaron rápidamente. Era el único herido en las filas de la Sûreté; exceptuando a Isabelle, por supuesto.

Los miembros de los cárteles casi habían conseguido exterminarse unos a otros, estaba esposando a los supervivientes mientras los sanitarios de urgencias se ocupaban del resto.

En aquel bosque milenario, aquello parecía exactamente lo que era: un campo de batalla. Se oían las sirenas de las ambulancias y la policía.

Anton tenía las manos atadas a la espalda.

—Has hecho el trabajo por mí, Gamache —dijo señalando el cadáver con la cabeza—. Crees que has recuperado la provincia, ¿verdad? Pues espera y verás.

—Tendría que haberlo matado —dijo Jean-Guy mientras regresaban a Three Pines.

Gamache se enjugó la sangre ya medio reseca de los ojos, pero no dijo nada, aunque en ese momento coincidía plenamente con Jean-Guy: habría sido mejor matarlo, mucho mejor.

—Es una lástima que Anton Boucher sobreviviera —dijo el primer ministro de Quebec cuando Gamache concluyó su relato.

El comentario, dicho de un modo seco y directo, lo

sorprendió: era esperable que el primer ministro lo pensara, pero no que lo dijera en voz alta.

—Hay límites que no pueden traspasarse —declaró—, porque una vez traspasados ya no hay vuelta atrás.

—Como el asesinato —repuso el primer ministro—. Lo que me lleva a mi siguiente pregunta.

La juez Corriveau se revolvió un poco en el asiento, consciente de que le había llegado el turno.

Consciente de la cuestión que el primer ministro estaba a punto de plantear.

—Háble me sobre el asesinato de *madame* Kathleen Evans.

Fue en gran medida la misma conversación que el superintendente jefe había mantenido con la juez unos días después del ataque.

El juicio, por descontado, se había suspendido temporalmente.

Maureen Corriveau había ido junto con Barry Zalmanowitz al apartamento de los Gamache en el distrito de Outremont, en Montreal, para hablar del caso y saber cómo iban a proceder.

Llamaron a una puerta del segundo piso y les abrió el propio superintendente jefe.

—*Bonjour* —dijo—, gracias por venir hasta aquí.

Se habían enterado de que la inspectora jefe Lacoste estaba gravemente herida y habían leído los informes preliminares redactados por los agentes policiales de alto rango, incluido el propio Gamache.

Eran conscientes de que el propio Gamache había sufrido heridas, pero no estaban preparados para aquel rostro magullado y con un ojo casi cerrado por culpa de la bota de Anton.

La juez Corriveau lo miró fijamente a los ojos: le preocupaba

que lo ocurrido en el pueblo, en el bosque, le hubiera arrebatado a esa mirada la calidez y la bondad y las hubiera reemplazado por amargura y crueldad.

Que la decencia hubiera desaparecido por completo.

En cambio, encontró una mirada dolorida que siempre había estado ahí, como si Gamache tuviera astigmatismo y viera las cosas de un modo ligeramente distinto a los demás, como si viera lo peor de la humanidad y también lo mejor, y se sintió aliviada al comprobar que la decencia seguía ahí, más evidente incluso que el dolor, más fuerte que nunca.

—Gracias por las flores —dijo él señalando el alegre y vistoso ramo en una mesita lateral.

—De nada —respondió ella.

En la tarjeta se leía simplemente «*Merci*», y la firmaban Maureen Corriveau y Joan Blanchette.

La juez Corriveau nunca le había hablado a Gamache de su vida privada, pero tenía la sensación de que debía ofrecerle al menos eso; además, Joan había insistido.

Observó la habitación a su alrededor: sabía que aquella vivienda era una segunda residencia y que el verdadero hogar de los Gamache estaba en aquel pueblecito, Three Pines. El apartamento, de un solo dormitorio, estaba en un edificio clásico y sin ascensor. Los techos eran altos, la sala, luminosa, aireada y acogedora, con muchos libros en las estanterías y las mesitas, y ejemplares de *La Presse*, *Le Devoir* y *The Gazette* desparramados aquí y allá. Tenía un toque informal, pero no desordenado.

El sofá y los sillones, que a todas luces se usaban a menudo, invitaban a sentarse. Estaban tapizados con colores vivos y cálidos. Era una habitación que Joan y ella ocuparían encantadas.

En la sala de estar había otro hombre, que se apoyaba levemente en un bastón.

—Creo que ya conocen al inspector Beauvoir —lo presentó Gamache.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Barry Zalmanowitz.

—Esto es sólo para llamar la atención —dijo Jean-Guy blandiendo el bastón en el aire como había visto hacer a Ruth miles de veces. Por un momento, incluso se preguntó qué pasaría si llamaba al fiscal general «tonto del culo».

—¿Cómo está la inspectora jefe Lacoste? —preguntó el fiscal.

—Iremos al hospital en cuanto acabemos aquí —respondió Gamache—. He hablado con su marido esta mañana y dice que hay signos de actividad cerebral.

Los otros dos asintieron: cuando ésas eran las buenas noticias, no había nada más que decir.

—Creo que no conoce a mi mujer —le dijo Gamache a la juez cuando Reine-Marie salió de la cocina llevando una bandeja con bebidas frías.

Gamache le cogió la bandeja para que pudiera darles la mano a los invitados.

—Yo sí la conozco —dijo *monsieur* Zalmanowitz—: la interrogué como testigo.

—Es verdad —contestó Reine-Marie—. ¿Les importa si me uno a ustedes?

—Por supuesto que no —repuso la juez Corriveau, aunque se preguntaba si no debería importarle y si no tendría que haber llevado a un funcionario para dar fe de todo lo que se dijera.

Pero ya era demasiado tarde, y, en el laberinto de acontecimientos insólitos en el que se hallaban inmersos, esa desviación de la norma probablemente se perdonaría o se obviaría por completo.

Se volvió hacia el superintendente jefe Gamache y el fiscal general Zalmanowitz.

—Esta reunión debería haberse celebrado hace dos días en mi despacho, pero sería absurdo no reconocer que algunas

cosas han cambiado, aunque otras no: al fin y al cabo una persona sigue sometida a un proceso judicial por el asesinato de Katie Evans. Necesito saber si realmente la consideran culpable o si todo eso formaba parte de lo que, sin duda, era un plan largo y detallado.

Los miró a ambos alternativamente hasta que sus ojos se detuvieron por fin en Gamache.

El arquitecto del plan: el líder que los había metido en ese berenjenal.

—Háble me del asesinato de Katie Evans —le dijo.

Gamache se acomodó en su asiento.

—Todo empezó como la mayoría de los asesinatos, mucho tiempo atrás, aunque no muy lejos de aquí —miró a su izquierda—. De hecho, a sólo unas manzanas de este apartamento, en la Universidad de Montreal, cuando un estudiante se suicidó bajo el efecto de las drogas suministradas por un alumno de tercer curso de ciencia política: Anton Boucher.

Ella conocía bien el nombre.

En los informes previos al juicio, era el lavaplatos del *bistrot*.

En los informes que acababa de leer, era el líder del sindicato del crimen de Quebec.

—El sobrino de Maurice Boucher —dijo para demostrar que había hecho los deberes—. Su tío era el cabecilla de los Ángeles del Infierno en Quebec y ahora está en la cárcel por narcotráfico y asesinato.

Beauvoir asintió.

—Exacto. Cuando lo encerraron, su sobrino tomó el mando y se encargó de lo que *Mamá* Boucher ya no podía hacer.

Había utilizado el apodo por el que se conocía al anciano Boucher, al parecer porque era «como una madre» para los miembros de su banda, aunque eso no le impedía masacrar a los hijos de los demás.

—Anton se llama así por el mejor amigo de su tío, Antonio Ruiz —explicó Jean-Guy—, quien lo orientó para consolidar los tres cárteles, pero era suficientemente listo para ver por sí mismo hacia dónde se dirigía el crimen organizado, y actuó rápido.

—¿Y hacia dónde se dirigía el crimen organizado? —preguntó Corriveau.

—Estaba a punto de hacerse más grande, más rico y más poderoso que nunca —respondió Gamache—, y el medio eran los opioides sintéticos.

—Como el fentanilo —intervino Zalmanowitz—. Lo sé todo al respecto: mi hija fue adicta a ese estupefaciente. Conseguimos que se sometiera a tratamiento, pero... —Levantó las manos y luego las dejó caer—. En fin, no se trata de drogas recreativas que ponen nerviosos a padres exagerados, sino de sustancias que transforman profundamente a las personas. A mi hija la cambió, y puede considerarse afortunada porque sigue con vida.

—El fentanilo fue lo primero que se disparó en las calles —prosiguió Gamache—, pero después vinieron otras drogas, y ahora mismo están llegando más: las crean tan rápido que cuesta mucho seguirles el paso, tan rápido que no nos da tiempo de incluirlas en la lista de sustancias prohibidas: un mero ajuste en la fórmula y ya no es un opiáceo ilegal... hasta que logramos recuperar terreno.

—La ley tiene que listar detalladamente los componentes químicos de las sustancias ilegales —coincidió la juez—, e incluso un cambio minúsculo puede impedirnos actuar como quisiéramos y detener a los narcotraficantes.

—Es la peste negra moderna —opinó Zalmanowitz—, y los sindicatos son las ratas.

—Anton Boucher lo vio venir —continuó Gamache—, y se movió muy rápido y con gran agresividad para tomar el

control.

—Una nueva generación de delincuentes para una nueva generación de drogas —dijo Corriveau.

—*Oui* —repuso Gamache.

—¿Y Katie Evans formaba parte del cártel? —preguntó la juez.

—*Non*. Su único delito fue estudiar en la misma universidad que el joven que se suicidó. Fueron amantes durante unos meses, antes de que ella cortara. Se llamaba Edouard y era hermano de Jacqueline Valcourt.

—Recuerdo su nombre de los informes previos al juicio.

—*Madame* Evans y su marido, Patrick, así como Matheo Bissonette y Lea Roux, eran compañeros y amigos de Edouard —explicó Beauvoir—. De hecho, Lea y Matheo estaban en la azotea cuando él saltó.

Maureen Corriveau no reaccionó, pero Barry Zalmanowitz miró al suelo.

Era su pesadilla: quizá no habían salvado a su hija a tiempo, quizá ni siquiera la habían salvado, quizá esa sustancia química había llegado a unas profundidades que ni siquiera un padre podía alcanzar.

—Anton era su camello, pero cometió un error —continuó Beauvoir—, y uno bien gordo: decidió probar él mismo las drogas, se enganchó y después, como la mayoría de los adictos, se volvió chapucero. Cuando Edouard se suicidó y sus allegados empezaron a hacerse preguntas, desapareció. Acabó en un centro de desintoxicación donde consiguió desengancharse, pero también conoció a otras personas que, como él, tampoco querían cambiar de vida de un modo radical. Se convirtieron en sus lugartenientes, con la ventaja de estar desintoxicados y saber lo que podían causar las drogas.

—Eso fue hace unos años —concluyó Gamache—. Las drogas se han ido volviendo más potentes y más crueles, y lo mismo

ha sucedido con los cárteles.

—¿Y cómo encaja *madame* Evans en todo esto? —quiso saber la juez—. Ha dicho que conoció a ese tal Edouard en la universidad, y presuntamente también al tal Anton Boucher...

—En efecto —confirmó Gamache—, lo conocía, igual que todos sus amigos. Iba sólo un par de cursos por delante y les vendía hierba y algo de cocaína; Edouard era el único que tomaba opioides.

—¿Está diciendo que *madame* Evans fue asesinada por algo que ocurrió hace tanto tiempo?

—Sí —contestó Gamache—. La mayoría de los asesinatos son simples y tienen móviles claros, pero éstos no son siempre fáciles de detectar porque con frecuencia se remontan al pasado. Katie Evans fue asesinada por algo que ocurrió en la universidad, por una deuda pendiente que dio pie a la entrada en escena del cobrador. La idea fue de Jacqueline, la hermana de Edouard, pero fueron sus amigos quienes la pusieron en práctica.

—Se turnaban para encarnar a la voz de la conciencia —prosiguió Beauvoir— y plantarse en medio de la plaza del pueblo acusando a Anton, pero se suponía que la cosa no debía llegar más lejos: lo harían durante unos días, le darían un susto de muerte al lavaplatos y después se volverían a casa.

—Pero entonces, ¿qué salió mal? —preguntó Maureen Corriveau. Necesitaba todos los detalles, no sólo porque era su caso, sino porque le iba la carrera en ello. La habían llamado aquella misma mañana desde Quebec capital para citarla en la oficina del primer ministro la semana siguiente, y sabía que no la habían convocado para felicitarla por su papel en todo ese asunto. Antes de acudir a la cita, tenía que saber en qué consistía «ese asunto»—. Esperen —pidió—, déjenme adivinarlo... Los amigos no se percataron de que Anton no era un mero lavaplatos, de que estaba en Three Pines para

supervisar el movimiento de las drogas.

—No tenían ni idea de con quién se estaban metiendo —explicó Zalmanowitz.

—Sólo pensaban en el suicidio de su amigo —intervino Gamache—. El detective privado contratado por la familia para buscar a Anton investigó de forma intermitente durante años y finalmente le siguió el rastro hasta la casa de Antonio Ruiz.

—Y ese tal Ruiz ¿también está involucrado en el crimen organizado? —quiso saber la juez Corriveau.

—Sí, en Europa. Tiene su base en España —explicó Gamache—, aunque los tribunales no han conseguido condenarlo.

—Otro trabajo para el cobrador —comentó Zalmanowitz.

—Fingiré no haber oído eso —repuso la juez Corriveau—. Pero ¿el detective no sabía que Anton era pariente de *Mamá* Boucher? Me parece extraño que algo así pueda pasar inadvertido.

—Es un apellido común —repuso Gamache—, y los registros se habían ocultado a propósito. Sabíamos que había habido casos de corrupción en la Sûreté: había funcionarios en situación comprometida en todos los niveles de la policía, del gobierno. Existía una razón por la que no conseguíamos ganar terreno en la lucha contra el crimen organizado.

—La razón era que ellos estaban mejor organizados —dijo Beauvoir.

Corriveau sonrió y luego se puso seria.

—¿Y cómo sabían que no me habían comprado a mí también?

—No lo sabíamos. En realidad, tuvimos que dar por hecho que todo el mundo recibía sobornos.

Se miraron a los ojos con cierta desconfianza.

—¿Y el fiscal? —preguntó ella volviéndose hacia *monsieur* Zalmanowitz.

—Nuestra investigación reveló que la oficina del fiscal

general podía estar en una situación comprometida —dijo Gamache.

Zalmanowitz se volvió hacia él.

—¿Me investigaste?

—Por supuesto: tenía que estar seguro antes de hablar contigo.

Ahora, comprendió Corriveau, estaban llegando al meollo del asunto.

—¿Cómo consiguieron ponerse de acuerdo? —Movió un dedo señalando a los dos hombres.

—Necesitaba ayuda —explicó Gamache—, así que le pedí al fiscal que concertáramos un encuentro.

—En Halifax —puntualizó Zalmanowitz.

No era nada fácil sorprender a Maureen Corriveau, pero eso lo consiguió.

—¿En Nueva Escocia?

—Sí. Cogimos vuelos distintos y nos reunimos en un antro del muelle —contó Zalmanowitz—. Sorpresivamente, tenían un pastel de merengue de limón delicioso.

—¿En serio? —preguntó Corriveau—. ¿Eso es lo que recuerda?

—Era muy bueno —insistió el fiscal sonriendo un poco ante la irritación de la juez—. Nunca me ha caído bien *monsieur* Gamache. No es un tema profesional, sino... algo personal.

—Y mutuo —confirmó Gamache—: yo lo consideraba un vanidoso y un cobarde...

—Y yo, un gilipollas arrogante. *Désolé*... —le dijo el fiscal a *madame* Gamache.

—Pero a ambos os gustó el pastel —señaló Reine-Marie.

—De hecho, fue lo primero en lo que estuvimos de acuerdo —aclaró Gamache con una sonrisa que amenazaba con volverle a abrir el labio—. Le resumí lo que estaba considerando hacer, lo que iba a necesitar si lo hacía y lo que necesitaría de él

concretamente.

—¿Qué necesitaba de usted? —le preguntó la juez al fiscal.

—Creo que ya lo sabe —respondió Zalmanowitz.

—Y creo que usted sabe que necesito que lo diga.

—Me pidió que suprimiera ciertas pruebas que comprometerían su investigación del cártel: necesitaba tiempo, y también que Anton Boucher creyera que podía actuar impunemente porque la Sûreté era absolutamente incompetente... y yo accedí.

Barry Zalmanowitz se reclinó contra el respaldo y puso las manos sobre los brazos del sillón como Lincoln en su monumento conmemorativo, aunque con sus palabras no sólo se había negado la posibilidad de que Quebec le dedicara una improbable estatua, sino que prácticamente se estaba suicidando profesionalmente, además de perjudicar a su familia. Probablemente iría a la cárcel.

Sin embargo, sabía que había contribuido a derrocar al cártel. Aún faltaba barrer un poco, pero la guerra contra las drogas estaba ganada.

Si él, su carrera y su prestigio se contaban entre las bajas... bueno, muchos habían sufrido destinos peores, y los cabrones que habían vendido drogas a su hija ya no arruinarían las vidas de más jóvenes.

Frente a él, Gamache asintió y luego se miró las manos, también magulladas. Sobre los nudillos hinchados se veía, claramente estampada, la suela de una bota.

Suspiró, levantó la vista y le dijo:

—*Désolé*. Perdóname, Zalmanowitz.

En el silencio que siguió, el fiscal notó como la sangre se le subía a la cabeza.

—¿Por qué? —preguntó en voz baja.

—No te lo he contado todo.

Barry Zalmanowitz se quedó de piedra.

—¿Cómo?

—Anton Boucher no mató a Katie Evans.

El fiscal aferró los brazos del sillón como si estuviera sufriendo un espasmo.

—¿Qué estás diciendo?

—Te mentí, lo siento mucho.

—Explícate.

—No estás procesando a la persona equivocada: Jacqueline fue quien mató a Katie Evans.

La mente de Zalmanowitz aceleró como si fuera un coche encadenado a la pared.

Trataba de entender lo que acababa de decirle Gamache y determinar si eran buenas noticias o implicaban un desastre aún peor.

—¿Por qué no me lo dijiste? —consiguió articular finalmente. No estaba muy seguro de que fuera la pregunta más importante, pero fue la primera que le salió.

—Porque sólo podía confiar del todo en un pequeño grupo de mis propios agentes —contestó Gamache—, aunque debes tener claro que, si hubiera dudado seriamente de ti, jamás te habría ido a buscar.

—Pero tenías algunas dudas... —replicó Zalmanowitz.

—Sí. No tenía pruebas de que fueras corrupto, pero tampoco las tenía de que no lo fueras.

—Entonces, ¿qué te hizo recurrir a mí?

—¿Aparte de la desesperación? Tu hija.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Zalmanowitz con un deje de advertencia en su voz y en su expresión.

—Mi hijo Daniel estuvo consumiendo drogas duras durante un tiempo —explicó, y Zalmanowitz entornó los ojos: aquello era una novedad para él.

—Yo también —intervino Beauvoir—, y casi me matan, además de destruir a la gente que más me importa.

—Tú y yo sabemos lo que las drogas les hacen a las familias —añadió Gamache en voz baja—, y me pareció que, si alguien haría algo por detener el narcotráfico, serías tú. De modo que corrí el riesgo y recurrí a ti, aunque sabía que, incluso si tú estaba limpio, tu departamento podía no estarlo.

—Gilipollas arrogante.

Gamache le sostuvo la mirada.

—Si te consuela, tampoco confiaba en mi propios agentes, por eso sólo un puñado de ellos sabían lo que estaba haciendo. La Sûreté entera estaba involucrada en el plan, pero cada departamento, cada unidad, tenía un papel muy pequeño, tanto que nadie podría haber imaginado lo que estaba ocurriendo. Algunos incluso llegaron a rebelarse: ellos también creían que yo era un incompetente y no dudaban en proclamarlo.

«Como con los retratos de Clara», pensó Beauvoir: pequeños trazos que por sí mismos no eran nada, pero que, sumados, se convertían en algo completamente insólito.

—¿Crees que eso te justifica? —preguntó Zalmanowitz—. ¿Eres consciente de lo que has hecho? Me hiciste traicionar mi formación y mis principios, me hiciste mentir y ocultar pruebas, me hiciste creer que estaba acusando de un crimen a la persona equivocada. ¿Sabes lo que eso supone para cualquiera? ¿Sabes lo que ha supuesto para mí?

Se golpeó el esternón con el puño cerrado con tanta fuerza que el ruido se oyó en toda la habitación.

—¿Te arrepientes de lo que hiciste? —preguntó Gamache.

—Ésa no es la cuestión.

—Es la única, hoy por hoy. Sí, te hice creer todas esas cosas, y sí, hiciste todo lo que has dicho, y gracias a eso tenemos a los cárteles a la fuga, y no sólo en Quebec, sino en todo el país. El jefe del mayor sindicato del crimen de Norteamérica está muerto y el capo más poderoso de Quebec, en la cárcel.

—Me tomaste por un imbécil.

—No, me di cuenta de que me había equivocado contigo: de que no eres ningún cobarde; muy al contrario: has sido y eres un hombre muy valiente.

—¿Acaso crees que me importa lo que pienses de mí? —preguntó Zalmanowitz.

—No, y en realidad a mí tampoco me importa lo que pienses de mí. Hoy por hoy, sólo me importan los resultados. No me arrepiento de lo que hice. Ojalá no hubiera sido necesario, lo digo de corazón; ojalá hubiera habido otra forma de hacerlo, pero si la había no se me ocurrió. ¿Te arrepientes de haber quemado las naves? —volvió a preguntarle al fiscal.

Éste inspiró profundamente y recuperó el dominio de sí mismo.

—No.

—Pues yo tampoco.

—Eso no te exculpa ni significa que te perdone: podrías habérmelo dicho.

—Tienes razón, ahora lo sé. He cometido errores. Tú fuiste valiente y desinteresado y yo te traté como a un extraño. Lo siento, me equivoqué.

—Gilipollas... —murmuró Zalmanowitz, pero no pareció decirlo de corazón—. ¿Qué me estabas ocultando? ¿Qué era tan importante?

—El bate.

—¿El arma del crimen? —intervino la juez.

—Sí. ¿Recuerdas el testimonio de Reine-Marie? En su declaración afirmó que no había visto el bate cuando encontró el cuerpo.

—Sí, pero el bate estaba allí cuando llegó la inspectora jefe Lacoste —repuso Zalmanowitz—. Me dijiste que *madame* Gamache debió de haberse confundido.

—Mentí.

El fiscal miró a Reine-Marie, que asintió.

Maureen Corriveau deseó haber escogido ese momento para ir al cuarto de baño, pero era demasiado tarde: ya lo había oído.

Y para ser franca, aunque esa mentira específica suponía una novedad, ya sabía que el juicio estaba repleto de verdades a medias y francas mentiras.

—Bueno, ¿y qué paso realmente? —preguntó Zalmanowitz metiéndose con toda naturalidad en su papel de fiscal, como si estuviera interrogando a un posible testigo hostil.

—Sabía que Reine-Marie estaba describiendo exactamente lo que había y no había en ese lugar cuando encontró el cadáver, así que ¿cómo había vuelto el bate sin que nadie se percatara?

—Yo cerré la puerta de la iglesia con llave, y es la única entrada —intervino ella.

—Ahí tienes —dijo Zalmanowitz—, ¿cómo explicas que el bate apareciera ahí más tarde?

—En aquel momento no pude explicarlo, sino sólo unas horas después, gracias a una conversación fortuita durante la cual una amiga mencionó que la despensa había sido utilizada como bodega de ron durante la Ley Seca.

Tanto el fiscal como la juez asintieron: era un capítulo bastante famoso de la historia de Quebec, pese a que muchas familias importantes desearían que no lo fuera.

—Fue entonces cuando todo empezó a encajar —continuó Gamache—: los contrabandistas nunca habrían sacado el licor por la puerta principal de la iglesia, por lo que tenía que haber otra puerta, una puerta secreta, en la despensa.

—Y así fue como reapareció el arma del crimen, ¿verdad? —dijo la juez—. La asesina usó la puerta secreta. Pero ¿cómo sabía de su existencia?

—Jacqueline siguió a Anton a casa de los Ruiz —contestó Beauvoir— y consiguió un trabajo allí para estar cerca de él y tenerlo vigilado. Después, cuando Ruiz volvió a España, siguió

a Anton hasta Three Pines. Lo observaba de cerca, lo seguía siempre que podía, y una noche lo vio usar la puerta secreta.

—Pero ¿cómo sabía él que existía esa puerta?

—Anton creció en un hogar lleno de anécdotas sobre la época de la Ley Seca: quién hacía el licor y cómo, dónde se guardaba, cómo se transportaba y adónde, como se eludía a la ley —explicó Gamache—. Su padre y su tío consideraban esas historias no sólo divertidas, sino fundamentales para su identidad y para la historia, pero no les concedían ninguna importancia para el presente. Anton, en cambio, no desestimaba nada: que algo hubiera sucedido hacía mucho tiempo no implicaba que no siguiera siendo útil. Así, todas aquellas narraciones fueron una revelación para él.

—Hizo los deberes —prosiguió Beauvoir—, descubrió dónde estaban todos los pasos fronterizos, todos los refugios y pasadizos secretos utilizados por los contrabandistas, y terminó utilizándolos todos, sobre todo una despensa escondida en un pueblo escondido.

—Era perfecta —dijo Gamache.

—De modo que descubrieron cómo había entrado, salido y vuelto a entrar el bate, el arma del crimen —dijo la juez Corriveau—, pero ¿cómo supieron que esa puerta se estaba usando para el contrabando de drogas?

—Por las bisagras —respondió Beauvoir—: las habían engrasado no hacía tanto tiempo, pero desde luego mucho antes de que el cobrador apareciera por allí.

—Y cuando les preguntamos al respecto a los amigos de Katie, ninguno tenía ni idea de que esa puerta existía —dijo Gamache—, así que las bisagras debían de haberse engrasado con otro fin. No lo supe de inmediato, por supuesto, pero empecé a pensar que tal vez los contrabandistas habían vuelto. Ya hacía tiempo que estábamos desconcertados por la cantidad de droga que cruzaba la frontera. Conocíamos las rutas

tradicionales; sin embargo, estaba entrando mucha más de la que podíamos explicar.

—Pero... espera un momento —intervino el fiscal—. Todo lo que estás diciendo sigue apuntando a Anton. ¿Cómo averiguaste que fue Jacqueline quien cometió el asesinato?

—Si Anton Boucher hubiera querido matar a alguien, ¿creen que lo habría hecho él mismo? —preguntó Beauvoir—, y aunque lo hiciera, ¿se dejaría invadir por el pánico y se llevaría el arma del delito por error, teniendo que devolverla más tarde? ¿Por qué no quemarla, por ejemplo, o hacerla desaparecer de algún modo? Fue entonces cuando Jacqueline acudió a nosotros y nos confesó lo del cobrador.

Jean-Guy recordó aquella gélida noche de noviembre en la que Gamache y Lacoste, que habían salido con los perros, habían vuelto repentinamente a casa después de que él hablara por teléfono con Myrna y Ruth.

Ambas habían admitido que conocían la existencia de la despensa: Ruth se lo había contado a Myrna y ésta a Lea, pero ninguna estaba al corriente de la puerta secreta.

—Jacqueline no confesó el asesinato de Katie Evans —continuó Gamache—, se limitó a revelarnos que ella había sugerido el plan de revivir la figura del cobrador; pero el bate continuaba preocupándonos y yo sabía que su único propósito, tras haber sido utilizado para matar a *madame* Evans, era señalar al asesino; aunque no, por supuesto, al verdadero.

—Ella quería que acusaran a Anton Boucher del crimen —dijo Zalmanowitz.

—*Oui*: ése era el plan de Jacqueline. De nuevo, muy simple: matar a Katie y culpar a Anton, las dos personas a las que consideraba responsables de la muerte de su hermano. La voz de la conciencia no tenía sólo una deuda pendiente de cobro: Edouard saltó de la azotea bajo el efecto de las drogas que le vendía Anton, pero lo que lo llevó a arrojarse al vacío fue su

ruptura con Katie, esto último le rompió el corazón y las drogas le nublaron el juicio. Era, por lo que todos cuentan, un joven sensible que la quería mucho, y Katie Evans, una mujer dulce y buena cuyo crimen consistió en no corresponder a ese amor.

—Edouard se lo contó todo a su hermana —explicó Beauvoir —: estaba destrozado y describió a Katie como una persona cruel y despiadada. No lo decía en serio, por supuesto; simplemente estaba loco de celos y ofuscado por las drogas. Conozco muy bien el efecto que éstas pueden causar: pueden incluso hacer que nos volvamos contra la gente que más nos quiere.

—Y luego, tras haberle transmitido a su hermana toda su amargura, se suicidó —concluyó Gamache—, y dejó a Jacqueline con un sentimiento de profundo desprecio hacia Katie. Ni ella ni el traficante de drogas habían pagado por la muerte de su hermano, pero ella se encargaría de que lo hicieran.

Barry Zalmanowitz asentía una y otra vez: otros podían ser incapaces de entender esa obsesión, pero él la entendía muy bien. Si su hija hubiera muerto, habría pasado el resto de su vida buscando justicia por todos los medios a su alcance.

El primer ministro de Quebec escuchó aquella explicación sin hacer comentarios ni preguntas.

Después se volvió hacia la juez Corriveau.

—¿Hasta qué punto estaba usted al tanto de todo esto?

Ahora le tocaba a la juez: era el momento de asir el brazo de Gamache y cruzar con él el puente de Selma.

El momento de plantarse en la puerta de la casa e impedirles el paso a quienes venían con la intención de hostigar, deportar, moler a palos o ahorcar.

Alguien aporreaba la puerta y los judíos estaban en el

desván.

Había llegado su turno: era la hora de ponerse en pie y luchar.

—No sabía nada —se oyó decir.

Junto a ella, en el despacho del primer ministro, Gamache guardó silencio.

—¿Entonces fue todo obra suya, Armand? —preguntó el primer ministro.

—*Oui*.

—Pero su gente estuvo de acuerdo, el fiscal general estuvo de acuerdo.

—Sí.

Gamache sabía que no tenía sentido argumentar que sólo estaban siguiendo sus órdenes: eso no era ningún descargo ni debería serlo.

—Sabe cuál es mi obligación —dijo el ministro—. Ha infringido la ley y cometido perjurio; ha cruzado la frontera para matar a un ciudadano de otro país y, por mucho que lo mereciera, nada de eso puede quedar impune.

—Lo comprendo.

—Será, por supuesto...

—Yo lo sabía —dijo de pronto Maureen Corriveau interrumpiendo al primer ministro, y luego añadió volviéndose hacia Gamache—: Perdóname, tendría que haberlo admitido antes.

—No te preocupes —contestó él, y luego añadió por lo bajo —: No estás sola.

—Explíquese —le exigió el primer ministro a la juez.

—No conocía los detalles, pero sabía que algo fuera de lo común estaba ocurriendo en el juicio. Sospechaba que *messieurs* Gamache y Zalmanowitz se habían puesto de acuerdo de algún modo para cometer perjurio, así que los cité en mi despacho y prácticamente lo admitieron. Era suficiente para hacer que los

arrestaran, pero los dejé marchar.

—¿Por qué?

—Porque me di cuenta de que, si estaban arriesgándose tantísimo, debían de tener una muy buena razón, y me pareció lo mínimo que podía hacer.

El primer ministro asintió.

—Pues se lo agradezco. A estas alturas sabrá que, si hubiera detenido a *monsieur* Gamache, su plan se habría ido al traste y el cártel habría salido vencedor.

—Lo sé.

El primer ministro se volvió hacia Gamache.

—Se lo relevará de tu cargo y quedará suspendido a la espera de la investigación pertinente, y lo mismo se aplica para su segundo, el inspector Jean-Guy Beauvoir. Tengo entendido que ustedes dos eran los líderes, ¿no es así?

—Sí.

—La superintendente Madeleine Toussaint será ascendida a jefa interina de la Sûreté. Ciertamente ha estado implicada y será investigada, pero alguien tiene que asumir el mando, y gracias a usted, Armand, todos los oficiales veteranos están comprometidos. Eso significa que o nombro a Toussaint o al conserje.

—¿Y la inspectora jefe Lacoste? —preguntó Gamache.

—Seguirá siendo la jefa de Homicidios.

Gamache asintió a modo de agradecimiento: estaba dispuesto a luchar por Lacoste, pero era un alivio no tener que hacerlo.

—¿Y yo? —preguntó la juez Corriveau.

—La juez es usted —repuso el primer ministro—, ¿qué cree que debería hacer en su caso?

Maureen Corriveau pareció pensárselo unos instantes y luego soltó:

—Nada.

El ministro levantó las manos.

—A mí me parece razonable. Nada, pues.

—*Pardon?* —preguntó Corriveau. Lo de «nada» lo había dicho en broma.

—Ayer hablé con el presidente del Tribunal Supremo, le conté lo que en mi opinión podría haber ocurrido y él estuvo de acuerdo en que, aunque su proceder fue técnicamente indebido, actuó pensando en el bienestar de la provincia: tomó una decisión acertada.

El primer ministro se levantó y le tendió la mano.

La juez Corriveau se levantó también y se la estrechó.

—*Merci* —dijo.

Después, el ministro se volvió hacia Gamache, que también se había puesto en pie.

—Querido amigo, lamento mucho que tengamos que sancionarlo cuando deberíamos estar concediéndole una medalla...

Gamache hizo un gesto de rechazo ante semejante sugerencia.

—Eso sí —continuó el ministro—, les prometo a usted y al inspector Beauvoir una investigación justa.

Los acompañó hasta la salida y, después de cerrar la puerta, cerró los ojos y volvió a ver aquel *bistrot* encantador y al buen hombre que empuñaba el cuchillo.

35

—Bueno —dijo Clara—, ¿qué os parecen?

Tras los violentos sucesos ocurridos en Three Pines, había decidido cancelar la exposición en el Museo de Bellas Artes de Montreal; en vez de eso, colgó sus últimas obras en el *bistrot* y organizó un *vernissage* el mismo día que debería de haberse celebrado el del museo.

—Desde luego, tapan bien los agujeros de las balas —comentó Gabri.

Era lo mejor que podía decir de aquellos extraños retratos que, si bien no cubrían todos los huecos, al menos ocultaban los más grandes.

Y aun así, no estaba del todo convencido de que aquello supusiera una mejora.

Los agentes del seguro habían acudido varias veces —y por lo visto pensaban regresar— simplemente porque, pese a los agujeros de bala en las paredes, no acababan de creerse que gran parte de los daños se debieran a disparos con armas automáticas. En todo caso, con la ayuda de un montón de voluntarios llegados incluso de pueblos vecinos, habían limpiado a fondo el *bistrot* y arrojado al contenedor los fragmentos de cristal y madera y los muebles rotos. También habían sustituido la antigua ventana en saledizo hecha añicos por otra provisional colocada por un constructor de la zona. Podía decirse que a esas alturas, si uno no se fijaba demasiado, el *bistrot* casi había vuelto a la normalidad.

Y los heridos igualmente iban mejorando. Olivier, por ejemplo, estaba de pie a su lado con el brazo vendado y en

cabestrillo.

Ruth se había plantado ante un retrato de Jean-Guy.

Transmitía cierta sensación etérea, como de levedad, probablemente porque el lienzo no estaba cubierto por mucha pintura; de hecho, tenía muy poca.

—Está desnudo, qué asco —dijo Ruth.

No era del todo cierto: el cuerpo pintado en el retrato llevaba ropa, o al menos un indicio de ropa, como correspondía a un cuerpo apenas sugerido. El apuesto rostro sí estaba retratado con más detalle, aunque parecía corresponder a un hombre mayor que el Jean-Guy de carne y hueso.

Clara lo había pintado con el aspecto que quizá tendría al cabo de treinta años y en su rostro había paz, además de otra cosa en lo profundo de los ojos.

Los retratados circulaban por el local y tarde o temprano terminaban observándose a sí mismos.

Clara los había pintado a casi todos en el transcurso de un año.

A Myrna, a Olivier, a Sarah la panadera, a Jean-Guy...

A *Leo* y a *Gracie*.

Incluso se había pintado a sí misma, un autorretrato que todos llevaban mucho tiempo esperando. Parecía una loca de mediana edad mirándose al espejo con un pincel en la mano, intentando pintar un autorretrato.

Gabri lo había colgado cerca de los lavabos.

—Pero aquí no hay agujeros —había señalado Clara.

—¿A que es una suerte? —respondió Gabri alejándose a toda prisa.

Clara sonrió, lo siguió hasta la barra y se tomó una sangría bien fría.

Luego se dedicó a observar y a preguntarse cuándo lo entenderían, cuándo verían que los retratos aparentemente sin acabar estaban en realidad acabados, quizá no en el sentido

convencional, pero sí en el sentido de que mostraban todo lo que ella había querido captar.

Llegado ese punto, se había detenido.

¿Qué más daba que la ropa de Jean-Guy no fuera perfecta?

¿A quién le importaba que las manos de Myrna se vieran borrosas?

¿Suponía alguna diferencia que el pelo de Olivier no pareciera real, que no fuera más que una sugerencia si, como el propio Gabri se complacía en señalar, el cabello de Olivier se estaba convirtiendo cada vez más en una sugerencia a medida que pasaban los años?

Ruth miraba fijamente el retrato de *Rosa* con la pata en brazos.

La *Rosa* pintada por Clara era imperiosa e impertinente. Si Napoleón hubiera sido un *canard*, habría sido *Rosa*: Clara la había clavado.

Ruth soltó un suspiro y luego arrastró los pies hasta el siguiente retrato, el de Olivier, y luego hasta el siguiente... y cuando hubo completado el circuito, notó que todos estaban mirándola, esperando una explosión.

Pero ella simplemente se acercó a Clara y le dio un beso en la mejilla, luego volvió al retrato de *Rosa* y se quedó mucho rato allí, contemplándolo.

Los amigos se miraron unos a otros y luego, uno por uno, fueron sumándose a ella frente al retrato de la pata.

Reine-Marie fue la primera en darse cuenta de un detalle fundamental: en las profundidades de los altivos ojos de *Rosa* había otro retrato diminuto, perfecto y acabado, de Ruth: se inclinaba hacia *Rosa* y le ofrecía su nido hecho de viejas sábanas de franela: le ofrecía un hogar.

Era un retrato de la adoración, de la salvación, de la intimidad.

Representaba un instante tan tierno y tan lleno de

vulnerabilidad que al descubrirlo, primero Reine-Marie y luego Myrna, Olivier y los demás, se sintieron como unos mirones que escudriñaran a través de una casa de cristal, pero enseguida se dieron cuenta de lo afortunados que eran por ser testigos de un amor así.

Volvieron a observar un retrato tras otro.

Y en los ojos de todos vieron reflejado a un ser querido.

En un momento dado, Myrna se volvió hacia Clara y la vio en el otro extremo de la sala, en el otro extremo del maltrecho *bistrot*, en el otro extremo de una vida entera de amistad.

Su amiga sabía muy bien que los cuerpos podían cambiar, pero el amor era eterno.

Gamache había telefoneado a Reine-Marie y luego a Jean-Guy para contarles lo que había decidido el primer ministro.

Suspensión de empleo y sueldo para él, a la espera de una investigación, y lo mismo para Jean-Guy, aunque con sueldo. Confiaba en que los investigadores se tomaran su tiempo porque todavía tenía algunos asuntos pendientes.

Quería localizar todo el fentanilo.

En cuanto a Barry Zalmanowitz, el Colegio de Abogados de Quebec lo investigaría también. Entretanto, otro letrado se ocuparía de sus casos, pero él conservaría la plaza y el cargo.

Era, con mucho, la mejor resolución que podrían haber esperado, y estaba claro que la oposición se lanzaría contra el primer ministro por no haber ido más allá.

—¿Y qué pasa con Isabelle? —quiso saber Jean-Guy.

—Seguirá siendo la jefa de Homicidios. —Era evidente que esa cuestión no había sido objeto de debate alguno—. Voy al hospital —dijo Gamache—, hasta pronto.

Jean-Guy colgó y salió al jardín trasero, donde Annie estaba a punto de tomarse un té con hielo. Honoré dormía la siesta en

el piso de arriba y todos los demás estaban en el *bistrot*.

Disponían de unos minutos para los dos.

Su pierna estaba mucho mejor y había dejado ya el bastón, aunque con cierta pena porque le gustaba bastante.

Se sentó y abrió el libro que había cogido del despacho de su suegro, pero no tardó en ponérselo en el regazo y quedarse mirando al vacío.

Annie lo advirtió, pero no dijo nada; lo dejó a solas con sus pensamientos. Era evidente en qué estaba pensando, en quién estaba pensando.

Gamache y él habían descendido por la ladera, él cojeando y el jefe tropezando una y otra vez.

El cuerpo les pedía a gritos una parada, un descanso, pero seguían adelante, desesperados por regresar al pueblo y reunirse con los suyos y con Isabelle.

Al verlos llegar calle arriba, Reine-Marie y Annie corrieron a su encuentro.

—Gracias a Dios... —susurró Reine-Marie abrazando a su marido.

Él la estrechó con fuerza y apoyó la mejilla herida en su hombro, inhalando su aroma a rosas antiguas y a Honoré.

Ninguno de los dos quería soltarse, pero él tenía que hacerlo: tenía que ver a Isabelle.

—Estás herido —dijo Annie separándose de Jean-Guy y tocándole la pierna envuelta en un vendaje provisional.

—Y tú también —añadió Reine-Marie dirigiéndose a su marido.

Gamache tenía la parte delantera de la camisa completamente manchada de rojo y la tela se le pegaba al pecho como si aquella terrible secuencia de acontecimientos hubiera producido una metamorfosis en él y hubiera empezado

a sudar sangre.

—Esta sangre no es mía —dijo.

Reine-Marie tendió la mano y le tocó la cara llena de arañazos y contusiones; luego le besó la herida de los labios, que aún sangraba.

—¿Isabelle? —preguntó Gamache.

—Están atendiéndola.

—¿Está viva? —preguntó Jean-Guy atrayendo a Annie hacia sí.

Reine-Marie asintió y luego miró a Gamache y él vio la verdad en sus ojos: «Viva, pero...».

—¿Y los demás?

—A Olivier le han disparado en el brazo; sin embargo, Gabri lo ha curado a tiempo y los sanitarios dicen que se pondrá bien. Muchas personas han sufrido cortes a causa de los cristales y la madera astillada, pero nadie corre mayor riesgo, sólo Isabelle.

Gamache y Beauvoir se encaminaron a toda prisa hacia el *bistrot*.

La plaza estaba llena de ambulancias y vehículos de emergencias y, cuando ya se acercaban a la puerta del local, vieron salir la camilla en la que llevaban a Isabelle como en un nido.

Ruth caminaba junto a ella: no se había apartado de su lado desde el momento en que la habían herido e Isabelle se había acercado reptando entre la lluvia de escombros para sujetarle la mano y susurrarle que no estaba sola.

Clara y Myrna iban detrás, la primera todavía con el cepillo de chimenea en la mano, la segunda con *Rosa* en brazos.

Casi habían llegado a la ambulancia cuando Gamache y Beauvoir las alcanzaron.

Lacoste tenía los ojos cerrados y la cara pálida y cenicienta.

«Caen cenizas del cielo y todos muertitos al suelo».

Armand le tocó la mejilla, aún la tenía caliente.

Uno de los sanitarios alzó brevemente la mirada y dio un respingo al ver a Gamache cubierto de sangre casi de pies a cabeza.

—Gamache, de la Sûreté —dijo él—. ¿Puedo acompañarla en la ambulancia?

—Sólo una persona —contestó el sanitario—, quizá la abuela…

Ruth se echó atrás con los labios aún más finos y los legañosos ojos aún más húmedos.

—Es tu hija, Armand —dijo, tan bajito que sólo él la oyó. Luego puso la mano de Isabelle en la del jefe de la Sûreté—. Siempre lo ha sido.

—*Merci* —contestó él y subió a la ambulancia a toda prisa.

—¡Os seguiremos! —exclamó Reine-Marie cuando la puerta ya se cerraba.

La ambulancia arrancó a todo gas. Gamache se sentó delante de Isabelle procurando no molestar. Mientras los sanitarios hacían su trabajo, le iba susurrando al oído:

—Te queremos mucho, Isabelle, eres muy valiente y una buena persona, nos has salvado. Tus hijos te quieren, tu marido y tus padres te quieren…

Lo fue repitiendo durante todo el camino hasta el hospital.

«Eres valiente, eres fuerte; no estás sola; te queremos…».

En un momento dado, Isabelle movió los labios y Gamache se apresuró a inclinarse para ver si conseguía entender lo que trataba de decir. No lo consiguió, pero podía imaginarlo.

—Se lo diré —susurró—. Ellos también te quieren.

Cuando Gamache volvió al hospital luego de la reunión con el primer ministro, encontró al marido de Isabelle sentado junto a su cama.

El respirador hacía su trabajo y los aparatos monitorizaban

los signos vitales y las funciones cerebrales de Isabelle.

Su marido le leía en voz alta con música de fondo: Ginette Reno, *Un peu plus haut, un peu plus loin*.

—Ha habido algún cambio, Armand... —dijo Robert levantándose, y al ver que Gamache se alarmaba, se apresuró a añadir—: A mejor, mira.

Las ondas cerebrales parecían más definidas, más anchas, más rítmicas.

—Está respondiendo a algunos estímulos —explicó Robert cogiéndole la mano a su mujer y bajando la vista para que Gamache no le viera los ojos—. Los médicos dicen que va bien leerle en voz alta; por el sonido de una voz familiar, supongo. —Señaló el libro sobre la cama—. Me lo han dado los niños para que se lo trajera: ella preguntó por él aquella noche.

—Ve a tomar una bebida fría, un bocadillo y un poco de aire fresco —le dijo Gamache—. Ya me quedo yo con ella.

Cuando Robert se fue, Gamache ocupó el asiento que permanecía caliente desde los terribles sucesos ocurridos una semana antes. Le cogió la mano a Isabelle y le susurró al oído:

—Eres maravillosa, fuerte y valiente. Nos salvaste la vida, Isabelle. Estás a salvo, todos te queremos. Tu familia te quiere. Eres maravillosa...

Entretanto, de fondo, Ginette Reno cantaba:

«Un peu plus haut»: «un poco más alto».

«Un peu plus loin»: «un poco más lejos».

Luego Gamache cogió el libro sobre un niño de madera y la voz de la conciencia que lo volvería humano y se puso a leérselo en voz alta a Isabelle.

Nota de la autora

Antes de continuar, o de que vosotros lo hagáis, debo advertiros que, si aún no habéis leído el libro, probablemente es mejor que lo hagáis primero: esta nota contiene algunos *spoilers*, puesto que aquí especifico qué aspectos de la trama son verídicos, cuáles se basan parcialmente en hechos reales y cuáles son completamente inventados (como corresponde a una novela).

Ojalá pudiera decir que lo que voy a contar enseguida es una invención.

El 18 de septiembre de 2016 murió mi marido, Michael. Yo había vuelto a casa tras acortar todo lo posible una gira de promoción de mis libros y lo vi deteriorarse en cuestión de días. Hay quien dice que me estaba esperando; no sé si será cierto, no sé si quiero que lo sea.

El caso es que, llegado el momento, falleció plácidamente, en su casa y rodeado de amor, como lo estuvo en vida.

Hablé sobre su demencia en los agradecimientos del libro anterior, *Una ofensa mortal*, y muchos de vosotros me escribisteis para contarme vuestras experiencias con la enfermedad y la pérdida. Quiero agradeceros sincera y profundamente que me hayáis confiado esos sentimientos tan íntimos.

Es desgarrador, pero también reconfortante, saber que Michel y yo estábamos lejos de estar solos en ese trance.

• • •

Empecé a escribir *Casas de cristal* durante ese último período de deterioro de Michael y no lo terminé hasta después de su muerte. En todo ese tiempo, la escritura se convirtió en mi refugio: cada día podía escaparme a Three Pines de madrugada e internarme unas preciosas horas en el mundo de Gamache, Clara, Myrna y los demás.

Este libro no habría sido posible sin mi ayudante y gran amiga Lise Desrosiers; por eso se lo he dedicado. Gracias, querida Lise.

También le debo un agradecimiento a su marido, Del Page, y a nuestros grandes amigos Kirk y Walter, que se han mantenido en contacto de forma cotidiana durante años y que aún estuvieron más cerca cuando Michael se deterioraba: eso es amistad verdadera.

Gracias infinitas a Kim, Rose y Daniel, los cuidadores de Michael, al doctor Giannangelo y a los increíblemente numerosos amigos —demasiados para listarlos aquí— que estuvieron cerca de nosotros durante los peores momentos, y también en los mejores.

Gracias por apoyarnos e incluso sostenernos a ratos.

Gracias a mis fantásticas correctoras, Hope Dellon en Minotaur Books/St. Martin's Press en Estados Unidos y Lucy Malagoni en Little, Brown, en Reino Unido, que han conseguido, con sus notas y comentarios, que este libro y todos los demás sean mucho mejores.

Gracias a mi editor en Estados Unidos, Andy Martin, y a todo el equipo de Minotaur. A Hope Dellon, por supuesto, Sarah Melnyk, Paul Hochman, Martin Quinn, Sally Richardson y Jennifer Enderlin de SMP y Don Weisberg de Macmillan.

Gracias también a mi agente, Teresa Chris, que siempre me pregunta cómo estoy antes de preguntarme cómo va el libro; tratándose de una agente, eso es extraordinario.

Linda Lyall ha estado con Michael y conmigo, ocupándose de

la página web y del diseño de la *newsletter* y haciendo millones de cosas de las que ni siquiera soy consciente desde antes de que se publicara el primer libro de la serie de Gamache. ¡Gracias, Linda!

Todas estas personas a las que acabo de nombrar se han convertido en mucho más que colegas: lo nuestro es ahora verdadera amistad. Muchos de ellos viajaron para asistir al funeral de Michael.

Quiero dar las gracias a mi hermano Rob, que vino corriendo de Edmonton a Knowlton en cuanto le llegaron las malas noticias, me estrechó entre sus fuertes brazos y me hizo saber que todo iría bien, que yo estaría bien. Gracias a su mujer, Audi, y a sus hijos, Kim, Adam y Sarah, que tanto querían a su tío Michael.

Gracias a Mary, mi cuñada, que interrumpió unas vacaciones para venir a toda prisa con su hija Roslyn en cuanto se enteró de la noticia. Gracias a Doug, Brian y Charlie.

Y ahora, como os he prometido, os explicaré brevemente qué es real y qué es ficción en la novela. Aunque no me detendré en ciertos detalles, desde luego, la cuestión principal tiene que ver con el cobrador.

Oí hablar por primera vez del cobrador del frac hace muchos años, de labios de nuestro gran amigo Richard Oliver, que trabajaba para el *Financial Times* en Madrid.

Como saben mis lectores españoles, el cobrador del frac existe realmente: ataviado con frac y sombrero de copa, sigue a los deudores y los avergüenza para que paguen. Me pareció algo tan extraordinario que retuve esa información y esa imagen durante años, a la espera de que llegara el momento idóneo para utilizarlas; *Casas de cristal* fue ese momento.

Pero lo que viene después, la historia del cobrador original,

es pura ficción: la isla, los personajes de capa negra que actúan como la voz de la conciencia para aquellos que no la tienen obligándolos al pago de una deuda moral, todo eso me lo inventé para esta historia.

Creo que ése es el elemento ficticio más importante, y sé que, si abrigáis dudas sobre otras cuestiones, vosotros mismos investigaréis un poco: en eso reside parte de la diversión, ¿no es cierto?

Algunos alegarán que Three Pines tampoco es real, y tienen razón, aunque no del todo. Puede que no exista físicamente, pero existe en otros sentidos mucho más importantes y poderosos: Three Pines es un estado de ánimo. Cuando escogemos la tolerancia en lugar del odio, la generosidad en vez de la crueldad, la bondad en lugar del acoso, cuando decidimos mostrarnos optimistas en vez de cínicos, entonces vivimos en Three Pines.

No siempre escojo bien, pero sí sé cuándo estoy ahí fuera, bajo la ventisca, y cuándo estoy en el *bistrot*; sé dónde quiero estar y cómo llegar hasta allí, y vosotros también lo sabéis, o no seguiríais aquí conmigo, leyendo esto.

Mi agradecimiento final es para ti, amigo mío, por tu compañía: el mundo es más luminoso gracias a tu presencia.

«Todo irá bien».

La novela más intrigante de Louise Penny hasta la fecha: Three Pines como nunca lo habías visto

Cuando una figura misteriosa aparece en Three Pines un frío día de noviembre, lo primero que sienten Armand Gamache y el resto de los vecinos es curiosidad. Luego, recelo. El recién nombrado comisario de la Sûreté de Québec sospecha que la criatura tiene raíces profundas y oscuras intenciones. Sin embargo, confía en que sus temores crecientes no se hagan realidad. Unos días más tarde, la triste figura se ha evaporado y se halla un cadáver en la iglesia...

Alternando los rápidos intercambios de una sala de audiencia del tribunal con los sucesos que se han desarrollado en Three Pines, Louise Penny teje en *Casas de cristal* un brillante juego de elipses, de claroscuros y un relato de considerable profundidad

psicológica. Una gran obra de una gran creadora.

Reseñas:
«Penny tiene un don para entrelazar lo mundano con lo mítico. Firme, civilizado y con una determinación sombría, Gamache se convierte en una figura heráldica, tan valiente y astuta como el héroe de una saga islandesa. Los males contemporáneos a los que se enfrenta tienen matices apocalípticos [...]. [Tiene] un final cinematográfico en el que se libera todo el suspense tan bien planteado y tan cuidadosamente mantenido a lo largo del libro».
The Wall Street Journal

«Sobresaliente [...]. *Casas de cristal* triunfa en todos los aspectos de manera brillante, con su elegante prosa, sus tramas intrincadas y, sobre todo, gracias al héroe que ha creado Penny, conmovedor y emocionalmente complejo, y a su círculo de amigos y colegas».
The Seattle Times

«Penny, cuyos libros terminan en las listas de las mejores novelas del año, no sólo en las de novela negra, es la historia de una sola mujer contra el esnobismo literario. De primera. Penny es una maestra del fuego lento, en el cual los lectores sólo ven el patrón final cuando ya todo está en llamas».
Christian Science Monitor

«Una gran historia, retorcida, tal como era lícito esperar a partir de las novelas anteriores de Gamache, pero también es una exploración de los juicios morales, de la fragilidad mental y de la inquietante idea del ajuste de cuentas: todos debemos pagar nuestras deudas [...]. Una historia profunda».
Minneapolis Star Tribune

«El último libro de Penny es uno de los mejores. El lector se queda fascinado desde la primera página, cuando Gamache comienza su testimonio en un caso judicial [...]. Yo no podía dejar de leer».
The Globe and Mail

«Gamache se enfrentará a ese tipo de preguntas que te cambian la vida sobre la naturaleza de la culpa y la inocencia y la delgada línea azul que separa la ley y la conciencia y deja al lector contemplando estos enigmas mucho después de que la última página se haya pasado».
BookPage

«Louise Penny conduce la compleja trama [...] hacia un final aterrador [...]. Si se puede concebir que Penny se supere a sí misma, lo ha hecho en este viaje introspectivo y psicológicamente esclarecedor hacia el interior de cada uno de sus memorables personajes».
Bookreporter.com

«Nunca ha habido más tensión [...]. Un misterio meticulosamente construido que asciende con gran habilidad hacia un punto de ruptura que te dejará sin aliento. Three Pines como nunca lo habías visto».
Kirkus Reviews

Louise Penny (Toronto, 1958) comenzó trabajando como periodista y locutora radiofónica para la Canadian Broadcasting Corporation.

Debutó en 2005 con *Naturaleza muerta*, con la que consiguió el favor del público, el aplauso de la crítica y multitud de premios. Las trece novelas que ha escrito del ciclo dedicado al inspector jefe Armand Gamache y la localidad de Three Pines han sido traducidas a veinticinco idiomas y han merecido seis Agatha Awards y seis Anthony Awards, entre otros muchísimos premios y distinciones. Además, sus últimos títulos se han situado en los primeros puestos de la lista de libros más vendidos de *The New York Times*.

En 2013 fue nombrada Miembro de la Orden de Canadá por su contribución a difundir la cultura del país.

Título original: *Glass Houses*

Primera edición: marzo de 2023

© 2017, Three Pines Creations, Inc.
All rights reserved
Publicado por acuerdo con The Gernert Company Inc. a través de Yáñez, parte de International Editors' Co. S.L. Literary Agency
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2023, Patricia Antón de Vez, por la traducción
En p. 244, extracto de «Halfway Down», de *When we were very young* de A. A. Milne,
© 1924, Penguin Random House LLC., © renovado 1952 por A. A. Milne.
Con permiso de Dutton Children's Book, un sello de Penguin Young Readers Group, división de Penguin Random House LLC.
En pp. 245 y 260, extracto de «Waiting», de *Morning in the Buried House: New Poems* de Margaret Atwood. © 1995, Margaret Atwood.
Con permiso de Houghton Mifflin Harcourt Publishing Company.

Agradecemos el apoyo del Canada Council for the Arts para esta traducción

Imagen de portada: © Magdalena Russocka / Trevillion Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18968-84-6

Compuesto en: www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: SalamandraEd
Twitter: SalamandraBlac
Instagram: SalamandraEd
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»
EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Casas de cristal (Inspector Armand Gamache 13)

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Nota de la autora

Sobre este libro
Sobre Louise Penny
Créditos